

LLÉVAME A FARAFANGANA



JOSÉ MANUEL DEVESA

Lectulandia

«*Llévame a Farafangana*» es el testimonio desgarrador de un cirujano español que, año tras año, acude a la Misión Cristiana de Farafangana, en Madagascar, para intervenir quirúrgicamente niñas malgaches abandonadas a su suerte y abocadas al peor de los destinos, tras sufrir partos ocluidos que dejan en sus jóvenes vientres rotos la huella indeleble de la desgracia.

En la historia novelada, de base auténticamente real, una joven malgache es vendida por su padre a un marido de conveniencia por un cebú. Tras un embarazo prematuro sufre un parto ocluido que le provoca una fístula irremediable que la obliga a huir de su poblado abandonado a sus hermanos pequeños y diciendo adiós para siempre a su corta y miserable infancia.

En su peregrinar, sin destino, Vohilaba sufre las consecuencias de la terrible herida innombrable: la fístula. En su vagabundeo errante encuentra la protección y la compañía de una partera furtiva quien con sus rudimentarios cuidados la libra de una muerte segura, en mitad de una selva impenetrable.

Cuando, finalmente, llegan a la ciudad, la pequeña malgache herida escucha fascinada la historia de unos médicos extranjeros que cada año acuden a la Misión de Farafangana para curar de la herida innombrable a muchas jóvenes como ella. A partir de ese instante, su vida solo tendrá un objetivo: encontrarlos para que la curen.

La novela, basada en hechos reales vividos por el autor, recrea con toda su crudeza el solitario caminar de esta adolescente en su búsqueda desesperada para cerrar la herida que la mantiene marginada de una sociedad carente de recursos sanitarios que puedan prevenirla y curarla.

La historia, a través de los caminos, la selva repleta de fieras salvajes, los ríos infectados de cocodrilos, los mercados cargados de toda clase de aromas, los trenes abarrotados de miseria, las ciudades llenas de vida nueva y una Misión Cristiana en la lejana Farafangana donde unas religiosas, abrazadas a su fe, ponen lo mejor de su entusiasmo para llevar un hábito de esperanza a unas pobres niñas malheridas y abandonadas.

Los protagonistas y los hechos de esta historia reflejan, fielmente, la vida, en ocasiones, terrible de la Isla Roja: Madagascar, una de las más bellas y misteriosas del planeta que el autor aprovecha para recrear paisajes tan misteriosos como escenas cargadas de un dramatismo lacerante.

«*Llévame a Farafangana*» es una apasionante y dramática historia de miserias físicas, materiales y humanas, pero también llena de amor, fortaleza

y voluntad.

Lectulandia

José Manuel Devesa

Llévame a Farafangana

ePub r1.0

Ufita 03.10.13

José Manuel Devesa, 2013

Editor digital: Ufita
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Prologo

—*Doctor, ¿por qué decidió ir a África?*

—*Porque soy médico..., y sé que África se está muriendo.*

Esta sencilla pregunta, que se lee en uno de los pasajes de este relato, y su contundente respuesta, contienen el principio filosófico esencial que inspira la novela «*Llévame a Farafangana*», magistralmente escrita desde el dolor, la emoción y la experiencia fascinante de un cirujano que, año tras año, deja lo mejor de sí mismo para llevar un hálito de esperanza y un soplo de salud a unos seres olvidados y desheredados de la Fortuna, en el extremo suroriental de la cuarta isla más grande del Planeta: Madagascar, que se aferran por sobrevivir a una vida miserable, exenta de esperanza.

En aquel remoto lugar, la «enfermedad oculta», la temida y terrible fístula, ese maldito agujero que comunica la vejiga y la vagina, producida cuando el que va a nacer se queda atascado en la salida hacia la vida porque las mujeres, casi todas niñas adolescentes, no disponen de asistencia médica durante el parto, conduce sin remedio, a una situación vergonzante, al abandono absoluto, al repudio conyugal, y al rechazo social y familiar que en muchos casos sólo encuentra la solución final con la llegada de una muerte tan injusta como prematura.

Este relato fascinante de José Manuel Devesa es novedoso en su género, profundamente humano en su contenido, cautivador y atractivo en la imparable cadencia de sus escenas, sobrecogedor en sus descripciones médico-quirúrgicas, intrigante y misterioso en su desarrollo, tierno y emotivo en la inocente dulzura de sus personajes, desgarrador y violento en el comportamiento inhumano de una sociedad desvalida que asiste apática, mirando hacia otro lado, el atropello salvaje de unas niñas que, sin solución de continuidad, pasan desde la indolente infancia a lo más duro de una imprevisible edad adulta, que se cuele en sus vidas inocentes como un violento ciclón, que todo lo arrasa.

«*Llévame a Farafangana*» es, además, en su inesperado final, un sonoro aldabonazo en las mullidas conciencias de nuestro acomodado mundo occidental, que a nadie, por insensible que sea, puede dejar indiferente. Cuando se dobla, definitivamente, la última página del libro, el nudo opresor que ha hecho garra en la garganta del lector, tarda tiempo en resolverse, mientras el pensamiento se revuelve confundido entre el dolor insoportable que se derrama en muchas de sus escenas y la esperanza que se vislumbra en algunas de sus secuencias.

José Manuel Devesa sabe mantener la atención y la expectación del lector desde la primera escena hasta la última, con una tensión «*in crescendo*» que acaba rompiéndose de forma explosiva en la escena final, dejando la imaginación del lector, como sólo saben hacerlo los grandes novelistas, el incierto futuro de Vohilaba y la angustia agónica de Jaky. El vagabundeo incierto de estos dos adolescentes malgaches, desheredados de la Fortuna y abandonados en los brazos de las peores condiciones imaginables, no puede dejar indiferente a nadie, como tampoco pasa sin dejar una profunda huella la infatigable y abnegada labor de las misiones de la centenaria leprosería, la obsesiva labor de los médicos y enfermeros por resolver problemas vitales, tanto más espinosos cuanto más desconocidos e inciertos, y el trabajo sin tregua de unos cooperantes cuyo único objetivo es darlo todo a cambio de una agradecida sonrisa malgache.

Y todo ello narrado de una manera abrumadoramente magistral, donde la sencillez de la palabra magnifica la grandeza del relato, con la hábil sagacidad literaria de ir concatenando escenas, personajes, desencuentros y reencuentros de un modo tal, que cada uno de los que intervienen en el guión lo hace siempre desde la relevancia, por mucho que su papel pueda parecer secundario. En la novela no sobra nada ni nadie, como tampoco se echa en falta la concurrencia de ningún otro personaje o escenario. Todo y todos están perfectamente ensamblados dentro una estructura literaria, sabiamente trabada, que da como resultado una novela inolvidable.

Las descripciones que hace el autor de «*Llévame a Farafangana*» son tan eficaces y realistas, tan auténticas, que el lector puede captar, sin proponérselo, el maravilloso declive de los rojos atardeceres del Índico que se dibujan delicadamente con todos los pinceles del arco iris; las luminosas y deslumbrantes salidas de un tibio sol que, en su apogeo, acaba por incendiarlo todo, la belleza natural de los todavía vírgenes paisajes malgaches, el ambiente primitivo y ruidoso de las estaciones de ferrocarril por las que de vez en cuando transitan exóticos viajeros blancos, el incómodo traqueteo de los vagones de viejos trenes coloniales atiborrados de gentes, donde hombres, mujeres, niños y ganado se hacinan forzosamente en una comunión obligadamente impuesta por la ley de las penurias, la lentitud de los relojes africanos que laten al compás de la resignada paciencia de sus gentes, la humildad de los chozos permeables a todo tipo de inclemencias, el aroma y el sabor de sus guisos, la indolente alegría de los niños de los pequeños poblados ajenos al incierto porvenir que les reserva una vida adulta; dura y cruel. Las inimaginables miserias de sus gentes; su callada resignación frente a los políticos corruptos o la policía avasalladora. La hambruna endogámica. Las enfermedades infecto-contagiosas que, como las fieras salvajes, amenazan continuamente una vida de valor escaso. La higiene y la alegría que se derrama desde

esa antigua leprosería reconvertida en un sencillo hospital, donde probablemente no se salven tantas vidas como en nuestras modernas clínicas occidentales, pero donde la recuperación de la salud perdida se vive con una emoción inusitada y se canta en gargantas desbordadas por el entusiasmo y el agradecimiento. Y hasta se percibe, entre las páginas de la novela, el asfixiante olor de los insalubres mercados callejeros y ese otro hedor insoportable que provoca en las niñas madre, como Vohilaba o como Beline, la siniestra enfermedad oculta: la fístula, de la que son inocentes víctimas por la salvaje pobreza de una sociedad tan indiferente como insensible.

Cuando acabé la novela de José Manuel Devesa me pregunté en qué género literario podría ser encasillada. Y, sin pensarlo demasiado, concluí, que «*Llévame a Farafangana*» es sencillamente una novela de AMOR. Pero no una novela al estilo del clásico y dulzón amor romántico, o de esos otros amores turbios y apasionados, o de aquellos otros incomprendidos y no correspondidos. No; «*Llévame a Farafangana*» es un relato de AMOR, forzosamente escrito con mayúsculas. Con las mayúsculas en las que dos jóvenes desafortunados, carentes de lo más elemental, obtienen las fuerzas necesarias para luchar y sobrevivir en un mundo hostil, sin otro apoyo que su amor, su voluntad y su fe. Es un AMOR en estado puro, sin contaminar, franco y generoso, que solo da y nada pide a cambio, fraguado en la pobreza de quienes nada tienen y de los que todo lo poseen gracias a la inmensa generosidad que brota de sus inocentes y negros corazones. Es una novela de AMOR, en la que una doctora procedente del exquisito París, se da, bruscamente, de bruces con el sórdido mundo de la fístula pestilente y a ello entrega lo mejor de sí misma, con la ilusión de solucionarla y con la frustración de no conseguirlo. Es AMOR la renuncia que hace Marie de sí misma, la partera clandestina malgache, que adopta y protege a Vohilaba, como si fuese su propia hija, y sin cuya ayuda hubiese quedado indefectiblemente abocada a una muerte sin remedio. Es un permanente acto de AMOR la devoción de las Hijas de La Caridad por aquellos seres brutalmente desgajados de una sociedad injusta a los que ayudan con los escasos recursos que sólo consiguen gracias a una extraña e incomprensible fe en algo, que para los que somos ajenos a ese mundo de carencias y miserias, se nos hace tan difícil de creer y aceptar. Es AMOR lo que, sin intencionadamente pretenderlo, mueve a unos profesionales sanitarios a arrostrar con generosidad, entusiasmo y valentía, la lucha titánica por solucionar, con una instrumentación insuficiente, un mal que afecta a más de tres millones de mujeres en la siempre desconocida realidad del inmenso Continente Negro.

Conocí al doctor Devesa, hace muchos años. Ambos hemos trabajado durante más de treinta en el hospital universitario Ramón y Cajal de Madrid. Él, como brillante cirujano. Yo, como modesto cardiólogo. Tuvimos durante esa larga etapa, encuentros circunstanciales motivados por el obligado intercambio de criterios a los

que la complejidad de diversos casos clínicos hace cruzar unos especialistas con otros. La casualidad quiso que, recientemente, nos reencontráramos en un lugar ajeno al mundo de los quirófanos.

Quedé fascinado y sorprendido desde el primer instante en que supe de su actividad quirúrgica en la centenaria leprosería de Ambatoabo, Farafangana, en la lejana Madagascar. Allí, en un modesto hospital, desarrolla un programa específico para el tratamiento de las tan complicadas fístulas vesico-vaginales en los malheridos vientres de las mujeres malgaches que paren en la soledad de sus humildes e insalubres chozos o al abrigo de la estrellada noche del infinito cielo africano, bajo el que se adormece la gran isla roja.

Cuando además de contarme sus hazañas humanitarias y médico-quirúrgicas en Farafangana me refirió, como de pasada, que había escrito una novela sobre el tema, intuí que se trataría, probablemente, de un tedioso relato profesional en el que se detallarían los procedimientos quirúrgicos sobre el cierre de las fístulas, que sólo interesarían a los médicos, o que tal vez, para adornar un poco el árido contenido, hubiese incluido escenas de sus viajes que hicieran recordar filmes de tanta repercusión emocional como *Memorias de África*. José Manuel Devesa sabía de mis inquietudes literarias y de mis modestas incursiones en el terreno de la publicación y de la edición digital *on line*. Le pedí que me enviara el manuscrito para su valoración, más por cortesía que por verdadero interés intelectual o editorial.

Ya he dejado dicho en los párrafos anteriores en qué modo el relato me atrapó desde su primer capítulo, y ya he manifestado, también, mi admiración no sólo por el contenido sino por el modo tan excepcionalmente impecable como está escrito, con una literatura directa, transparente y eficaz, que llega directamente desde la creativa imaginación del escritor al estremecido corazón del lector.

Quizá sea la parte médico-técnica del libro la menos relevante. Hasta en eso, el sagaz autor se ha mostrado especialmente delicado con el lector evitando abrumarlo con escenas quirúrgicas truculentas o con descripciones científicas que podrían hacer tedioso el relato para quienes no están familiarizados con ese complejo mundo de la Medicina y los médicos. El entramado de la novela, según revela el propio autor, es una historia ficcionada, basada en hechos reales, a los que la habilidad literaria de José Manuel Devesa, les confiere vida propia elaborando una trama argumental tan desconcertante como real.

Mi más cordial enhorabuena a José Manuel. Y sin ánimo de invitarle a que abandone la cirugía, en la que es un verdadero mago, sí me permito recomendarle, encarecidamente, que continúe cultivando un género literario en el que, a pesar de ser

ésta su *ópera prima*, se ha revelado como un consumado maestro.

Yo ya sabía que el doctor Devesa es un magnífico cirujano, lo que ignoraba, hasta que he leído entre sorprendido y emocionado, «*Llévame a Farafangana*», es que además de hacer milagros en los vientres rotos de las niñas malgaches, es un extraordinario narrador de historias que, como testigo excepcional de unas indescriptibles tragedias, consigue conmover, con sus narraciones, las adormecidas conciencias de los que vivimos en estos mundos fáciles, tan ajenos a la miseria que se abate sobre eso que injustamente venimos llamando «*El Tercer Mundo*».

Enhorabuena y gracias, José Manuel. Tú objetivo está plenamente conseguido.

José Luis Palma
Madrid. Verano de 2013

A las mujeres del mundo, muchas casi niñas aun, que padecen la herida innombrable, y especialmente a las de Madagascar, a las que operé, porque me permitieron aprender de la enfermedad y de la vida, y a las que aun no, para pedirles que esperen pacientemente su turno, que algún día les llegará. A todas.

José Manuel Devesa

Capítulo 1

A su llegada a Antananarivo se sucedieron una serie de trámites burocráticos exageradamente lentos, algunos dudosamente necesarios, a los que se añadió un exceso de pereza por parte de la cinta transportadora en escupir la maleta, retrasando su salida del aeropuerto hasta horas ya tardías. Un taxi, que no lo era, como tantos furtivos que aguardaban su oportunidad, supo apoderarse de su incertidumbre mientras buscaba inútilmente si alguien había ido a esperarla en medio de una muchedumbre ruidosa que ya se desparramaba y la iba dejando sola. Finalmente, cedió ante la insistencia de aquel hombre que se ofrecía de transportista y, a la postre, la condujo hasta la Residencia, circulando con escasa oposición por calles llenas de baches que dormían con las luces apagadas el cansancio del bullicio diurno. Había que esperar a que llegara el alborar para hacerlas latir de nuevo. Al cabo de casi media hora, por fin, llegó.

La mujer que la esperaba se despertó de su sueño ligero cuando oyó el ruido agonizante del motor de un coche que finalmente se silenció. Se asomó con recelo a la ventana que daba a la calle y vio a una joven de cabellos rubios y facciones atractivas recoger su equipaje y pagarle al conductor ilegal una suma que debía ser satisfactoria, pues éste aceptó de buen grado los ariarys extras con los que no contaba.

—Debe ser la doctora que esperamos —se dijo de forma tranquilizadora.

Cuando la ginecóloga se quedó sola, con su maleta pegada a la pierna delante de la Residencia, lanzó una mirada escrutadora al que sería su nuevo hogar y sintió el alivio de haber llegado sin ninguna incidencia. Aspiró profundo para empezar a conocer el olor del nuevo país. Entonces se abrió la puerta y la mujer de dentro, algo rechoncha, de piel oscura y rasgos que denotaban su raza, se atrevió a preguntarle si era la nueva doctora que esperaban, a lo que la ginecóloga respondió con una sonrisa cansada y un gesto afirmativo. La mujer malgache se le acercó para saludarla, dándole la bienvenida de forma cortés pero fría, como entre agradecida y recelosa y, en silencio, la condujo hasta la habitación que sería su apartamento. Con un aire cansino, que reflejaba la hora, a continuación le mostró donde estaban los servicios comunes, le preguntó si necesitaba algo y, sin más, le deseó buenas noches.

—Gracias y buenas noches —respondió la ginecóloga.

La puerta de la habitación, algo desportillada, emitía sus últimos gemidos antes de cerrarse del todo cuando la mujer pareció arrepentirse de su frialdad o indiferencia y tímidamente la llamó desde el pasillo:

—¡Doctora...! En el Hospital Materno-Infantil la esperan con ansiedad y mucha ilusión.

—Tantas como traigo yo —respondió la ginecóloga de forma afectuosa y ya complacida.

—Ahora es muy tarde y debe descansar, murmuró la anfitriona de guardia antes de repetir las buenas noches.

«Ojalá se adapte pronto...», pensó mientras se retiraba con andar perezoso.

Cuando la puerta se silenció tras un pequeño empujón que la dejó encajada, Juliette barrió la habitación con una mirada rápida buscando algún bicho que no encontró. Al saberse sola se tranquilizó. Tan sólo sacó de su maleta un pijama y se tumbó en la cama rendida por el viaje largo y la excitación vivida, entregándose a un sueño profundo.

Al día siguiente, amaneció con el ronroneo de la vida en la Residencia. Hubo saludos y algunas presentaciones que apenas la entretuvieron. Ya era un poco tarde y se apresuró para salir y dedicar la mañana a regular su situación como cooperante, colegiándose como médico y cumpliendo con otros trámites en el Ministerio de Sanidad y otras dependencias de una Administración que tanto chocaba con la suya. Todo se hacía a mano. Todo le llamaba la atención por resultar de otra época que no conocía. Nunca había vivido en un mundo sin ordenadores... Circular y moverse por la ciudad resultaba caótico en ese ambiente bullanguero. Muchos la miraban y casi otros tantos la transparentaban. Ella los miraba a todos: a los que iban, a los que venían, y a los que no iban ni venían.

Ya entrada la tarde, por fin, conoció el hospital y a los que serían sus nuevos compañeros. Se puso a disposición de todos y de forma algo tímida pero determinante estableció las bases de su trabajo, aunque la asaltaron grandes dudas acerca de la posibilidad de desarrollarlo con aquellos medios tan precarios... Bueno, pensó, ésa era precisamente la razón por la que había decidido pasar un tiempo en un país constreñido por tantas carencias.

A pesar de ello, cuando la tarde ya se agotaba regresó a su habitación y estuvo tentada de reintroducir en la maleta lo poco que había sacado y al día siguiente regresar tranquilamente al aeropuerto a esperar el primer avión de vuelta. No había hecho más que finalizar ese pensamiento de abandono cuando unos nudillos golpearon con suavidad la puerta. Era la otra ginecóloga —la nativa— que trabajaba en el Hospital y quería decirle algo.

—¿Algún problema? —preguntó Juliette.

—No, simplemente quería decirte que no te imaginas cuanto agradecemos que estés aquí y cuánto te necesitamos —respondió recreando la frase en tono amistoso—. Seguidamente añadió:

—Debes saber que de ahora en adelante trabajaremos para ti y haremos todo lo que podamos con nuestros escasos recursos para que te sientas lo más a gusto posible. Tómate los días que quieras para adaptarte. Aquí no tenemos prisa, sólo muchas

necesidades... Desde que nacimos estamos acostumbrados a esperar. Creo que antes de empezar con tu actividad sería bueno que te impregnaras de Tana para valorar lo que significa esta otra ciudad apéndice en la que estamos: «Akamasoa». Ahora... tal vez pienses en marcharte y volver a tu país, pero si aguantas unos días lo que querrás será quedarte con nosotros para siempre. Si necesitas algo dímelo y cuando quieras empieza.

Juliette le dio las gracias en tono dulce y afrancesado. Cuando cerró la puerta, acabó de deshacer su equipaje del todo y ordenó con esmero la habitación. Ya sabía que se quedaría.

Capítulo 2

La mañana alboreaba con pereza filtrando sus primeros rayos a través de un cielo encapotado amenazando con lluvia. Sin embargo, el verano, ya en la antesala del otoño, todavía ejercía su poderío y la temperatura del aire que soplaba suave, como movido por un abanico, era agradable. Juliette lo agradeció. Apenas hacía un par de semanas que había llegado a Madagascar y ya empezaba a respirar en malgache. Hasta ahora tan sólo conocía su capital, ancha y ondulada, con reminiscencias de un pasado colonial que desde su colina dominante mostraba con impudicia edificios y mansiones ahora descuidadas y desteñidas, y a sus pies ofrecía pinceladas sueltas de copias baratas de una modernidad irreal abrumada, casi borrada, por la pobreza y la mugre —lujuriosas, ofensivas— que se esparcían por doquier.

Al salir vio al gato, que por su actitud desconfiada y vigilante debía estar haciendo guardia, correr veloz con el lomo erizado detrás de algo que por muy poco se escapó vivo, logrando esconderse entre el ramaje del seto que enmarca el pequeño jardín que daba entrada a la Residencia. El afortunado debía ser uno de esos roedores supervivientes que aún quedan por la zona, pensó mientras acomodaba en la espalda la mochila con el ordenador y un buen libro repleto de hermosas fotografías y todo tipo de ilustraciones sobre Madagascar.

Con paso tranquilo inició el camino hacia el hospital por la calle donde se estaban construyendo la iglesia y otra escuela con las piedras de la cantera vecina, arrancadas y domesticadas a golpe de martillazos lanzados por manos infantiles y de mujeres y hombres que resquebrajaban su pasado y abrían los resquicios de un futuro hasta entonces inimaginable para ellos. El gallo cantaba su particular maitines allá a lo lejos y la ciudad empezaba a despertarse quebrando perezosamente el silencio de la noche con el sonido destartalado de los pocos coches que a esas horas tempranas circulaban por las calles de Akamasoa —«ciudad de los buenos amigos»—, la única colina de Antananarivo en la que la vida tiene un sentido humano. Poco después empezaría a llegar el otro, el de la música ruidosa de un millón y medio de habitantes que se mueven azuzados por la necesidad de sobrevivir, más que por la de vivir.

Ahora, caminaba sin temor por esas calles anónimas flanqueadas por unas viviendas dignas, todas iguales, que parecían vestidas de uniforme y se mostraban perfectamente alineadas unas con otras como si se tratara de una formación militar, pensando en la labor tan intensa y profesionalmente apasionante que tenía que afrontar en unas condiciones tan precarias de medios técnicos y humanos. Aunque había leído mucho acerca de la vida y las costumbres del país, la realidad que se encontró desde su desembarco en la gran «isla roja» le resultaba ajena e impactante motivándola aun más, si cabe, para ahondar en su conocimiento y desarrollar la

misión con la que se había comprometido consigo misma un año antes en Mónaco. Su pensamiento la condujo allí, al recuerdo del día que asistió llena de expectación y entusiasmo a una conferencia ofrecida por el Padre Opeka —argentino de nacimiento y malgache de adopción, albañil, futbolista, misionero, escritor, filósofo de la vida, encantador de almas y forjador de voluntades— fundador, esencia y aliento de Akamasoa, el barrio nacido entre los escombros, las chozas y la basura que se daban cita en aquel punto de la periferia de Tana. El motivo no era otro que el de solicitar fondos para continuar derrumbando con éxito los cimientos de la desidia y del abandono, de tanta miseria que allí reinaba hasta que empezó a combatirla con su asombroso proyecto de vida, educación y trabajo: un proyecto de esperanza. Cuando apareció y se subió al estrado, su presencia llenó todo el espacio y cortó la respiración de un público pudiente que abarrotaba la sala. Su poblada cabellera blanca se ondulaba en la frente continuándose en su caída hacia los lados en una larga y densa barba que alcanzaba hasta casi la mitad del pecho confiriéndole un halo místico y casi bíblico. Sus ojos, de color azul verdoso, transmitían una mirada profunda y seductora que inspiraba confianza y penetraba en el alma conducida por una voz potente y bien timbrada que despertaba la llamada a la solidaridad. Una emocionante ovación puso fin a sus palabras y a las imágenes que proyectó, que calaron hondo en las conciencias y atizaron la de la ginecóloga. En ese momento, ya supo que algún día ella también estaría allí luchando contra la enfermedad.

Al aproximarse al hospital observó cómo en la puerta de entrada empezaban a agolparse grupos de familiares de las pacientes ingresadas, mujeres embarazadas y otras que seguramente buscaban poner remedio a su incapacidad para conseguirlo; algunas, porque sangraban de forma desmesurada y a destiempo debido a ciclos menstruales caprichosos y las de más edad porque éstos ya habían sido sustituidos por unos sofocos que las consumían. El paisaje lo completaban maridos con aspecto inexpresivo o enfermizo que iban de acompañantes, y padres y madres con niños que sufrían todas las formas imaginables de desnutrición, con sus vientrecitos hinchados, y tantos otros padecimientos que reflejaban cruelmente las carencias higiénicas y sanitarias en las que viven. Muchos de ellos habían pasado la noche allí, en silencio, esperando a que se abrieran las puertas de una salud que desconocían. Pronto estaría todo dispuesto para iniciar una nueva jornada de consultas interminables, en las que las dolencias que se contaban casi siempre reflejaban más las dentelladas que les iba dejando la vida que las de la propia enfermedad.

Ahora, Juliette agradecía el esfuerzo de las muchas horas robadas al sueño que había dedicado al estudio de la lengua malgache durante los meses previos, pues eso le permitía acercarse a los nativos de una forma directa y natural, entrar en ellos y leerlos mejor. Cada nueva paciente le reservaba una sorpresa, que enriquecía sus conocimientos médicos y humanos. Por eso, desde su llegada, acudía diariamente al

hospital con un renovado y creciente interés por extraer de cada historia clínica la otra, la vivida, que corría de forma tan paralela. Su experiencia profesional, aunque todavía corta, ya le había enseñado que la enfermedad y el enfermo son dos partes inseparables, que hay que tratar por igual si se quiere lograr la verdadera curación.

Entre saludos de «*mana ahoana*»(buenos días) se abrió paso con discreción por medio de ese montón dispar de pacientes y familiares ansiosos o resignados, que intuitivamente reconocían su condición de médico venida de algún lugar lejano, apartándose con respeto para facilitarle el camino. Como de costumbre, saludó a los del Servicio de Seguridad y entró en el edificio de ladrillo que había sido construido por los propios habitantes de Akamasoa, quienes poco a poco iban llenando de contenido una ciudad satélite que desde su altura arrebatava la dignidad y el orgullo a la otra Tana que se extendía a sus pies.

Lentamente, se dirigió hacia su despacho rastreando con su fino olfato el pasillo al que daban las habitaciones para tratar de detectar el olor de los nuevos ingresos, o el de las complicaciones surgidas durante la noche. Al llegar a la puerta hizo bailar su llave dentro del hueco más grande de la cerradura hasta que sonó el clic que anunciaba que ya estaba encajada y lista para ser girada y abrirla. La luz natural mortecina de ese amanecer nuboso, que teñía de gris el despacho, sólo se alegró ligeramente con el encendido de la única bombilla que colgaba del techo y el reflejo de la bata blanca que se puso con un movimiento maquinal. Ese día no tenía operaciones programadas por la mañana, por lo que dispondría de más tiempo para dedicárselo a los pacientes nuevos que acudieran a la consulta.

El despacho estaba modestamente amueblado con lo más imprescindible. En una de las paredes colgaba un estante sobrado de espacio, que contenía algún libro de medicina general y otros de ginecología y obstetricia. La mayoría presentaban un aspecto viejo, por desuso más que por uso, y en su país ya sólo podrían encontrarse en poder de los coleccionistas o anticuarios. La silla crujió con un saludo de bienvenida cuando se sentó mirando hacia el crucifijo que colgaba enfrente; entonces, musitó una breve oración a la que puso fin santiguándose con un gesto rutinario. Seguidamente, se dispuso a ordenar unos montones de papeles sueltos que había sobre la mesa sin prestar atención a su lectura. De pronto, unos nudillos golpearon la puerta y la hicieron chirriar sin esperar respuesta. La enfermera asomó la cabeza diciéndole que fuera esperaba una joven que venía acompañada por alguien de la Residencia de Akamasoa.

—¿Quién es? ¿Sabes qué tiene?

—No. Estoy escribiendo las gráficas de la noche y no me dio tiempo a preguntar, pero su aspecto me resulta familiar y sólo sé que lleva un tiempo acogida en la Residencia y es una persona muy querida, según me hizo saber la acompañante nada más dirigirse a mí.

—¿Huérfana?

—Lo ignoro, pero intuyo que se trata de una de esas chicas que fueron abandonadas, como casi todas las que...

La ginecóloga la interrumpió y sin mirar a la enfermera dijo que le comunicara a la paciente que pasara ella sola. Había aprendido que las mujeres cuentan más cosas cuando están solas que acompañadas. En cualquier caso es un respeto a su intimidad, pensó para sí.

La joven se quedó parada tímidamente en la puerta esperando una señal que la invitara a entrar. Juliette alzó la vista y enfrente se encontró a casi una niña. Durante unos instantes, la escrutó sin pestañear tratando de adivinar su mal. Por fin, con una voz suave y tono casi maternal le indicó:

—Pasa y tumbate boca arriba en la camilla que está pegada a la pared.

Cuando la joven ya estaba dispuesta, se acercó a ella y de inmediato percibió un fuerte olor desagradable, diferente al de otras pacientes, que le permitió establecer el diagnóstico de forma inequívoca. Sin decir nada, la desnudó con mirada de médico durante unos segundos e inmediatamente le dirigió otra teñida de compasión al tiempo que le cogía una mano con un apretón ligero, tomándole el pulso de forma discreta, mientras posaba la otra doblada sobre su frente para sentir la temperatura de su cuerpo. En la habitación tan sólo se oía un silencio entrecortado por el ruido del aire que entraba y salía de un pecho asustado que subía y bajaba más rápido de lo habitual. A continuación, se dirigió hacia su mesa y abrió una carpeta que contenía unos papeles en blanco en los que escribió unas breves notas acerca de las observaciones que acababa de hacer. En un instante pensó en toda la patología ginecológica que había visto en tan solo unos días y que en un país moderno como el suyo ya casi formaba parte de la historia de la especialidad, pero éste era el primer caso que veía de esa lacra que tanto aflige a las mujeres del tercer mundo y que en el suyo solo formaba parte de un pasado ya lejano y olvidado. Sabía que en África subsahariana más de dos millones de mujeres la padecen.

Se dirigió de nuevo hacia la camilla donde la joven yacía tumbada e inmóvil, con la mirada sombría, triste, indiferente, perdida, apuntando a un lugar impreciso del techo. Le apretó su mano y con convicción, con voz de médico, dijo:

—Ya sé lo que tienes —pero, ahora, lo que me interesa es conocer la historia de tu vida y las circunstancias en las que se produjo esto, y cómo y porqué llegaste hasta aquí—. Si quieres... cierra los ojos para mirar hacia dentro y suelta todo lo que llevas ahí escondido, enjaulado, mordiendo tu alma, añadió finalmente con una entonación más cercana.

—Doctora..., yo puedo contarle todo, pero tengo pocas palabras para expresarlo —dijo con timidez o vergüenza.

—No te preocupes, yo tengo muchas para escribirlo; tú simplemente habla —

respondió Juliette.

Tras un breve silencio, la joven asintió con un gesto de complacencia y miró a la doctora, ahora dejando entrever un brillo de esperanza y otro de tristeza. Esas palabras y el contacto con su piel fina le habían transmitido confianza y en sus ojos de color azul muy claro supo apreciar una mirada limpia y un halo de ternura. Luego, giró la cabeza al frente y respiró hondo durante unos segundos, mientras la ginecóloga se levantó para coger la carpeta en la que había escrito un momento antes. Cuando oyó crujir la silla y supo que ya se había sentado, bajó los párpados y se adentró en su vida que ahora emitía destellos de luz y, con voz tenue, la empezó a rememorar desde el principio...

Juliette escuchaba en silencio tomando notas continuas del relato que fluía de forma ordenada desde el manantial de sufrimiento y amargura que había alimentado a aquella niña inocente e indefensa, intercalando sus vivencias personales con otras reflexiones que reflejaban con toda crudeza la vida rural en su país.

Tras un prolongado monólogo, la joven hizo una pausa y la ginecóloga aprovechó para hacerle beber un vaso de agua que vació de un trago. Cuando se sentó de nuevo le pidió que ahora le hablara de él y de cómo sucedió.

Al cabo de un tiempo, que se le hizo corto, la interrumpió para comunicarle que por hoy bastaba. Veía a la joven fatigada y observó que su cuerpo temblaba de un frío que venía de dentro anunciando calentura, por lo que procedía ingresarla para iniciar el tratamiento cuanto antes. Cuando se encontrara un poco mejor podría seguir viajando por la memoria de sus recuerdos...

De nuevo, le cogió la mano y acariciándole el oído con voz suave así se lo indicó.

Cuando salía del despacho, ya en el umbral de la puerta, la joven se dio la vuelta y mirando a la doctora le dijo:

—He sufrido mucho, pero aquel grito pronunciando mi nombre cuando el tren arrancaba y yo corrí tras él sin alcanzarlo fue una pesadilla constante que arrastro desde entonces y aun hoy no he podido olvidar. ¡Cuántas noches oyendo aquella voz retumbando en mi corazón hasta que el sueño, imitando al tren, la alejaba! exclamó antes de desaparecer tras la puerta.

Juliette frunció el ceño sin decir nada.

Cuando se quedó de nuevo sola en el despacho, una emoción contenida humedeció sus ojos mientras ordenaba los papeles en los que había anotado todos los detalles de aquel monólogo, solo puntualmente interrumpido con algunas preguntas para hurgar en lo más hondo de sus sentimientos o para ayudarle a expresar su visión de la vida desde su perspectiva y cultura primitivas. Los guardó cuidadosamente en el

cajón y seguidamente escribió de forma escueta y clara los datos clínicos y el diagnóstico en otra carpeta antes de continuar con su trabajo. El resto de las pacientes que atendió presentaban patologías más comunes con las que estaba de sobra familiarizada, por lo que no podía evitar pensar una y otra vez en la historia que había escuchado a primera hora de la mañana.

Al finalizar el día, se encerró en su despacho con algo de comida que le proporcionaron en la cocina. No tenía apetito y apenas tardó nada en saciarlo. Recogió cuidadosamente los restos que sobraron y los depositó bien envueltos sobre una mesa auxiliar. Seguidamente despejó la suya para hacerle un hueco al ordenador. Al encenderlo, la pantalla se iluminó con la mirada penetrante de unos grandes ojos oscuros con tintes de miel que dejaban en segundo plano el resto de las facciones de aquella otra niña que la asonada dejó huérfana de padre y ahora estaba ingresada enferma de soledad, pero que con su inocencia se había dejado fotografiar sonriente el día que la conoció y, desde entonces, configuraba el salva pantallas de su portátil. Instantáneamente le devolvió una sonrisa apesadumbrada mirándola fijamente a sus ojos, mientras esperaba a que su imagen fuera sustituida por la página en blanco con el cursor pestañeando indicándole que ya podía empezar a escribir.

Antes, le echó un vistazo rápido a aquellas otras hojas llenas de anotaciones escritas por ella para refrescar algunos datos, aunque casi no le hubiera hecho falta, pues en su memoria retenía vivamente la totalidad de la narración.

Cuando, por fin, ya iba a empezar a teclear, los dedos se quedaron suspendidos en el aire dudando sobre que letras bailar. Apenas sin pensarlo, los recogió sobre su regazo al tiempo que miraba pensativa hacia la camilla vacía en la que, sin embargo, percibía ilusoriamente la imagen de la joven de la mañana. Corrieron unos minutos en esa actitud hasta que, de pronto, la cabeza le dio la orden de arrancar:

Niña de unos quince años de edad, aunque aparenta más, que acude a la consulta por...

En ese punto interrumpió la escritura y, acto seguido, decidió borrar todas las palabras. Entonces, apoyó los codos sobre la mesa y cruzó las manos bajo su mentón, reposando así la cabeza para intentar ordenar sus pensamientos a la vez que miraba alternativamente hacia la camilla y a la pantalla del ordenador, hasta que de nuevo cogió los papeles con sus notas y los releyó despacio. Cuando acabó miró el reloj y, al darse cuenta de la hora que era, decidió que pasaría el resto de la noche en el despacho. Salió al pasillo y se dirigió al cuarto donde estaba la enfermera, que en ese

momento registraba las constantes de alguna paciente. Al ver a la doctora se extrañó, pues nadie había requerido su presencia, pero enseguida la tranquilizó diciéndole que tenía que elaborar un informe y eso le ocuparía un tiempo, por lo que había decidido quedarse trabajando hasta que lo finalizara. Le preguntó por Vohilaba y la enfermera le comunicó que, aunque seguía con fiebre, estaba tranquila y a esa hora dormía.

Mientras caminaba sin prisa hacia su despacho, tomó la decisión de documentar aquella historia: no como meras notas clínicas, sino como un testimonio de la vida real en Madagascar. Antes de sentarse, se sirvió un café, que saboreó lentamente sin apartar su mirada de la camilla en la que ahora se veía a ella misma allí tumbada suplantando de forma imaginaria a la joven, fundiendo así ficción y realidad.

Una vez delante de la pantalla, casi sin ser consciente de ello, sus dedos se abalanzaron sobre el teclado y empezaron a tamborilear sin tregua. La voz de la joven sonaba ahora en silencio y la ginecóloga la tradujo a su manera...

Capítulo 3

Nací en un poblado sin nombre, que no figura en ningún sitio y vivía en una cabaña al borde del río que se mueve entre los bosques, rodeada de otras pocas chozuelas en donde también habitaban más niños: algunos menores y otros mayores que yo. En realidad, ninguno conocíamos bien nuestra edad, que podría saberse por el número de veces que empieza o se acaba la estación de las lluvias. Para nosotros es lo que determina nuestra supervivencia: si hay agua, hay cosecha; y si no, hay hambre.

Pero ¿qué importa la edad? Para las mujeres de nuestras aldeas y poblados, las edades de la infancia vienen selladas por las tareas que hacemos a partir de cuando ya podemos cargar con nuestros hermanitos menores, a los que tenemos que cuidar mientras no estemos lo suficientemente desarrolladas como para soportar otros pesos que pronto serán nuestros postizos en la cabeza o en la espalda, dobladas por el agua o la leña que transportamos para preparar un puñado de arroz disimulado con otras hierbas como nuestra única comida diaria.

Tampoco supe nunca la edad de mi madre, que ya se hizo vieja nada más unirse a mi padre cuando todavía era una niña y la vendieron a su marido a cambio de una cabra «para poder mojar con leche la sed de la familia». De noche, dormía en nuestra cabaña, allí acurrucada, como si de uno de nosotros se tratara.

Mi madre decía que sus antepasados —«*los merina*»— eran descendientes de los esclavos negros que tanto tiempo antes habían escapado del hambre y del trato al que eran sometidos por otros grupos que los consideraban inferiores por el color más oscuro de la piel.

Tuve algunos hermanos que no conocí y otros que vi morir. Al final yo era la mayor de tres. A veces tenía que cuidarlos mientras mi madre lavaba los trapos de ropa en el río, acarrea agua o recogía de la tierra o de los árboles algo que pudiera servir de comida. Otras, las más, tenía que ayudarle a ella mientras la hermana que me seguía cuidaba del más pequeño.

Mi padre salía de la choza antes del amanecer envuelto en la misma ropa con la que se acostaba, la única que tenía. La parte de arriba de su cuerpo la cubría con unos andrajos de tela con forma de camisa que tapaba con lo que en su día debió ser una chaqueta, y la de debajo con otros a modo de pantalón que le llegaban hasta las rodillas, dejando al descubierto unas piernas enjutas vestidas con una piel ajada y callosa, preparadas para hundirse en el agua y el barro de los arrozales.

La mayor parte de las veces su diálogo con mi madre y nosotros era tan solo a través del sonido áspero y tenue de sus pies descalzos al andar, acercándose o alejándose, pues no había ningún otro rito que marcara la diferencia entre acostarse y levantarse. Sólo sé que cuando se iba cogía un palo largo con una cuchilla curva y

afilada en uno de los extremos, que era el único objeto de trabajo de que se disponía en la cabaña, lo apoyaba sobre el hombro y entonces desaparecía. Cuando llegaba por la noche, se tumbaba en silencio y cerraba los ojos vacíos de esperanza para recobrar unas fuerzas inútiles, que sólo conseguían traer despojos de la tierra y de la vida.

Aun era peor si algún día no trabajaba. Entonces desaparecía y volvía tambaleándose con la mirada perdida en un futuro que para nosotros no existía, esbozando una sonrisa enferma que abría la ventana a una lengua que se asomaba caída hacia un lado entre dos hileras de dientes llenas de huecos. Si podía hablar era para balbucear algo ininteligible y reprocharle violentamente a mi madre su infortunio, o para penetrarla sin otros preámbulos ante la mirada temerosa y atónita de nosotros. En sus escasos momentos de lucidez, a veces, se lamentaba de no haber tenido la suerte de poder comprar un carro con ruedas o un «pousse-pousse» para transportar cosas o personas de un lado para otro cuando aún tenía fuerza suficiente para ello, allí en el pueblo donde nació: en la región de los «antandroy», a varios días de mi aldea.

¡Ah! —me llamo Vohilaba y siempre fui menuda, como la gente de mi raza. Hasta mucho tiempo después no conocí bien mis rasgos, pero los intuía al verlos reflejados en las aguas del río. Sabía que mis ojos son oscuros, como si hubieran pegado ahí dos trozos redondos de mi piel, y sentía que mi expresión era dulce.

Nunca había tenido nada, igual que el resto de los niños de la aldea, pero nos inventábamos juegos como el de saltar con una liana; o hacíamos una bola con hojas que atábamos con raíces finas que transformábamos en cuerdas y, formando dos grupos, le dábamos patadas hasta meterla entre dos piedras que colocábamos enfrentadas a otras dos, a ver quien la colaba más veces a un lado o al otro. A veces fabricábamos un aro con tallos tiernos que se dejaban doblar hasta unir un extremo con el otro, y corríamos detrás de él empujándolo con un palo; o simplemente bailábamos al son de las canciones que aprendíamos de nuestros mayores. Todo eso nos hacía reír y sentirnos felices en ese tramo tan corto de nuestra vida, mientras somos mitad niños mitad madres o padres.

Cuando enfermábamos de algo aparecía una mujer que trataba a las mujeres y un hombre que hacía lo propio con los hombres: son los «*Ombiasy*» (brujos, curanderos). Había que ir a buscarlos a otra aldea más grande, a más de un día de la mía, y eran las personas más poderosas y respetadas de toda un área que, entonces, no alcanzaba a imaginar. Iban y venían con unas cestas o sacos en donde guardaban muchas hierbas distintas, y después de examinar al que estaba sufriendo recitaban con solemnidad unas frases para nosotros ininteligibles, invocando con la mirada perdida a los «*Razana*» (espíritus, antepasados divinizados) o a no sé qué cosas u objetos extraños. Al rato, hacían una selección que mezclaban y trituraban hasta que salía un jugo que nos hacían beber, o una pasta que aplicaban sobre la piel en determinados

sitios del cuerpo —según la parte que ellos estimaban que era de donde procedía el mal—, haciendo previamente unas heridas a cada lado con un palo punzante, que nos llenaba de dolor. Si bebíamos la pócima, al poco tiempo, se descomponía el cuerpo y los pensamientos se hacían turbios, detrás venían las convulsiones, todo se volvía borroso hasta desaparecer de la vista aunque los ojos siguieran abiertos, el cuerpo se vaciaba sin control, y se caía en un estado de ausencia hasta que pasaba su efecto, o el enfermo ya no despertaba porque el brebaje no había podido con el mal espíritu que había entrado en la víctima. Si la introducían en la piel, primero quemaba, luego se producían temblores de frío, que anunciaban la llegada de un calor intenso y, en poco tiempo, la herida se hinchaba y enrojecía hasta que se reventaba y salía un líquido sucio y de un olor que apartaba a los demás. Era como poner a pelear entre sí a dos enfermedades: la buena contra la mala. Unas veces ganaba la buena y otras la mala, que, entonces, se llevaba la vida como trofeo por su victoria. Según qué circunstancias, a veces nos tratábamos nosotros mismos utilizando el instinto, y casi siempre era mejor.

Un día, *la enfermedad mala* se llevó a mi madre...

Todo empezó por la picadura de un mosquito, como le había pasado a dos de mis hermanos: uno que conocí y otro que se fue antes de que llegara yo. Estaba mi madre haciendo el fuego de la noche, en el que calentaba en un cuenco el agua del río para cocer el arroz y las hierbas de adorno con las que como cada día engañábamos al estómago. Sintió como si se pinchara con algo que no vio y se asustó recordando a sus hijos perdidos. No sé cuánto tiempo después, un atardecer, bruscamente, empezó a temblar de frío, luego a arder por dentro y perdió el conocimiento. Mi padre aun no había llegado, mis hermanos miraban y lloraban asustados mientras yo le ponía unos trapos mojados en agua fría por todo el cuerpo, hasta que poco a poco empezó a despertarse de su «malaria». Estos episodios se repetían periódicamente, marcando los tiempos de un caminar rápido hacia la muerte.

Ella no decía nada, pero cada vez se movía con más dificultad y ya me pedía ayuda para todo. Un día, me fijé que tenía el vientre hinchado, como si de repente se hubiera quedado embarazada y estuviera a punto de parir. Años después, supe que ese abultamiento era producido por la hinchazón de lo que tenemos dentro flotando en un líquido ahí atrapado que no le dejaba respirar.

Mi padre, en el único momento de ternura o cariño que le vi demostrar a mi madre, trató de informarse de si en la gran ciudad, a varios días de distancia caminando, había otros chamanes que pudieran curarla, pero ella ya no podía andar y no teníamos nada para vender, que nos hubiera permitido viajar en alguna camioneta de las que a veces cruzaban el río en una u otra dirección.

Una mañana, no se levantó del suelo, cerró los ojos, me cogió la mano y susurró que cuidara de mis hermanitos y de mi padre. Fueron sus últimas palabras antes de

que mi padre, ebrio como estaba, la tirara al río: su cementerio. Ni siquiera tuvo fuerzas para enterrarla. Ese día cambió mi vida, dejando atrás una niñez que se llevó la corriente del río a la misma velocidad que el cuerpo de mi madre, sin tiempo para llorar ni para recordar.

Mi padre se volvió aun más distante con nosotros, sus silencios y ausencias duraban cada vez más y nunca volví a sentir algo parecido a ser inocente o feliz. Con frecuencia, mis hermanitos y yo sufríamos su ira cuando regresaba con el olor del alcohol que se hace con miel, y nos echaba de la cabaña o nos teníamos que refugiar en algún rincón alejado para no recibir más golpes hasta que, de nuevo al amanecer, desaparecía para buscar algo que ya no llegaba a casa, pues lo que conseguía se lo gastaba en beber antes de regresar. Entonces, sin la amenaza de su presencia, volvíamos a nuestro paupérrimo hogar para descansar del miedo y buscar algo para comer. Yo ya no podía jugar ni reír con los niños de mi edad. Ya era madre sin serlo.

Mi amiga Alahady trataba de ayudarme y su mirada siempre reflejaba el brillo apagado de la nostalgia de otros momentos que hasta ayer compartíamos y que tan poco tiempo habían durado. Ella también cuidaba de sus hermanitos mientras su madre lavaba en el río o cocinaba el pescado que traía su padre: un buen hombre que siempre desembarcaba con una cesta llena de peces y cangrejos, parte de los cuales los intercambiaba con los vecinos por lo que ellos conseguían de lo que daba la tierra, y otra parte los vendía en otra aldea más grande, a algo más de un día de viaje.

A escondidas de mi padre, la madre de Alahady a veces nos daba comida o nos hacía participar de la suya, como si también fuéramos sus hijos, y eso era una fiesta para nuestros estómagos acostumbrados al vacío, pero era una fiesta aun mayor para nuestros corazones rotos. Eran mis mejores amigos y los quería más que a mi padre.

De tarde en tarde, veía cruzar el río en la barca a unas mujeres que se cubrían la cabeza y su piel con unos trapos raros, como si tuvieran frío, aunque no lo hiciera, o les diera vergüenza enseñarlas. Siempre iban en un coche y ése era el único signo de civilización que yo conocía y que nunca entendí. Si nuestra barca se mueve porque los hombres tiran de una cuerda que va de un lado a otro del río... ¿por qué a un coche no es necesario empujarlo o tirar de él para que ande? Tampoco me importaba mucho saberlo.

Un día, Alahady me comunicó que a partir de la siguiente luna iría a una escuela que había en un gran poblado, comparado con el nuestro, donde vivían esas mujeres raras en unas casas de verdad y enseñaban a los niños a leer y a escribir, les daban de comer y los alojaban en unas habitaciones donde dormían sobre un suelo blando que estaba encima del duro sobre unos palos que lo sostenían. La habitación era grande y había muchos de esos suelos blandos cubiertos con unas telas que estaban limpias, y podías apoyar la cabeza sobre algo que parecía un tronco de madera, pero que no lo

era, y se hundía sin crujir cuando la reposabas para descansar. También había unas bolas vacías, como lunas llenas de diferentes tamaños, que de repente daban luz. Su padre le había contado todo eso.

Yo no sabía en qué consistía leer o escribir ni para que servía. Nunca había visto un papel escrito. Tampoco me imaginaba lo que era una escuela; ni aquello que llamaban cama o almohada; ni por qué para dormir había que meterse entre unas telas como si fueras un trozo de pollo entre dos rebanadas de pan; ni para que se necesitaban esas bolas de luz, con lo bien que vemos nosotros en la oscuridad.

Mi vida, hasta entonces, se había centrado en cuidar a mis hermanos, ayudar a mi madre y esconderme de mi padre para tener el premio de una comida diaria. Yo nunca había salido de mi aldea de cabañas y mi padre no quiso o supo explicarnos cómo vivían en otros sitios más grandes, como en el que él había nacido.

Estaba muy triste porque mi amiga se iba a ir y sin ella ya nada sería igual... Tal vez no volvería, o se convertiría en una persona extraña para mí o, peor aún, yo acabaría siendo la extraña para ella. Nunca regresó.

Al poco tiempo de marcharse, una noche, sentí un dolor extraño a ambos lados por debajo del ombligo... Me mantuvo despierta y asustada. Estaba acostumbrada a tener dolores frecuentes en otras partes del vientre como todos los demás niños, pero nos resultaban familiares porque eran producidos por la agitación de nuestros parásitos, cuando llevábamos tiempo sin darles de comer. Aquello era distinto. El dolor era fijo y yo tenía una sensación nueva. De pronto, sentí que algo húmedo resbalaba entre mis piernas, pero poco después el dolor fue disminuyendo y, sin darme cuenta, me dormí. Cuando la luz del amanecer entró por las rendijas de la cabaña, mi padre ya no estaba y me atreví a salir a ver que era aquel líquido que seguía fluyendo a cuenta gotas como si estuviera llorando por un sitio nuevo. Mi falda estaba manchada de sangre y comprendí que esa noche me había hecho mujer.

Antes de morir, mi madre me contó esa extraña transformación que se produce en nosotras. Fue un día que estaba bañándome desnuda con otros niños en el río y ella apreció que las dos manchas oscuras que adornan mi pecho empezaban a crecer y a abultarse. Los niños las miraban con una mirada pícaro y sonreían cuando las dejaba ver o las intuían bajo una blusa raída y transparente. Había hecho de madre antes de ser mujer sin que mi vida cambiara, pero a partir de ahora todo sería distinto. Pasé del circuito de los niños al de los hombres... Los juegos inocentes ya iban a ser para siempre un breve recuerdo del pasado y el primer aviso de mi recién estrenada adolescencia no se hizo esperar. El olor de mi cuerpo cambió y empecé a atraer a los chicos que, ahora, querían jugar a tocarme. Esperaban a que fuera al río, para observarme mientras me inclinaba para lavar la ropa. A veces sucedía que a la ventana de mi blusa se asomaban inocentemente dos pechos tiernos y firmes, que flotaban en el aire y se balanceaban alegremente con mis movimientos. También, me

miraban cuando la ropa mojada se ceñía a mi cuerpo, menudo pero bien formado.

Un día, con la complicidad del atardecer, uno de ellos, de carácter violento, me abrazó con gestos obscenos cuando volvía con la ropa lavada en una cesta que portaba sobre la cabeza con todo su peso y ninguna capacidad para defenderme. La madre de Alahady oyó mis gritos y amenazó con furia al que quería profanar mi intimidad. Todo acabó ahí, pero fue el inicio del rechazo al contacto con un hombre, que no se suavizaría hasta mucho tiempo después...

Una noche mi padre apareció en la cabaña con otra mujer y nos echó a dormir fuera. Mi hermanito Vary y mi hermanita Siramamy lloraron en silencio, dejando resbalar sus lágrimas hasta mezclarse con los mocos que siempre adornaban su nariz, mientras yo, abrumada, envuelta por la tenebrosidad de la noche, recordaba intensamente a nuestra madre. La vida nos cambió y de qué manera. Aquella mujer, ya ajada por la vida, se pasaba el día sentada esperando la llegada de mi padre, y, de noche, se entregaba a él por un puñado de comida que nos robaba a nosotros.

No tardé en darme cuenta que para mi padre yo ya era un estorbo aprovechable. Siramamy ya podía sustituirme en las labores de recoger los palos para encender el fuego, buscar el agua y la comida que encontrara en el fango de los arrozales más cercanos al río y, cuando se podía, lavar los trapos con que cubríamos nuestros cuerpos; y Vary, el pequeño Vary, andaba y jugaba sólo con los otros niños de su edad, apurando con alegría los pocos años que le quedaban de una niñez huérfana de sentimiento.

Una mañana, que estaba lavando, la madre de Allahady se acercó a mí y me dijo que mi padre estaba buscándome un hombre para que le diera hijos. Las mujeres de nuestras aldeas, nosotras, no tenemos otro valor para el hombre —susurró mirándome con ojos brillantes y humedecidos—. Yo no podía dejar a Vary y Siramamy, pero comprendí que mi tiempo a su lado se había ido. Un día, mi padre me presentó a mi futuro marido, que había robado un cebú para entregárselo a cambio de mí. Era el chico que violentamente me había asaltado aquella tarde. La memoria de mi madre me volvió a inundar y su ausencia me desgarró.

Cuando se lo conté a Vary y Siramamy me miraron mudos con sus ojos como castañas a través de una cortina de agua que los empañaba, sin comprender que habían hecho para que los privaran de mí, que era lo único que tenían. La boda se iba a celebrar en cuanto volviera a salir el sol. Esa noche lloré amargamente.

Mi futuro marido vivía al otro lado del río y trabajaba tirando de la cuerda de la barca que transportaba a las camionetas que de tarde en tarde cruzaban de un lado a otro, yendo o viniendo de sitios que yo no conocía ni imaginaba.

El día que fui vendida se celebró con una comida de hierbas, arroz, pescado —el que nos regaló el padre de Alahady y cocinó con todo esmero su madre—, y carne de unos pollos, que corrían desesperados escapando del fuego cuando supieron que iban

a ser una parte del festín. Acompañando la comida, los hombres bebían un líquido, que al pasar abrasaba la boca y, poco a poco, les producía primero una alegría babosa, que apenas en vez de contagiar, y luego los iba dejando tirados por el suelo respirando a bocanadas —como los peces cuando salen del agua y agonizan—. A partir de ese momento ya eran incapaces de levantarse para cantar o bailar.

Cuando el día languidecía, y ya solo quedaban los despojos de mi fiesta más triste, la madre de Alahady me llevó a un aparte. Primero, me abrazó con ternura y luego, entre mis disimulados gemidos, me puso entre las manos un pequeño objeto de madera para que siempre lo llevara conmigo: un «ody» (amuleto) al que pudiera aferrarme para ayudarme a luchar contra la soledad de una vida que, al lado de una persona que no quería, me iba a resultar hostil.

Esa noche, el novio, ebrio de alcohol y de deseo, me rompió por dentro llenándome de dolor. Cuando se apartó de mí apreté fuerte mi amuleto. Apenas dormí. Las horas despierta las ocuparon la tristeza, el miedo y la incertidumbre. Mi padre me abandonó a una suerte que no busqué ni deseé, obligándome a dejar a los que tanto quería y tanto me necesitaban.

Cuando se esfumaron los vapores del alcohol y sexo que lo habían dejado tumbado, mi marido se incorporó y se mojó entero en el río, metiendo y sacando la cabeza del agua varias veces para enfriar sus calores. Ya vestido, me apuró para emprender la huida de la aldea para siempre.

—¿Cómo es esto? ¿Por qué? ¿Y mis hermanos?, le pregunté asustada y empezando a temblar otra vez.

—Sé que tarde o temprano los buscadores del cebú robado darán con el ladrón... No tenemos otra alternativa que marcharnos lejos. Aún no amaneció y éste es el momento. No hay nada que pensar —dijo con tono rudo, casi amenazante.

No hubo tiempo a más. Tuve que aceptar su decisión de huir de mi pasado sin posibilidad alguna de negarme. Cumpliendo su premonición, casi al tiempo que a mí me robaron mi dignidad, a mi padre le robaron a su hija, ahora convertida en cebú.

Así empecé una nueva etapa de mi vida. Por entonces, supe que tenía más o menos 13 años.

Capítulo 4

Juliette interrumpió la escritura para tomarse un breve respiro. Hizo crujir de nuevo la silla al levantarse para preparar otro café, que sorbió con calma asomada a la ventana. La noche mostraba quietud. Una brisa suave arrastraba nubes que jugaban a apagar y encender la luz de una luna creciente.

Durante un rato, dejó que el aire moviera su cabellera rubia, que tanto le llamaba la atención a las nativas; ellas luciendo su pelo duro y rizado pegado a la cabeza, como si fuera una almohadilla para amortiguar el peso de vasijas llenas de agua, cestas de hierbas y grano, racimos enormes de bananas o troncos de madera: sus herramientas de supervivencia. Olía a mojado, por la lluvia caída en las últimas horas, y pudo aspirar con agrado esa humedad tan distinta a la que desprendía la joven Vohilaba.

Se sentó de nuevo, miró otra vez hacia la camilla, y cuando volvió a fijar su vista en la pantalla del ordenador, con el cursor en estado de espera intermitente invitándola a escribir, en su interior oyó la voz silenciosa de Vohilaba, ahora hablándole de su marido...

Se llama Razafindra y vio la luz en un lugar al sur de las tierras altas. Su aldea está en el medio de nada, a muchas horas de camino del pueblo por el que cruza una carretera que, en muchos tramos, el barro hace intransitable durante la época de las lluvias. Su padre se dedicaba al pastoreo y trabajaba para alguien que vivía en el pueblo, que se hizo próspero gracias a esa naturaleza que da comida inagotable a manadas de cebúes: el mejor amigo y el bien máspreciado que tenemos los malgaches.

Razafindra era el mayor de 4 hermanos y acompañó a su padre desde que tenía recuerdos en su memoria. Se levantaban antes de que saliera el sol y no volvían hasta la noche. Su madre cuidaba de los otros hermanos y, todos los días, recorría mucha distancia para recoger agua y preparar el grano que constituía la base de la comida diaria.

Él se lamentaba de que no había tenido infancia, pues sus únicas compañías fueron los cebúes y su padre, y, desde poco tiempo después, el hermano que le seguía. Su mayor riesgo era el de tener que enfrentarse a los ladrones de cebúes, que los roban para engrosar otras cuadradas o para demostrar el valor y el amor a una pretendida, aún sabiendo que si los descubren su destino es huir o acabar muertos a manos de los hombres que defienden los intereses del amo.

Un día desafortunado, su padre cansado de la miseria de un salario de subsistencia, se vendió por un puñado de ariarys a un tratante de ganado que le propuso mirar para otro lado durante la noche, dejarse amordazar y golpear

levemente —pero aparentando una acción violenta— permitiendo así que se esfumasen una gran parte de los cebúes, con los mejores ejemplares. Cuando quiso cobrar la recompensa, fue rechazado y amenazado con ser delatado a su amo, lo que finalmente ocurrió. Por eso tuvieron que abandonar la aldea, igual que nosotros.

Escondidos entre las hierbas altas —como los leopardos— su padre y él aguardaron sin moverse a que el sol se acostase, para correr a casa y despedirse de su madre y hermanos por un tiempo que ya fue definitivo.

Sus perseguidores, siguiendo las órdenes del amo, tenían el encargo de hacer desaparecer a su padre; y si no lo encontraban se vengarían con él. Estuvieron todo el día merodeando alrededor de su cabaña sin encontrar a sus presas. Cuando, al fin, los esbirros desistieron de esperar por ese día, se despidieron de su madre violándola en presencia de sus hermanos. Esa noche, con poco más de diez años, los mismos que uno de los cebúes favoritos de su padre —por eso sabía su edad—, Razafindra aprendió que la fuerza y la violencia eran más poderosas que el sentimiento... Entonces, decidió adiestrarse en su uso para sobrevivir.

Juntos, su padre y él emprendieron la partida andando de noche, guiados por la oscuridad, y descansaban de día, siempre ocultos. Tardaron más de una luna en alcanzar los bosques de plataneros y ravenalas, donde la naturaleza era generosa en alimentos que les permitían seguir su huida a ninguna parte.

Un amanecer, al llegar a una aldea a orillas de un río, el padre decidió que se quedarían allí hasta que pasado un tiempo, en el que la edad ya los habría hecho irreconocibles para sus vengativos verdugos, pudieran volver a buscar a la madre y hermanos para traerlos a esta nueva vida. El padre consiguió una azada, como recompensa a varias jornadas de trabajo cargando bultos que transportaban por encargo, doblados por su peso durante muchas horas cada día. Así pudo empezar a construir la choza, cortando troncos y hojas de ravenala, hasta que, por fin, tuvieron cobijo al amparo de las lluvias que ya habían comenzado.

Ahora vivían a orillas del río y casi todos sus pocos vecinos eran pescadores. El padre también decidió serlo. No quería volver a trabajar para otros.

Cuando acabaron de construir la cabaña, cortaron un tronco ancho y largo, lo ahuecaron, lo destecharon, le dieron forma, y lo convirtieron en una barca. Hacer los remos les resultó mucho más fácil.

La ginecóloga interrumpió la escritura y abrió su libro guía de Madagascar, para contemplar las hermosas fotografías que mostraban esos lugares en los que la tierra se desparrama hacia las inmensas llanuras de la sabana de Isalo, donde había nacido Razafindra.

Al rato, la voz de Vohilaba, que a esas horas descansaba tranquila, volvió a sonar muda en su cerebro...

A los pocos días de nuestra huida, cuando el sol apuraba sus últimas luces

colándose como una bola roja allá al fondo, nos topamos con un río bordeado por una vegetación espesa, que ocultaba unas pocas chozas en las que la vida no se notaba. Razafindra me ordenó permanecer en un sitio hasta que él volviera de inspeccionar la orilla. Apenas tardó en reaparecer. Se movía ágil y silencioso entre los ramajes densos que nos ocultaban. Al llegar a mi lado se sentó y, susurrando sus palabras, dijo:

Hay una barca a poca distancia de aquí. Aprovechando la luz de la luna, cuando tenga la certeza de que la aldea duerme, la cogemos para cruzar al otro lado. La distancia es corta para mí. Tú... lo único que tienes que hacer es seguirme en silencio y dejar de temblar.

No sé cuánto tiempo de la noche había pasado cuando Razafindra, de pronto, se incorporó y siseando, casi sin que lo pudiera oír, me apretó el brazo tirando de mí y dijo:

—¡Chist! ¡Vamos!

Yo le seguí en silencio, pero temblando. Me hizo subir a la barca. Apenas acababa de poner los pies encima cuando, con un movimiento rápido, desató el nudo de la cuerda que la mantenía anclada a la orilla. Lo siguiente que vi fue a él tirando con fuerza de la otra cuerda que unía las dos orillas, mientras ya nos alejábamos. Entonces se oyó un grito amenazante, que le dio más velocidad a nuestra huida. Cuando desembarcamos, corrimos durante un rato hasta que encontramos un claro donde pasar la noche. No hacía falta hacer fuego. La luna estaba encendida y brillaba. Yo, agotada y temerosa, me dejé caer sobre la hierba y empecé a llorar en silencio. Razafindra se tumbó a mi lado y con voz pausada me habló así:

—Pronto aprendí a sentir el mordisco del pez en el cebo y me resultaba fácil conseguir las presas. Con el paso del tiempo me fui desarrollando físicamente, el sexo brotó de pronto en mi vida casi sin darme cuenta, como lo hacen las flores en la primavera, y empecé a desear satisfacer mis erecciones. No tenía amigos, pues nunca fui niño. Mis relaciones, hasta entonces, habían sido mi padre y los cebúes, mi espacio de juegos la cuadra, y sólo era capaz de expresarme con pocas palabras y de forma autoritaria, como si todo lo que me rodeara fuera ganado. Al final acaba siendo uno como ellos. Me pasaba el día remando de un lado a otro del río buscando los bancos de peces, para que fuera mi padre el que sentado lanzara el hilo con el cebo, esperando a notar el tirón. Así, conseguí endurecer mis músculos y empezar a hacerme temer entre los chicos de mi edad, que me veían más fuerte que ellos. Poco a poco me fui cansando de ese trabajo. Comíamos pero no progresábamos. Mi mundo se reducía a mi padre, el agua y los peces, con los que además no podía hablar.

Cuando dejé atrás la niñez, veía con envidia como dos jóvenes de la aldea de enfrente y otros dos de la mía trabajaban tirando de las cuerdas para cruzar la barca

de una a otra orilla, transportando gente y, de tarde en tarde, algún vehículo. Me atraía cambiar mi actividad, pues ese trabajo me permitiría relacionarme con hombres de mi edad y otras personas, y me abría un mundo nuevo. El trabajo era sencillo, sólo había que tener algo de maña y un poco de fuerza —de la que yo andaba sobrado— para mover unas tablas que se sujetaban sobre los bidones que las sostenían.

Un día, uno de los chicos se aplastó un pie que le quedó atrapado entre la barca y la rampa de desembarcar. Nunca más pudo volver a hacer el trabajo de barquero y yo lo sustituí.

Yo escuchaba temerosa de todo, inmóvil, con los ojos cerrados. De pronto, se calló y se levantó pausadamente sin hacer ruido. Algo que yo no oí lo había alertado. Me incorporé ligeramente y él me detuvo. Con paso lento, pareciendo flotar sobre el suelo, se dirigió hacia la arboleda cercana para inspeccionar la zona. Ahora si pude oír un ruido de ramas y hojas al lado del claro donde descansábamos. Contuve la respiración, pero mi cuerpo se puso a temblar otra vez hasta que lo vi regresar, ya pisando la hierba. No hay que alarmarse: «Son los "makis" (lémures) nocturnos», dijo con voz tranquilizadora. Ya relajada, me recosté de nuevo y volví a cerrar los ojos. Esta vez, él se quedó sentado a unos metros de mí y, al poco, se puso a hablar, como si estuviera sólo:

En la orilla de enfrente había una joven que casi siempre estaba lavando ropa, o recogiendo agua, o descansaba sentada, o miraba de pie el ir y venir de la barca, a veces con su hermanito colgado sobre su cintura que le hacía un hueco para que se acomodara, insinuando unas curvas tentadoras. Ella no se daba cuenta, pero sus facciones y su figura aun aniñada me atraían, y cada vez que la veía buscaba sin éxito la complicidad de su mirada.

Había perdido la cuenta de cuánto tiempo hacía que mi padre y yo habíamos abandonado nuestro antiguo hogar. Echaba de menos los atardeceres, el aire limpio de la sabana y su paisaje despejado, como dejando ver que detrás del horizonte de esa inmensa llanura hay algo distinto, un porvenir con el que soñar. La lejanía de mi madre y mis hermanos fue difuminando su recuerdo y apenas pensaba ya en ellos. Sin embargo, mi padre nunca se pudo desprender de su nostalgia y deseo de volver a buscarlos. Quería ofrecerles una vida distinta, en la que también hubiera un hueco para el futuro. Cada vez con más frecuencia, hablaba de que cuando llegara de nuevo la época seca emprendería el regreso para traerlos y empezar... Ahora podía ahorrar algo de dinero, su trabajo no era el de un jornal en forma de un poco de comida o de unos ariarys para subsistir; él era el dueño de su destino y cuanto más pescara más podría vender.

A fuerza de coincidir pescando, mi padre acabó trabando cierta amistad con un pescador del otro lado del río que había mandado a su hija mayor a estudiar en la

escuela de una Misión, gracias a lo cual ahora sabría leer, escribir y tendría conocimiento de cosas y del mundo, que nosotros ignoramos. Eso le hacía soñar con que, cuando sus otros hijos vinieran, los dos más jóvenes también podrían ir a esa escuela y abrirles un mundo que para los demás nació cerrado. Yo ya me ganaba la vida de otra manera y el segundo de mis hermanos ya habría superado la edad de aprender.

Un rumor, que parecía distinto del de los «makis», interrumpió bruscamente su voz. Hizo un gesto con la mano para indicarme que no me moviera, sus orejas parecieron erizarse para captar mejor los ruidos de la noche y dirigió su mirada hacia el lugar de la arboleda cercana, de donde provenía el sonido de unas patas de plumaje aterciopelado, que apenas hacían susurrar a la hierba con su roce. Rápidamente, identificó a un «fosa» (felino que se alimenta de lémures, su mayor depredador), que debió de sorprenderse de nuestra presencia allí y nos observaba a través de dos puntos de luz inmóviles, rasgados, que brillaban en la noche como las gotas de rocío iluminadas por la luna. Al poco, se giró y desapareció entre la maleza al acecho de su presa nocturna. Razafindra se acercó a mí y siguió hablando sin preocuparse más, ahora mirándome...

Aquel maldito día, regresé a la cabaña ya con las últimas luces del atardecer. Pasaban las horas sin que apareciera ninguna camioneta ni personas para cruzar. Los pescadores hacía rato que habían amarrado sus canoas y yo esperaba a que agonizara la tarde en la orilla de tu aldea con la esperanza de verte. Ya me gustabas. Cada día que pasaba veía como se resaltaban más tus formas dibujando un perfil excitante, que todas las noches reproducía con mi imaginación para consolarme. Al entrar en la choza me extrañó no ver a mi padre y me sentí inquieto. Cuando la noche avanzó, y seguía sin aparecer, pensé que, ya desesperado de tanto esperar, había tomado la decisión de ir a buscar a mi madre y hermanos, partiendo de forma precipitada para no dar marcha atrás. Por la mañana, me llamó la atención no ver la barca amarrada y un raro presentimiento se adueñó de mí. Crucé al otro lado —esta vez sin transportar a nadie—, busqué al que era su amigo y lo encontré en su cabaña, lo que aún me extrañó más. Le pregunté donde estaba mi padre y, sin responder, dirigió su mirada al río... Luego, supe que aquella tarde se había alejado un poco más de la aldea buscando otros bancos de peces. Cuando orillaba, el cocodrilo, que estaba al acecho, oculto, agazapado, esperando al intruso, dio un latigazo certero con su cola y volcó la barca, oyéndose un grito desgarrador que sólo duró un instante y se desvaneció en medio de una mancha que volvió a teñir de rojo la ribera de la muerte. Él no sabía que empezaba allí. Me lo dijo un testigo. Todo, por traer unos pocos peces... Todo, para poder subsistir día a día en una vida plagada de riesgos y dolor. Desde hacía mucho tiempo no lloraba y creía que ya no sabría hacerlo, pero no, aún me quedaban unas lágrimas que dejé resbalar

silenciosamente. Mi padre luchó por mantener a sus hijos y ofrecerles un destino mejor. Los dos peces más grandes que se encontró: uno con forma de humano y otro lleno de escamas como si fueran medallas por tanto matar, se tragaron sus esperanzas y le hicieron marcharse, primero de su honor y luego de la vida. Para mí empezaría otra, ausente de una compañía que ahora tenía que buscar...

La cena de los «makis» se prolongaba pero sus ruidos ya no me asustaban. Cerré los ojos vencida por el cansancio, aunque contuve el sueño prestando atención disimulada al monólogo de Razafindra:

No me encontraba con fuerzas para volver a Isalo, ni para hacerme cargo de mi madre y hermanos, que ya apenas recordaba. Había pasado mucho tiempo desde que nos habíamos marchado y yo quería construir mi propia vida. Nada me iba a hacer dar marcha atrás. Ya había perdido muchas veces y ahora iba a ganar: por las buenas o por las malas. Mi cabeza estaba en la chica de la otra orilla y mi deseo no se podía hacer esperar.

En ese momento hizo una pausa... Yo me incorporé para sentarme fingiendo que estaba incómoda. Entonces me miró y su voz, dirigiéndose a mí, sonó algo más fuerte:

Por fin una tarde te vi lavando, como siempre, aunque el sol ya estaba más bajo que de costumbre y no había otra gente en la orilla. En uno de los momentos en los que estando arrodillada inclinaste tu cuerpo hacia delante para aclarar en el agua la última prenda, se abrió la ventana de tu blusa y se asomaron tus pechos firmes que danzaban de forma excitante siguiendo los movimientos de tus brazos al exprimir la prenda sobre la piedra. Cuando te levantaste para recoger la cesta y la elevaste para colocarla encima de la cabeza, mi deseo me cegó. Te esperé, para sorprenderte de frente y abrazarte, pero tu grito de miedo paralizó momentáneamente mi instinto, y, procediendo de otro lado, oí otras voces amenazantes que acudían en tu ayuda y me hicieron desistir. Juré que te conseguiría de otro modo: «Tu precio sería el de un cebú.»

No me resultó difícil comprar a tu padre. Pronto y con gusto, aceptó el intercambio. Consulté con un «Mpanandro» (adivino, astrólogo), para conocer cuál sería el mejor momento, y la fecha se fijó de inmediato... Sólo tenía que robar el animal y eso para mí era una tarea fácil... Ellos fueron los únicos amigos que tuve en la infancia: «entendían mi lenguaje y yo el suyo». Sabía dónde podría encontrarlos por la información que me dio tu padre. En su camino diario a los arrozales en los que desgastaba su vida, se encontraba con grupos de ellos paciendo, esperando el momento para ser vendidos como vehículos de carga, o máquinas de labranza, o para ser sacrificados y dar alimento. La distancia era propicia para que pudiera consumir la acción y entrega en la misma noche. Mejor. Así... evitaría el riesgo de ser visto.

Coincidiendo con la luna en su momento de luz más débil, cuando se convierte en una uña, hice el recorrido para localizarlos y observar su rutina desde el anochecer. Tenía que esperar a que la luna volviera a ese estado y tú, que te habías resistido, serías mía.

Aquella noche, llegué al lugar antes de lo previsto. Ya conocía el camino y la excitación me hizo volar. La noche era negra, silenciosa. Tan sólo me sentía espiado por los ojos mudos de los millones de estrellas que cuajaban el cielo, siempre mirando hacia abajo. Cuando comprobé que el pastor dormía profundamente, empecé a susurrarle al ejemplar más robusto y cercano mis palabras de confianza y seducción. Enseguida me entendió. Se acercó lentamente hacia mí, alejándose sin ruido del resto del grupo, y empezó a seguirme hechizado por mis promesas de una comida mejor. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos como para empezar a apurar el paso sin temor al ruido de la marcha, mi vara y mis órdenes hicieron el resto, para adentrarnos, ya sin riesgo, en el camino de mis deseos. Una lluvia inesperada y torrencial, como si viniera de las estrellas que lloraban en silencio mi fechoría, borró las huellas y esparció el olor fresco de una vegetación exuberante que se impuso al dejado por el nuestro. El hecho estaba consumado. Al amanecer entregaría mi dote. Tenía algún dinero y pude comprar algunos pollos y alcohol para celebrar el festín...

Capítulo 5

La noche había avanzado sin que Juliette fuera consciente de la hora que era... La voz de Razafindra se apagó cuando los pájaros que dormían en el gran árbol que daba sombra al patio al que se abría la ventana del despacho empezaron a percibir la proximidad del amanecer y, poco a poco, se fueron despertando, recibiendo al nuevo día con sus trinos alegres. Durante un rato se entretuvo dejándose llevar por esa melodía alegre que regala la naturaleza.

De pronto, sintió el cansancio en los dedos, el cuello y la espalda. Guardó el ordenador en el cajón y se tumbó en la camilla, esperando a que un par de horas de sueño la repusiera para empezar otra jornada. Seguro que fuera, a estas horas, ya se amontonaban las esterilidades, las hemorragias y los bultos esperando el momento de la consulta y de las ecografías que tanto les gustaba hacerse, pensó. Cerró los ojos y de inmediato se durmió.

Hacía un rato que había amanecido cuando el ruido de unos nudillos llamando a su puerta la despertó de un sueño inquieto.

—¿Pero qué hora es? —se preguntó.

Con un gesto instintivo miró el reloj y comprobó que apenas había dormido.

—¡Adelante! —dijo con una voz que sonó extraña en el hueco de un bostezo—. Entró la enfermera para comunicarle que a esas horas Vohilaba volvía a tener un pico de fiebre. Se desperezó rápidamente para lavarse la cara y recoger su pelo desordenado en un moño, antes de dirigirse a la habitación donde Vohilaba ardía. De nuevo, le cogió la mano comprobando su pulso acelerado y con una caricia la tranquilizó diciéndole que hacía menos de veinticuatro horas que había empezado el tratamiento y que aún era pronto para que notara una mejoría. Aplicaron frío sobre su cuerpo tembloroso y, al rato, Vohilaba se fue sumergiendo en un sueño sosegado, profundo, reparador.

Cuando, apenas tres horas después, se despertó se encontraba mejor y la temperatura había descendido ligeramente respecto a la que tenía a la misma hora del día anterior. Le comunicó a la enfermera que deseaba ver a su doctora y se pasó el día esperando la visita y poniendo en orden sus recuerdos. Quería contárselo todo desde el momento en el que huyeron de la aldea dejando atrás una vida rota...

Ahora, conocía todos los detalles de lo que había ocurrido desde que, cobijándose en la noche, iniciaron el camino hacia un lugar incierto, cargando con su equipaje más ligero: una hoja bien afilada, él; y la cesta vacía de sentimientos, ella.

Al finalizar su larga jornada de trabajo, Juliette cogió su bloc de notas y se dirigió a la habitación de Vohilaba, que la esperaba inquieta por seguir contándole su historia. Aunque se encontraba cansada, deseaba conocerlo todo acerca de la vida de

aquella joven por la que ya sentía un afecto especial. Percibía su olor cargado, pero no le molestaba. Se sentó a escuchar y escribir al borde de la cama, donde Vohilaba empezó a recordar otra vez con voz tenue, a veces interrumpida por suspiros profundos y otras porque no encontraba las palabras y se mordía sus gruesos labios esperando a que brotaran de nuevo. Por fin, el cansancio le pudo y la ginecóloga le ordenó descansar. Con un gesto cariñoso, le acarició la frente y le aseguró que al día siguiente tendría fuerzas renovadas para seguir aflorando sus memorias.

Cuando la ginecóloga cruzaba el umbral de la puerta oyó que Vohilaba, ya sin dirigirse a nadie, susurraba:

No sé si se podré dormir... pensando en aquel cuerpecito que no pudo salir y nunca pude estrechar...

La ginecóloga se detuvo un rato, de espaldas a la habitación, con esas palabras retumbando en su cabeza de médico y en su sentimiento humano. Entonces, se dirigió con paso firme a su despacho y cerró la puerta con llave para que nadie la interrumpiera. Primero, estuvo cotejando las notas que había tomado con las descripciones y fotos que encontró en su libro guía de referencia, para ubicar los lugares en los que presumiblemente discurría la historia de Vohilaba. A continuación, sacó el ordenador del cajón y se puso a escribir. Una luz tenue, la justa, iluminaba la habitación... La voz de Vohilaba sonaba imaginaria... acompañada por el ruido rítmico del teclear, con pausas estudiadas para tomarse un respiro y darle nuevos ímpetus a unos dedos que volaban avanzando sobre el sendero que había trazado la vida en aquél cuerpo que se quería deshacer de los temblores de la infección.

No sé si algún día llegué a sentir por Razafindra algo parecido a querer, pero aquella noche dormí en paz. Antes del amanecer, nos pusimos en marcha y caminamos durante todo el día y gran parte de la noche entre bosques de ravenalas, alejándonos todo lo deprisa que podíamos de un pasado tan cercano como ya lejano, sin otro rumbo que el que indicaba el instinto de supervivencia, hasta que la fatiga y el tenue calor de un nuevo amanecer nos permitió un descanso en un territorio arbolado, propiedad de los «makis», que nos vigilaban con ojos de asombro desde las copas de los árboles frondosos que escuchaban en silencio el palmeo de los gigantescos bambúes.

Los días siguientes, anduvimos durante largas horas por senderos de tierra sembrados de piedras y pinchos que los pies desnudos no sentían. Cruzamos furtivamente aldeas de chozas donde se reproducía el mismo estilo de vida que conocíamos: hombres sentados o andando hacia ninguna parte, que miraban con indiferencia a esa pareja de desconocidos que pasaba con su equipaje de carencias; mujeres o niñas con pesadas cargas en su cabeza y dos ojitos curiosos asomando a su espalda; gallinas y sus polluelos piando que corrían de un lado para otro sin sentido; cerditos atados dando cuenta de los restos de basura, o metiendo sus hocicos siempre

sucios en la tierra buscando tubérculos o gusanos escondidos; y niños con mocos ya secos y pegados como palos, o recién salidos y aún espumosos, y los vientres hinchados como balones en cuerpecitos desprovistos de carne. Comíamos las hierbas y los frutos que podíamos, y cuando el hambre arreciaba siempre había una gallina ingenua que la calmaba.

Tras aquella confesión, que supuso el único momento que sentí su persona, Razafindra no perdonaba la llamada del sexo —la suya— y, aprovechando cualquier descanso, vaciaba su deseo sustituyendo su mano por el hueco que me había horadado. Yo lo único que sentía era mi intimidad dolida y profanada, como la primera noche, y no entendía por qué él emitía ruidos extraños y se convulsionaba al acabar sus embestidas, justo antes de retirarse y sumirse en la flacidez.

Después de errar durante muchas noches y varias lunas, dimos con una carretera que parecía anunciar una vida distinta. No sabíamos si ir hacia adelante o hacia atrás, si hacia el amanecer o hacia el anochecer, cuando un coche desvencijado, que sonaba poniéndole ritmo a los baches, pasó por delante de nosotros y nos decidió el camino a tomar. Nuestro sentido de la observación nos permitió ver una cruz pintada en una de las puertas y advertir que el coche iba ocupado por esas mujeres extrañas totalmente cubiertas de ropa limpia, que a veces veíamos cruzar el río. Pensamos que si seguíamos en aquella dirección nos llevaría a donde viven.

Cuando se alejaron, yo tuve recuerdos nostálgicos de mi amiga Alahady.

Mucho tiempo después, supe que al día siguiente de iniciar la huida, unos hombres aparecieron en mi aldea y localizaron a mi sustituto: «el cebú robado». Buscaron a Razafindra y, como no lo encontraron, le dieron una paliza a mi padre y se llevaron al animal que apenas había disfrutado de la nueva familia. Entonces, las carencias se acentuaron aun más durante el tiempo que mi padre no pudo salir a buscar el sustento diario en los arrozales, y mis dos hermanos, aun niños, tuvieron que convertirse en hombre y mujer. La comida era siempre escasa y primero tocaba amortiguar el hambre de los mayores, por lo que apenas quedaban los restos para ellos. Las piernas y los brazos se adelgazaban, los ojos se agrandaban, y el vientre se abombaba, como si mi hermana esperara un hijo y mi hermano tuviera guardado dentro un balón. Un día, el pequeño Vary empezó a toser, y, otro, le subió la temperatura del cuerpo tras temblar de frío. Las pocas fuerzas se iban apagando y los ojos, que ya ocupaban casi toda la cara, se estaban hundiendo. Mientras mi padre se recuperaba lentamente, su mujer dormía el tiempo siempre sentada mirando al vacío, ése era su paisaje, esperando tranquilamente, inútilmente, a que todo se acabara. ¡Maldita sea! La tos no cesaba, pero el hambre ya no martirizaba porque había desaparecido el apetito. Los temblores del frío y el calor que llegaba después continuaban ya con un ritmo perfecto, siempre a la misma hora del día. De pronto, un golpe de tos escupió una saliva roja...

El pequeño Vary estaba muy mal y nadie sabía lo que le pasaba... Los llantos de Siramamy conmovieron a la madre de Alahady, que convenció a su marido para llevarlo a la escuela donde estudiaba su hija: «La Misión de Tangainoni». Allí, las monjas —así se llaman esas mujeres que cruzaban el río vestidas de una forma tan especial y una cruz colgando del pecho— también atendían a las personas enfermas y les daban unas bolitas que tenían que tragar, o les metían un líquido en el cuerpo con unas agujas muy finas, que hacían milagros. A los que venían de lejos o estaban muy enfermos les daban cobijo y alimentos, los lavaban, y los dejaban descansar sobre unas camas entre ropas limpias, hablándoles con palabras que siempre sonaban bien y acentuaban cuando decían «dios o la virgen».

Cuando llegaron a la Misión ya era tarde.

A pesar del tratamiento, la tuberculosis no quiso esperar más y, a los pocos días, se llevó al pequeño a dar ese paseo sin retorno. La desnutrición y humedad del río fueron sus fieles aliados para acabar con una vida inocente que apenas había empezado. Siramamy, ya sola y agotada de tanto sufrir, con nuestro padre abandonado a la miseria y yo huyendo por no se sabe dónde, fue acogida en la Misión. Allí comenzó una nueva vida ayudando a las monjas en las tareas de limpieza y otras labores hasta que aprendió a leer y escribir.

Razafindra y yo seguimos caminando durante muchos días, dejando atrás valles áridos sólo salpicados de tarde en tarde por algunos cactus y los amistosos baobab, siempre ahí para apagar la sed y, con su presencia aislada, recordar al viajero su soledad. Así fue, hasta que las montañas aparecieron en el horizonte y el paisaje se tornó bello y voluptuoso, acogiéndonos con la complicidad de su espesura en una marcha que aun no había encontrado su destino...

La ginecóloga interrumpió momentáneamente el relato de la joven para reflejar la lujuria de la naturaleza salvaje de ese lugar, viendo las fotografías que encontró en su libro cuando, de forma imaginaria, trazó el itinerario seguido por Vohilaba y Razafindra adentrándose, por fin, en una tierra regada por floridos arroyos, que a su paso bañan con sus aguas umbríos bosques de palmeras, bambúes, ravenalas, cocoteros, laureles, mimosas, árboles del pan cargados con grandes frutos verdes, eucaliptos, y un sinfín de plantas aromáticas de flores: unas abriéndose a los primeros rayos del sol, otras resguardadas en impenetrable sombra, tejiendo una sinfonía de colores y vida animada por millones de mariposas y pájaros bailando en el cielo. A esa fiesta también se sumaban los lémures: los «*babakoto*» —un mestizo de cabeza negra y espalda blanca, el más grande de todos, que alerta con sus gritos de bienvenida la llegada a los territorios del sur—, los «*catta*» —con su cola elegantemente adornada con anillos blancos y negros— y los «*sifaka*» —los más graciosos— que entretienen la mirada cuando componen una extraña coreografía dando saltos sobre sus dos patas traseras.

La voz de Vohilaba sonó recuperada, recordando que en un punto cualquiera del camino la tierra entre montañas se refrescó en un anchuroso río, en una de cuyas orillas había una aldea con tres o cuatro veces más chozas que las de su poblado natal.

Desde hacía unos días, yo sentía dolor en el estómago y había perdido el apetito. Allí no estaban aquellas mujeres con ropas especiales a las que íbamos siguiendo, pero mi cansancio dijo: ¡Basta! Había una barca, algo más grande y mejor compuesta que la que antes había manejado Razafindra para cruzar de una orilla a la otra, también tirando de la cuerda, y ése sería un buen sitio para quedarse y encontrar trabajo —masculló él—. Ya llegaría la oportunidad...

Sobre unos pivotes de madera, en pocos días, entre los dos levantamos la cabaña que cubrimos con hojas de ravenala. Luego, él construyó una canoa.

En el tiempo allí vivido apenas nos relacionábamos con los vecinos. Mientras Razafindra pescaba, yo apenas me movía de la cabaña sumida en la soledad, la nostalgia, las ausencias, la ignorancia, el rechazo (nuestros rasgos eran de origen africano y nos menospreciaban) y la falta de alguien a quien poder querer y por quien vivir. Los dolores seguían golpeando el estómago y no era por hambre, pues el apetito había sido sustituido por los vómitos —ya casi secos—, y, desde hacía una luna, el flujo menstrual había desaparecido. No supuse que estaba embarazada hasta que dentro noté un movimiento extraño, como una patada de rebeldía ante esa vida cuya frontera era ahora la orilla de enfrente.

Un día, una mujer, también de otra etnia diferente a la de la mayor parte del poblado, se adentró en la cabaña donde yo lloraba mi infortunio... Se acercó y se sentó a mi lado, acariciándome el vientre abultado por debajo del ombligo con una suavidad que contrastaba con el aspecto rudo de unas facciones castigadas por el tiempo... O por la vida. Me cogió la mano, y me prometió que me ayudaría a nacer el niño. Así fue como me confirmó que esperaba un hijo... Ahora había que quedarse allí. De momento... la huida había encontrado un destino ya muy alejado.

Esa noche, se lo comuniqué a Razafindra, quien acogió la noticia sin sorpresa y sólo mostró la alegría vulgar de la virilidad. Entonces, yo sentí que el niño era sólo mío.

El tiempo de embarazo se me hizo muy largo y duro por las continuas y crecientes molestias producidas por un ser que al crecer no cabía en mi vientre, todavía infantil. No podía imaginarme alumbrando esa vida, salvo que me abriera por la mitad.

La mujer que iba a hacer de partera me visitaba cada vez con más frecuencia a medida que pasaban los días y, cuidadosamente —con sus manos toscas pero de roce amable— medía el abombamiento para calcular el momento esperado con tanta impaciencia.

Razafindra vivía ajeno a todo ese tiempo mágico y parecía que sólo le importaba que se acabara de una vez, para dejar el hueco para el siguiente. Mientras, ya había conseguido empezar a tirar de la cuerda del barco de vez en cuando, aprovechando no se sabe qué enfermedad de uno de los braceros habituales, que cada vez lo debilitaba más y le pedía ayuda para sumarse cuando había que transportar las camionetas más grandes y pesadas. Gracias a eso, poco a poco, fue abandonando la pesca y, con ella, la imagen terrífica que suponía del padre en su último momento, de la que no se podía librar cada vez que entraba en la canoa.

Una tarde, empecé a sentir unas contracciones dolorosas...

La ginecóloga llevaba varias horas absorta tecleando el ordenador, haciendo avanzar y retroceder el cursor sobre la pantalla, una y otra vez, para escribir, y muchas veces borrar, grandes párrafos que no le gustaban, hasta que, finalmente, los rehacía con su propio lenguaje culto, siempre fiel a la historia que iba desgranando Vohilaba.

—¿Pero qué hora es? —se preguntó, cuando al levantar la vista de la pantalla vio que otra luz se empezaba a colar en el despacho a través de la ventana.

Entonces, sin mirar el reloj, se dio cuenta de que estaba amaneciendo. Guardó el ordenador y se tumbó en la camilla para descansar. Al mediodía, aprovecharía el momento del almuerzo para ir a su residencia y poner al día su higiene habitual. Se durmió de inmediato.

Tras apenas un rato de sueño profundo y plano, un sol tenue acarició su cuerpo invitándola a levantarse. Unos cuantos bultos esperaban pacientemente su turno en el antequirófano para ser extirpados...

Capítulo 6

Vohilaba había pasado el día un poco intranquila porque de nuevo se presentaron los escalofríos y luego llegó la fiebre. Cuando la ginecóloga finalizó su jornada en el quirófano fue a visitarla. Comprobó que en ese momento la temperatura era normal y la invitó a ir a su despacho para que le contara todos los detalles de cómo se había desarrollado el parto y que pasó después. A esa hora, Vohilaba estaba bajo los efectos de la medicación y tenía ganas de hablar. Esta vez prefirió permanecer sentada al borde de la camilla, mirándola de frente. Haciéndolo así, desahogaría su vida más que su enfermedad. Cogió aire... lo retuvo durante un momento y con voz lastimera, a veces quebrada por el recuerdo más doloroso, empezó así:

Doctora... aquellos espasmos violentos e incontrolables, que retorcían mi vientre como si me estrujaran las entrañas, se iban produciendo cada vez con más frecuencia, y el desasosiego, alentado por un temor incontrolable, se estaba apoderando de mí.

Cuando Razafindra entró en la cabaña me encontró tumbada boca arriba con las piernas encogidas y los pies fuertemente agarrados como ventosas al suelo, cada vez que sonaba la campanada de una nueva contracción. Le dije que el momento había llegado, y le pedí que avisara a la buena mujer que se había ofrecido a ayudarme. Él torció el gesto y, en su lugar, reaccionó bruscamente encrespándose conmigo.

—¡Si casi todas las mujeres pueden solas tú también podrás! —dijo en tono amenazante.

Otra vez el dolor... Éste más fuerte...

—Mira, Vohilaba, yo no voy a gastarme un puñado de los billetes que con tanto esfuerzo estoy ahorrando para un día poder escapar de esta vida asfixiante y primitiva, sin más futuro que trabajar para comer siempre lo mismo y descansar un poco para empezar al día siguiente otra vez repitiendo la monotonía de la desesperanza hasta que llegue el maldito mosquito, o el accidente de trabajo, o el cocodrilo, o los espíritus invisibles que entran en nuestro cuerpo por no se sabe dónde y lo llenan de parásitos que esperan dentro para robarnos la comida, o nos hinchan las piernas, o cubren la piel de llagas dolorosas de las que luego salen gusanos que se dan su festín a costa de la poca grasa que forra por dentro esa coraza dura y quebrada que tenemos dejándonos sin fuerzas ni reservas, o provocando una tos que sale con sangre de un pecho que suena como el agua hirviendo en una olla que poco a poco va ocupando el espacio del aire que cada vez entra con más dificultad, haciéndonos temblar de frío primero y de calor después, como si nos estuviéramos cocinando por dentro. ¡Tú aun no sabes lo que es la vida...! ¡Yo, sí! Llevo caminando por ella desde que aprendí a andar y todo lo que te dije lo vi en mi aldea y en tantas otras... ¿No te fijaste en todos esos niños y la gente que cruzamos desde que empezamos el viaje?

Entonces, me miró con tono desafiante y añadió que él me ayudaría, que no iba a permitir la asistencia de esa misteriosa mujer, a quien ya había visto sentada cerca de la cabaña esperando a ser llamada cuando su instinto de partera le anunció que todo estaba a punto de empezar.

Yo me sentía cada vez más asustada. Una parte del cuerpo bailaba al ritmo de las contracciones y la otra al del miedo, cuando sentí un líquido que mojaba mis piernas deslizándose sin avisarme y sin que yo hubiera sentido ganas de vaciar nada (había roto aguas, supe después). A través de los huecos que hay entre los troncos de la pared de la cabaña, metí cada mano y me agarré a ellos para poder apretar con todas mis fuerzas en el momento en el que se producían las contracciones, empujando hacia el espacio que se abría delante de mí a una vida que se resistía a aparecer y empezaba a competir con la mía. Le pedí a Razafindra que cuando me viera empujar empleara sus manos sobre mi vientre abultado, ayudándome a hacer desde fuera lo que yo sola no podía hacer desde dentro. De manera torpe, pero decidida, apretó una y otra vez en cada momento, que ya enlazaba con el siguiente sin apenas un corto descanso que me permitiera afrontar con energía un nuevo empujón.

—¡Más fuerte! —gritaba él.

—No puedo... —gemía yo.

Ya no había lágrimas... Ahora, todas se escapaban con el sudor que me empapaba. La angustia y el dolor me invadían de pánico y las fuerzas me iban abandonando. Empezaba a no poder más cuando, en uno de los momentos, con todo mi cuerpo temblando, sentí que algo avanzaba hacia la salida y, simultáneamente, se me escapó la orina y el intestino se vació sin mi voluntad, poniendo un broche de olor y miseria a algo que sin haber empezado estaba llegando a su fin...

Mi hijo pareció dar una tregua y yo empecé a sentir alejarse las contracciones al tiempo que disminuían su intensidad: o porque era real, o porque mi conciencia también se alejaba y me iba abandonando. Los ojos veían borroso; el cuerpo ya no temblaba; el sudor se enfriaba. En la lucha que hasta entonces habíamos mantenido mi hijo y yo hubo un momento de paz para los dos: el que desistimos de seguir luchando por vivir... Mi último pensamiento antes de sumirme en un sueño inquieto fue para mi madre...

Cuando por la mañana me desperté, lo hice sobre un charco de orina que fluía sin cesar. No sabía lo que era; no entendía lo que me pasaba. Razafindra no estaba en la cabaña. Tal vez estaría lavando al niño, pensé mientras aun me despertaba de esta pesadilla de la que solo recordaba los dolores iniciales. Luego, me tocaría el turno a mí y así, limpios los dos, nos podríamos fundir en ese abrazo que la naturaleza le regala a la madre y el instinto al hijo cuando su boca se pega al pecho y conoce el sabor más dulce.

Intenté incorporarme y entonces sentí una intensa debilidad que abatía todo mi ser

y miles de agujas pinchándome en todos los músculos del cuerpo. Tenía sed, estaba seca por dentro y empapada por fuera.

Cuando, arrastrándome, llegué a la puerta de la cabaña y vi a mi marido sentado dándome la espalda, con la cabeza quieta y ausente, como si estuviera dirigiendo la mirada a algún punto fijo del río, oí el llanto del silencio y comprendí que mi hijo se había marchado para siempre sin despedirse de mí. Sin decirme nada ni girarse hacia mí, de pronto se levantó y su figura se hizo primero borrosa y, al instante, desapareció de mi vista. Noté que algo corría entre las piernas y perdí el conocimiento...

Al despertarme, sentí un dolor y vi a la partera lavándome con agua y luego aplicando una pasta cuidadosamente ahí abajo. Mis ojos secos miraron al vacío y, atemorizada, pregunté qué había ocurrido y donde estaban mi hijo y Razafindra.

La partera dudó durante unos instantes, pero al ver mi determinación se acomodó a mi lado y durante un rato se mantuvo en silencio, como poniendo en orden todos los detalles.

Primero, me miró con ternura... luego, con ojos inquietos, zigzagueando de un lado para otro, tal vez buscando las palabras. De pronto, desvió la mirada de mí y la fijó en algún punto incierto hasta que arrancó a hablar...

Cuando te pusiste de parto me acerqué a tu choza equipada con mi bolsa de hierbas, instrumentos e incertidumbre. Razafindra ya me había hecho saber previamente su rechazo a que te asistiera. Incluso me llegó a amenazar diciéndome en tono desafiante, señalando su pecho con el dedo: —«Yo, Razafindra, te prohíbo que acudas aquí en busca de dinero. Mi mujer es dura y sabrá alumbrar sola. Por eso valió el mejor ejemplar de un cebú»—. Fue en ese momento cuando conocí su nombre de forma tan brusca y poco amistosa. Él pensaba que yo era una «*Mpamosavy*» (bruja que practica magia negra con fines maléficos), pero yo no quería abandonarte y me oculté entre la maleza cercana, siguiendo con alerta e inquietud lo que podía estar ocurriendo dentro de la choza. Así, pude oír vuestras conversaciones y los gritos de tu lucha hasta que se fueron alejando y en su lugar empezaron a sonar otros: los gemidos apagados del abandono. Con sigilo, me acerqué aun más sin ser vista. Razafindra observaba desquiciado como tú te ibas con su regalo dentro, hasta que preso de su incapacidad y nerviosismo salió de la cabaña gritando:

—¡Bruja, hechicera, alumbradora, curiosa, buscavidas! ¿Dónde estás? ¡Ven y saca a mi hijo! rugió descargando su temor desde la puerta de la choza, ahora con su figura empequeñecida.

Yo esperaba ese momento agazapada, fundida con la maleza, y al oír sus aullidos arranqué sin dudar. De dos saltos ya estaba a tu lado, aplicando mi oído sobre un extremo de un tubo hueco, y sobre tu vientre exhausto de niña-mujer el otro. Tras un rato, en el que recorrí con el tubo todos los rincones de tu piel abultada, sólo pude oír el ruido del silencio. El corazón del no nacido ya descansaba de su último concierto.

Cuando retiré el tubo miré fijamente a los ojos de Razafindra —ahora temblando él— y comprendió sin decir palabra. Apretó sus puños y de pronto se giró y empezó a golpear con furia los palos a los que tú te habías aferrado con tanta fuerza en aquellos momentos de lucha estéril, de la que ahora tan solo te queda el recuerdo de un dolor lejano. Cuando se hubo vaciado y me miró de nuevo, sus ojos, como los míos, también se nublaron.

Ahora, sabía que para salvarte a ti no había tiempo que perder. Era necesario sacar de la jaula a tu hijo cuanto antes: bien recurriendo a herramientas que lo girasen para atraparlo con firmeza en su parte más saliente y extraerlo como si fuera el corcho de una botella, o, de forma más drástica, abriéndote el vientre para que pudiera salir a través de esa puerta de emergencia. Él se había quedado aprisionado en el vestíbulo de entrada a la vida, contigo agotada por un esfuerzo inútil y ya sin energía para que le dieras ese empujón final.

De pronto la partera se calló. El sol, en su declive, se asomaba a la entrada de la choza tiñendo con unos reflejos dorados su cara y rellenando de sombras sus numerosos surcos, que ahora parecían más grandes y profundos, acentuando una edad para mí indefinida. Por primera vez, vi en su pelo desordenado unas tiras sueltas de color plateado. Mientras yo la miraba, ella pareció abandonarme momentáneamente y empezó a sacar de una bolsa unos objetos de madera con formas raras que fue extendiendo cuidadosamente a su lado. Luego, metió la mano, una y otra vez, en el costal y empezó a esparcir por el trozo de suelo que nos separaba: hojas, semillas y unas hebras finas como hilos, pero que parecían resistentes. Durante un rato, ordenó todo aquello a su manera. Cuando lo hubo hecho, levantó la cabeza dirigiendo de nuevo su mirada hacia mí y recuperó la voz.

Al introducir las manos en tu vagina aprecié las nalgas en vez de la cabeza y traté de voltear al niño —ya para siempre dormido— sin conseguirlo. Mis instrumentos tampoco sirvieron. Había que esperar a que pasaran las horas, o los días, y aquel cuerpecito se encogiera para poder salir por tu pelvis estrecha, todavía no preparada para un embarazo ni un parto. Mientras, era importante cuidar de ti para que no siguieras el destino de tu hijo. Había que introducirte agua por la boca porque si no, poco a poco, dejarías de orinar y a un estado de ausencia pronto se le añadiría otro. También, quería utilizar los jugos hervidos de las mezclas de mis plantas para hacer contraer el útero y ver si él sólo era capaz de hacer ahora lo que en su momento no había podido.

Mientras tú dormías ese sueño turbio, amenazante, conseguí ahuecar un tallo fino que se doblaba sin romper y pude hacerlo avanzar a través de tu boca, que mantenía abierta con otro palo. Cuando comprobé que ya estaba lo suficientemente dentro, hice un embudo con una hoja que ajusté al extremo del tubo que estaba fuera, y cada poco

lo rellenaba con agua de hervir al fuego hojas de: *Arivotaombelona*, *Kiatondra*, *Anantarika*, *Aika*, *Menarana*, *Ahipanala Lahy*, *Voararano*, *Kivolavola*, *Roingivy* y *Fanory*, dejando que resbalara dentro de ti, gota a gota. Son las mezclas que utilizamos para hacer salir al niño en los alumbramientos difíciles.

Razafindra observaba mis artes en silencio mientras yo vigilaba la temible subida de la temperatura. Cada poco, posaba mi mano sobre tu frente y, a continuación, escuchaba tus latidos débiles y rápidos apoyando el tubo sobre tu pecho: «¡Cuántas veces había practicado con mi propia madre para aprender esa melodía del corazón!»

Así pasé la noche a tu lado mientras a mi memoria acudía con frecuencia el recuerdo doloroso de mi esterilidad: Sabía que si el niño no se encogía pronto para que pudiera sacarlo había peligro de que ahí encajado dejara unas huellas duras y fibrosas que no permitirían nuevos embarazos o diera lugar a la formación de agujeros temibles. Cuando amaneciera iba a intentarlo otra vez.

Entretanto, Razafindra se movía nervioso de un lado para otro hasta que, sin decir palabra, salió afuera para lamentar su pena; aunque yo sabía que su cabeza ya empezaba a alumbrar el pensamiento de un futuro sin su mujer ni su hijo.

Cuando la luz del sol penetró con fuerza en la cabaña, volví a meter las manos en tus entrañas buscando un espacio que me permitiera agarrar aquella criatura ya inmóvil y girarla, o meter las palas y tirar de ella hacia afuera. No pudo ser y había que seguir esperando. Lo intentaría de nuevo al anoecer, aun temiendo que el útero enfurecido te desangrara en la oscuridad sin más luz que la de la hoguera, que asfixiaba más que iluminaba. Pero había que hacerlo y tenía preparada una mezcla de hervido de hojas de: *Hazofely*, *Ramandriona*, *Ramiavona* y *Ramioly*, por si la sangre corría sin parar. Por entonces ya había pasado un día y, ahora, cada tiempo de más aumentaría sin remedio los riesgos de la fiebre o de las roturas internas.

De noche tampoco pudo ser...

Mañana o nunca —pensé, y así se lo hice saber a Razafindra, quien ya había ablandado su dolor y ahora contemplaba entre atónito e indiferente tu cuerpo dormido, debilitado y deformado por la hinchazón.

La temperatura no parecía subir, pero tus latidos seguían alejándose con prisa y, desde aquella emisión vergonzante que se había producido cuando el bebé bajó y se quedó encajado en la puerta de salida sin poder dar marcha adelante ni atrás, ya no habías vuelto a orinar. Con las primeras luces del sol asomándose a la cabaña, lo intentaría otra vez. Yo ya llevaba muchas horas sin dormir y, durante un rato, que me pareció toda una noche, el cansancio pudo conmigo.

Razafindra, a quien el olor parecía golpearle más que la pérdida del hijo, ya se veía huyendo de nuevo, esta vez no del hurto y de la justicia sino del sufrimiento continuo que, por una causa u otra, es la vida cotidiana de las gentes de nuestro pueblo.

Me despertó con una sacudida brusca. Lo hizo porque sintió que las tablas del suelo repiqueteaban de forma rápida y rítmica al son del golpeteo de tu cuerpo temblando contra ellas, anunciando el calor que vendría después. La infección se había puesto en marcha y no había tiempo que perder. A la noche aún le quedaba un rato largo para languidecer, pero era la última oportunidad de salvarte, pensé con determinación.

Razafindra avivó un poco el fuego y yo unté las manos con estas hojas que ves aquí. Al tiempo, puse a calentar este objeto de punta afilada y borde cortante.

La partera hizo una pausa y buscó un tallo tierno entre lo que momentos antes había sacado de la bolsa y estaba esparcido ordenadamente a su lado. Con una mano cogió el tallo y con la otra aquel cuchillo con forma rara que encajó en su palma, fijándolo con firmeza entre sus dedos gordo y el que señala. Sin pensarlo más, segó el tallo con un movimiento firme y rápido produciendo un corte fino y limpio que dejó sangrando los dos extremos con unas gotas transparentes. Me estremecí sintiendo el corte en mis carnes, y ella percibió mi dolor imaginario, aún sin mirarme. De inmediato me tranquilizó aplicando sobre los tallos llorosos una pasta que detuvo su goteo. Al tiempo, me señaló otras hojas que al masticarlas dormían los sentidos y hacían el cuerpo insensible, borrando la conciencia. A continuación, seleccionó entre sus objetos un palo pequeño y fino con punta afilada en un extremo y un pequeño agujero en el otro, a través del que pasó una de aquellas hebras que parecían hilos. Entonces, atravesando uno y otro tallo, los volvió a unir y a continuación selló la herida con otra pasta envolviendo la atadura. Ahora, hay que dejar que el tiempo haga el resto, dijo satisfecha de su actuación y resultado. La herida cicatrizará, añadió con orgullo, y de nuevo se dirigió a mí.

Ya viste los instrumentos que usé para sacar a tu hijo: allí atrapado a la salida. Cuando todo estaba listo, le indiqué a Razafindra que acercara tu cuerpo trémulo al fuego, con las piernas enfrentadas al calor y a la luz de las llamas, y que las abriera de forma decidida, manteniéndolas así sin la mínima vacilación. Lavé bien con agua entre ellas y, momentáneamente, logré ahuyentar el olor desparramando un líquido que obtenía de unas flores con un aroma intenso. Luego froté tu piel con las mismas hojas que había usado yo para limpiar mis manos, antes de ocultarlas dentro de ti para coger la presa. Mis dedos huesudos resbalaron, pero esta vez ya había un pequeño hueco que me permitió meter primero una de las palas y luego la otra hasta que logré girar aquél cuerpo quietecito tan bien arrinconado. Al fin, pude tocar unos dedos que se asomaban para decir adiós a una vida que no había siquiera empezado y, abriendo esta piel que ahora te curo, tiré con fuerza del niño. Su espacio, ya vacío, fue inmediatamente ocupado por un chorro de orina que corrió enfurecida a través del agujero que lo comunicaba con la vejiga. Su cuerpo inmóvil, apoyado contra ella durante tantas horas, fue haciendo esa ventana. Es la fístula: la maldición oculta de

los partos que se atascan y que afecta a tantos millones de mujeres que, como en tu caso, no tienen acceso a un hospital en el momento del alumbramiento. Tú, mientras, permanecías inconsciente debatiéndote entre acompañar en paz al hijo perdido o quedarte.

La partera se interrumpió y salió de prisa de la choza a vomitar su angustia. Cuando entró, me dio a masticar unas hojas y durante un rato estuvo callada mirando distraídamente los rayos de un sol ya débil que se despedía con algo de pereza, o así me lo parecía a mí, mientras mi cuerpo se empezaba a relajar. Yo ya sabía que a los 14 años estaba sola en la vida.

Razafindra se llevó el cuerpo al bosque y tras enterrarlo —no quiso regalárselo a los cocodrilos— regresó a la cabaña donde tú volvías a temblar, golpeando rítmicamente las tablas del suelo, esta vez más débilmente, como si la fiebre se estuviera también agotando. Le expliqué lo que tenía que hacer para cuidarte, y si él me requería acudiría cuando así fuese. Me pagó mis servicios con una mirada de desprecio a la que no respondí. Recogí con cuidado mis instrumentos y me fui al río a lavarlos. Cuando regresaba a mi cabaña pasé por delante de la tuya y vi que estabas sola. Entonces entré...

Ese atardecer los temblores no te visitaron y en la noche te arrancaste la sonda vegetal. Luego balbuceaste algunas palabras incoherentes, te moviste agitadamente y a tientas buscaste a tu hijo.

Ahora ya puedes recordar tú —me dijo.

Y se marchó...

¿Quieres descansar? —preguntó la ginecóloga a Vohilaba, quien ahora desvió su mirada hacia un punto del vacío para ocultar su tristeza.

Vohilaba no respondió, pero la ginecóloga sabía que pasado un momento desearía continuar su relato. Aprovechó para servirse una taza de café, y tomó unas notas mientras dejaba que se enfriase. Luego, alzó la vista y su mirada se detuvo en los pequeños pies de Vohilaba colgando desnudos de la camilla —con unas uñas que parecían piedrecitas brutas, toscos guijarros embadurnados de barro ya endurecido— dejando ver el desgaste que le habían producido una vida errante y llena de carencias, que los hacía de cuero desde que empezaban a caminar.

El hábito de ir descalzos también debe formar parte de su cultura —pensó—, pues Vohilaba disponía de unas zapatillas de las que se desprendía en cuanto no la vigilaban: como si fueran unas prótesis inútiles, que entorpecen el andar.

Al fin, miró fijamente a Vohilaba y le dijo: «Continúa hablando si lo deseas».

Vohilaba recuperó el hilo con un suspiro e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

La partera me contó que Razafindra olió de nuevo la orina, que había vuelto a formar un charco bajo mi cuerpo inmóvil. Entonces, se dirigió a ella y le preguntó si esa compuerta abierta se cerraría pronto o se quedaría así para siempre. Ella lo miró a

los ojos y le confirmó sus temores. Él volvió a la cabaña, levantó una tabla del suelo y de una caja de madera cogió los billetes que guardaba, depositó algunos en mi mano inerte mientras yo sollozaba aun dormida, asió con fuerza su azadón, le dio otros billetes a ella, y dijo que cuando ya estuviera despierta me contara todo y cuidase de mí hasta que me recuperase. A continuación, sin mirar para atrás, empujó la canoa al río y se marchó para siempre...

Vohilaba bajó su mirada al suelo frío de unas baldosas que, en tan poco tiempo, ya parecían viejas, y se quedó callada durante un rato, como si se hubiera vuelto a vaciar.

La ginecóloga aprovechó el momento para ofrecerle agua y una tableta de chocolate, que tanto le gustaba. Entonces, abrió la ventana para sentir que temperatura hacía en el patio exterior. Aunque ya era de noche y pronto empezaría a refrescar, el aire aun conservaba el suave calor del atardecer. Le propuso a Vohilaba dar un pequeño paseo por el jardín y ella asintió de buena gana. Llevaba unos días encerrada y se sentía cautiva. Allí fuera le resultaría más natural continuar con su historia. Al cabo de un rato se sentaron en un banco y la ginecóloga le preguntó: «¿Qué pasó después?».

La partera cuidó de mí hasta que los dolores desaparecieron y pude empezar a manejarme por mi misma. Mientras, ella se encargaba de traerme y prepararme la comida del día, alternando el pescado que le compraba a los pescadores —que a veces se lo regalaban— con otros productos de la tierra que hervía mezclados con algo de arroz —cuando lo conseguía—, aprovechando también hasta las últimas gotas del caldo que me obligaba a beber.

Mi cabeza —vacía de futuro— y el olor continuo de mi orina —filtrándose sin descanso— me recluyeron en la cabaña donde podía llorar a gusto. Pasé todo ese tiempo muda. Sólo era capaz de decir gracias a aquella buena mujer, sin ni siquiera haberle preguntado cómo se llamaba, hasta que una mañana, que lucía un sol hermoso, le pedí que me dijera su nombre y me contara quién era, cómo había llegado hasta allí y, sobre todo, por qué me cuidaba de esa manera si yo no le ofrecía más que trabajo y tristeza.

Me sonrió con ternura y, cogiéndome de la mano, me condujo hasta la pradera, en un lugar aislado de las cabañas. Era el primer día que me alejaba un poco de la penumbra de mi choza y de la oscuridad de mi vida. Al respirar ese aire puro con los aromas de la naturaleza, tan distintos al que día y noche inundaba todos los rincones de mi cabaña, sentí un impulso para tratar de vivir. Me dejé guiar sin resistencia, hasta que nos acomodamos en la sombra y me empezó a contar su historia entre los silbidos y trinos de los pájaros que se hablaban unos a otros como si estuvieran discutiendo o riéndose a carcajadas, pues tal era el griterío.

Primero, me habló de cómo era la vida en nuestra tierra cuando nosotros no

éramos su dueño y nuestro esfuerzo y trabajo solo nos dejaban las migajas.

Recuerdo perfectamente sus palabras...

El lugar donde yo nací no era la excepción —dijo entonces—. Los franceses eran los amos y su riqueza la basaban en la explotación del té y de las plantaciones de vainilla, que desaparecían con destino a un mercado —allá lejos— para el que había que empaquetar cajas y cajas que eran transportadas por camiones que entraban y salían del pueblo sin parar, hasta que los caminos se transformaron en calles, las calles en carreteras y aquella aldea de casas, que antes no tenía sentido, fue creciendo y el pueblo se hizo ciudad.

Yo no conocía nada de aquello y me costaba representarlo, pero empecé a sentir una curiosidad cada vez mayor por seguir escuchando a aquella mujer, buena y misteriosa, sin cuya ayuda yo habría seguido el destino de mi hijo. Le pedí que continuara contándome... Entonces, aplastó el trozo de hierba que había entre nosotras, cogió un palo y empezó a trazar en el suelo unas líneas que se cruzaban de forma caprichosa: unas, más estrechas, que eran los caminos; y otras, más anchas, representando las calles que, poco a poco, fue bordeando con pequeños montones de tierra húmeda que amasaba entre sus dedos para darles forma, simulando casas hechas de barro rodeadas por muchos palitos que clavaba en el suelo de forma más desordenada para representar nuestras típicas chozas. A medida que el pueblo iba creciendo, empezó a colocar piedras salteadas de diferentes tamaños, diciendo que ésas eran las casas de los amos o los edificios donde trabajaban y que daban vida a la ciudad. Finalmente, eligió dos guijarros más grandes para destacar su importancia sobre los demás. A ésos los llamó: «iglesia y hospital». *¡Ah!... En el centro de todo aquello dejó un hueco que rellenó con hojas juntas, figurando un gran mercado. Me explicaba cada cosa a medida que iba construyendo la ciudad que ella recordaba y, entonces, comprendí que lejos de mi vida primitiva había un mundo de esperanza que no había logrado imaginar y al que mi padre me había cerrado sus puertas.*

El sol empezaba a calentar y Marie me preguntó si quería volver a la choza, pero en ese poco tiempo que llevaba fuera ya odiaba mi casa que ahora veía como la cuadra del cebú que supuso mi maldición.

—*¡No, no! «Deseo seguir aquí, al aire libre, viendo por un rato la vida» respondí.*

Marie esbozó una sonrisa de complacencia y, antes de continuar con su historia, me explicó lo que es un hospital.

Yo no podía concebir algo así, pero mi imaginación fue rellenando los espacios vacíos de una gran choza de piedra y ladrillos que debía tener muchas otras dentro —con camas y bolas que dan luz, como las que había en el sitio donde Alahady se fue para aprender—. También, se entretuvo en representar con unos palitos una mesa en la que unos hombres y mujeres (a quienes llamaba médicos) podían dormir a una

persona y abrir su piel para entrar dentro de su cuerpo sin que lo supiera.

De pronto, sentí como el líquido se escapaba entre mis piernas y de forma inconsciente dirigí mi mano hacia esa parte, apretándola fuertemente contra el agujero oculto. Marie se dio cuenta rápidamente de mi gesto y en su mirada percibí un brillo especial.

—¡Mira, Vohilaba! ¡Escucha bien!

Nuestros chamanes no pueden curar lo que tienes, pero me imagino que los médicos que usan los instrumentos como los que tengo yo sí, aunque nunca lo vi hacer, pues nos conocen por dentro y cortan y quitan lo que está enfermo, o roto, y luego cosen lo que se queda sano usando unos hilos finos que hacen entrar y salir por los bordes hasta que los sitios que abrieron se quedan cerrados: «Es lo que hice yo con el tallo que corté y luego uní».

Mientras hablaba, hacía unos gestos con las manos representando lo que decía para hacérmelo entender y sentí un escalofrío que no podría definir. Tal vez la vida me daría una oportunidad, pero no iba a ser allí. Por mi cabeza pasó una idea como un rayo de esperanza...

Una ráfaga de aire leve como un suspiro acompañó un lento movimiento de su cabeza, me miró a los ojos y sentí que, sin necesidad de abrimme, ella acababa de entrar en mis pensamientos. Fue como cuando usted, doctora, se acercó a la camilla en la que yo esperaba a que me examinara por primera vez y noté que me desnudaba con la mirada para saber cuál era mi mal sin levantarme la ropa.

Marie mantuvo su mirada fija guardando silencio durante unos instantes que me parecieron eternos... Esperaba sus palabras llena de ansiedad e incertidumbre. Entonces, sin dejar de mirarme, dijo con voz firme:

Vohilaba, ahora continuaré hablándote de mí, pero mañana, cuando los pájaros nos despierten al amanecer, nos vamos de aquí. Yo no te abandonaré y juntas buscaremos un mundo mejor.

Una corriente estremeció mi cuerpo de arriba abajo y me puse a temblar de emoción y agradecimiento. Yo no fui capaz de responderle, pero ella fue capaz de leer esta vez en mis ojos y supo que eso era lo que deseaba con todas mis fuerzas. Los días previos, sentía la angustia de pensar que cuando me curara de las heridas del cuerpo ella ya habría cumplido con su deber de atenderme por el dinero que le había pagado Razafindra... Y, entonces, se marcharía. Yo no podía seguir viviendo allí; sin nadie, sin nada. Estaba en medio de una naturaleza tan hermosa como salvaje y sola no hubiera sobrevivido en la huida a ninguna parte.

Marie vio como mis ojos se aguaban... Ella respondió entornando los suyos con un gesto dulce hasta que empezó a hablar de nuevo, con voz tenue para no interrumpir el concierto de los pájaros.

En un momento determinado, se fijó en una de las piedras y empezó a recordar su

pasado...

Capítulo 7

Mi madre limpiaba y cocinaba en la casa de uno de los que mandaba allí, y mi padre empleaba todas las horas del día en cuidar el jardín. Yo era la mayor de los cinco hijos y tan pronto como la hermana que me seguía pudo sustituirme en el cuidado de los tres pequeños empecé a ayudarlos a ellos. Primero, le echaba una mano a mi madre lavando unos cacharros extraños en los que se cocinaba y otros en los que se comía, o algo curioso a lo que llamaban cubiertos —que usaban en vez de las manos para coger la comida—; o pelando y troceando alimentos; o cargando con tinajas de agua; o limpiando los suelos y paredes interminables de una casa en la que cabrían muchas de las nuestras. Pero a mí lo que me entretenía y gustaba de verdad era ayudar a mi padre a cuidar los árboles, las plantas y las flores, a sembrar y ver como de unas bolitas diminutas al poco tiempo brotaban de la tierra más hojas y más flores. Sentía una gran atracción por ese mundo amable —siempre dócil a nuestra mano— capaz de disimular la miseria llenando de color y vida inaprensibles nuestros valles, llanuras, colinas, cerros y laderas, y, otras veces, dando la suya para que construyamos nuestras casas, o prestándonos sus ramas para hacer fuego, o permitiendo que le arranquemos sus hijos —los frutos generosos—, y los tallos y las hojas para alimentar nuestros cuerpos o sanarnos de algunos males.

Mi padre conocía las cualidades alimentarias y medicinales de muchas de ellas y yo las aprendí de él. Al cabo del tiempo, le confesé mi deseo de trabajar en el hospital, aunque fuera limpiando o cocinando, como hacía mi madre en la casa de los franceses. Quería ver de cerca la enfermedad. Quería saber por qué cuando me tocaba sangrar, la naturaleza se cebaba conmigo en el tiempo que duraba y en la cantidad que perdía.

Cuando por fin lo conseguí, el destino quiso que lo hiciese como limpiadora en la sala de partos. Allí solo acudían las mujeres francesas y algunas que no lo eran pero podían pagar para ser asistidas por un médico amable ayudado por una partera también francesa —ésta siempre distante conmigo, como si yo fuera transparente—, y otra como nosotras, que sabía menos, pero me apreciaba más.

Marie hizo una pausa y se incorporó para coger una a una las piedras que representaban «el hospital», cerrando su mano sobre ellas. Yo permanecía sentada observándola sin decir nada. Ahora, solo se oía el murmullo afónico del aire que parecía haberse levantado para aligerar un poco el calor de las primeras horas de la tarde, haciendo bailar con ritmo suave a las plantas y los troncos más ligeros de los árboles que nos daban sombra y esparciendo un aroma que yo agradecía. Al fin, se giró ligeramente, como queriendo estar sola, y abrió la mano... Sin apartar su mirada de las piedras se dirigió a ellas con voz grave, de rabia y de añoranza, hablando con

lentitud:

Poco a poco, pude observar los tiempos de lucha de la mujer que está pariendo, el uso de los instrumentos y de las manos para que el recién llegado lllore al nacer, y aprendí cuando ya no se podía esperar más. Yo no sabía escribir y no podía tomar notas, pero mi interés y curiosidad por aprender se encargaban de hacerlo en mi cerebro, que cada vez tenía más hojas grabadas con los misterios del viaje a la vida. También pude observar que a mujeres que sangraban como yo les quitaban unos bultos, caprichosos en su número y tamaño, «algunos gigantescos», que deformaban el nido del hijo sin dejarle espacio para crecer y, entonces, asfixiado por esos barrotes redondos, era expulsado cuando aun no podía sobrevivir y moría sin haber vivido o, simplemente, impedían que la semilla fecundada se instalara.

Yo no entendía lo que decía. Ahora no hablaba para mí; lo hacía para ella.

En pocos años ya me sentía capacitada para ser una buena partera y conocía que remedios medicinales utilizaban para provocar las contracciones que aceleran el alumbramiento. Aprendí a escuchar esos ruidos del corazón con un palo de madera hueca que le pedí a mi padre que fabricara. Para familiarizarme con esos sonidos, lo aplicaba sobre el pecho de mi madre, a quien trataba de contentar con mis conocimientos, haciéndole entender que, solo limpiando, mi vida iba a ser una réplica de la de casi todas las mujeres de nuestros pueblos: «sumidas en la esclavitud de la ignorancia y en el servicio a quienes sin ningún sentimiento de amor, ni siquiera de cariño ni respeto, solo buscan de nosotras que tengamos hijos y que carguemos sobre nuestras cabezas y espaldas con todo aquello que pese». Vohilaba, dijo apagando la voz: «Aproveché como nadie la oportunidad que me dio mi puesto de limpiadora: la escoba y la fregona fueron mis libros; la sala de partos mi universidad.»

De pronto, un suspiro la interrumpió y, entonces, con un gesto de rabia contenida cerró la mano sobre aquellas chinas desordenadas —«el hospital descompuesto»— y las arrojó tan lejos... como pudo, como lejos... estaban los recuerdos que acababa de revivir. Levantó su mirada hacia el cielo y observó que el sol corría imparable hacia el atardecer. Volvió a mirar hacia la ciudad que estaba delante de sus pies y, con uno y otro, empezó a hacer desaparecer las casas de barro fundiéndolas con la misma tierra con que las había hecho; luego, le tocó el turno a los edificios de piedra que siguieron el mismo camino que el hospital. Cuando ya solo quedaban clavados en el suelo unos cuantos palitos, que representaban nuestras chozas, se agachó para recoger las hojas que formaban el mercado. Al incorporarse de nuevo, abrió la mano y dejó que un soplo de viento ligero que pasaba por allí las echara a volar haciéndolas bailar en el aire con pasos dudosos hasta que, lentamente, se fueron posando de forma desperdigada: unas se marcharon lejos y se perdieron; otras cayeron cerca o volvieron a su sitio, como negándose a abandonar la ciudad que

tanto prometía.

Durante un rato largo las dos permanecemos en silencio: ella con su cabeza en el hospital; yo con la mía en aquella choza de dolor que apestaba a sufrimiento y muerte. Noté cierto cansancio acentuado por mi debilidad y ella lo percibió al mirarme otra vez. Sin dudarlo me dijo:

—Vohilaba, ahora debes descansar; nos quedan largas jornadas de esfuerzo hasta no sé cuándo. Esta noche dormirás en mi cabaña, y cuando los pájaros nos avisen, cantando a las primeras luces del amanecer, nos marchamos.

—¿Adónde?

—¡A la gran ciudad! ¡Cualquiera! ¡Donde haya un Hospital! ¡Basta ya de pasear la soledad errando de un lado para otro sin rumbo, sin destino! Ahora somos dos.

Obedecí sin decir nada. No quería separarme de ella; tanto era mi temor a perderla...

En la antesala del sueño que me iba entrando, pude oír su voz cada vez más apagada, como si se estuviera alejando, repasando unos conocimientos que para mí llegaron tarde. Cuando me desperté, ella ya estaba lista con sus instrumentos bien recogidos en una bolsa atada a la cintura, que supo ocultar con su falda. Mientras yo agotaba el sueño, había preparado un caldo de verduras que me hizo beber antes de partir. Luego, me ofreció unas bananas para que las comiera despacio. Ella tenía que acabar de limpiar con unas hojas la pequeña cazuela donde calentaba el agua, que guardaba como su otro gran tesoro. Al ver que había acabado mi desayuno, me preguntó:

—¿Ya? ¿Lista?

—Sí

—Pues ¡vamos! —dijo con voz firme, decidida.

Yo comprobé que llevaba el amuleto que me había regalado la madre de Alahady y sin mirar hacia atrás, donde estaba el río por el que Razafindra me abandonó, empezamos a caminar alejándonos de él. Yo ahora tenía que navegar por otro que salía sin descanso desde dentro de mí.

Se hizo el silencio entre Vohilaba y la ginecóloga y, ocupando su espacio, se recuperó el sonido amortiguado de una ciudad que ya se preparaba para dormir. Al fin se levantaron. Entonces, sin decir nada, la ginecóloga pudo ver una mancha de humedad en el lugar del banco que había ocupado Vohilaba. Al día siguiente, ya se encargaría de mandar que alguien lo limpiase. Cuando Vohilaba estaba acomodada entre las sábanas, la ginecóloga acarició con suavidad su frente y esbozando una sonrisa le dijo:

Ahora duerme tranquila, mañana seguiremos hablando...

Capítulo 8

Cuando acabé la intervención me quité los guantes y la bata con un movimiento pausado y dirigí mis pasos hacia el corredor que rodea los quirófanos. Desde aquella altura, a través de sus amplios ventanales, se aprecia una visión agradable y despejada de la zona norte de Madrid, con las cuatro torres cómo símbolo de modernidad hacia un lado y el monte del Pardo como telón de fondo al otro. El cielo limpio contribuía a abrir el horizonte y la luz tempranera de esa mañana de abril contrastaba alegremente con la artificial del quirófano, que iguala todas las horas del día. Me bajé la mascarilla y, a continuación, de forma instintiva, entrelacé mis manos sobre la nuca al tiempo que respiraba hondo y enderezaba la espalda y el cuello con un gesto distendido que me relajó. Ya recompuesto, entretuve la mirada fijándome en los coches que circulaban con fluidez por las cercanías del hospital mientras pensaba que la mayoría estarían ocupados por personas sanas y en éste momento ajenas al sufrimiento que se vivía en el edificio que los observaba desde corta distancia: la misma que hay entre la salud y la enfermedad: ésta... asentada; aquella... huidiza, efímera, escapando engañosamente de un destino inevitable. Entonces, me vino a la cabeza aquél cuento Persa: «*Esta noche en Samarkanda*», de Farid al-Din‘Attar, tan cruel como maravilloso en su descripción de la fatalidad... del destino... Lo recordaba de memoria, de tantas veces que lo leí...

Una mañana, el califa de una gran ciudad vio que su primer visir se presentaba ante él en un estado de gran agitación. Le preguntó por la razón de aquella aparente inquietud y el visir le dijo:

—Te lo suplico, deja que me vaya de la ciudad hoy mismo.

—¿Por qué?

—Esta mañana, al cruzar la plaza para venir a palacio, he notado un golpe en el hombro. Me he vuelto y he visto a la muerte mirándome fijamente.

—¿La muerte?

—Sí, la muerte. La he reconocido, toda vestida de negro con un chal rojo. Allí estaba, y me miraba para asustarme. Porque me busca, estoy seguro. Deja que me vaya de la ciudad ahora mismo. Cogeré mi mejor caballo y esta noche puedo llegar a Samarkanda.

—¿De verdad que era la muerte? ¿Estás seguro?

—Totalmente. La he visto como te veo a ti. Estoy seguro de que eres tú y estoy seguro de que era ella. Deja que me vaya, te lo ruego.

El califa, que sentía un gran afecto por su visir, lo dejó partir. El hombre regresó a su morada, ensilló el mejor de sus caballos y, en dirección a Samarkanda, atravesó al galope una de las puertas de la ciudad.

Un instante más tarde el califa, a quien atormentaba un pensamiento secreto, decidió disfrazarse, como hacía a veces, y salir de su palacio. Solo, fue hasta la gran plaza, rodeado por los ruidos del mercado, buscó a la muerte con la mirada y la vio, la reconoció. El visir no se había equivocado lo más mínimo. Ciertamente era la muerte, alta y delgada, vestida de negro, el rostro medio cubierto por un chal rojo de algodón. Iba por el mercado de grupo en grupo sin que nadie se fijase en ella, rozando con el dedo el hombro de un hombre que preparaba su puesto, tocando el brazo de una mujer cargada de menta, esquivando a un niño que corría hacia ella.

El califa se dirigió hacia la muerte. Ésta, a pesar del disfraz, lo reconoció al instante y se inclinó en señal de respeto.

—Tengo que hacerte una pregunta —le dijo el califa en voz baja.

—Te escucho.

—Mi primer visir es todavía un hombre joven, saludable, eficaz y probablemente honrado. Entonces, ¿por qué esta mañana cuando él venía a palacio, lo has tocado y asustado? ¿Por qué lo has mirado con aire amenazante?

La muerte pareció ligeramente sorprendida y contestó al califa:

—No quería asustarlo. No lo he mirado con aire amenazante. Sencillamente, cuando por casualidad hemos chocado y lo he reconocido, no he podido ocultar mi sorpresa, que él ha debido tomar como una amenaza.

—¿Por qué sorpresa? —preguntó el califa.

—Porque —contestó la muerte— no esperaba verlo aquí.

Tengo una cita con él esta noche en Samarkanda.

La vida es así: salud... enfermedad... salud y... O enfermedad y... O directamente nada... en los que ni siquiera empezaron a andar el camino porque no había nadie esperando para ayudar a recibirlos. Bueno, sí, estaba la dama del vestido negro con el chal rojo. Todos los días tiene alguna cita en el hospital que alterna con las de fuera: una casa —ahora rica, ahora pobre, no distingue—, la carretera, una calle, un suburbio, una guerra, una epidemia, una catástrofe, el hambre... Hay muchos sitios y modalidades... Da igual. Es insaciable.

Nunca había reparado en ello, pero de pronto me di cuenta que en los idiomas que conozco tiene más letras «enfermedad que salud», «illness que health», «maladie que santé», «muerte que vida», «death que life», «mort que vie». Será casualidad o no, pero es así —pensé.

Y los médicos... ¿qué hacemos? En el mejor de los casos, alargamos los tiempos de la vida; intercalamos paréntesis de salud en la enfermedad. La vida no la puedes retener, pero esos paréntesis de salud... ¡Cuán necesarios son! Cuántas veces dan un instante largo de bienestar, de respiro prolongado, hasta que, antes o después, por fin, llega el descanso, el silencio sin retorno, porque... como dice Isabel Allende: «La

vida es puro ruido entre dos silencios abismales». No sé por qué meditaba así. Parecía desanimado, pero no lo estaba. Al contrario: «acababa de poner uno de esos paréntesis que imaginaba para largo en una paciente, y eso me daba ánimos para insertar otro en el siguiente: él o ella», que esperaban con impaciencia a entrar en el quirófano.

Una enfermera interrumpió estos pensamientos cuando se acercó a mí y me comunicó que en la sala de estar había dos monjas —una blanca y otra negra— que deseaban verme.

¿Podrías indicarles donde está mi despacho y decirles que enseguida me reúno con ellas? —respondí.

Durante un breve momento, permanecí sin moverme con las manos descansando en los bolsillos, ahora reteniendo la mirada perdida sobre el paisaje urbano de bienestar y desarrollo que se ofrecía ante mí, con los edificios de viviendas perfectamente alineados a cada lado de la ancha avenida arbolada que se perdía difuminada en la lejanía. Allí, al fondo, de pronto, la vista se desenfocó y las imágenes que se representaban en mi cabeza eran las del paupérrimo barrio de la Briqueterie, en Yaoundé, Cameroun: «Visiones de Habitáculos inmundos, Hacinamiento, Miseria, Suciedad, Desnudez, Ausencias y Carencias absolutas»; todas y cada una de ellas acompañadas por sensaciones de: «Rechazo, Náusea, Compasión, Rebeldía», todas con Mayúsculas.

Cerré los ojos para borrarlas y, a continuación, volví al quirófano. Pero una vez dentro, con la paciente despertándose, de nuevo mi memoria me brindó un flash de aquel otro suceso de quirófano del hospital de la Misión de Bamenda, también en Cameroun. Ahora aquí —pero allí— veía a aquella joven escuálida de grandes ojos marrones inquietos, llenos de ansiedad reprimida, que sin pestañear reflejaban de forma inequívoca el dolor silencioso y el temor a la incertidumbre; con su ancha nariz tratando de olisquear lo desconocido; sus pechos ya fruncidos, casi vacíos, y su débil cuerpo empuñecido temblando a la espera de ser anestesiada sobre una mesa rudimentaria de madera, iluminada por dos lámparas de flexo. —¡Qué distancia entre estos dos mundos!— pensé: la física, cada vez más cerca; la otra, la material, cada vez más lejos, inasumible para los que desde siempre marchan por detrás en todo.

Aunque no me conocían, las dos monjas esbozaron una sonrisa franca cuando me vieron acercarme de forma decidida hacia la puerta del despacho, anticipándose así a la presentación que siguió a continuación. Intercambiamos nuestros saludos en español y en francés, y cuando ya nos sentamos la monja blanca tomó la palabra:

—Doctor... sabemos que usted desarrolla una labor médico-humanitaria en un hospital en Cameroun y la hermana malgache y yo venimos a pedirle si podría hacer algo similar en una Misión que nuestra Congregación de Las Hijas de la Caridad tiene en una zona especialmente pobre del sur de Madagascar. El lugar se llama

Farafangana y nuestra Misión es una leprosería de más de 105 años de antigüedad...

—Y bien, ¿qué puedo hacer yo allí siendo cirujano? —pregunté interrumpiendo su pausa.

La monja blanca le pidió a la misionera malgache que fuera ella la que me contara con más detalle la situación en la que vivían aquellas gentes y los objetivos que se proponían. Ésta sonrió tímidamente antes de empezar a hablar, excusándose por tener que hacerlo francés. —Yo la miré de forma comprensiva y también dibujé una sonrisa amable para que expusiera con todos los detalles la información que deseaban transmitirme.

Antes de iniciar su relato, me alcanzó una revista gastada —de edición casera— que extrajo de una bolsa con todo cuidado y en cuya portada se podía leer:

Leproserie d'Ambatoavo de Les Filles de la Charité

Farafangana, Madagascar.

Histoire et Activités missionnaires.

Tomé el ejemplar con delicadeza para no romper su frágil encuadernado y lo ojeé rápidamente, antes de mirarla de nuevo invitándola a hablar:

—Verá, doctor, nuestra Misión es una leprosería donde diagnosticamos y tratamos a los enfermos, y es la única que hay en una extensión enorme en donde sólo se dispone de un hospital público, que apenas tiene actividad por falta de todo tipo de medios humanos y materiales. Para que se haga una idea —prosiguió con calma, entonando bien la voz—, solo hay un cirujano para atender a una población muy dispersa de unos ochocientos mil habitantes, y una enfermera que también hace las labores de anestesista...

Esa información ya fue suficiente para que prestara la máxima atención a sus palabras.

—Usted conoce África y ya se puede imaginar el resto —dijo con una expresión de tristeza en sus ojos y voz acaramelada, que llevaban el sello inconfundible de las misioneras, tan acostumbradas a ganarse la comprensión y necesidad de ayuda.

Hubo un momento de silencio, que ella aprovechó para bajar su mirada y yo para observarla con admiración, por la inmensa labor que hacen.

Ahora —pensé sin proponérmelo—, vendrá el plato fuerte de su discurso, hablando de su soledad y abnegación en la lucha contra todas las carencias humanas: primero, empezando por la del acceso a la salud; a continuación, exponiendo toda la batería de despropósitos con los que los gobiernos corruptos malgastan o desvían los fondos de sus recursos y las ingentes ayudas internacionales que inexorablemente se pierden por el camino.

Es como si el objetivo primordial de los gobiernos fuera consolidar la pobreza y el subdesarrollo de sus pueblos, dijo con lamento.

—Sor... es que eso es lo que buscan para mantenerse en el poder —añadí—. En esas sociedades, el diálogo con el pueblo no es con el lenguaje de la palabra y de las ideas: es con el de los palos, como si fueran animales.

—Doctor —dijo arrullando la voz—: «El hospital público carece del equipamiento más elemental y el poco que hay está deteriorado; o no funciona y no se repara. La mayor parte de las veces no se dispone de los medicamentos más básicos: bien porque no llegan, o se desvían o se roban o, sencillamente, porque el gobierno no los compra. La gente se muere y sufre por las enfermedades más comunes; las mujeres no dan a luz en el hospital porque no hay quien las pueda atender ni existen los medios para hacerlo; la mortalidad materno-infantil es elevadísima y los niños nacidos vivos en sus chozas no se vacunan». Hizo una breve pausa y añadió: «Se sobrevive con el estigma cotidiano del padecimiento —tantas veces curable si se dispusiera de los mínimos medios— que allí, en ese mundo de precariedades, asola y mata a todas las edades».

Durante un rato, siguió hablando de la pobreza y de la belleza, del desamparo y del abandono, de las edades del hombre que allí conviven desde la de piedra hasta la medieval, con sólo una pequeña y tímida muestra de nuestro tiempo, todo ilustrado con unas imágenes que arrugaban el corazón.

Al despedirnos, les dije que debía comentarlo con mi hija Marta —ginecóloga— y los otros médicos que me habían acompañado a Cameroun.

Cuando esperábamos delante del ascensor, la monja malgache me preguntó:

—Doctor, ¿por qué decidió ir a África?

—Porque soy médico... y África se muere... —leí una vez.

De regreso a mi despacho, ya sabía que ese año iríamos a Madagascar.

Capítulo 9

Antes de pasar visita, la enfermera le comunicó a la ginecóloga que Vohilaba estaba filtrando mucho más y que había tenido que cambiarla dos veces durante la noche. Ya desde el pasillo se podía adivinar cuál era su habitación. Un olor penetrante y desagradable, que parecía retenido bajo las sábanas, se expandió como una llamarada cuando la ginecóloga levantó la ropa para examinarla y ya supo cual era la causa. La sonda que tenía en la vejiga estaba obstruida y toda la orina salía por la fístula. Vohilaba observaba a la doctora en silencio y en su mirada triste reflejaba su miseria. La doctora se percató de ello y le sonrió, al tiempo que le decía:

—Enseguida se soluciona; tan sólo hay que cambiar la sonda. Esta tarde, cuando acabe, vendré a recogerte y daremos otro paseo. Aun te queda mucho por contar.

Cuando salió de la habitación, se dirigió a su despacho y se volvió a conectar a Internet por enésima vez, buscando: «Fístulas vesico-vaginales». De nuevo, entró en las páginas web del Brigham and Women's Hospital de Boston (Massachusetts, USA), Wikipedia y, sobre todo, en la del Addis Abbaba Fistula Hospital (Etiopia). Su impotencia para afrontar el tratamiento quirúrgico le creó una gran desazón profesional y personal, pero no cejaría en buscarle una salida aquí o donde fuera. Su determinación era firme. Pondría en marcha todos los recursos que hicieran falta. Así lo juró.

Cuando atardecía, fue a la habitación de Vohilaba. Estaba esperándola con impaciencia, para decirle que desde que le habían cambiado la sonda apenas había mojado.

—¿Ves? Todo tiene solución. Ahora vamos al jardín. Quiero seguir escuchándote...

Se sentaron en el mismo banco. La mancha que había dejado la noche anterior había desaparecido.

El primer día anduvimos poco. Enseguida me cansaba y teníamos que parar con frecuencia. Seguíamos el recorrido del sol, y cuando Marie calculó el tiempo que tardaría en ocultarse empezó a buscar un sitio resguardado donde descansaríamos hasta el siguiente amanecer. No tardamos en encontrar una pequeña llanura en la profundidad del bosque, y allí nos acomodamos.

Marie logró hacer una fogata frotando dos palos con la certeza de que antes o después saltaría la chispa. Cuando, por fin, brotó tímidamente, le habló soplándole hasta que prendió en unas ramitas secas que enseguida se dispuso a alimentar con hojas también secas. Pronto creció, ofreciendo con generosidad su luz y calor para que preparáramos una cena frugal a base de algunas frutas que habíamos recogido durante la marcha, que también nos aliviaron algo la sed. La hoguera servía, además,

para ahuyentar a las alimañas nocturnas que ya se hacían oír: unas con movimientos sigilosos, y otras de forma más descarada. Ella las conocía a casi todas. Me tranquilizó diciéndome que en ese lugar estaríamos seguras, no sin antes buscar unas cuantas ramas más con las que mantener el fuego vivo hasta que empezaran a asomar las primeras luces del día. Cuando se sentó de nuevo, esta vez muy cerca de mí para no tener que alzar la voz y así poder mantener el oído alerta, pronunció con ternura mi nombre y empezó a hablar:

Los partos eran casi siempre de noche y cuando todo había acabado empezaba mi trabajo, que se prolongaba durante largo rato más, después de que el médico y las comadronas se marchasen. Ya con todo listo para que pudiera venir el siguiente, yo aprovechaba la tranquilidad de no ser observada para poder hurgar en los estantes donde se guardaban los instrumentos y las medicinas. No entendía los nombres pues no sabía leer, por lo que toda mi atención se centraba en ver y tocar el instrumental, grabando en mi memoria sus formas para poder describírselas a mi padre y que así pudiera hacer unas copias exactas fabricadas en madera. De esa forma, fui haciéndome poco a poco con mi propio instrumental, rústico, pero igual al que utilizaban el médico y la comadrona francesa cuando las cosas se ponían difíciles.

Mi padre me complacía porque creía que con esas copias yo podía adiestrarme en la limpieza de las verdaderas y así sería más considerada en mi trabajo, pero mi gran ilusión era la de poder llegar a ser una partera. La sala de partos y un quirófano que había adyacente estaban en un pabellón independiente del resto del hospital, aunque comunicado por un corredor con el bloque principal. Esta circunstancia favorecía mi soledad en esas horas de trabajo nocturnas, lo que aprovechaba uno de los guardas del hospital para encender su cigarrillo en mi compañía. Su condición de guarda le permitía ganarse la simpatía y el respeto del personal francés, que con frecuencia le obsequiaban con tabaco o abalorios. Esas cosas para nosotros son mucho más que un lujo y a él le hacían la vida un poco más llevadera.

Yo tenía 16 años y, hasta entonces, había rechazado la idea de casarme. No quería abandonar mi vida en casa de mis padres; ni separarme del mundo de las plantas; ni mucho menos perder mi puesto de trabajo, cosa obligada en nuestra sociedad cuando la mujer se casa y su trabajo ya es el marido y los hijos que vengan, con un embarazo tras otro para ir remplazando a los que se van muriendo, o intentándolo de nuevo por los que no nacen.

Aquél hombre me parecía distinto... Su posición le daba seguridad y simpatía. Con frecuencia me hablaba del mundo que él observaba, al que tenía acceso por su puesto, lo que lo hacía ameno y me revelaba curiosidades que yo nunca hubiera conocido. Él se había fijado en mí y yo estaba empezando a fijarme en él. Una de las noches, observé que al encender el cigarrillo le temblaba un poco la mano. Cuando apenas había consumido la mitad, lo tiró al suelo de una forma que me pareció más

ansiosa de lo normal; me miró fijamente durante un instante; dejó su lanza apoyada en la pared y se acercó para tocarme el pecho y mojar mis labios con los suyos. Yo no ofrecí resistencia... y dejamos que la unión gozosa de nuestros cuerpos sellara la de nuestras vidas.

Poco tiempo después de aquella noche, nos casamos y celebramos una ceremonia que nunca hubiera podido imaginar, gracias a las ayudas recibidas por la gente del hospital y por los «señores» de mis padres. Mi marido me permitió seguir trabajando hasta que tuviera un hijo que cuidar.

Con mi hacer en el trabajo me había ganado la simpatía de la comadrona nativa. Ella respondía a mi curiosidad y ganas de aprender los secretos del parto, que tan bien conocía gracias a su experiencia adquirida a trompicones ayudando a la otra comadrona —la francesa— educada en un ambiente al que nosotros —los malgaches— nunca tendríamos acceso. Yo ya sabía que cuando la futura madre empezara con los dolores de las contracciones había que meter los dedos en la puerta de salida y medir con el tacto su apertura. También, que era igualmente importante cronometrar la secuencia y ritmo de los espasmos, cantados por los gemidos que acompañaban al gesto de dolor, y que, cada poco, había que aplicar el oído sobre un tubo hueco apoyado sobre el vientre, que transmitía los ruidos del que ya tenía prisa por salir: si se alejaban o enlentecían, era porque algo le estaba impidiendo enfrentarse a la vida y si esa dificultad se prolongaba, los latidos se apagarían para siempre.

Un día, con una parturienta sobre la mesa preparada para ser abierta, mi amiga, aprovechando que el médico y la comadrona franceses se estaban lavando las manos para la operación, me invitó a que de forma rápida introdujera mis dedos en la vagina de la mujer para que así aprendiera a ver con ellos. Tan solo tardé lo mismo que ponerme los guantes, pero cuando retiraba la mano con la lección aprendida sentí sobre mi espalda la mirada electrizante de la comadrona francesa, que había presenciado mi exploración prohibida. Al día siguiente, fui despedida y amenazada con que se me aplicaría la ley por intrusismo.

—¿Qué es eso? No entiendo.

—Disculpa que me exprese así... Es...

—¡Maldita la hora, Vohilaba! ¡Por aprender a nacer una vida, había matado la mía!

Mi marido no superó la vergüenza y aprovechó para reprocharme que tras varios meses sembrando una y otra vez su semilla no brotara la vida, dejando en entredicho su virilidad. Yo intuía que mi útero estaba ocupado por esos bultos que me hacían sangrar tanto y a destiempo —los miomas—, que habían ocupado el espacio que le correspondería a mi hijo. Ya, repudiada en el hospital, no tenía posibilidades de acceder a una operación que me librara de ellos... y mis hierbas no funcionaban. El pago de mis desdichas no se hizo esperar. Sin más contemplaciones, fui abandonada y

sustituida por otra joven que sangraba mejor que yo: siempre con el mismo ritmo y lo justo.

Al abandonar mi casa, solo tuve tiempo para llorar mientras desconsoladamente abrazaba a mis padres y les contaba todo lo sucedido. Al día siguiente, guardé en una bolsa mis instrumentos artesanales, que habían sido fabricados por mi padre tan cuidadosa y fielmente, y desaparecí sin rumbo, alejándome de un pasado feliz y de un futuro que había perdido.

Ya era nadie. Tenía que empezar mi vida otra vez y solo deseaba que fuera haciendo lo único que sabía, ayudar a otras mujeres a tener lo que a mí me había negado la naturaleza. Decidí que lo mejor sería ir a una aldea cualquiera, lejos de la ciudad, donde las únicas necesidades son alimentarse y tener hijos, y la vida no tiene otras perspectivas. Acabaría siendo apreciada por mis artes y conocimientos... — pensaba, soñaba—. Caminé por el borde de la carretera maltrecha que me llevaba a no sabía dónde, buscando siempre hacerlo cerca de otros hombres o mujeres para parecer una más de éstos que constantemente, día y noche, van y vienen de un lado para otro, siempre con los pies descalzos insensibles al tacto y al dolor: los hombres con su azada sujeta como si fuera un fusil, o empujando carros cargados de mercancías, o con la manta al hombro anunciando que están de viaje; y las mujeres, unas adornando las cabezas con grandes manojos de plátanos, y otras llevando un peso de casi nada que las dobla.

Con mi padre aprendí a cortar árboles, ramas, hojas, a trabajar y a modelar la madera. No me resultaba difícil construirme una cabaña allí donde paraba por un tiempo... Así, anduve sin rumbo, de un lado para otro, hasta que decidí instalarme cerca de la aldea donde te encontré. Cuando medí el bulto que producía tu bebé en tu pelvis encogida, ya supe que tenía que ayudarte... Tú, sola con tu marido, no podrías alumbrar el fruto.

Ahora parecía que los ruidos de la noche se alejaban y tardaban más en hacerse oír. Durante un rato, Marie estuvo callada mirando las llamas del fuego que empezaba a menguar... Al fin, casi susurrando, añadió:

Quiero que sepas que puse todo mi empeño en sacar a tu hijo vivo y, luego, en que vivieras tú. Ahora lo pondré en que alguien te pueda curar y me sentiré recompensada si lo consigo. Por eso estamos haciendo este viaje. Descansa, Vohilaba, que enseguida el sol se dará prisa por aparecer.

Yo cerré los ojos no para dormir, sino para llorar sin que ella lo viera. Me dormí sintiéndome desgraciada y dichosa a la vez.

Capítulo 10

Al despertarme no encontré a Marie. Había ido con su cazuela a buscar un poco de agua que no sé donde encontró pero, al fin, apareció con algo de líquido que calentó al fuego y lo puso a hervir con unas hojas que tampoco sabía de qué plantas o árboles las había cogido. Me obligó a beberlo y aquel desayuno caliente me supo a gloria. Al cabo de un rato, me sentí con fuerzas para reiniciar la marcha.

Los días siguientes repetíamos el mismo plan de viaje: amanecíamos muy temprano y descansábamos a la vez que el sol, cuando a mitad de su recorrido se detiene durante un rato y parece como si estuviera colgado en el centro del cielo, sin moverse. Aprovechábamos ese momento para comer frutas y otras hierbas o plantas, que Marie sabía buscar, encontrar y luego seleccionar.

Anduvimos por caminos rodeados de bosques de grandes bambúes, laureles, eucaliptos, ravenalas, palmeras, cocoteros, árboles del pan y plataneros, que siempre tenían su fruto a nuestra disposición. Mi debilidad me impedía seguir el ritmo que pretendía mi partera, pero nunca me lo reprochó y siempre estuvo pendiente de que pudiera continuar. Fui fuerte en mi corta infancia, supe resistir un matrimonio infeliz, y luché hasta la extenuación para que mi hijo viviera. Ahora tocaba de nuevo sobrevivir, y en eso estaba de sobra licenciada. Cuando el cansancio me podía, apretaba fuertemente el amuleto para aferrarme a la esperanza.

De cuando en cuando, cruzábamos pequeñas aldeas perdidas entre montañas y valles, despertando solo la curiosidad de los niños quienes, entre risas tímidas y jugando, nos seguían hasta el límite de su territorio, que tan bien conocían. A veces, percibíamos la mirada indiferente de mujeres y hombres parados en su camino con sus fardos habituales o su hacha de trabajo, haciendo un alto en su recorrido sin rumbo aparente hacia lugares donde solo les esperaban muchas horas de esfuerzo para casi nada, y ni siquiera la familia cuando regresaban. Atravesamos pueblos que a mí me parecían enormes, pero Marie enseguida los hacía pequeños pues no tenían hospital. Cuando perdí la cuenta de los días que llevábamos andando, llegamos a una ciudad muy grande y Marie —la partera, mi partera— decidió que ese sería un buen sitio para quedarse.

Poco a poco fui descubriendo otra vida...

Había mucho bullicio de gente yendo de un lado para otro, coches de todo tipo: unos con carga humana, otros con animales, y, de tarde en tarde, otros ocupados por personas con aspecto curioso (tenían la piel desteñida, ellos parecían el día y nosotros la noche), que se asomaban a las ventanillas sosteniendo un objeto con una mano y, a continuación, lo examinaban y se los mostraban unos a otros mientras hacían gestos de asombro o alegría por lo que veían. Yo no sabía que era aquello, y Marie tampoco

me lo supo explicar.

Durante nuestro deambular, habíamos cruzado no me acuerdo cuantas aldeas y pueblos, pero esto era distinto. El mercado era el más grande que jamás había visto y pudiera haber imaginado. Los puestos de venta de mercancías mostraban su mayor animación desplegando sus mejores géneros: sombreros y gorros, que tanto gustan a nuestros hombres y mujeres, y telas y tejidos de todos los colores —algunos con dibujos que me parecían preciosos, representando escenas de nuestra vida, pueblos y paisajes— con los que se confeccionan los «lamba» (nuestro vestido de pieza única que anudamos alrededor del talle) y los manteles que sirven para cubrir las mesas en las que hay platos y cubiertos, como había visto la partera en la casa donde trabajaba su madre. Expuestos en el suelo se amontonaban cestas de muchas formas y tamaños, cacharros para llevar el agua junto con todos los utensilios imaginables para cocinar, y otros más pequeños para comer —los más rudimentarios de madera y los más refinados de cuerno de cebú—. Por aquí y por allí, había jaulas con gallos y gallinas, pollos y patos —todos hablando a la vez, ansiosos o resignados—, y un sinfín de puestos de comida ofreciendo arroz blanco y rojo —solo o salpicado con pollo, cebú, cerdo o pescado—, verduras, hortalizas y legumbres mezcladas con salsas picantes —los «brèdes mamy» (de hoja dulce) y los «mafana» (calientes y de sabor picante), o el típico «achard» (potaje de legumbres maceradas en aceite, vinagre y salsa curry)—, y carnes asadas ahumadas o secadas al sol en láminas muy finas acompañadas de salsas fuertes. Algunos, más especiales para los más exigentes, ofertaban «romazaba», «ravitoto» (ragoût de carne de cerdo o cebú hecho con hojas de mandioca machacadas y a veces mezclado con leche de coco), rollitos rellenos de carne picada, sopas, pastas, buñuelos, tortas de mandioca, «mofo gasy» (el pan malgache), rodajas de «koba» (mezcla de pasta de arroz y cacahuetes cocidos envueltos en una hoja de plátano), y pescados y carnes que hacían las delicias de las moscas. En otros puestos se mostraban una gran variedad de frutas y especias: plátanos, manzanas del amor, piñas, papayas, mangos, guayabas, granadillas, peras, lichis, frutas de la pasión y del árbol del pan, vainilla, pimienta verde, guindilla, jengibre, canela, clavo y moscada, entre otras más. Algunas las conocía y muchas otras no, pero poco a poco mi partera me fue enseñando a familiarizarme con ellas y a distinguir sus formas y olores, como había aprendido ella de su madre.

También descubrí la luz eléctrica, las herramientas de metal, las puntas y los clavos, la radio y la música enlatada en unos discos que la reproducían a todo volumen, la televisión, el teléfono móvil, los frigoríficos, los restaurantes, las posadas, las peluquerías, los puestos donde se paraban los coches para rellenar su vientre con un líquido que los hacía caminar sin necesidad de arrastrarlos de un lado a otro con una cuerda, y todo lo que representaba ese mundo tan ajeno que me resultaba tan atractivo como hostil. No entendía los letreros, pero su presencia

alegraba la vista y parecía darle importancia al anunciante.

Cuando me paraba delante de cada cosa nueva y me distraía de mi fístula, rápidamente alguien me la recordaba al apartarse de mí y mirarme con aire de repugnancia. Quería permanecer allí y seguir descubriendo ese mundo nuevo que nunca había podido imaginar, pero mi enfermedad oculta me iba a obligar a vivir apartada de los demás. Allá por donde iba dejaba un reguero de gotas, marcando, como los perros, un territorio que nunca me pertenecería.

Imaginé a mi padre como uno cualquiera de los muchos hombres que conducían los «pousse-pousse», tirando como animales de personas cómodamente sentadas en su carro con ruedas y corriendo por llegar antes para dejar constancia de la calidad de un servicio que se pagaba con limosnas. De nuevo tuve un recuerdo lleno de nostalgia para mi madre y me pregunté si ella había conocido algo como lo que yo estaba descubriendo. También, pensé en mis dos hermanitos. Por mi cabeza pasaba como un flash la idea de que hubiera sido de nuestras vidas si hubiéramos nacido y vivido en un sitio como éste. Atrás se quedaba una infancia rota por la orfandad precoz de mi madre y por el abandono de un padre que no supo o no quiso serlo, por las carencias, por mi venta al mejor postor, por mi entrada en la vida adulta de la mano de un indeseable cuando tan sólo era una niña, por una maternidad no buscada, por un amor que el destino me negó dejándome en su lugar un hijo muerto y un río de orina que arrastra las esperanzas, a las que me aferro apretando mi amuleto como si al hacerlo espantara a los espíritus que me trajeron el mal, y los otros, los del bien, se sintieran así abrazados y queridos para acudir en mi ayuda. Recordé a mi marido con desprecio. Durante el tiempo a su lado sólo fui un objeto.

Nos instalamos en un rincón del mercado donde yo pasaba casi todo el tiempo observando, mientras mi partera recorría la ciudad de arriba abajo, buscando un trabajo que nos permitiera tener acceso a una cabaña y a una comida que ahora sólo hacíamos recogiendo los restos que quedaban en los fuegos del mercado, cuando la gente los abandonaba bien entrada la noche, y ya no quedaba nadie para seguir intercambiando o vendiendo.

Durante el día, mis olores pasaban desapercibidos entre los aromas de las especias que se esparcían con el humo de los fogones, o el del pescado arrugado que apestaba mientras no le llegaba su turno, o el de las frituras, o el de los animales que en las jaulas cantaban ignorantes de su destino a la espera de ser degollados, o el de las cabras o cebúes que al pasar dejaban sus despojos con tanto desenfado y desvergüenza, o el de otros orines de niños inocentes que correteaban o dejaban pasar la vida medio desnudos mientras sus padres o madres esperaban pacientemente a vender para comprar su ración del día.

El mercado era el sitio ideal para pasar inadvertida. Si me movía, mi reguero se sumaba a tantos otros de agua sucia que siempre mantenían el suelo mojado, con

charcos por aquí y por allá. Además, en la plaza central había una pequeña fuente que embellecía la miseria y que a mí me permitía lavar mi ropa siempre mojada para, durante un rato, disimular la mancha y el olor.

De noche encontrábamos refugio bajo el tejado que cubría una buena parte de todo ese espacio abierto, y, acostadas sobre el cemento o las maderas de los bancos, dormíamos un sueño que durante unas horas nos igualaba a todos, a los más favorecidos y a los menos. Mientras se duerme tampoco escuece el hambre, ni se roba, ni se engaña, ni se viola, ni se mata, ni atormenta el odio o el rencor, ni se hace la guerra, ni duelen el cuerpo ni el alma. El sueño es mucho más que un descanso: es la paz, el bienestar. El sueño es el dios de la justicia que no distingue entre unos y otros y durante unas horas hace iguales a todos los hombres y mujeres. El sueño es el refugio y el tesoro de los pobres, por eso dormimos más que los ricos, a cualquier hora, en cualquier sitio, y sin importar como. Mientras ellos se mueven de acá para allá, nosotros dormimos.

En el mercado también vivía una mujer que se recogía en un rincón apartado del nuestro. Su pelo sucio y desordenado, sus grietas en la piel, su mirada siempre perdida, su silencio haciendo el eco a su soledad, sus ropas descoloridas y adornadas con agujeros, hablaban del abandono y de una existencia dura a la espera del adiós definitivo. Para ella, las ratas, que corrían alegres por todo el mercado apurando los últimos restos de comida durante esas horas de descanso hasta que se encendía la luz del nuevo día, eran sus únicas compañeras. Las ratas nunca pasan hambre; siempre parecen contentas y están mejor alimentadas que nosotros. La mujer era complaciente con ellas y las dejaba invadir su terreno sin molestarlas. Nunca le iban a hacer más daño que el que le había hecho la vida. A veces se instalaba en el calor del mercado algún otro viajero que pernoctaba hasta el amanecer, reemprendiendo su marcha hacia no se sabe donde ni para qué. Ése era nuestro albergue cosmopolita, que de día recuperaba la lucha por sobrevivir.

Una noche, cuando los protagonistas del día ya se habían recogido y mi partera aun no había llegado, me dirigí hacia la mujer, que estaba hablando a un público imaginario. Al acercarme, ella interrumpió su discurso incoherente, giró la cabeza y las dos nos miramos al reconocer mutuamente nuestro olor en común. Entonces volvió en sí y, rejuveneciendo su expresión, clavó en mis ojos una mirada profunda y llena de ternura que me desnudó. Al verme reflejada en ella me derrumbé, y mis sollozos interrumpieron el silencio del encuentro. Se incorporó lo justo para cogerme de la mano y hacerme sentar a su lado, uniéndose ya los dos olores en uno solo de forma inequívoca. Me acarició el pelo con su mano huesuda y me contó su historia, la mía, la de la fístula que a las dos nos condenó. Me dijo que en su vida errante de abandonada había conocido muchas historias paralelas a las nuestras, y que constituíamos un ejército de un número incontable de mujeres cuyo destino era regar

continuamente los caminos de la huida. Entre todas, podríamos llenar no se sabe cuántas ciudades como ésta. Detectó mi amuleto y me lo hizo apretar, haciendo lo propio con su mano sobre la mía. Pausó su voz, y me dijo que tenía conocimiento de que unos blancos que venían de un sitio lejano a nuestro país habían sido capaces de cerrar ese agujero a una joven como yo, y creía que también a otras. Ella ya era mayor para intentar saber más y su vida no tenía otro aliciente que el deseo de descansar para siempre, cuanto antes mejor. Vivía sola con sus ratas y allí, en su casa del mercado, podía comer lo suficiente para amortiguar el hambre, los ocupantes de día no la echaban ni le molestaban y se había resignado a compartir su vida con la soledad que también la protegía del desprecio. Volvió a apretar mi mano y me dijo, con voz más fuerte, que yo aun era muy joven y que buscara sin parar ese lugar donde esos blancos conseguían que el chorro volviera a salir por su sitio y cuando uno quisiera. Me soltó, giró de nuevo la cabeza apartándola de mi mirada y dándome la espalda se puso a cantar en voz baja y en tono dulce una canción de paz. Esa noche me dormí antes de que llegara mi partera soñando que me despertaba seca.

Cuando abrí los ojos alertada por el ruido ya familiar que tiene el mercado antes de amanecer —el de los chirridos de las ruedas de esos carros cargados con un peso infinito de nada y de todo, que los hombres, niños y mujeres empujan por los caminos con tanto esfuerzo para llevar sus mercancías a los puestos de venta antes de que salga el sol para que no se puedan perder los clientes más madrugadores— no encontré a la partera a mi lado, lo que nunca había sucedido, pues ella apuraba el sueño más que yo, rendida cada noche tras jornadas interminables buscando un trabajo que se resistía a llegar. Miré hacia el rincón donde vivía la mujer y la vi de espaldas, moviendo de forma extraña su cuerpo inclinado sobre algo. A su alrededor había otras personas cerrando un círculo que ocultaba lo que estaba sucediendo. Me acerqué asustada y cuando pude ver no fui capaz de reprimir un grito de desesperanza y desconsuelo. La mujer, ahora mucho más vieja que hacía tan solo unas pocas horas, yacía inmóvil con los ojos entornados y una expresión de liberación que se dibujaba en el simulacro de una sonrisa que dejaba al descubierto una boca llena de huecos: la sonrisa que le dedicó a la despedida de su vida miserable con su última canción de paz.

El mercado siguió su rutina diaria y, poco a poco, se fue llenando del bullicio y de los colores y olores de cada día. Al rato aparecieron unos hombres uniformados que se llevaron aquel cuerpo que se enfriaba. La partera percibió mi afectación. Me preguntó... y yo le conté. Me escuchó en un silencio que no rompió cuando acabé, y se dirigió a la fuente para lavarse e iniciar con aspecto aseado su búsqueda diaria. Noté que en relación con otros días había cuidado más su imagen. Al despedirse de mí hasta la noche me dijo que ella averiguaría quienes eran, de donde venían, y adónde iban aquellos hombres y mujeres blancos. Hoy tenía una cita en el gran

hospital que había en la ciudad y albergaba la esperanza de conseguir un puesto de limpiadora, ahora vacante por la enfermedad de una de ellas.

Ese día no pude quedarme en el mercado mirando el hueco que había dejado la mujer, ahora ocupado por vendedoras que ya habían borrado su olor —también el mío—, y por primera vez desde que había llegado a la ciudad decidí salir a recorrerla y preguntar. No podía imaginarme que fuera tan grande, ni que hubiera tantas cuestas, ni tanta gente pareciendo que hacían mucho, ni tanta otra haciendo nada.

Andando sin rumbo vi edificios de piedras y ladrillos y muchas casas que no eran cabañas, en los que parecía que vivían personas que vestían de otra manera y entraban y salían con bolsas distintas de nuestros sacos y cestas; todo entre una multitud de caminantes sin rumbo entremezclados con los «pousse-pousse» y transportistas humanos haciendo un esfuerzo inhumano, y coches que continuamente lanzaban al aire un sonido metálico con el que pedían paso a modo de protesta cuando alguien les impedía avanzar o tenían que esquivar todos los bultos que se interponían en su camino. También descubrí las tiendas donde se vendían muchas cosas que no se veían en el mercado, de las que desconocía su utilidad, y botes y latas donde unos dibujos que los envolvían indicaban un contenido que parecía comida, aunque yo no me podía imaginar que la comida pudiera estar escondida allí dentro ni cuál sería su sabor.

Cuando me detuve a descansar en la mitad de una calle muy empinada, viendo como un hombre sin ayuda de nadie arrastraba cuesta arriba uno de esos carros lleno de ladrillos, miré hacia arriba intentando calcular el esfuerzo tremendo que aún le quedaba por hacer y vi en lo alto unas torres que hacían pequeño todo lo que estaba a su alrededor. Llena de curiosidad continué mi subida, y aquel edificio me maravilló por su tamaño y forma tan extraña. Nunca hubiera podido imaginar nada igual. Dos grandes cencerros, que parecían muy pesados, colgaban de cada una de las torres. De pronto me asusté cuando solos empezaron a moverse lentamente hacia adelante y hacia atrás, como si estuvieran bailando atrapados en su jaula hueca, y en cada ida y vuelta lanzaban un talán profundo que llenaba el aire y se extendía de forma invisible abrazando la ciudad hasta perderse poco a poco. Me imaginé que esa música viajaba y se deshacía a lo lejos, como lo hacían los aros que se formaban en el agua del río cuando jugábamos a dejar caer una piedra. Era la misma que todos los días a una hora sonaba ya agonizante allá lejos, en el mercado. Yo estaba acostumbrada a esos sonidos pero no sabía de qué avisaban hasta ese día, que empecé a ver como de las calles que daban a la plaza sobre la que se levantaba aquel edificio de piedra enorme venía cada vez más gente que atendía su llamada y entraba dentro, abarrotándolo de colores. Mientras miraba sorprendida aquella gran puerta con figuras que no entendía lo que representaban, alguien misterioso se acercó a mí y me invitó a entrar en la catedral de Fianarantsoa.

El hombre parecía piadoso, vestía una túnica negra que lo cubría hasta los pies y mi olor no lo espantó. Lo seguí hasta dentro y lo que vi desbordó todas las imágenes que yo tenía de la vida hasta entonces. Me hizo sentar en uno de los bancos que miraban hacia una figura colgada de una cruz y allí, en aquel momento, oí hablar por primera vez de otro Dios. La gente fue llenando los bancos, y mi inesperado amigo, que había desaparecido, reapareció a través de una puerta que había junto al hombre colgado y se colocó delante de la cruz, mirándonos a todos para unirnos en unas súplicas de gracias y perdón, interrumpidas de cuando en cuando por unos cánticos que llevaban la paz al interior. Yo no sentía que tuviera que dar las gracias ni pedir perdón por nada, pero durante el tiempo que duró aquello mi fístula se silenció.

Al acabar la ceremonia volvieron a sonar las campanas con otro sonido y ritmo más alegres, reflejando el bienestar que había hecho la oración. El hombre amigo me vio aún sentada, cuando ya no quedaba casi nadie en el interior, y de nuevo se dirigió a mí para invitarme a volver y hablarme de su religión. En ese momento me atreví a preguntarle por los «blancos» y me dijo que él no sabía nada, pero que, en cualquier caso, las curaciones sólo las hacía su Dios —también blanco—, si se lo pedía con humildad y me entregaba sumisa a sus designios. Al salir me invadió un calor por dentro y mucho frío por fuera, y tenía ganas de llorar. Cuando estaba empezando a alejarme, aun con paso incierto, una voz a mis espaldas me detuvo. Giré la cabeza y vi al hombre cubierto de negro en la puerta, que me miraba. Con un tono algo misterioso, pero en el que percibí un sentimiento de ayuda, me dijo:

Pregunta en la estación...

De nuevo me perdí por las calles, que seguían manteniendo firme el pulso de la vida en la gran ciudad, segura de que encontraría el camino de regreso a mi casa en el mercado. Deambulé sin rumbo, llena de pensamientos confusos y una determinación. Se estaba haciendo tarde y quería contarle a mi partera lo que había vivido. También estaba inquieta y expectante por saber si por fin había conseguido el empleo que la redimiría de todos esos años errantes, compensando su bondad con una vivienda digna y la compañía de personas que pudieran aumentar sus conocimientos, que ella había puesto tantas veces al servicio de los demás.

En el camino, me paré delante de una tienda en la que, por primera vez, me vi reflejada con claridad y sin ondulaciones. Aunque ya me suponía de una manera, la imagen de mí que rebotaba en aquel cristal era algo distinta de la que yo identificaba como mía. Conocía mi altura y, naturalmente, el color marrón oscuro de mi piel. También intuía que mi pelo era negro, y lo palpaba denso y lleno de rizos que, ya desde niña, mi madre separaba por grupos bien ordenados que dejaban entre ellos calles rectas que se cortaban entre sí con idénticas distancias, para que los piojos y otros huéspedes habituales pudieran circular sin perderse hasta encontrar su refugio entre los montones de pelos bien enmarañados que las rodeaban. Ahora, mi cabello

seguía igual de rizado, pero estaba suelto, desordenado, y lucía sucio. Mi cara fue lo que más me sorprendió, pues me pareció que reflejaba algún año más de los que tenía. Tal vez fuera debido a que desde que me casaron, en el mismo periodo de tiempo había vivido el doble. Aunque mi expresión parecía triste y denotaba un aire de cansancio me encontré guapa. La frente es recta y no está empequeñecida por el nacimiento del pelo. Mis ojos, sobre unos pómulos salientes y bien contorneados, son grandes y de color oscuro, y en sí no tienen nada especial, pero la mirada que me devolvía el cristal era profunda y tenía un brillo que lo atravesaba. La nariz algo chata y ancha, como corresponde a mi raza, está muy bien proporcionada, y preside una boca de labios gruesos que guardan una dentadura blanquísima. El resto de la cara está bien dibujada y el conjunto me dio seguridad. Mi cuerpo ahora lo veía delgado, pero las proporciones se mantenían y comprendí porqué atraía las miradas de los hombres.

Al desembocar en una plaza donde había muchos «pousse-pousse» parados delante de un edificio de unas características nuevas para mí, con una gran esfera en lo alto del centro de su fachada que tenía dos agujas paradas en el tiempo, sentí de nuevo la llamada de la curiosidad. Una pequeña multitud se agrupaba alrededor de los «pousse-pousse», como esperando un acontecimiento incierto que estaba a punto de ocurrir. De repente oí un ruido, distinto al que hacían sonar los coches cuando se enfadan, que poco a poco se iba acercando, anunciando con su mayor intensidad la inmediatez de una llegada. Otro ruido de traqueteo acompañaba rítmicamente los intervalos de aquel soplido musical, cada vez con más pereza o cansancio, hasta que se oyó un chirrido metálico que puso fin a ese concierto y de forma brusca movilizó a toda aquella gente que entonces entró a empujones en el edificio. Cuando pude asomarme descubrí el tren y supe que estaba en la estación. Al día siguiente, muy temprano, el viejo tren tenía que deshacer el camino andado, repitiendo un día sí y otro no la misma ruta. Ya sabía el camino para llegar allí. Ahora tenía que ir rápido al mercado para que mi partera no se asustara si no me veía al llegar y tuviera que salir a buscarme por la ciudad.

Cuando entré en el mercado, que ya empezaba a vaciarse, no pude evitar dirigir una mirada al rincón de la mujer y sentí en el corazón un golpe de nostalgia por su ausencia y otro de agradecimiento por sus revelaciones.

Al poco tiempo llegó apurada mi partera. Lo hacía detrás de una sonrisa que delataba su recién estrenada condición de limpiadora en el gran hospital. Ahora no se le escaparía esa nueva oportunidad que la vida le regalaba. Me abrazó en silencio y no pudo reprimir que unas gotas se deslizaran lentamente por sus mejillas humedeciéndolas de alegría. Cuando por fin me soltó, me acarició el pelo rizado y sucio, y mirándome con dulzura a los ojos me dijo:

—Cuando cobre el primer sueldo nos mudaremos a una casa con paredes en la

que podremos cocinar, dormir cómodamente sobre un suelo limpio y tal vez disponer de agua para nuestro propio uso.

Mis ojos también se aguaron.

Capítulo 11

Desde que descubrí la estación iba allí todos los días: unos, antes de que saliera el tren y los siguientes, cuando llegaba. Casi siempre había hombres blancos. Yo no podía preguntarles nada, pues no entendía su manera de hablar ni ellos la mía, pero los observaba llena de curiosidad. Recuerdo que lo primero que me llamó la atención fue su altura y su pelo liso y de color castaño, o como el de las hojas de los árboles cuando empiezan a anunciar su caída. En muchos también el color de sus ojos, que es como el del cielo cuando brilla el sol, no como el del barro y la tierra, con el que nosotros vemos.

Los días que eran los de salida todos llevaban en la mano o colgando del cuello unos pequeños objetos a través de los que durante unos instantes, y sin hacer daño, apuntaban a las caras de los niños o a los grupos de gente, y luego reproducían las mismas imágenes en una pantalla —como la de la televisión que acababa de descubrir en una tienda que había cerca del mercado, pero mucho más pequeña—: ahora agradándolas, ahora achicándolas, ahora ocultándolas, ahora cambiándolas por otras cuando ellos querían, tan solo apretando un botón. Es lo mismo que hacen aquellos —siempre blancos— que viajan en los mejores coches —tan diferentes de los que llevan a nuestra gente apiñada sin dejar un hueco libre—, y que se asoman a las ventanillas para mirar nuestra vida a través de esas pantallas. —Ahora sé que son las cámaras de fotos en las que guardan las imágenes de sus recuerdos.

Los blancos solo se subían a un vagón especial, con un asiento para cada uno, aunque de vez en cuando se mezclaban con ellos algunos de los nuestros, vestidos con ropas parecidas. Todos —ellos y ellas— llevan colgando de la espalda unas bolsas de las que sacan continuamente cosas que luego vuelven a meter, casi nunca acertando con el mismo sitio la primera vez. De esas bolsas salían botellas de agua o unas latas rellenas de un líquido de colores que bebían con pequeños tragos, como si tuvieran sed pero no la tuvieran —o como si estuvieran nerviosos—, y también dos rebanadas de pan iguales que aplastan entre sí algo que se comían sin pudor delante de nuestra hambre. De vez en cuando sacaban de las bolsas unos libros con imágenes de nuestros paisajes y gente, que al poco de abrirlos los volvían a cerrar y a guardar. Algunos los miraban a través de unos cristales redondos que sujetan con la nariz y las orejas, como queriendo proteger sus ojos de nuestra miseria. Yo entonces no sabía que eso eran unas gafas ni para qué servían. Otros abrían unas cajas pequeñas en las que hay unos tubos de papel blanco que sujetan con los labios y al prenderles fuego sale humo por la boca y por la nariz. Eso mismo ya se lo había visto hacer a algunos chicos de los nuestros que tratan de parecerse a ellos. No podía comprender aquello de respirar humo ni por qué lo hacían.

Nunca están quietos. Mientras el tren espera a salir suben y bajan del vagón continuamente, nos miran una y otra vez a través de esas pantallas pequeñas que nos copian en plano y en miniatura, y así nos llevan con ellos de un lado para otro acompañándonos en un viaje que nosotros no hacemos ni sentimos. Los más pequeños de los nuestros disfrutaban y se sorprenden cuando se ven allí enlatados, señalándose con el dedo que siempre deja la marca en la pantalla. Ellas nos muestran más cariño que ellos y siempre buscan aparecer riéndose, rodeadas de un grupo de nosotros, como si fuéramos su trofeo. A fuerza de observarlos ya me había acostumbrado a sus ropas y a la manera que tienen de vestir, pero lo que más me llamaba la atención es lo que llevan en los pies, pues no entiendo porqué no usan los suyos en vez de esos postizos.

Un día la partera llegó muy excitada por las noticias que traía. Se había enterado de que unos blancos —procedentes de un país lejano del que nunca había oído hablar— eran médicos y estuvieron de visita en su hospital camino de otro adonde se desplazaban para ayudar en algo. No conocía más detalles pero tarde o temprano lo averiguaría, me dijo.

Esa noche no pude dormir. Por la mañana iría de nuevo a la estación, ya no a observar a más blancos. Después de tantos días viéndolos me parecía que cada cierto tiempo se repetían pues, con pocas excepciones, todos hacían lo mismo y hasta se parecían, dejándome la impresión de que a cualquiera de ellos ya los había visto varias veces. Ese día la estación estaría tranquila ya que al tren le tocaba venir, no marchar, y ése era el único viaje que había. Se me ocurrió que podía preguntarle a la persona que despachaba los billetes de ese vagón especial si alguna vez habían pasado por allí unos médicos blancos. La palabra «médico» no se me iba a olvidar jamás, como tampoco la determinación de buscarlos que tomé a la salida de la catedral y desde entonces llenó mi cabeza como pensamiento único.

Cuando la partera se marchó a trabajar hice un poco de tiempo hasta que se hizo bien de día, grabando con fuego en mi memoria aquel espacio donde vivimos desde que llegamos a esta ciudad: el mercado. Para mí fue mucho más que un lugar donde pasar desapercibida y dormir cobijada, y me dio mucho más que un poco de comida de subsistencia, me dio un banquete de esperanzas que me regaló una mujer anónima con la que compartía una desgracia común.

No había imaginado que como el tren no llegaba hasta bien entrada la tarde en la estación no hubiera ninguna otra actividad. Tuve que esperar horas hasta que apareció un hombre que me miró —pero no me vio— y no me preguntó qué hacía allí o si deseaba algo. Entró por una puerta que cerró con un golpe brusco, y al cabo de un rato abrió una ventanilla detrás de la que estaba sentado pareciendo trabajar en algo. Cuando me acerqué con intención de preguntarle la cerró sin más palabras. Tuve que esperar mucho más, hasta que por otra puerta apareció una mujer joven y con aspecto

amable que entró en el sitio donde vendían los billetes a los blancos. Con temor a ser maltratada, pero sin poder aguantar más, llamé suavemente a esa puerta, que se abrió con una sonrisa preguntándome que deseaba. No me salían las palabras, pero logré hacerle entender que necesitaba saber si unos médicos blancos se habían subido alguna vez a aquel tren y adonde habían ido. Me contestó sin dudarle. Era un grupo que venía de un país que se llamaba España y se dirigieron a Manakara, al final del trayecto. Llevaban mucho equipaje y cajas. No sabía más. Bueno..., sí, que no habían regresado, o al menos no lo habían hecho en el tren de vuelta. Le pregunté, por preguntar, cuanto costaba un billete en los vagones nuestros desde Fiana hasta Manakara. Daba igual, no tenía ningún dinero y no podía afrontarlo, pero entonces tomé la decisión de hacer el viaje del tren andando. No me importaba cuanto podía tardar ni las inconveniencias del camino. Estaba curtida de andar.

Repentinamente empezó a soplar un aire ligero que al rato se fue haciendo más fuerte. El pelo suelto de Juliette bailaba de un lado para otro tapándole los ojos, y las pocas hojas caídas en el porche comenzaron a volar graciosamente. El cielo oscuro se veía ahora cubierto por unos nubarrones que extendieron un manto bajo el cielo antes estrellado. Amenazaba lluvia de un momento a otro... y la temperatura en el jardín se enfrió de forma brusca.

—Por hoy ya basta —dijo la ginecóloga—, y antes de que empezaran a caer las primeras gotas cogió de la mano a Vohilaba para apurar el paso hacia dentro.

—Mañana seguimos —añadió al despedirse.

Cuando se fue a acostar después de escribir de forma emocionada el relato que había escuchado, pensó en lo duro que era todo esto y, una vez más, en cómo resolver el problema de la fístula. Por un momento se reprochó no haber ido ella misma al Hospital de las Fístulas, en Addis Abbaba, antes de venir aquí. Ahora ya contaban con ella para el trabajo que tanto había aumentado desde su llegada y no podía ausentarse durante un tiempo que no sería menos de dos semanas. Pero... algo tendré que hacer, se dijo antes de caer en un sueño inquieto.

Capítulo 12

Mediaba agosto y la gente en España gozaba su tiempo de vacaciones como es debido: la mitad eran turistas, la otra mitad españoles, y el resto se entretenía atendiendo a unos y otros. Nosotros apuramos esas fechas llenando nuestro equipaje con el material más imprescindible que nos permitiera operar.

—Pero ¿allí no hay nada?

—No... Bueno... Sí: una Misión y gente esperándonos para librarlos de bultos que a todos los oprimen y a muchos matan.

—¿Y cómo vamos a...?

—Pues... haciéndolo.

—¿Y si sangran? ¿Se pueden hacer transfusiones?

—No.

—¿Y entonces...?

—Pues nada, ya nos las arreglaremos para que no sangren.

—Pero... ¿se pueden hacer análisis, radiografías...?

—No.

—¿Cuál es la incidencia de SIDA? ¿Lo sabes?

—No, pero creo que baja. Aun no llegó el turismo sexual a la zona. En cualquier caso trabajaremos con doble guante y tomaremos todas las precauciones para no pincharnos.

—¿Y tampoco tienen...?

—No. Si hubiera todo eso no iríamos.

—Nosotros pondremos nuestros conocimientos, el ingenio y el esfuerzo. Las monjas ya se encargarán de rezar para que todo salga bien.

—¿Vosotras con eso podéis anestesiar?

—Sí, pero...

—¡Vale! Nosotros con esto podemos operar.

—¿Y si...? ¿No sería mejor que...?

—Tal vez, pero vamos a ir. Lo que no podamos hacer no lo haremos. Repasar bien la lista: profilaxis de la malaria, empezando el día antes; móviles con los cargadores; un seguro sanitario por si necesitamos hacer una evacuación...

—¡Dios mío! ¿Todo esto no conlleva muchos riesgos?

—No. Esto no es un tema de riesgos: es de conciencia. Vamos a dar un poco de salud donde no la hay.

Por fin, aterrizamos en Antananarivo cargados con un aparato básico de anestesia, un monitor para registrar las constantes de los pacientes, un ecógrafo, un bisturí

eléctrico, medicación anestésica, analgésicos, algunos antibióticos y las suturas más usadas en la cirugía general y ginecológica.

Ya era tarde y allí nos esperaban dos monjas de la Congregación —una de ellas española, que llevaba muchos años de misionera—. El trayecto de noche, desde el aeropuerto hasta la Residencia donde nos alojamos, solo nos dejó ver una ciudad que dormía a oscuras.

Al día siguiente amanecimos muy temprano para trasladarnos en minibus a Fianarantsoa, camino del sur. Para salir de la ciudad atravesamos las calles principales y ya tuvimos una primera vista de su colina dominante, vestida con los edificios más simbólicos de la época colonial, ahora sucios y descoloridos por el abandono. A medida que nos alejábamos del centro, la miseria se iba haciendo cada vez más cruel y evidente. Dejamos atrás la ciudad de las colinas, circulando entre miles de obstáculos humanos, carros tirados por los cebúes cargados de no se sabe qué, y coches, «taxi-brousse» y otros vehículos de tracción mecánica o también humana, que se disputaban los metros libres para avanzar con una desesperante lentitud. Tana se diluía a medida que circulábamos por una avenida que corre paralela al río que la cruza, con las orillas atiborradas de mujeres lavando una ropa que antes de secarse ya parecía sucia otra vez.

La carretera discurrió, entonces, por una gran llanura ocupada por inmensos y repetidos campos de arrozales que se alternan con las fábricas de ladrillos al aire libre, donde hombres, mujeres y niños, con los pies hundidos en el barro, buscan su subsistencia diaria, sin más maquinaria para su fabricación y transporte que las manos para hacer y los brazos para tirar de una plataforma rudimentaria con ruedas. Paulatinamente, el paisaje se fue haciendo más montañoso, pero la proximidad a la capital se delataba por las calvas que se veían en los cerros, debido a la tala sin control de los árboles que otrora debieron formar verdaderos bosques.

Atravesamos pueblos y alguna ciudad, que reproducían de forma inequívoca y similar las imágenes de gente muy pobre. En muchos tramos, la carretera estaba siendo reparada de los mordiscos que le daban los bordes —que se la iban comiendo poco a poco—, y de los baches y fracturas que producían los vehículos sobre un asfalto de mentira. Las únicas máquinas eran los hombres descalzos que con unos mazos partían las piedras hasta dejarlas listas para que los que venían por detrás les echaran encima la nueva capa del pegamento negro.

A través de un paisaje de verdes prados y montañas de altura amable, todavía bien cubiertas por una vegetación frondosa esperando a que le llegue el turno de la sierra que algún día la va a afeitar, la carretera se fue haciendo más tortuosa a medida que subíamos y bajábamos por cerros y montes de bosques de hermoso y denso follaje, que se fue borrando en un precioso atardecer hasta que se hizo de noche. Doce horas después de salir de Tana llegábamos a Fianarantsoa.

Aprovechamos el día siguiente para conocer la ciudad académica y religiosa del país, la ciudad de las tres alturas en la que unas cuantas iglesias y su modesta catedral de estilo toscano se reparten prácticamente a partes iguales las diferentes interpretaciones de la fe cristiana, entre católicos y protestantes.

También conocimos el hospital público. La imagen, desde fuera, parecía prometedora, con su fachada grande de ladrillo rojo y ventanas con balcones. Era un espejismo que ocultaba a la vista su desnudez interior. Nos identificamos, y alguien, amablemente, nos hizo un pequeño tour. Los quirófanos tenían una dotación adecuada, pero estaban vacíos de actividad a unas horas en las que lo suyo sería que se estuviera trabajando. La unidad de cuidados intensivos estaba ocupada por un hombre acostado en una cama vieja y sucia, sujeto por un suero, teniendo como acompañante a quien debía ser su hijo, que yacía cómodamente sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, mirando al frente mientras observaba nuestra presencia con indiferencia. La imagen de soledad compartida que ofrecían parecía sacada de un cuadro de Hopper. Luego nos enseñaron el cuarto de revelado de las radiografías que tenía un aspecto desolador. Ahí acabamos la visita.

Durante el recorrido yo no dejé de imaginarme cómo serían los hospitales secundarios, y vinieron a mi recuerdo los que ya conocía en otros lugares de África: ratas paseándose libremente por aquí y por allá en el sótano donde estaba el laboratorio del Hospital Universitario de Luanda, en Angola; o las langostas cubriendo suelos, enfermos y paredes en la época de la plaga en el único hospital público de Bissau, en Guinea Bissau; o la colección de serpientes que guardaban en frascos en el quirófano de un hospital en Cameroun.

Al día siguiente ya emprendimos el último tramo del viaje que nos haría llegar a la Misión. Eran las seis y media de la mañana y la estación rebosaba de gente llena de bultos y cestas con gallinas, disputándose sin querellar los espacios del suelo para avanzar hacia el tren que ya se despertaba en la vía. A las siete de la mañana, el tren tosió un poco, se desperezó, y, con un trote cansino, inició el periplo que durante más de diez horas recorre los ciento sesenta y algo kilómetros que separan las tierras altas de Fianarantsoa de la ciudad de Manakara, a orillas del Índico, a través de un paisaje bellissimo, interrumpido cada pocos kilómetros por aldeas de una pobreza estremecedora, rivalizando entre ellas a ver cual almacena más. El paisaje de cada tramo entre cada aldea iba alcanzando progresivamente su clímax de seducción a través de montañas tapizadas por una vegetación inexpugnable, entre la que a veces se asomaban cascadas de agua que luego se ocultaban, pero seguían su descenso implacable hacia el anchuroso río que en otros momentos se veía al fondo, surcando valles a los que alimentan para que produzcan arroz.

Las paradas en las aldeas —con sus palafitos y chozas miserables— suponían una parada en el túnel del tiempo muchos cientos de años atrás. Pero para sus gentes era

el momento grande del día, el único, en el que se ponían en movimiento toda una legión de niños y niñas vendedoras de comida cocinada, entre la que siempre estaban los cangrejos de río cuidadosamente presentados, plátanos, frutos secos, y otras viandas que los viajeros nativos compraban por necesidad de comer y los extranjeros por la curiosidad de probar. Recíprocamente, los blancos les ofrecían todo tipo de chucherías por las que se peleaban entre ellos para hacerse con algo del botín y, a cambio, les solicitaban que les dejaran fotografiar su indigencia, como queriendo reflejar una solidaridad que luego solo es una instantánea anecdótica para enseñar a la vuelta del viaje y olvidar. El paisaje humano en esos andenes llenos de movimiento lo completaba la imagen inexpresiva e indiferente de los hombres, típicamente ataviados con su sombrero, chaqueta y pantalón corto; y la de las mujeres envueltas en colores vistosos y alegres, algunas pidiendo pero la mayor parte simplemente mirando una vida extraña e inalcanzable para ellas. Después de un largo descenso por tramos imposibles atravesados por túneles y viaductos, quedaban atrás la selva y los inagotables bosques de árboles plataneros rebosantes de frutos, poco a poco progresivamente reemplazados por los de ravenalas y palmeras majestuosas que anunciaban el fin cercano del viaje y la proximidad del mar en el crepúsculo de la tarde. Ya se oía respirar al Índico que en esos primeros momentos del anochecer roncaba plácidamente.

En Manakara nos esperaban la Superiora de la Misión y Felicien —el chofer y hombre que vale para todo—, quien de forma incomprensible logró acomodar nuestros numerosos bultos entre la baca y lo que a veces servía de maletero. Cuando cubrió con una lona el equipaje, parecía que al coche le había puesto una cabeza y su altura estaba duplicada. Los «*taxi-brousse*», los «*pousse-pousse*», y los vendedores de baratijas que esperaban tenernos como clientes miraban curiosos los preparativos de la marcha. Cuando todo estuvo listo, nos enlatamos como pudimos y empezamos la última parte del viaje a través de una carretera que al poco de partir ya era un camino de olas de tierra. Cuatro horas después, cuatro largos días de viaje después, llegamos a la Misión de Ambatoabo, en Farafangana.

Ya era tarde para el horario de las misioneras, que nos estaban esperando para cenar, por lo que nos dirigimos directamente al comedor e hicimos las presentaciones oportunas por ambas partes. El contacto inicial resultó cortés pero algo desangelado. Se palpaba un clima de cierta desconfianza y expectativa mutuas. Por nuestra parte era la primera visita a Madagascar y todas las misioneras eran malgaches, lo que se traducía en un frente monocorde sin fisuras culturales, cuyas costumbres y enfoques desconocíamos. Tampoco ellas parecían estar familiarizadas con las nuestras. En los ciento siete años de vida de la Misión, era la primera vez que se iba a realizar una experiencia así. Tras la cena, nos despedimos con cansancio e incertidumbre. El día había sido largo y emocionante; la noche sería corta. La Misión tenía un aire

especial...

Capítulo 13

A las cinco de la mañana sonó la campana de nuestra terraza anunciando un nuevo día. El sol empezaba a iluminar, pero aun no se había asomado por el horizonte del mar, allá al frente. Se anunciaba con fuerza a través de las palmeras, que ya esperaban impacientes los primeros rayos moviendo con alegría sus ramas. El viento soplaba ligero.

Las misioneras habían anunciado nuestra presencia con suficiente antelación y cuando nos levantamos, recién amanecido, ya pudimos ver a multitud de hombres y mujeres —algunas con sus niños—, que esperaban pacientemente —sentados o de pie—, enfrente de las casitas destinadas a las diferentes consultas: a un lado, la ginecológica; al otro, la de cirugía general. Eran las imágenes de la esperanza vestida con sus mejores colores, esperando una oportunidad —hasta entonces inimaginable— para liberarse de bultos que ocupaban espacios que no les correspondían en la cabeza, la cara, el pecho, el abdomen, la pelvis, las ingles, los testículos, las piernas y los pies. Otras, las niñas que no llegaron a ver cumplido su sueño de madre, dejaban la firma de su dolencia en forma de regueros precedidos por el olor que anunciaba «la enfermedad oculta» cuando entraban en el despacho. Esa mañana no dimos abasto viendo a todos los pacientes para hacer la selección de los que iban a ser operados. Por la tarde, había que empezar a quitar bultos y cerrar agujeros sin tiempo que perder. Los descartados reflejaban sin queja su decepción y cerraban con resignación su libretita sanitaria con nuestra recomendación de que tomaran «*ibuprofeno*» para todo y antiácidos para el estómago. A todos les duele el estómago, el cuello y la espalda. Es el dolor del hambre o de las hierbas, de los picantes y de los bichos, de no sabemos qué, de los pesos con los que cargan su columna de principio a fin, desde que saben andar hasta que ya no pueden con la vida.

Había otras mujeres, que se distinguían por su mejor salud social y económica, y llegaban en «*pousse-pousse*» vestidas con sus ropas más nuevas y limpias, tocadas con sombreros llamativos, que acudían buscando sin disimulo que se las retratara por dentro mediante una ecografía para demostrar que estaban o parecían sanas. No hay nada que les pueda gustar más que se les haga una ecografía. Lograr hacerse con esa estampita les daba un tiempo de felicidad. Además, esas fotos no distinguen de razas. Por dentro todos somos iguales.

La Misión es muy hermosa. Está abrazada a poniente por un río a punto de llegar a su destino, y a levante por un arenal lleno de palmeras que conduce hasta el mar, recibiendo su aliento. A unos pocos metros de la entrada hay un pequeño bloque con un espacio que simulaba un quirófano y un corredor abierto que desde ahí conduce a unas pocas habitaciones con cuatro camastros cada una y una bombilla que cuelga

desnuda del techo para iluminar el dolor y la miseria y dar un halo de luz a la esperanza. El pequeño y arreglado jardín que rodea el bloque también es el lavadero y secadero en el que las máquinas son mujeres. Ese sería nuestro lugar de trabajo.

Desde ahí parte un largo sendero que llega hasta el río dejando a un lado y otro arrozales y huertos, donde grupos de leprosos, libres de contagio y curados, hombres, mujeres, y también jóvenes a los que aun les falta un poco para llegar a serlo, trabajan en los huertos y en los arrozales con los pies hundidos en el barro, mientras los más viejos, con un cuchillo, cortan sentados la hierba que alfombra los espacios no cultivados. Al fondo, se ordenan en línea los edificios en los que viven, rezan, cocinan y comen las monjas. Delante de ellos, mirando al amanecer —piadosamente y con humildad—, se erige, en forma de pequeña estatua, el recuerdo a San Vicente de Paul, fundador de la Orden. La iglesia y la escuela redondean ese conjunto de abnegación y entrega donde cada domingo se recrean los que profesan la fe católica, y durante todo el año se humanizan y comen gratuitamente una vez al día los huérfanos de padres, arroz, y cultura.

La campana de nuestra terraza se encargaba de dar el primer aviso del amanecer, repiqueteando con alegría el anuncio de la primera oración y el despertar de un nuevo día. Algunos no le hacían mucho caso y le daban la espalda apurando el descanso un poco más. Otros ya nos despejábamos y podíamos oír desde la proximidad el rezo más madrugador, cantado por las misioneras con unas voces melódicas y cautivadoras que salían del alma y contagiaban su fe.

Trabajamos sin descanso. Apenas quedaba una semana para que diéramos por concluida nuestra estancia en la Misión y todos los pacientes evolucionaban bien excepto una de las madres —sin hijo— cuya fístula había vuelto a filtrar de nuevo. Sentí su frustración y no sé si ella sintió la mía, pero un gran peso cayó sobre los dos. Aquellos ojos anhelantes que hacía dos días escrutaban nuestros movimientos mientras preparábamos el campo quirúrgico, estaban ahora empañados por unas lágrimas que resbalaron en silencio cuando al descubrir la ropa de la cama vimos la mancha todavía húmeda que devolvería a la joven Aimée al rechazo y a la vagabundez. Pero no hubo ni una queja... ni un lamento... solo una resignación oculta que hacía aún más daño... Ya había anochecido y la habitación estaba casi en penumbra, pues la única iluminación venía de esa bombilla, pobre como ellos, que colgaba del techo alumbrando con una luz tenue y mortecina la enfermedad. Le pedí a la monja que me acompañaba que le explicase que ahora no se podía hacer más, pero que el año siguiente lo intentaríamos de nuevo, dejando así una puerta abierta a la esperanza. Mientras la monja le hablaba, sus ojos seguían aguándose y yo pensaba con dolor que era demasiado joven para vivir la soledad. Tal vez el pensamiento de los dos fuera el mismo. Aunque las otras paseaban su fortuna con las sondas llenas y los paños secos, el pesar que sentí por ese fracaso me hizo mella y la monja supo

leerlo en mi silencio cuando salimos de la habitación y empezamos a caminar por aquel sendero oscuro que conducía hasta el comedor donde ya estaba preparada la cena. Bajo aquel cielo repleto de estrellas, soplaban un aire fresco que limpiaba la atmósfera y, tan sólo, se oía el ruido ligero de nuestros pasos y el de las ramas movidas por el viento.

Ya cerca de la casa, la monja se detuvo y me preguntó si al día siguiente, que era domingo, queríamos aprovechar para conocer la Misión de Tangainoni. Ellas no podían acompañarnos pero nos conducirían hasta allí Felicien y Gaurin: los dos chóferes de la Misión. En Tangainoni nos esperaban a comer y por la tarde tendríamos un rato para pasar consulta en el dispensario. Yo miré hacia atrás, donde se veía en la penumbra la mancha blanca del bloque quirúrgico que acabábamos de dejar y durante unos instantes dudé la respuesta, pero cuando giré la cabeza hacia la monja le respondí que sí, sin esperar a conocer la opinión de los demás. A todos nos gustaría, añadí.

Esa noche no tenía sueño y al cabo de un rato de acostarme me levanté y salí a pasear por la Misión. Al mirar hacia arriba, me pareció que había muchas más estrellas y durante un tiempo me senté en un banco escrutando el firmamento y pensando en quienes andarían por allá arriba y cuantos millones más de fístulas habría. Aunque parezca difícil impresionar o sorprender a cirujanos añosos, la exploración de las fístulas en el quirófano, con las pacientes ya anestesiadas, ofrecía imágenes difíciles de describir, con grandes ventanales en la pared de la vagina por los que desde la vejiga fluía orina sin parar. La de Aimée era demasiado compleja, pero había visto unas cuantas así en el Hospital de Addis Abbaba y las había operado siguiendo esos mismos criterios, como a ella. Bueno, siempre habrá alguien que falle, me dije tratando de minimizar mi pesar, pero el malogro en esa paciente me afectaba de forma especial por su historia cruel y porque en su mirada se reflejaba en un instante una vida desoladora. Pensé entonces en las otras que ya estaban secas y en cómo afrontar las que aun esperaban su turno. Cuando me acosté, apenas faltaban un par de horas para que la campana que hay en nuestra terraza anunciara maitines antes de alborar el nuevo día. Su tamborileo, breve pero ruidoso, me despertó de un sueño ligero que me pareció suficiente, y me levanté para sentarme en una piedra mirando al río a través de una vegetación frondosa que tapiza el terraplén que llega hasta el agua. Desde ese lugar podía oír a las monjas, que ya iniciaban a esas horas tan tempranas su ejercicio religioso esparciendo melodías de paz. Al rato, los rayos más madrugadores del sol empezaron a asomarse por la Misión atravesando como espadas fulgentes los huecos estrechos que dejan entre sí las centenarias palmeras, ofreciendo un amanecer de gran belleza.

Poco después, todos los demás ya estaban también mañaneando y arrancamos camino de Tangainoni. Durante más de dos horas fuimos dando tumbos por una

carretera llena de agujeros que atravesaba una vegetación lujuriosa entre la que de tarde en tarde veíamos en los lados de la pista niños harapientos y mocosos que no sabíamos de donde salían, hasta que, ocultas en el bosque, de repente se mostraban sus chozas miserables —aisladas o en grupos que se contaban con los dedos de una mano—. Siempre agitaban sus manitas a la vez que sus grandes ojos seguían con asombro el acercarse y alejarse del coche con miradas penetrantes que parecían calcular la distancia imposible que los separaba de nosotros. De pronto, y casi sin avisar, el camino desembocó en un río que había que atravesar en una de esas barcasas sobre bidones. Orillándolo había un poblado de unas cuantas cabañas, como la réplica que se veía enfrente. A un lado y al otro, se veían a hombres que esperaban para cruzar o que simplemente entretenían su mirada; mujeres que lavaban y otras que llegaban cargadas de peso que aplastaba su cabeza; niños colgados de sus hermanas o madres percha, o ya sueltos: algunos, divertidos, curioseando nuestra espera; otros riéndose al ver sus caras reflejadas en las cámaras y otros pocos ajenos a nuestra presencia que chapoteaban y se bañaban desnudos en la orilla. El río era hermoso... Algún pescador se afanaba en la pesca desde sus canoas y otros regresaban con la nasa ya llena. Mientras esperábamos a que llegara la barca, me entretenía observando la belleza del paisaje y la vida tan sencilla y primitiva de aquellas gentes: sus rostros, su miseria.

De pronto, me llamó la atención la expresión triste de un chico que debía tener poco más de veinte años y estaba sentado sólo y apartado del resto. Algo lo consumía. Cuando la barca se empezó a mover tirada por la cuerda que unía las dos orillas, volví a fijar la atención en él y vi que se levantaba cojeando de forma grotesca. Aún me dio tiempo de observar su pie deforme que quebraba la pierna y colgaba en el aire cuando se agarró a dos palos que hacían de muletas. Unos niños se rieron al verlo caminar alejándose...

El camino siguió atravesando bosques hasta que el paisaje se transformó con brusquedad al encontrarse con los cerros de Tangainoni, donde los árboles habían sido echados y sustituidos progresivamente por cabañas todas iguales o parecidas.

A nuestro paso lento hacia la colina que dominaba a las demás, donde ya se veía la iglesia blanca con su campana en pleno concierto anunciando con sus tañidos el inicio inmediato de la ceremonia religiosa, los niños se asomaban divertidos al borde del camino dándonos amigablemente la bienvenida e intuyendo que nuestros saludos venían acompañados de globos o golosinas. Enseguida aprenden que en los bolsillos de los blancos siempre hay algo. Los hombres y las mujeres miraban con indiferencia el traqueteo del coche, o se apuraban camino de la iglesia para no perder la cita semanal con su nuevo Dios. Como en todos los rincones del mundo, ese día se visten de forma especial y las mujeres llenan la iglesia de color con las telas que reservan celosamente para ese encuentro festivo: los hombres lucen sus mejores sombreros, las

niñas sus vestidos recién limpios y los niños sus pantalones con menos agujeros. Los más afortunados cubren sus pies con unos zapatos que duplican la suela que ya tienen sin ellos y los más pobres siguen igual de pobres, descalzos y con sus mismas ropas sucias y haraposas, pero que, ese día, allí en la iglesia, parecen otras.

Todos los bancos ya estaban repletos de fieles cuando el cura hizo su aparición puntual y las voces graves de los hombres y las agudas de las mujeres y niños rompieron el silencio y sonaron al unísono melódicamente para iniciar los rezos de bienvenida con una plegaria que aceleraba el corazón y ponía firmes los pelos de la piel.

A medida que avanzaba la liturgia yo contemplaba aquél espectáculo sencillo de música y de fe, tratando de imaginar qué pasaría por la cabeza de toda esa gente —antes pagana—, que ahora imitaba mecánicamente los movimientos rituales de levantarse, sentarse, arrodillarse, recoger la cabeza entre las manos guardando silencio mientras tragan sin masticar ese trozo de pan que se les ofrece en el momento álgido de la ceremonia, y de nuevo levantarse para manifestar su devoción con unos cánticos de gran belleza musical, que acompañan instintivamente con sus cuerpos siguiendo la cadencia de los sonidos.

¿En qué piensan cuando dirigen sus miradas tiernas o suplicantes hacia la imagen de un hombre blanco que oculta sus intimidades bajo un harapo y preside el altar colgado por unos clavos de una cruz —con la cabeza caída sobre su pecho desnudo y la sangre brotando del costado y de sus manos y pies—, o a la de una mujer toda tapada, que tiene lágrimas en los ojos y sostiene entre sus brazos al niño que cuando se hizo mayor fue el que colgaron de la cruz por predicar un mundo mejor? —reflexionaba yo mientras me dejaba llevar por la magia contagiosa de una fe que sobrecogía.

Los cánticos siguieron y se prolongaron incluso después de que el sacerdote finalizara su función, haciendo que la sensación de paz se quede dentro —no se sabe dónde—, hasta que, poco a poco, se evapora cuando al salir de ese mundo imaginario se reencuentra la realidad y se comprueba que todo sigue siendo igual, con las mismas carencias y las mismas necesidades incumplidas. Pero ellos vuelven domingo tras domingo con renovada ilusión, tal vez alimentada por esa labor abnegada de las monjas que gracias a su Dios, a la Virgen y a su hijo —bien niño o ya hombre—, ahora los sustitutos de sus espíritus ancestrales, les traen comida y les enseñan a conseguirla por si solos sin explotar su ignorancia o les regalan un pequeño saco de salud pasajera, ya venciendo algunas enfermedades, ya previniendo otras, o simplemente aliviándolas con gestos y palabras que les hacen soportarlas mejor cuando no tienen cura.

Al finalizar la misa, nos dirigimos a la escuela mientras repartíamos trozos de alegría con formas de globos y golosinas. Allí acuden los niños para que se les enseñe

a leer y a escribir, a rezar unas oraciones que no entienden porque les hablan de un Dios que no sabían que existía y que no ven, y de una Virgen que es la madre de un niño a quienes tampoco ven pero a veces parecen escucharlos. Ahora los observaba, imaginándolos por la mañana temprano corriendo hacia la escuela por esos caminos empinados con sus pies desnudos —la única parte del cuerpo que todos llevan uniformada—, para no perderse las primeras oraciones del día y empezar las clases de las letras y los números, y las de historia y geografía, para que tengan conciencia de pueblo y de país y se ubiquen en el mundo, y su fantasía les permita ver que la tierra sigue más allá de donde ellos pueden llegar corriendo y que por mucho que avancen siempre hay un horizonte que nunca se toca.

En el viaje que nos llevó hasta Farafangana —especialmente en las paradas que hicimos en las aldeas que recorre y alimenta el tren de la selva entre Fianarantsoa y Manakara— ya vimos que lo que más les atrae son los «estilós» (bolígrafos), pues cuando ya saben leer y escribir eso les permite comunicarse entre ellos sin hablar. ¡Cuántas fronteras rotas por la escritura y cuán determinante es la invalidez del alfabeto!—pensaba yo, mientras como contrapunto no podía concebir un mundo sin letras—. El lenguaje oral rebota y se apaga en el que escucha, no trasciende, es engañoso, es deformable, no es fiable porque no compromete; el escrito no. Un pueblo que no sabe escribir vive aislado o sometido. ¡Les hubiéramos llenado de «estilós» y cuadernos toda la explanada de delante de la iglesia! Hacía estas reflexiones mientras nos dirigíamos a otro edificio igual de sencillo y austero dónde está la escuela de las madres, en el que les enseñan a cocinar calorías y a coser rotos y descosidos para aprender a explotar al máximo sus escasos recursos. Allí acuden puntuales a su cita con la esperanza todas esas mujeres que ahora intuyen que hay una vida mejor y que el aprendizaje es el paso inicial necesario para romper con un pasado de siglos. Ese pasado que sigue en el presente; ese pasado en el que no hubo ninguna señal de progreso ni de evolución en la forma de vivir; ese pasado que mantiene anclado a este pueblo en la miseria de la supervivencia como único objetivo. También aprenden a cantar y a rezar las oraciones del domingo y les hablan de la Virgen como el ejemplo universal de todas las madres del mundo, y del concepto de familia como unidad, como núcleo imprescindible para el desarrollo de la persona, tan diferente de lo que es una manada en la que cuando uno de sus miembros enferma es abandonado. El cambio tardará en venir, pero algún día llegará —pensé con más ilusión que esperanza mientras contemplaba esos edificios del bien.

Después de compartir mesa con el personal de la Misión, nos dirigimos hacia el dispensario andando sin prisa por un camino que atravesaba un bosque, rodeados por una multitud de niños que saltaban y se reían alegres jugando entre ellos o pidiéndonos más golosinas y «estilós». La monja les reprendía sin convicción, sabedora de que estaban pasando un rato de felicidad. Un pequeño bloque, también

blanco, era la consulta y el pequeño hospital, que disponía de unas pocas salas que parecían un lujo entre tanta mugre, donde se alineaban unas camas sin dejar casi espacio entre ellas. Allí yacían prostrados niños, mujeres y hombres a los que lamía la enfermedad con formas de malaria, tuberculosis, o la que fuera, pues para ella siempre hay huéspedes indefensos que le dan alimento hasta que los consumen. Al pasar, vimos el panorama desolador del rostro oculto del mal que se había instalado en sus cuerpos y almas, y se dejaba fotografiar de forma ostentosa con sus diferentes matices o disfraces en unos y otros pacientes, bien en la cara con su expresión de sufrimiento, o saliendo más de dentro a través de miradas suplicantes de ayuda —o ya entregadas e inexpresivas—, o mostrando las delgadeces que resaltaban los relieves de unos huesos cubiertos por pieles surcadas por las huellas dejadas por el hambre pasada y la inapetencia presente, o reflejando la intimidad de unas almas tristes por estar acabando una vida que en muchos de ellos casi no había empezado.

En una habitación en la que había una mesa vieja, dos sillas y una camilla, un enfermero que hacía las veces de médico examinaba a un chico en busca de los ganglios o falsas gorduras del vientre que le permitieran establecer el diagnóstico inequívoco, sin más medios que la experiencia de haberlo visto mil veces. Pegada a la camilla había una vitrina donde se guardan con llave las medicinas de la esperanza. Allí acuden todos los días muchas de estas personas indefensas con el anhelo de que esa inyección, o aquellas pastillas, puedan hacer escapar ese mal que tanto les aflige. Así, uno tras otro, van pasando por la consulta docenas de personas que fotocopian la enfermedad del vecino para que, a fuerza de repetirse, aquellos sanitarios ya hayan aprendido la forma de identificarla y sepan curarla o, al menos, aliviarla.

En la Misión no hay más horario que el del cansancio y para nosotras el cansancio no existe —dijo con buen humor la monja que nos acompañaba y que era la que más tiempo dedicaba a los enfermos—. Unas, nos vamos al dispensario para atender a los pacientes ingresados y también a los que esperan en largas colas a que los pasemos a la consulta para ese interrogatorio fatídico.

Aquí, la gente es pacífica y vive resignada a padecer el sufrimiento, casi la única forma de vivir que conocen —continuó diciendo la monja enfermera malgache, al tiempo que con su presencia imponía orden y respeto a una muchedumbre que, por curiosidad los menos y por su enfermedad la mayoría, ya se agolpaban a la puerta de la entrada principal.

Ya veréis como no se oye un lamento. Alguna de nuestras estudiantes con vocación de enfermeras se encarga de establecer un turno que se respeta sin alborotos —pues saben que el momento de cada uno llegará y el día no tiene otras perspectivas para ellos—. Siempre hay alguien fuera esperando para ser el siguiente —da igual el tiempo de espera que sea: el tiempo no cuenta—. Unos niños maman de unos pechos agotados. Otros duermen su enfermedad —no su sueño—. Casi nadie habla. Nadie

ríe. Unos entran en la consulta. Algunos se quedan ingresados. Otros salen con la misma cara inexpresiva con la que entraron. Dentro no se da abasto: se curan heridas, se ponen inyecciones, se arreglan las camas con ropas, que por mucho que se laven siempre están sucias. Los familiares que duermen apiñados debajo de las camas se levantan y salen a lavar los cuencos de comida que vuelven a rellenar de forma idéntica con el arroz del día. No importa si llueve o hace frío —la ropa siempre es la misma—. Los olores compiten entre ellos como si fuera un festival. Alguien se cura y alguien se muere para, solidariamente, dejar el sitio para otro. Y nosotras... rezamos, trabajamos a destajo, les damos cariño, les hablamos y les damos consuelo en este mundo de dolor que el gobierno ignora y menosprecia. Pero son nuestra gente y queremos vivir para ellos. Ahora hay un brote de tuberculosis y tenemos siempre temor a quedarnos sin las medicinas más básicas, porque todo escasea y cada vez tenemos más demanda y proporcionalmente menos medios para atenderla.

¿Os fijasteis en toda esa gente que ya esperaban vuestra llegada rodeando el dispensario? —dijo esta vez con deje triste—. Sabían que vendrías. Para nosotras es muy fácil movilizar a todo el pueblo. Se lo decimos a cuatro niños, los más espabilados, y al rato ya lo saben todos; pero también saben que sólo veréis a unos cuantos y se sienten angustiados porque no saben si estarán entre esos privilegiados. Yo, que los conozco y aprendí a leer sus enfermedades en los ojos, haré pasar a los más necesitados y a algunos que no tienen nada grave pero que, a buen seguro, quieren ver si los podéis operar en Farafangana.

—¿Cómo? —pregunté extrañado, pensando en la distancia que hay.

—No preocuparos por eso; ellos son capaces de llegar caminando a través de bosques que no os imagináis —respondió esbozando una sonrisa de satisfacción.

Rápidamente, establecí un orden lógico de preferencias y manifesté que la prioridad la tenían los tumores que pudieran parecer malignos y, a continuación, los más jóvenes —especialmente las mujeres de cualquier edad con las fístulas entre la vejiga y la vagina.

¡Uy! Ése es un gran drama —exclamó con una voz más fuerte, evidenciando que conocía el problema—. Aquí las vemos con cierta frecuencia, pero como eso no tiene solución, la mayoría no viven en el pueblo al haber sido rechazadas y huyen de su estigma perdiéndose en el bosque, o en el anonimato de las ciudades más grandes donde nadie las conoce. Casualmente, hace unos días vino una de ellas y nos preguntó por vosotros. Alguien le había dicho que unos médicos blancos estaban en otra Misión y que habíais operado a algunas de lo mismo. Fui yo quién la atendió personalmente y le dije que fuera a Farafangana y os preguntara directamente, pues nosotras de eso no estábamos informadas. Ésta era muy niña aún y, cosa rara, venía acompañada por sus padres, quienes dijeron que venderían sus cuatro cabras para poder ir y ser operada. Ahora volví a pensar con tristeza y frustración en la que

habíamos dejado allí: Aimée —ésta solitaria—, regando el suelo otra vez.

Veremos si hay alguna —exclamó la monja con escepticismo, mientras se acercó a la puerta e hizo pasar primero a una mujer que llevaba en brazos a un pequeño que respiraba apurado aleteando su ancha nariz, como para abanicar aire hacia adentro—. Al momento, aparecieron, decididas y ligeras, una joven que debía trabajar en la Misión —por cómo se desenvolvía— y otra, más joven aún, que estaba muy asustada. La pediatra del grupo no esperó a preguntar e hizo acostar aquel cuerpecito agonizante sobre la camilla, al tiempo que la joven que parecía enfermera ya le ponía el termómetro y de inmediato se puso a buscar un estetoscopio que no encontraba para que la doctora pudiera auscultarlo. No hizo falta... El cuerpo de Vary se había hecho transparente. Los estertores de las turbulencias circulando por las cavernas presagiaban la búsqueda de un nuevo hogar donde ya se quedaría interno para siempre: sin sufrir más. La respiración se fue entrecortando con silencios cada vez más prolongados y sospechosos. El cuerpo seguía frío... La sangre ahora circulaba por las partes internas más nobles, renunciando a calentar aquella piel arrugada, que todavía podía esperar. En un intento tan desesperado como probablemente inútil, se le administraron antibióticos por la vena y se le reanimó con la única bombona de oxígeno que había. Nosotros no podíamos hacer más.

El regreso a Ambatoabo estuvo marcado por la impotencia para salvar aquella vida tan tierna como inocente, aunque sabíamos que diariamente ése era el destino fatídico de tantos y tantos niños que en nuestro mundo habrían llegado a ser adolescentes primero y luego hombres y mujeres, maridos y esposas, padres y madres, abuelos y abuelas, cumpliendo el ciclo natural de la vida sin tantos hachazos, que aquí la enfermedad deja a la mayoría a mitad de camino.

Al día siguiente, antes de empezar a operar, la Superiora nos informó que Vary ya descansaba en paz... Ocurrió esa misma tarde al poco de marcharnos nosotros. Su cuerpo fue enterrado religiosamente para que subiera al cielo sin espera. La vida no le duró ni le dio nada. Su ángel se desentendió de él y se lo regaló a la maldita tuberculosis.

Capítulo 14

Un tiempo más tarde, a través del diario de Alahady, se supo el resto de la historia

...

Siramamy veló en silencio el recuerdo de su hermanito sin separarse del trozo de tierra donde ahora descansaba. A su corta edad, la vida ya la había golpeado de lleno dejándola a la intemperie: un mosquito se había llevado a su madre, el alcohol y otra mujer a su padre, un cebú robado a su hermana mayor y los malos espíritus al más indefenso. Una de las monjas se acercó a ella y le dijo que la acompañara a sus dependencias. Le preparó un plato de arroz con verduras y unos trozos de pollo que rechazó. Tenía otro tipo de hambre... Cuando la monja abrió la puerta de la cocina del convento, Siramamy echó a correr colina abajo para juntarse a su hermanito. Ahora que su cuerpo ya no producía la fiebre que le daba calor quería ser ella quien se lo proporcionara.

Siramamy no hablaba, no comía. Todas las mañanas le dejaba un puchero con alimentos variados y apetitosos que por la tarde recogía sin que los hubiera probado. Un día, al fin, rompió su silencio conmigo:

Alahady —empezó diciendo con una voz débil—, es inútil que te esfuerces más. Hizo una pausa para coger fuerzas y continuó: «Los espíritus de mi familia no son buenos y yo nunca alcanzaré a aprender como tú. Ya no tengo hambre ni deseo nada. Quiero irme con mi madre y con Vary. Ojalá se lo pudiera contar a Vohilaba pero a ella también se la llevó, no sé adónde, otra enfermedad que no es de ella, que es de los hombres, y yo no quiero que a mí me pase lo mismo. Sé que no comiendo pronto estaré con ellos y ésa es mi voluntad. Si alguien me devuelve a la aldea, me escaparé al bosque. Quiero seguir aquí como estoy hasta que esto se acabe. Oír las campanas de la iglesia es lo único que me da paz, pero no entiendo lo que cantáis allí ni por qué lo hacéis. Díselo a las monjas».

Yo la escuché sin interrumpirla y no respondí. Cuando me marchaba, camino del dispensario, me di la vuelta y le dije: «Mañana, cuando vuelva, te pediré que me cuentes que le pasó a Vohilaba».

Al día siguiente, al acudir a visitarla con el plato de comida de siempre, me asusté al no verla allí. La llamé y no encontré respuesta. Entonces, dejé el puchero en su sitio y empecé a buscarla por el bosque cercano gritando su nombre cada vez con más fuerza, hasta que por fin tropecé con un cuerpo que yacía en el suelo semiinconsciente. Al verla en ese estado, la pude examinar con los mismos ojos que examinaban a los pacientes la monja del dispensario y el médico. Busqué los temidos ganglios y solo encontré huesos. Su delgadez era tal que ya no había sitio para los ganglios. Rápidamente me fui a buscar a la monja y entre las dos la llevamos al

dispensario. Esta vez sí pudimos alimentarla pues la debilidad pudo con su voluntad. Poco a poco, Siramamy se fue recuperando ya sin oponerse. Había buscado la muerte y encontró la vida. El cura la visitaba cada vez que venía y Siramamy empezó a escuchar... La monja, cuando la vio receptiva, también empezó a hablarle...

Un día, Siramamy dio un pequeño paseo por el dispensario después de desayunar y vio a un niño que la miraba desde una cama, con unos grandes ojos color carboncillo, como de luto. Se acercó a él y le preguntó si quería vivir. El niño levantó la ropa que lo cubría y le mostró un vientre hinchado por el hambre y se llevó la mano a la boca. Esa tarde, Siramamy le dijo a la monja que quería ayudar en la Misión y que le enseñaran las canciones que cantaban en la misa. Cuando por la tarde llegué a visitarla me pidió que me sentara a su lado porque quería contarme la historia de Vohilaba. Al finalizar, la abracé con ternura y le susurré que ya no estaba huérfana...

Siramamy no tardó en recuperarse y ya no dejó escapar su oportunidad. Su tristeza se fue yendo con el consuelo que encontraba en esos cantos llenos de sentimiento, que las monjas dedican a esos seres misteriosos e invisibles que invocan en sus oraciones y que siempre les dan unas fuerzas que nuestro pueblo no tiene. Ella no podía entender que hicieran todo lo que hacen sin más recompensa que la de devolver salud y comprobar que aprendiendo dejaríamos de depender de los caprichos de nuestro primitivismo y que, gracias a todo ello, un día seríamos capaces de dominarlos imponiendo la razón sobre el instinto. Ésa era parte de su misión y haciéndolo se sentían felices.

Siramamy aprendió rápido a comprender el significado de lo que veía escrito y a comunicarse de esa manera. Las monjas intuyeron su creciente fervor en las oraciones, y apreciaron su interés en saber más acerca de los motivos por los que ellas estaban allí y cuáles eran sus fuerzas para llevar esa vida entregada a los demás. Tenía una voz preciosa y un don musical que la hacía destacar sobre el resto cuando cantaba en la iglesia. El cambio a mujer le pasó casi desapercibido. Su uniforme agrisado —el que le proporcionaron las monjas— desdibujando un cuerpo que sin embargo prometía, velaba sus formas, que así no despertaban el deseo de los chicos. Ella tampoco lo sentía, en comparación con la paz interior que la envolvía rezando y cantando a su nuevo dios. Un día decidió que también sería monja. Sin padre, ni madre, ni hermanos, su sitio estaba allí.

Yo la ayudaba a estudiar y, aunque al principio su tarea en la Misión era hacer los trabajos que le encargaban las monjas, en los ratos de descanso venía conmigo para aprender los cuidados de los enfermos. Pero lo que más le interesaba era su parte humana, la que ella nunca había podido disfrutar. Estaba marcada... Aun era una niña cuando se murió su madre, su padre la despreciaba —como al resto de los hermanos— y Vohilaba tuvo que irse cuando Vary y ella más la necesitaban. El recuerdo de su

hermanito la hacía más sensible y los niños eran los que más requerían su atención. Jugaba con ellos cuando la enfermedad lo permitía, los acariciaba, les susurraba palabras de aliento y consuelo y hacía de niña madre o de madre niña cuando las de verdad faltaban.

Yo quería ser enfermera. Tras las clases, mi mayor ilusión era ir al dispensario donde ayudaba a curar heridas, lavar cuerpos, poner termómetros, tomar pulsos, medir a ojo la cantidad de orina, conocer si había funcionado el intestino y que características tenían los desechos, observar las hinchazones del cuerpo y los niveles de conciencia, registrando los cambios en la evolución de los enfermos y anotando cuidadosamente todas las incidencias. ¡Sí! Quería ser enfermera y un día se lo comuniqué a mis monjas. No tenía medios, pero pagaría los estudios con mi trabajo para una de las Misiones cuando me graduara. Ese fue el acuerdo al que llegamos.

Una noche, la luz del plenilunio se colaba por la ventana de nuestra habitación y las dos esperábamos la llegada del sueño. Entonces, Siramamy me oyó romper el silencio de la queda con unos suspiros entrecortados que su sentido musical rápidamente procesó como un llanto sereno con sonido dual: el de alegría y tristeza. Me preguntó que me pasaba... Con voz quebrada por la emoción y la pena, le dije que me marchaba a estudiar enfermería en una ciudad importante: Fianarantsoa —no muy lejos de allí—, donde las monjas habían conseguido que empezara mi carrera en un hospital de verdad, en el que había médicos y enfermeras, se hacían operaciones y se podía escudriñar en el interior de la enfermedad con medios que en la Misión no existían y para mi eran totalmente desconocidos.

—¿Cuándo? —susurró Siramamy.

—Mañana —respondí.

Deseaba empezar cuanto antes, pero no podía evitar la tristeza de dejar atrás todo el cariño que había recibido, a nuestros enfermos, y a la propia Siramamy. Un abrazo sentido selló la despedida entre las dos, y ella me regaló una sonrisa de complicidad por el triunfo que había conseguido.

Un tiempo después de la marcha de Alahady, Siramamy se hizo novicia, y su alma, que ya comprendía los misterios de la fe, la condujo a un camino sin retorno...

Capítulo 15

A nosotros pronto nos tocó el momento de regresar a España. Detrás dejábamos bastantes enfermos curados, un sinnúmero en espera de una nueva oportunidad y algunas otras fístulas que se habían vuelto a reabrir: en unas, porque se obstruyó la sonda encargada de que la vejiga estuviera siempre vacía hasta que las suturas se consolidaran y en otras, porque supieron guardar tenazmente su secreto para que la técnica fracasara y se fueron como llegaron... aunque anímicamente peor. Aimée ya no estaba sola...

Todos nos despedimos de todos con sentida emoción, con la alegría del trabajo hecho, con la tristeza del que quedaba por hacer...

—¡Hasta el año siguiente!

—¡Soava dia! (buen viaje). ¡Mandra pihaona! (hasta la próxima).

El día que por la noche partíamos de Antananarivo hacia París, el Ministro de Sanidad expresó a la Superiora de la Congregación su deseo de recibirnos en el Ministerio para saludarnos y manifestar el agradecimiento del Gobierno de Madagascar por la labor que habíamos desarrollado. Era por la tarde y el edificio destartado del Ministerio ya estaba vacío de actividad... Si es que había habido alguna. Un autobús abandonado —al que le faltaba alguna de sus ruedas— estaba enfrente de la puerta, como si fuera una escultura modernista de algún artista provocador. En la planta baja del edificio había unos servicios con los urinarios rotos o precintados.

El Ministro era un hombre campechano y amistoso, que con su vestimenta informal —indistinguible de la de un funcionario de los de detrás de una ventanilla—, nos dirigió un discurso protocolario, pero sincero y nada pomposo, en el que nos expuso con breves palabras la realidad sanitaria de su país, pidiéndonos continuidad en nuestra ayuda y su extensión hacia la sanidad pública.

Le respondimos en términos similares de agradecimiento, por las facilidades que habíamos tenido para hacer nuestro trabajo y nuestra satisfacción por haberlo hecho, comprometiéndonos a darle esa continuidad que nuestra conciencia y las necesidades tan imperiosas de ayuda demandaban.

Las misioneras no quisieron que nos despidiéramos de Tana sin antes enseñarnos una zona donde se estaba desarrollando un proyecto revolucionario, en el que su Congregación colaboraba con monjas docentes dando clase en un colegio. El lugar está en una de las colinas más altas de la ciudad, ya en uno de sus límites, desde donde se tiene una vista completa de la belleza y de la pobreza, compitiendo la una con la otra, en un cuadro que se pierde en el horizonte. Allí, en una enorme cantera, niños de todas las edades, mujeres y hombres deshacían las piedras a martillazos.

Estábamos conociendo la ciudad de Akamasoa: el barrio de los que habían sido los más pobres entre los pobres, los paupérrimos, los desheredados de la vida, los comensales de la basura.

Por la noche cogimos el avión de regreso a París. Ya sabíamos que volveríamos...

Capítulo 16

Alahady salió de Tangainoni en un coche de la Misión camino de Farafangana, con el sol todavía desperezándose en un cálido amanecer. Al cruzar a la otra orilla donde estaba su aldea —en aquella barcaza tan familiar con su motor de cuerdas— pidió a las dos misioneras que la acompañaban que la dejaran despedirse de sus padres y hermanos.

En su diario lo reflejó así:

Recordé con tristeza a mi amiga Vohilaba. Nadie había vuelto a saber de ella. Seguro que ya tendría al menos dos hijos y estaría viviendo en un poblado mucho más grande que aquél —imaginé ilusoriamente—. De su familia no quedaba más que su hermana Siramamy, que ya era postulante en Tangainoni y vivía con felicidad su aprendizaje de futura monja. Su padre había muerto alcoholizado y de hambre y su madrastra se convirtió en una pedigüeña que vivía de los restos de los demás.

Mis padres y hermanos me abrazaron con fuerza y una mezcla de pena y alegría. Estaban orgullosos de mis progresos y se sentían menos vulnerables sabiendo que sería enfermera. El encuentro fue muy breve y selló una vez más los lazos de una familia muy humilde, pero que había sabido ser feliz. Las monjas bendijeron ante mis padres mi decisión y les aseguraron que el sitio al que iba a estudiar era uno de los mejores de nuestro país y que en la residencia que me habían conseguido para vivir estaría segura, pues era un internado de una Orden religiosa que llevaba muchos años dedicada a la enseñanza. De allí saldrá con una gran formación —aventuraron de forma convincente.

Al subir al coche no supe si volvería a ver a toda mi familia junta otra vez. Lloré por dentro mientras las cabañas se confundían con la naturaleza y desaparecía la imagen de los brazos en alto diciendo adiós.

El tiempo de viaje que restó hasta Farafangana lo hice en silencio, envuelta en la nostalgia de todo lo que dejaba atrás y la incertidumbre de lo que me esperaba por delante. El camino de tierra y grandes socavones por los que el coche se inclinaba y levantaba, de pronto dio paso a un tramo asfaltado —aunque lleno de baches— que anunciaba la proximidad de una ciudad. Las cabañas —aisladas, o juntas en pequeños grupos— desaparecieron del paisaje y poco a poco fueron sustituidas por casas de ladrillo que alternaban con otras edificaciones que se sucedían de forma caprichosa, sin más parecido entre unas y otras que su tamaño mayor que las que hacían de vivienda. A un lado y otro de las calles —que volvían a ser de tierra a veces parcheada con trozos de un asfalto irregular, que también hacía botar al coche— se veían grandes carteles que anunciaban nuestra cerveza nacional THB (*Three Horses*

Bear), el agua embotellada *Vita Malagasy*, una compañía de teléfonos móviles, la presencia de un banco, y llamadas a la denuncia contra el abuso sexual de las niñas malgaches. También, se podían ver otros carteles más pequeños en las fachadas de las tiendas que indicaban el nombre del negocio: hotel, restaurant, música, utensilios domésticos, comida enlatada y bebida embotellada, ropa y todo lo que los habitantes de las ciudades necesitan para vivir de una manera tan diferente a como vivimos en las aldeas, donde en vez de vivir sobrevivimos y no tenemos nada porque no lo necesitamos o no lo necesitamos porque no lo conocemos. Por fin, doblamos en un sitio que parecía ser el centro de la ciudad y, al poco, vi un edificio a mi derecha con un cartel que anunciaba: «Hospital Público de Farafangana, Ministerio de la Salud». Les pregunté a las monjas que se hacía allí y no supieron contestarme. Pero lo que pude ver, mientras nuestra furgoneta se preparaba para un nuevo salto, fue un coche aparcado dentro del recinto protegido por unas verjas, de aspecto destartado y con unas letras pintadas que decían: Ambulancia. También se veían algunos coches más. El paisaje humano lo formaban unos guardias perezosos que vigilaban no se sabe qué y algunos pacientes o familiares que se movían con la desgana de la enfermedad o de la desesperanza. No me dio tiempo a ver más, pero me pareció suficiente...

De allí nos dirigimos —ya rectos— hacia un puente que cruzaba un río y, por primera vez, vi el mar. En la escuela de la Misión de Tangainoni había estudiado lo que era, pues uno de nuestros primeros aprendizajes consistía en saber que existen la tierra y el mar, y que nuestro país es una isla. Su imagen me impactó al ver como el río desaparecía en un paisaje infinito de azules y verdes que se entremezclaban lentamente hasta fundirse en el horizonte lejano. Unos metros más adelante, había una piedra que indicaba el camino de entrada a la Misión de Ambatoabo. Enfrente, las misioneras construyeron un poblado para alojar, alimentar, cuidar y aliviar las horribles deformidades que la lepra produce en las pobres gentes que la padecen sin tratamiento y son expulsados de su entorno, rechazados por toda la comunidad. Allí, en ese rincón perdido de nuestra gran isla, se mueren viviendo, o viven muriéndose, un circo de mutilados por una enfermedad que desprende a pedazos la nariz, las orejas, los dedos, y, cuando tiene más hambre, convierte en muñones los pies y las manos. Conocer aquella obra fortaleció mi vocación de enfermera. Tres días después, en la madrugada, dejaba la Misión camino de Manakara, acompañada por la Superiora y otra novicia. Allí, debía tomar un tren que me trasladaría hasta Fianarantsoa: «El sitio donde se aprende el bien».

Nunca había visto un tren y no me imaginaba que la estación pudiera estar tan abarrotada a esas horas de la mañana. Aquello era como una pequeña locura. La gente se iba apiñando en unos asientos de madera que de forma rápida desaparecían de la vista y los bultos ocupaban espacios que casi no existían. Mientras, unos hombres rellenaban con grandes sacos y cajas otro vagón detrás de la máquina

destinado sólo a transportar más bultos. En la cola había uno especial, con asientos individuales, casi todos cómodamente ocupados por grupos de gente blanca que no dejaba de hacer fotos con cámaras como la que tenía un cura que venía a decir la misa en la Misión de Tangainoni. Un día, el cura fotografió todos los rincones del dispensario para mostrar a no sé qué autoridades las penurias y las necesidades de ayuda que había para atender a tantos enfermos, con tan sólo unas pocas misioneras y un enfermero que hacía también de médico improvisado, pero curtido por la experiencia de la observación de tantos y tantos pacientes.

Yo no me preocupé por encontrar un sitio donde acomodarme. Cuando lo busqué, ya no lo encontré y preferí ir sentada en las escaleras de mi vagón. De esa manera podría contemplar desde la primera fila el espectáculo de la vida en mi país.

El tren carraspeó un poco y, por fin, se puso en marcha con un ritmo cansado, pero uniforme, sonando su bocina para avisar que sería implacable con las personas o animales que se pusieran en su camino, pues las vías eran cruzadas por unas y otros sin temor a su proximidad, desafiando con indiferencia su lento avance. En la primera parada ya se produjo la avalancha de vendedores de comida, que ofrecían niñas harapientas en sus cestos, con frutas y platos cuidadosamente preparados, mientras los más pequeños se dirigían sin dudar al vagón de los blancos en busca de sus monedas, «*estilós*» (*bolígrafos*), y toda clase de golosinas, a cambio de posar para unas fotos que ya se debían de haber hecho mil veces antes. Poco a poco, fuimos dejando atrás el aliento húmedo y salado del mar, también el de los bosques de palmeras y ravenalas, y, a golpe de chirridos, empezamos a perder de vista la civilización. El paisaje se hizo cada vez más brusco y hermoso a medida que el tren subía unas pendientes que parecían imposibles para su edad. En todas las paradas se producían las mismas escenas... En todas las paradas la vida se hacía cómplice del tren y también se detenía en su progreso...

No recuerdo qué número hacía en la que estábamos ahora, pero ya había transcurrido mucho de la mañana —decía con letras bailantes el diario de Alahady—. El andén era más largo y la oficina del jefe de la estación reflejaba la importancia de la aldea. En comparación con las otras, en ésta había mucho más movimiento de hombres descargando mercancía que a continuación sustituían por otra que metían en el vagón sin viajeros. Al ver que tantos viajeros se bajaban, supuse que la parada se iba a prolongar más que las previas y salí a pasear para estirar unas piernas entumecidas que empezaban a doblarse por el cansancio. Me alejé de mi vagón en dirección al de los blancos. Sentía una mezcla de curiosidad por observarlos y un inicio de admiración por lo que ellos eran capaces de hacer y poseer: viajar a un país extraño y lejano, ocupar siempre esos asientos privilegiados, llevar los pies fuertemente protegidos, tener dinero con el que comprar comida o cualquier capricho que se les antojara sin que pareciera importarles cuanto gastaban, tener dientes,

parecer limpios aunque no lo estuvieran, disponer de cámaras que guardaban sus recuerdos, y, sobre todo, me impresionaba mucho que todos tuvieran esos aparatos por los que hablaban y se escribían cosas que se recibían al instante a tanta distancia que no alcanzaba a imaginar. La Superiora de Tangainoni también tenía uno pero casi nunca le funcionaba, y a ellos les funcionaba a todos.

En esta estación había muchos más vendedores y actividad que en las otras paradas. Hasta resultaba difícil caminar por el estrecho andén. Cuando ya iba a dar la vuelta para regresar a mi vagón —pues el tren avisó con un soplido que estaba a punto de arrancar—, me llamó la atención la soledad de una joven que no participaba de la fiesta del día. Estaba sentada mirando al vagón de los blancos en un extremo del andén. No tenía a nadie a su alrededor en un espacio de unos metros y no llevaba ninguna mochila con forma de hijo o hermanito colgada a su espalda; tampoco nada para vender y nadie iba a comprar su soledad. Su aspecto era desarrapado y parecía triste y cansada. Aunque estaba a cierta distancia de ella, sus facciones me resultaron familiares, pero no supe asociarlas a nadie en concreto. La pobreza nos iguala a todos. El tren anunció su marcha con otro bufido afónico y me apresuré a dirigirme a mi vagón, pero aun tuve tiempo de mirar otra vez para atrás en el momento en el que la joven se levantaba y se ponía a andar en dirección contraria al tren. El corazón me dio un vuelco... ¡Acababa de reconocer a Vohilaba! Corrí para subirme a un vagón que no era el mío y grité su nombre con todas mis fuerzas. El tren aceleró su marcha y solo pude ver que aquella figura se paró en seco y se dio la vuelta buscando de qué corazón había salido esa llamada.

El resto del viaje fue una pesadilla de ansiedad y preguntas sin respuesta. Lo único que sabía, ya con certeza, era que mi amiga de la infancia y hermana de Siramamy estaba sola y abandonada. Pensé en bajarme en la siguiente estación y desandar por la vía del tren la distancia que nos separaba, pero yo me debía a las monjas que tanto habían hecho por mí y me estaban procurando un porvenir. Deseché la idea con el sentimiento desgarrado y me consolé imaginando que algún día la volvería a encontrar...

Al llegar a Fianarantsoa me estaban esperando dos monjas, que me recibieron con afecto y me trasladaron en un coche a su convento para presentarme al resto de la Comunidad. Tras una cena ligera y atender sus oficios vespertinos, me instalé en el internado donde compartía habitación con otra estudiante de enfermería que, como yo, iniciaba su carrera. Al día siguiente empezaban las clases. Aunque quería descansar del largo viaje, la noche estuvo marcada por la imagen estropajosa de mi amiga Vohilaba y por como imaginaba su vida. Apenas pude dormir.

Capítulo 17

Ese día Vohilaba lo pasó mejor. El antibiótico estaba dejando sin fuel la caldera y la fiebre ya se contaba con décimas. La enfermera se lo contó a la doctora, que fue a darle la buena noticia nada más saberlo y la encontró escribiendo algo que rápidamente ocultó.

—Hola Vohilaba ¿cómo estás?

—Hoy me encontré bien y con ganas de contarle algo más. Estaba tratando de recordar... pero me cuesta mucho trabajo expresarlo.

—No te preocupes, yo lo haré por ti si me lo cuentas despacio. Cuando acabe de hacer unas cosas que aún tengo pendientes, vendré a buscarte y te invito a un bocadillo en el jardín. Quiero saber cómo fue tu viaje a Manakara y que pasó después. Sigue refrescando tu memoria que enseguida vuelvo —añadió al darse la vuelta para marcharse a su despacho con las notas de su evolución clínica.

Cuando finalizó de revisarlas y actualizó su evolución, se dirigió a la cocina y buscó un poco de pan y queso, que tanto le gustaban a Vohilaba. Al rato, fue a buscarla a su habitación. No se sabía quién de las dos estaba más impaciente. Esta vez, Juliette tampoco llevaba su cuaderno de notas. En cuanto la dejara acostada iría directamente a su despacho y escribiría sin parar hasta donde hubiera llegado la historia...

Durante un rato caminaron juntas en silencio por el pequeño jardín, mientras la doctora se despejaba del día tan intenso que había vivido entre la consulta de la mañana y las operaciones de la tarde. A medida que pasaban los días las mujeres ya confiaban en ella de forma incuestionable. Aún tenía mucho que aprender pero allí había mucho más que enseñar. Contaba con muy buena predisposición y colaboración por parte de todos los demás, pero lo que más le obsesionaba era que llegaran casos que ella no supiera resolver. Ahora, deseaba centrarse de nuevo en uno de esos — como el de Vohilaba—, aunque seguía sin saber cómo afrontarlo quirúrgicamente. En su país, esa patología no sobrepasaba el rango de anecdótica.

Ya anochecido, se sentaron en su banco de madera raída en el que, cómodamente instaladas, Vohilaba se comió con apetito el capricho que le había preparado su ginecóloga. Un viento ligero, que hacía caer volando despacio —como despidiéndose unas de otras— las pocas hojas que aún quedaban en el árbol —ahora ya desnudo—, refrescó los recuerdos de Vohilaba...

Capítulo 18

Aunque necesitaba hacerlo, aquella noche tampoco pude dormir. Por mi cabeza pasaron atropelladamente todos los recuerdos, desde el parto inútil hasta la conversación con la mujer, y luego con el hombre que hablaba de otro Dios. Pero lo que me mantenía despierta era el cariño tan profundo que le tenía a mi partera, que me trató como una hija y yo la tuve como una madre. Sabía que no me dejaría seguir viviendo en el mercado, pero por mucho que ella quisiera yo no podría vivir en su casa —impregnándola continuamente de ese olor— y no tenía ninguna posibilidad de rehacer mi vida o valerme por mi misma hasta que no me cerraran el agujero. La quería mucho y, sin ella, me habría muerto o no estaría ahora aquí, con una luz de esperanza... Pero al día siguiente, cuando ella se marchara a trabajar, yo empezaría mi viaje. No podía despedirme... Si le hubiera contado mis planes, seguro que me habría acompañado y hubiera perdido la que ahora era su gran, y tal vez última, oportunidad.

Conocía a una vendedora, que montaba su puesto cerca del lugar donde dormíamos. Era una buena mujer. Por la mañana le pediría que esa noche se quedara allí hasta que llegara mi partera y me despidiera de ella. Cuando Marie se fue a trabajar, me hice la dormida para que la emoción no me hiciera dar marcha atrás. Al rato, llegó la vendedora, le expliqué todo, le entregué el saco donde guardábamos los instrumentos de Marie para que se los diera cuando llegara de vuelta y, sin volver la cabeza, me dirigí a la estación.

La vendedora cumplió con su promesa. Cuando Marie llegó recogió su bolsa, aceptó en un silencio lloroso la noticia que le daba aquella mujer y también se despidió del mercado. Ya no volvería a esa casa. Era la segunda vez que alguien a quien quería la abandonaba, aunque esta vez lo comprendía.

Cuando el tren arrancó, y la estación recuperó su inactividad, me dirigí otra vez a la joven que con amabilidad me había proporcionado aquella información tan valiosa y le pregunté por el viaje a Manakara. Me respondió que era una distancia no muy larga, pero llena de dificultades por el paisaje montañoso vestido con una vegetación a veces impenetrable, aunque, en esa dirección, primero era llano y luego cuesta abajo hasta alcanzar el mar. Además, paraba en todas las aldeas, en las que el tren dejaba un trozo de vida. Yo nunca había visto el mar y no sabía lo que eso significaba, pero no me atreví a desnudar mi ignorancia y no pregunté más.

La joven se encerró de nuevo en su oficina y al saber que ya nadie me observaba inicié mi marcha siguiendo los raíles de la esperanza. Mi plan era caminar hasta llegar a cada aldea, donde pasaría las noches al abrigo de los riesgos de la soledad y de mi indefensión: «Mi único equipaje era la fuerza de mi voluntad por encontrar a

los médicos blancos».

La llanura de los tramos iniciales pronto dio paso a un horizonte de cumbres, desfiladeros, quebradas y macizos selváticos por su frondosidad, que asfixiaban la vía del tren, de la que no podía separarme en ningún momento. Caminaba lentamente aunque mis pies aguantaban todas las piedras, como si llevara eso que se los cubre a los blancos. Cuando llegaba a mi destino diario, me recogía en uno de los extremos del andén para descansar, y con la llegada de la noche me acercaba a alguna de las jóvenes madres de mi edad para pedirles algo de la comida sobrante que los viajeros no habían consumido. Nunca me faltó el alimento, que a veces completaba con los plátanos que se ofrecían lujuriosamente a lo largo de tantos tramos del camino. Bebía en los estanques que se formaban para dar un descanso al agua que bajaba de las montañas con una velocidad incomprensible, como si fuera a llegar tarde a su cita allá abajo en los valles, por donde circulaba más pausadamente el río que alimentaba los arrozales.

Las aldeas de cabañas se parecían todas entre sí y a aquéllas en las que yo había pasado toda mi vida hasta que llegué a Fianarantsoa. La diferencia estaba en que el tren les llevaba vida en color y el espectáculo diario de los blancos, mientras que en las mías la vida era una sombra de sí misma y todo nuestro circo era ver algún coche cruzar el río de tarde en tarde. Cuando el tren se despedía siempre lo hacía hasta mañana, y la función se repetía todos los días con los mismos actores, aunque tuvieran caras diferentes.

A medida que avanzaba, mis jornadas se acortaban, pues tenía que esperar a que arrancara el tren para ir siempre detrás y que no me sorprendiera en algún tramo en el que no pudiera apartarme de la vía, o atravesando esos túneles tan largos en donde necesariamente andaba más despacio, metida en su oscuridad, a pesar de lo bien que sabemos ver de noche. En un momento determinado, decidí que lo mejor sería descansar un día y, entonces, viajar en contra del tren en vez de a su favor. Haciéndolo así, cuanto más me acercaba a mi destino, antes podía iniciar la marcha; siempre llegando a la siguiente parada con la luz del día.

La interrupción se produjo en una aldea más grande. Allí podría pasar más desapercibida, y el movimiento de tanta gente preparando el menú de los viajeros me iba a distraer de mi soledad. Como hacía siempre, me coloqué en el extremo del andén que correspondía al vagón de cola donde viajan los blancos. Así podía escudriñarlos por si veía alguna señal que me pudiera indicar que éstos eran los médicos. Ya estaba acostumbrada a hacerlo y con una ojeada rápida ya supe que esta vez tampoco, de manera que me senté, aunque sin dejar de mirar, envuelta en mi cansancio.

Cuando el tren anunció su marcha, yo me levanté para iniciar la mía y, de pronto, oí un grito desgarrador que me llamaba por mi nombre. Inmediatamente reconocí la

voz de Alahady y me di la vuelta, con el corazón rompiéndome por la fuerza con la que me golpeó. Todo lo que pude ver fue una figura colgando de uno de los vagones, con una mano que se agitaba en el aire, al tiempo que el tren se alejaba y la realidad se hacía sueño, en vez del sueño realidad. Por un momento dudé en echar a correr detrás del recuerdo, pero mi determinación era otra y decidí seguir mi camino, durante muchas horas con los ojos humedecidos.

Unos días después, por fin, llegué a Manakara. Lo primero que hice fue ir a ver el mar. Me sobrecogió. Pensé que la naturaleza y nosotros somos lo mismo y nos rigen las mismas leyes. Igual que se acaba la vida y desaparece repentinamente sin que sepamos donde volver a encontrarla, con la tierra pasa lo mismo: de pronto, igual de bruscamente, se acaba y desaparece tragada por el agua. El mar que vi me pareció hermoso, acariciando, lamiendo dulcemente la tierra que se le entrega, con un color que emborrachaba la vista: «el mismo que el del cielo». Un frente de palmeras bien alineadas, con sus cimbras frondosas acariciándose en lo alto, ofrecía el refugio que necesitaba para, por fin, dormir sobre una cama blanda de tierra fina, blanquísima, que al pisarla abrazaba el pie. Muerta de cansancio, viva de sentimientos, rebosante de nostalgia, recordé a mi pobre madre... Cuando me desperté de un sueño desazonado sólo había un pensamiento obsesivo en mi cabeza: saber que habían hecho los médicos blancos al llegar a Manakara. Los «*pousse-pousse*» o los «*taxi-brousse*» de la estación debían tener la respuesta...

Durante los días siguientes, dormía en la playa y vivía en la estación. Cuando me acercaba a preguntar, la única respuesta que obtenía era la del repudio que ya se me anunciaba a distancia. El maldito olor era mi tarjeta de visita.

Un hombre que tenía un puesto a la entrada de la estación, tratando de vender lo que casi nadie compraba, reconoció el tufo que le remordió la conciencia y reavivó su recuerdo... Tal vez arrepentido de haber abandonado a una hija como yo, una tarde, al pasar cerca de él me llamó y me dijo:

Un día, alguien contó que a unos días de distancia de aquí unos médicos blancos hacían operaciones que podían devolver la esperanza de dejar de ser nadie.

Le hice muchas preguntas pero no sabía más; ni siquiera donde estaba su hija, aunque creía que no debía ser lejos de allí. No la había vuelto a ver.

Durante un tiempo que no puedo precisar dejé mi señal por toda la ciudad, marcando el territorio de la infelicidad, buscando a otra como yo. Ya había tenido conocimiento de una y ahora sabía de otra. Entonces, empecé a pensar que seríamos muchas más.

A pesar de mi fortaleza, mi vida solo tenía el sentido de curarme o dejarme morir. Aun era una niña, y aunque tenía formas de mujer mi destino me había apartado de ser una cosa y la otra. Cada noche me dormía con los mismos pensamientos: Madre ¿por qué te fuiste tan pronto? Padre ¿por qué nos abandonaste? Hermanitos ¿qué es

de vosotros? Razafindra ¿ya tienes un hijo, o estás en la cárcel? Alahady ¿adónde ibas en aquel tren? Marie ¿ya duermes en esa casa que con tanta ilusión buscabas para las dos? Mujer ¿encontraste por fin tu descanso? Cura ¿sabes que gracias a ti y a tu Dios estoy en Manakara? Vendedora de billetes ¿volviste a saber de los médicos blancos? ¿ya sabes cómo se llaman? ¿te enteraste adónde fueron? Monjas ¿dónde estáis? Médicos blancos... No sabía que preguntar.

A Vohilaba le tembló un poco la voz en estas últimas frases que pronunció de forma entrecortada, con pausas, mirando al vacío, como si estuviera sola.

—*Hijo...* musitó, sin ser capaz de añadir más.

El susurro de un viento apacible rompió un rato de silencio durante el que Juliette cerró los ojos y regresó a París...

¡Dios mío! ¿Qué es esta vida... qué es esta vida mutilada? ¿Cómo se puede vivir así? —me dije mientras en mi interior se proyectaba la imagen que veía desde mi apartamento: al fondo, la singular torre Eiffel, tan imponente, de día pinchando el cielo y de noche alumbrándolo con su traje de luces que la cubre entera y a ratos lanza destellos que la recorren alegremente de arriba abajo, haciéndole guiños ostentosos a la vida—. En ese momento mi cabeza peinó la ciudad y me trasladó por un instante a la inmensa y esplendorosa avenida de los Campos Elíseos: en un extremo el Arco del Triunfo dándole entrada y el Louvre cerrándolo en el otro; los dos enfrentados en un desafío a la grandeza y genialidad arquitectónicas, como lo están la Madeleine y el Palacio Bourbon, o el Petit y el Grand Palais. En ese instante de recuerdos acudieron a mi memoria los conciertos en el Teatro de la Opera —a la que soy tan aficionada— y las visitas al Louvre para ver el «San Juan Bautista» —tan misterioso como la propia Gioconda, tal vez la propia Gioconda retratada de santo—, y «La encajera» y «El astrónomo», de Vermer —algunos de mis cuadros favoritos— entre tantas y tantas joyas que deleitan el espíritu y durante su contemplación te hacen mejor, como la Victoria Alada de Samotracia, majestuosa, desafiante, símbolo de la firmeza y valor de la mujer, y la Venus de Milo, tal vez la escultura de mujer más admirada del mundo, la más seductora, con sus curvas voluptuosas dibujando la belleza femenina y la sensualidad en estado puro. Entonces cruzaron como un flash mis ratos de lectura en cualquiera de los tantísimos cafés que adornan y alegran las esquinas, calles y jardines exteriores o palaciegos de París —en sus terrazas durante las mañanas de los domingos soleados, y en su interior cuando la lluvia o el frío los hacen especialmente acogedores—... Y los paseos curioseando por la rue Saint Honoré —en la que cada escaparate me asombra y encoge— para acabar asomándome durante un rato a la plaza Vêndome —la más bella de París y, tal vez, la más esplendente del mundo—, a la que abre sus puertas el mítico hotel Ritz, que en uno de sus rincones con más encanto alberga el legendario café Hemingway, donde tantas veces me reuní con mis amigos o mi pareja para reír a la vida o soñar bajo los

efectos de sus famosos cocktails: el Martini seco o el Serendipity, como lo hacía el propio Hemingway.

Un breve suspiro interrumpió estos pensamientos. Vohilaba permanecía en silencio, ajena a ese otro mundo inimaginable para ella. Juliette recuperó su nostalgia echando de menos su actividad física de los fines de semana corriendo por el Bois de Boulogne: en el otoño teñido de las más hermosas e irreproducibles combinaciones de amarillos suaves, naranjas escondidos, rojos intensos y marrones cálidos y en primavera llenando el espacio de brotes de una vida que renace con una explosión de verdes frescos de todas las tonalidades, inmensos, contrastando con toda la crudeza con el gris de las piedras y el humilde amarillo desteñido de los ladrillos de Tana. De pronto, irrumpió la imagen del Sena con sus puentes como preciosas diademas desde los que se ven todas las casas y palacios cortados a la misma altura, solo desafiada por las cúpulas y torres de basílicas e iglesias, ofreciendo un conjunto de armonía, poder y belleza que hacen a esa ciudad única e irrepetible. ¡Ay París! Ahora comprendía mejor que nunca porque París es una fiesta: todas las luces juntas de Madagascar dejarían su noche en penumbra.

Pero ¿qué hemos hecho los franceses aquí? —se preguntó cuando abrió los ojos y vio la figura entristecida de Vohilaba, tan menuda y pobre, allí sentadita en el regazo de la noche mirando la fachada que da al patio de lo que para ella debía ser su Palacio de Luxemburgo—. Entonces no pudo reprimir un lamento de angustia y compasión. La rodeó cariñosamente con el brazo, la apretó contra sí y le cogió la mano para levantarse y entrar en el hospital. Ya es tarde, le dijo.

Esa noche Vohilaba descansó de un tirón. Ahora se sentía un ser humano que luchaba contra muchas adversidades con las que la vida la había castigado, pero como una persona querida, no como una fístula vagabunda despertando el rechazo. Sí, ahora había una doctora como antes había habido una partera. Tras cada relato se sentía más fuerte y por eso cada día esperaba ese momento del atardecer para reunirse a solas con su doctora y hablar... hablar.

Capítulo 19

Marie:

Cuando recogí mi bolsa con el instrumental y me despedí del mercado anduve sin rumbo durante un buen rato. Aun no tenía casa y no sabía dónde iba a dormir. Al día siguiente, tenía que empezar a trabajar temprano, pero la tristeza que llenaba el hueco que había dejado Vohilaba tras su adiós furtivo me impediría conciliar el sueño. La vida me había dejado otra vez sola, aunque ahora tenía trabajo y podría relacionarme con más gente, e incluso llegar a tener amigas, pero yo ya sabía lo que es sentir la soledad rodeada de personas que te saludan, te hablan, y hasta te sonríen.

El gran mercado estaba en la villa intermedia y el hospital en la baja, pero aunque la cabeza me decía que no debía alejarme de allí, un impulso inconsciente me hizo caminar hacia la villa alta. Andando entre viejas casas tradicionales y varias iglesias que ya dormían, llegué hasta la catedral Ambozontany, que mira y domina a la ciudad desde su altura. Aunque no tengo las creencias religiosas que proclaman sus mensajeros, me hubiera gustado que estuviera abierta para poder entrar y recoger mis sentimientos en ese ambiente de paz que se respira en su interior. Ya lo conocía. Me senté en la escalinata y los ojos se me humedecieron pensando en Vohilaba y su maldito parto. Poco antes del amanecer, bajé de la colina y me fui al hospital. Ya dormiría otro día.

Alahady:

El impacto que me causó el gran edificio de ladrillo rojo que era el hospital, acentuó mis deseos de convertirme en una buena enfermera. El primer día de clase estuvo marcado por las presentaciones y el programa que tendríamos que seguir en el primer curso. Aunque sabía que tenía mucho que aprender de la teoría, me encontraba con conocimientos superiores al resto de mis compañeras debido a todo lo que me habían enseñado las monjas de Tangainoni y el enfermero médico. Estaba deseando empezar en el hospital y poder perfeccionar mis cuidados con los enfermos más que pasar las horas con los libros: «la enfermedad está escrita en el cuerpo, no en las hojas», pensaba. Sin embargo, pondría todo mi empeño en conseguir avanzar por delante de lo que exigían y que así me permitieran ayudar en el hospital en mi tiempo libre.

Marie:

Empecé a trabajar como limpiadora, casualmente destinada en la zona donde

estaban las mujeres que esperaban a dar a luz y adonde regresaban tras el parto, aunque el trabajo en el quirófano lo hacía otra compañera. No perdía detalle de cada situación y cuando los médicos visitaban a las parturientas siempre aprovechaba para ponerme a limpiar cerca y así oír sus comentarios. Un día, llegó el momento... La enfermera de la planta estaba distraída en otra actividad, o no haciendo nada, mientras yo sacaba brillo al suelo sucio, pegajoso, de una habitación a la que acababa de llegar una recién salida del paritorio con su bebé ya limpio del meconio y enfundado en su gorrito de colores alegres. Al acercarme a su cama para darle la bienvenida al pequeño malgache, observé que la madre respiraba más deprisa de lo normal y su color blanqueaba. Estaba con los ojos cerrados y no respondió a mi llamada primero, ni a mi sacudida después. De forma decidida levanté la ropa de la cama y vi un charco de sangre que la empapaba. Dejé mis bártulos y corrí por el pasillo llamando a la enfermera a gritos:

—¡Enfermera, enfermera! ¡Aquí, rápido!

Una doctora supo interpretar la voz de alarma saliendo a mi encuentro desde su despacho. Estaba inquieta, asustada...

—¿Qué ocurre? ¿Qué son estos gritos?

—¡La parturienta se desangra! —clamé, con voz firme. ¡Se va a morir!— añadí, esta vez tratando de tranquilizar el tono al comprobar que la doctora se había puesto en marcha. Corriendo tras de mí, entramos en la habitación.

Al ver las sábanas empapadas, la ginecóloga comprendió que la hemorragia uterina ya estaba fuera de control y que solo una histerectomía inmediata podría salvar aquella vida. Yo me ofrecí a ayudar si fuera necesario, pues nadie, excepto la enfermera que ahora se aplicaba a poner un suero que se resistía a entrar por unas venas colapsadas, estaba disponible en ese momento. Cuando llegamos al quirófano ya era tarde... El bebé no encontró el pecho de su madre cuando lo buscó.

Alahady:

Al mes de empezar el curso ya había logrado que al acabar las clases me permitieran ir al hospital y ayudar a las enfermeras, que tanto escaseaban y con frecuencia se veían desbordadas. Eso me supuso descubrir un mundo nuevo para mí. Nunca había visto ese aparato que se llama ecógrafo, que permite ver a los enfermos por dentro, aunque yo no podía imaginar que fuéramos así, o que nos retratara tan desfigurados. También se podían hacer otras fotos que se llaman radiografías, que enseñan nuestros huesos y las manchas de la tuberculosis en los pulmones. ¡Qué distinto y fácil era aquello en comparación con los medios de que disponíamos en Tangainoni! Allí, teníamos que deducir todo por los síntomas, ver con los dedos exploradores y con los oídos, ayudados por un simple análisis cuando se podía.

Nunca estaba en un sitio fijo. Me llamaban donde más me necesitaban en ese

momento. Una tarde, la enfermera que cuidaba a las que habían dado a luz estaba descansando y quejándose de tanto trabajo que hacía sola. Acababa de llegar una mujer de la sala de partos, y al verla pasar tranquila con su bebé durmiendo a su lado pensó que ya iría más tarde a controlar el pulso, la tensión, y vigilar la compresa por si acaso sangraba. Me estaba explicando todos esos cuidados cuando de repente oímos un grito...

Marie:

Al día siguiente de aquel episodio, la ginecóloga me llamó a su despacho.

Con voz tranquila, me dijo: «Siéntate Marie, y ahora explícame porqué se te ocurrió buscar la hemorragia».

En su tono de voz y en su mirada percibí un interés que me dio confianza...

Porque... Cuando finalicé mi relato minucioso, durante el que en algunos momentos no pude reprimir la emoción y la tristeza, que de una manera o de otra marcaban todos los tiempos de mi vida, bajó los ojos y, tras unos minutos de silencio, que me parecieron horas, me invitó a marcharme con un gesto amable. Al cerrar la puerta me pareció oír que me llamaba de nuevo. Me paré, pero solo oí el ruido de un golpe seco en la mesa. Me sentí reconfortada por mi confesión. Desde que Vohilaba se había ido nunca nadie se había dirigido a mí en un tono amistoso ni se había interesado tanto por mí. Aunque mi cabeza estaba en otra cosa... esa tarde trabajé con más ahínco que nunca.

Alahady:

Durante los días siguientes a aquel incidente no pude centrarme bien en mis estudios. Sólo oía aquel grito de una limpiadora y no dejaba de preguntarme por qué tenía aquellos conocimientos que le llevaron a actuar como si fuera una enfermera. Era una mujer muy trabajadora, pero extraña en su actitud. Siempre parecía triste y no se relacionaba con nadie, aunque era muy amable en el trato.

Recuerdo aquella tarde que la enfermera y yo entramos en una habitación a curar a una madre que no pudo serlo porque llegó con el feto muerto. Ella estaba allí, haciendo la limpieza, y levantó la cabeza al tiempo que nosotras levantábamos las sábanas que dejaban al descubierto el cuerpo de una niña hecha mujer cuando aun no le correspondía. Volvió a dedicarle su atención a su trabajo pero, no sé si como parte de su plan de limpieza o por alguna curiosidad que se me escapaba, se acercó a la cama mientras limpiaba, manteniendo su cabeza baja. Por un instante la observé, y por el aleteo casi imperceptible de su nariz a mí me pareció que trataba de oler algo. Fue un gesto fugaz pero algo debió de captar pues su expresión cambió sutilmente, pero cambió. Es como si le hubieran hurgado en una herida. La enfermera recriminó

a la niña que no hubiera avisado para orinar y se lo hubiera hecho en la cama. La niña respondió con los ojos empañados que no podía evitarlo porque desde que le habían sacado a su hijo no le daba tiempo a aguantar lo suficiente; se le escapaba sin darse cuenta.

Marie:

Poco tiempo después, la ginecóloga me volvió a llamar a su despacho, y al entrar me recibió con una sonrisa franca.

Me dijo:

Marie, le voy a dar una buena noticia. La propuse para dar el salto a auxiliar de obstetricia y la dirección lo aceptó. Me informé en qué situación legal estaba por el suceso que tuvo en el otro hospital y su causa fue archivada. Ni siquiera hicieron la denuncia en cuanto supieron que había desaparecido. En adelante, trabajaré conmigo en la atención de los partos y si se precisa también le enseñaremos a ayudarnos en las cesáreas. Necesitamos gente. Como sabe, la Sanidad Pública carece de recursos y no paga ni bien ni con periodicidad, por lo que los pocos médicos que tiene el país buscan otras alternativas, y encontrar gente cualificada y con su corazón es muy difícil. Yo le enseñaré todo lo que haga falta y dentro de un tiempo conseguiremos que se presente al examen que le otorgue el título de comadrona. Su sueldo también va a mejorar y tal vez le sea más fácil encontrar la casa que busca, con agua y un servicio, y deje de dormir en las escalinatas de la catedral.

No me podía creer lo que estaba oyendo. El corazón me latía deprisa y por mi cabeza pasó como un flash la película de mi vida...

Por cierto, añadió: la niña que vino con su feto muerto tiene una comunicación entre la vejiga y la vagina: «La fístula». Como su amiga. En nuestro país no las opera nadie.

El recuerdo de Vohilaba me arrugó el corazón, pero ahora no era el momento de preguntarle si había oído hablar de los médicos blancos.

Alahady:

Al día siguiente, cuando llegué al hospital, me comunicaron que tenía que ir a otra planta que no era la de obstetricia. Procuré acabar mi trabajo antes de que lo hiciera la enfermera de partos pues necesitaba verla para preguntarle que sabía de la misteriosa limpiadora. La encontré ya saliendo, y antes de que yo le preguntara nada me dijo:

¿Sabes que a la limpiadora la nombraron auxiliar de partos? Y continuó: Al parecer tiene conocimientos porque antes trabajó en un hospital donde estaban los franceses y debió de acumular mucha experiencia, aunque no tiene ningún título ni

estudios. No sé más de su vida ni tampoco me importa mucho.

A mi sí —pensé de inmediato—. Esa mujer tiene algo especial. Ya no es joven, y aunque se la ve siempre con aspecto cansado, desaliñada y lleva su ropa raída, me parece guapa y debió de ser muy atractiva para los hombres. Pero dentro de sí seguro que guarda mucho más. Lo vi en su mirada de ojos de azabache con destellos de fuego cuando la enfermera reprendió a aquella niña que no pudo controlarse y se mojó en la cama.

Marie:

Lo primero que hice al levantarme fue empezar a buscar una casa con agua. Iba a ganar algo más de dinero y ahora sí que la encontraría. A continuación, tendría que comprar algo de ropa y preocuparme un poco por arreglar mi aspecto tan desgastado por tantos años de pobreza. Cuando estuviera asentada y limpia pensaría en ayudar a Vohilaba: «la hija que no tuve».

Alahady:

Tardé más de un mes en volver al hospital. Los primeros exámenes estaban cerca, y si no obtenía un buen resultado no me dejarían seguir acudiendo a mis prácticas furtivas —pero permitidas—, como lo había venido haciendo hasta ahora. Seguía obsesionada con leer en el corazón de la limpiadora y conocer su secreto.

Marie:

Una tarde al salir de un parto vi a la estudiante de enfermera que ayudaba en la sala de mujeres, como esperando a alguien. Recuerdo que estaba por allí el día que se murió desangrada aquella madre que acababa de dar a luz, y que también había ayudado a hacer la cura de la niña con la «fístula», cuando yo estaba limpiando y oí el diagnóstico nada más levantarle la sábana. Me miró con timidez. Sin pensarlo, me acerqué a ella preguntándole si esperaba a alguien o si necesitaba algo. De pronto, desapareció su azoramiento y me dijo:

Quiero conocerte. Hay algo en ti que me hace sentir esa necesidad.

No le respondí de inmediato, pero intuí que era una persona amistosa y fiable. Tal vez teníamos algo que compartir, porque yo también quería conocerla a ella. Me llamaba la atención que siendo estudiante de primer año dedicara sus horas de descanso a ir a trabajar al hospital y que con ella hicieran una excepción respecto al resto de las estudiantes de su curso. Aquél no me parecía un sitio propicio. Al cabo de un rato de silencio, que ella aguantó con inquietud, le propuse que nos viéramos al caer la noche en las escalinatas de la catedral. Después de tantos años sin techo ni

ninguna comodidad, acababa de instalarme en una casa, aun vacía pero demasiado maravillosa para acoger, aunque solo fuera por un rato, a alguien que no conocía. Ella asumió el riesgo de salir de su residencia a una hora que no le estaba permitida. Quedamos en que cuando sonaran las campanas anunciando la última oración del día estaría esperándola allí.

Llevaba un rato sentada escuchando los cánticos de los fieles, cuando la vi aparecer. Mientras la invitaba a acomodarse a mi lado, le dije:

Mi nombre es Marie.

El mío Alahady —respondió.

Sin más, empecé a contarle acerca de mi infancia privilegiada y feliz, de mi trabajo prometedor en un hospital que gobernaban nuestros colonos los franceses, mi enamoramiento y luego, sin poder evitar unos sollozos que rompían momentáneamente el relato, mi pérdida de todo y mi soledad hasta que encontré una nueva razón para luchar, cuando asistí al parto de una niña selvática y maltratada que perdió a su hijo antes de que naciera y a su marido cuando éste olió el charco. Esperé a que los creyentes abandonaran la catedral, para continuar hablando cuando el silencio del entorno lo permitiera y, ella, a su vez, hubiera hecho su presentación.

Alahady:

Yo le conté mi historia a Marie y le hablé de lo que para mi supuso poder estudiar, a pesar de que para ello tuve que separarme de mis padres y hermanos siendo muy niña, y de cómo, poco a poco, se fue adueñando de mi la vocación que sentía por poder ayudar a los enfermos. También me salió de dentro el recuerdo hacia mi amiga de la infancia, con la añoranza de esa amistad que se labra en las edades en las que todavía no hay sitio para la malicia. Le hablé de su bondad y de su desgraciada niñez en comparación con la mía, a pesar de lo cual siempre mostraba un carácter con una gran fortaleza. Se me empañaron los ojos cuando continué con el repaso de su vida hasta que se le perdió el rastro y su hermana ya no supo más. Hice un silencio, para aclarar una voz entrecortada, antes de contarle la visión fugaz que tuve de ella en aquella estación.

¡Pobre Vohilaba! —añadí.

Instantáneamente, Marie me miró a los ojos, me cogió fuertemente de las manos, y ante mi mirada de estupor y desconcierto, con una voz temblorosa exclamó:

—¿Vohilaba...? ¿Has dicho... Vohilaba?

—Si.

—Entonces... ¡Es ella, es ella, es la misma! ¡Es Vohilaba!

Marie:

Estaba nerviosa y excitada y le conté de forma atropellada el resto de mi historia: la de un tiempo de mi vida llena de penurias que no sabía bien cuanto había durado, y el de ese otro tramo en el que había vuelto a encontrar el deseo de volver a luchar por algo... ¡Y por alguien...!

Hubo pausas y lágrimas con sordinas. Luego tomó la palabra Alahady, que finalizó su relato con el de la muerte del pobre hermanito de Vohilaba y la conversión a la fe católica de su hermana Siramamy.

La noche ya envolvía la ciudad desde hacía unas horas y estaba tranquila. Las campanas descansaban y apenas había gente merodeando por la zona. En aquella penumbra y quietud, hicimos un silencio prolongado mientras yo la rodeaba con mi brazo por la espalda y la apretaba contra mí. Al rato, nos miramos y, a la vez, decidimos que juntas la encontraríamos y buscaríamos a los médicos blancos cuando regresaran. Alguien... tenía que operarla.

Cuando nos íbamos a levantar, a nuestras espaldas se oyó el ruido de una puerta grande que se cerraba y le echaban la llave. Una voz de hombre, que también llegaba desde atrás, preguntó si necesitábamos algo. Yo me levanté, me giré, y al ver al cura le dije:

Sí, yo necesito creer en su Dios.

El cura se quedó pensativo, observándonos. Antes de que hablara, ya estábamos bajando las escalinatas mientras yo mantenía cogida por el hombro a Alahady. Él apresuró su paso para alcanzarnos y al llegar a nuestra altura se dirigió a mí:

Nuestra casa siempre está abierta: «Si vienes creerás», susurró acariciando con su voz el silencio de la noche.

Acompañé a Alahady hasta su residencia, pensando en el milagro que había producido la casualidad. Antes de despedirnos, le dije que debíamos de estar pendientes de la niña con la fístula. La abracé de nuevo y le pedí que me enseñara a leer y escribir mejor. No le salió la voz, pero movió la cabeza afirmativamente de forma inequívoca. Esa noche apenas pude conciliar el sueño pensando en cómo localizar a Vohilaba y, también, en mi propio futuro, que ya había dado por perdido. Ahora, tenía una casa de verdad y sería una comadrona legal. Ya no tendría que huir de nada ni de nadie. Cuando empezaba a amanecer me venció el cansancio. Soñé con chozas, orina, partos y los caminos interminables de mi tierra cuando se recorren para llegar a algún sitio... Cuando les iba a enseñar a mis padres el título de comadrona me desperté...

Alahady:

La historia de Vohilaba me conmovió. Lo primero que se me vino a la cabeza fue ponerlo en conocimiento de su hermana Siramamy, futura monja de la Congregación a la que iban los médicos blancos a operar, allá en la Misión de Farafangana, pero lo

más importante era dar con mi amiga y todos mis pensamientos giraban en torno a cómo. Mi imaginación se ahogaba en planes tan absurdos como irrealizables. El encuentro en la estación se me representaba como ilusorio y una nueva casualidad sería irreplicable. Esa noche no me envolvió la sábana; su lugar estaba ocupado por un manto de emoción, tristeza e inquietud. Cuando el agotamiento iba avanzando dentro de mí me resultó muy reconfortante pensar en mi nueva amiga y en sus ansias por aprender a leer bien y a estudiar. Ella tomaría las decisiones y yo ayudaría para llevarlas a cabo: «Ya sabía que no me había equivocado con la limpiadora y ahora tampoco me iba a equivocar con la comadrona», pensé. Cuando me dormí, el peso del cansancio me arrastró hasta el fondo de la inconsciencia, pero al despertar me di cuenta de que una parte de mí no había descansado...

Capítulo 20

La ginecóloga de Fiana le comunicó al marido y a los padres de la niña de la fístula cuál era el problema por el que no podía controlar la orina, que a veces goteaba y otras chorreaba. El marido preguntó si tenía solución y la ginecóloga lo negó. Se trata de una operación difícil que nunca se había realizado con éxito en Madagascar, añadió. A continuación dudó un momento y dijo que creía que unos médicos blancos habían conseguido cerrar una igual a otra joven, en un pequeño hospital de una Congregación de Misioneras que había más al sur, en una ciudad que se llama Farafangana, a varios días de distancia, pero tampoco sabía si esos médicos volverían, y, en el caso de que volvieran, si serían los mismos. Si quería curarse tendría que ir a un hospital que había en un país lejano de África llamado Etiopía, o a otro aún más distante, Nigeria, también en el continente negro. No tenía más información. En pocos días le darían de alta, pues los hospitales públicos, tan insuficientes de recursos y ganas, sólo contemplaban la atención de los casos agudos. Aquí, los enfermos solo tienen la opción de aliviarse temporalmente o morir.

Nadie fue a recogerla cuando le dijeron que había llegado el momento de volver a casa. Al llegar a su cabaña se encontró a otra niña en su lugar, ya iniciando con su marido el tránsito a mujer.

Durante los dos días siguientes la fiebre volvió a subir precedida de esas sacudidas tan desagradables y la doctora solo me permitió levantarme sin salir de la habitación. En ese tiempo apenas hablé con ella, pues debía estar muy ocupada. Casualmente, oí que le comentaba a la enfermera que la llegada de mi medicina se estaba retrasando demasiado y empezábamos a estar en el límite de poder administrármela con éxito. Me cambiaron el tratamiento y volví a mejorar, al desaparecer de nuevo las calenturas, pero me sentía débil y había perdido las ganas de hablar...

Una noche que no dormía vi a la doctora repasando al lado de mi cama todas las notas que anotaba diariamente sobre mi evolución. De pronto, sentí su mano acariciando mi frente, o tomándome la temperatura con su mano, y abrí del todo los ojos para preguntarle si estaba grave.

No, se limitó a responder de forma seca pero convincente. La infección la controlaremos, pero también necesitamos corregir la causa y eso es más difícil. Mañana haré averiguaciones acerca de si alguien en este país tiene experiencia y allí iremos.

—Doctora...

—Dime, Vohilaba.

—Llevo luchando por encontrarlos desde que abandoné Fianarantsoa camino de

Manakara y ahora estoy aquí, ingresada en Tana, esperando esa noticia. Mi recorrido fue muy duro, aunque ahora tengo un motivo especial por encontrarlos. También quiero contárselo.

—Bueno..., ya es un poco tarde y debes descansar. Si mañana te encuentras mejor seguiremos hablando.

Me cogió la mano con un apretón, y con ternura me dijo:

—¡Hasta mañana, Vohilaba!

—¡Gracias, doctora! —susurré.

La seguí con la mirada en la oscuridad y pude ver que al cruzar la puerta se giró y volvió su mirada hacia mí —sin añadir nada más.

Al día siguiente, la doctora acabó antes de tiempo la consulta. Quería que Vohilaba siguiera expulsando su pasado. Le preguntó a la enfermera como había descansado y le dijo que si no tenía fiebre le indicara que fuera a su despacho. Al poco tiempo, Vohilaba entró caminando despacio y esta vez ya no se detuvo en la puerta esperando una señal: directamente se tumbó en la camilla y sin ningún preámbulo comenzó a hablar...

Busqué a la otra fístula desesperadamente por todo Manakara. Ya era una experta en olfatear todos los rincones: como hacen los perros. Iba y venía sin más rumbo que el marcado por el instinto de seguir una huella que no se dejaba oler. Sobrevivía de lo que me iba quedando de esperanza... Si alguien me dirigía su mirada, yo enseguida apartaba la mía llena de vergüenza y soledad. Apenas comía y mi cuerpo iba menguando. Mis ropas ya casi no lo eran. Mi desaliento me invitaba cada noche en la playa a querer dejarme llevar por una ola y desaparecer con ella. No tenía en qué ni en quien creer. El Dios de la catedral de Fianarantsoa no era para mí. Yo era distinta a los demás. Deseaba reunirme con mi madre, pero tampoco sabía si la encontraría cuando me muriese. De tanto que anduve escapando de la vida nunca sería capaz de acertar como volver a mi aldea y juntarme con mis dos hermanos. Tan sólo me aferraba a la idea de desandar el camino del tren y buscar a Marie y contarle que había oído como Alahady gritó mi nombre cuando el destino nos alejaba otra vez. Mi analfabetismo era otro obstáculo insalvable. No tenía nada de dinero ni nunca podría tenerlo por mí misma, salvo que robara y eso jamás lo haría.

Un día me quedé todo el tiempo tumbada en la playa sumida en la más profunda tristeza. El sol calentaba y dormida soñé que toda la playa era mía y ésa era mi casa gigantesca. Me despertaron las risas de unos niños jugando en la arena, y cuando abrí los ojos vi a una niña con su hermanito en la espalda que me estaba mirando. ¡Era la primera mirada de ternura que había recibido desde que me separé de Marie! La recordé llena de nostalgia y cariño y le deseé que hubiera encontrado su casa y siguiera en su trabajo de limpiadora. El calor me había hecho sudar mientras dormía y pensé que la orina se me había escapado por la piel en vez de por mi vagina, pues no

me sentí mojada por abajo. Por un momento mi olor cambió y me atreví a decirle a la niña que se acercara. Cuando estuvo cerca de mí la invité a sentarse a mi lado y le pregunté como era su vida. Entonces, sentó a su hermanito en la arena y le dio un palo de los que devolvía el mar después de comerse su corteza, para que se entretuviera mientras ella hablaba...

—Mi padre es un vendedor de baratijas que todos los días va a la estación del tren a ofrecer su mercancía... Allí siempre hay gente blanca que llegan o se marchan y, a veces, le compran algo, aunque luego no saben por qué lo hicieron ni para qué lo quieren, pero gracias a eso casi todos los días consigue hacerse con algunos ariarys para alimentar a la familia. Mi madre...

—¡Espera! —la interrumpí.

—¿Tienes una hermana que tuvo un hijo muerto, que le dejó como recuerdo un agujero por el que se le escapa la orina? —pregunté con ansiedad.

—Sí. Mi padre me mandó buscarte... Hace días que no te ve por la estación y quería saber si ya habías logrado averiguar dónde está su hija, dijo con voz tierna.

Fue él quien le indicó que si no me veía en la casa de invierno —la del mercado—, me buscara en la de verano —en la playa—, donde la brisa y el olor de la salitre se confundían con el mío y así podía pasar desapercibida.

Antes de levantarse y marcharse, con su hermanito mochila embadurnado de arena a la espalda, añadió que su padre quería verme. Sin dudarlo ni un instante, me apresuré a llegar a la estación.

Al reconocerlo, con su puesto vacío de clientes, me acerqué con la ansiedad reflejada en el rostro. Me agradeció la visita con una sonrisa deslucida, pues rápidamente intuyó que no había tenido éxito en mi búsqueda.

¡Ve y búscala en Vohipeno! —dijo resollando—. Aspiró la última bocanada de humo, que retuvo un rato para alimentar la caldera que hervía en sus pulmones, y con gesto cansino añadió:

«Está a dos o tres días de distancia de aquí camino del sur, siguiendo de frente tras colocar tu brazo izquierdo señalando el mar. Allí —dicen las gentes— es donde se hace un papel con la corteza de un arbusto local —el "*avo*ha"— decorado con flores frescas incrustadas, que se llama el papel "*antaimoro*", porque ése es el reino de los antaimoros, los que llaman Alá a su dios y llegaron a nuestra tierra por mar desde un país lejano. Tal vez mi hija esté merodeando por esos pueblos, pasando así inadvertida entre los olores de los jazmines y madre selvas que tanto adornan nuestro paisaje y con su color blanco ponen el contraste al de nuestra piel».

Así hablaba ese hombre arrepentido; sin más estudios que los callejeros, pero ilustrado de tanto escuchar en la escuela de la vida que era la estación del tren, con su trajín de viajeros que iban y venían todos los días trayendo y llevando información. Él no podía abandonar su puesto para ir a buscarla, pues tenía que alimentar al resto

de su familia; su mujer debía de cuidar de todos y hacer los deberes diarios de cargar agua y comida de un lado para otro, y la otra hija, la que le había llevado su mensaje a la playa, tenía que cuidar de su hermano pequeño.

Antes de que nos despidiéramos, me dijo que su hija, de 21 años, se llama Beline, y me dio una indicación más: si antes no la encontraba vagabundeando por las calles, que preguntara en un Centro de Rehabilitación para discapacitados que regenta un cura.

Yo, reforzada de esperanzas, apreté una vez más el amuleto y me puse camino de Vohipeno...

—¡Doctora, doctora! —se oyó gritar en el pasillo...

Capítulo 21

Cuando Beline fue rechazada por su padre huyó de Manakara por el sendero que lleva a ninguna parte... Un día, un viajero andante, éstos que se diferencian de los demás caminantes porque llevan la manta al hombro, hizo su descanso al lado de donde ella sollozaba sentada en la cuneta... Él le preguntó y Beline le contó su historia... El hombre le dijo que podía acompañarlo hasta su destino, cerca de Vohipeno, adonde se dirigía para comprar papel «*antaimoro*» con formas de carta y sobres, que luego vendía por un poco más a comerciantes ambulantes de Manakara, quienes, a su vez, harían negocio con los ilustrados y los escasos visitantes de otros países, que diariamente llegaban a la estación y lo compraban como artículo elegante unos y exótico otros, para no se sabe qué o para enviar sus noticias a familiares y amigos. Realizaba ese viaje todas las semanas, recorriendo el medio centenar de kilómetros que separaba las dos ciudades en dos días. La animó diciéndole que en Vohipeno tal vez pudiera encontrar algún trabajo recogiendo las flores que luego se pegaban al papel. También, creía que allí había un centro que recogía a jóvenes, que por sus deformidades e incapacidades eran rechazados por una sociedad en la que tampoco había casi sitio para los más dotados. En ese lugar, los rehabilitaban físicamente y les enseñaban algún oficio mecánico, artesanal, o de labores para que intentaran valerse por sí mismos.

Al llegar al punto en el que los caminos se separaban, Beline se sentó en la cuneta mirando al hombre de la gabardina que se alejaba con paso rápido, moviendo con agilidad unas piernas delgadas como cañas de bambú pero bien fibrosas de tanto andar. Antes de desaparecer de su vista, cuando el camino se doblaba en una curva, el viajante se detuvo y se giró para mirar... O fue que algo le hizo sentirse mirado. Beline alzó la mano abierta y con un movimiento lento, que repitió por dos veces, le dijo adiós... Él la vio, y le devolvió el saludo agitando el sombrero. Cuando continuó su marcha tuvo una intuición...

Beline se asomó al Centro de Vohipeno y ni siquiera preguntó. Le bastó ver desde la barrera el panorama de cojeras y cuerpos arrastrados para darse cuenta que aquél no era su sitio. Deambuló por la ciudad hasta que encontró un trabajo miserablemente pagado para recoger flores durante todo el día, seleccionar los pétalos mejores, cortarlos, estirarlos con cuidado, protegerlos entre dos hojas de papel y, sin doblarlos, entregarlos a los que con el mismo cuidado alisaban las finas hojas de la corteza del árbol del papel sobre las que incrustaban en estado húmedo los pétalos escogidos, confeccionando figuras y formas coquetas que al secarse se quedaban firmemente pegadas. Lo que ganaba solo le permitía la ración de arroz diaria... y poco más. Al finalizar su jornada, el sueño la vencía en cualquier rincón, siempre al raso, pero

próxima a alguna de las cabañas que alineadas al borde de la carretera iban despidiendo la ciudad. Con frecuencia pensaba en el viajero...

Un día, Beline no acudió a recoger flores. Nadie se preocupó de saber porqué. Ya no volvió. Buscó al viajero, y cuando lo encontró comprando sus cartas y sobres le pidió que la dejara acompañarlo en su viaje de regreso a Manakara. Estaba enferma de soledad... Durante el camino le contó lo que había hecho esos meses, y aunque podía seguir sustentándose deseaba volver a su ciudad. La madre de su madre era una mujer mayor que habitaba sola en una cabaña en las afueras de Manakara y, como ella, aunque por razones distintas a las suyas, también olía siempre a orina. Desde mucho antes de quedarse viuda, vivía de un puesto de comida que tenía al borde del camino, detrás del que se pasaba el día y parte de la noche sentada sobre un tronco de madera que hacía de silla, esperando a que algún viajero nocturno o algún trabajador del campo madrugador le comprara un poco del arroz blanco, que aderezaba con algunas verduras que las vecinas más jóvenes, y a veces su propia hija, le regalaban. Si la abuela la aceptaba en su cabaña, ella le ayudaría a mejorar la calidad de la comida y la ampliaría con otros productos que la hicieran más sabrosa. Ahora conocía algunos secretos de cocina... Los había aprendido comiendo los restos que le daban en un restaurante. Y cuando la abuela se muriera, aunque la soledad regresara, por lo menos tendría una cabaña propia. Se había resignado a vivir así para siempre.

El viajero escuchó su relato en silencio, pero con interés. Algo debió de pasar por su cabeza... Al llegar a Manakara le dijo que la acompañaría hasta la cabaña de la abuela y que no se iría de allí hasta que viera que era aceptada. Cuando se despidieron se quedó pensativa, mirando al comerciante de papel alejarse por la trocha, hasta que se perdió en la oscuridad de una noche incierta, cantada a ratos por los gorjeos lejanos de algún pájaro insomne...

Capítulo 22

La enfermera interrumpió bruscamente el relato de Vohilaba... Acababa de llegar un parto de varias horas de evolución y apenas se oían los ruidos de un corazón que agonizaba, le informó a la ginecóloga cuando irrumpió en su despacho. Juliette se incorporó rápidamente de su silla sin apenas tiempo para indicarle a Vohilaba que se fuera a su habitación a descansar un rato, prometiéndole que si no acababa tarde iría a buscarla para dar un pequeño paseo y que siguiera contándole...

Cuando exploró a la joven madre no lo dudó un instante y sobre la misma mesa de partos dispuso todo de inmediato para realizar una cesárea. A pesar de la rapidez en actuar y la reanimación prolongada, el que iba a llegar se despidió de la vida antes de nacer... La madre venía de unos cuantos kilómetros lejos de Tana y el viaje resultó demasiado largo...

—¡Maldita sea! —exclamó Juliette.

Ya hacía un rato que atardecía sin prisa, dejando una luz rojiza al fondo de Tana, y la temperatura invitaba a salir a refrescarse un rato en el jardín. El golpe para la ginecóloga había sido demasiado duro y no podía comprender que en ese año que corría, a tan pocas horas de distancia de su país, ocurrieran cosas así, porque aquí la distancia se mide en tiempo y no en kilómetros, y, por corta que sea, se hace insalvable entre tantas carencias de todo. Se sentó en un banco y esperó meditando a que la noche oscura se adueñase, sin más, de un día lleno de sombras...

Transcurrió un rato largo antes de que se recogiera para visitar a Vohilaba, que la esperaba despierta e intranquila... Al ver la expresión de su doctora, rápidamente intuyó que las cosas no habían ido bien. La fístula pareció entonces conjurarse con la fatalidad y los escalofríos se sumaron a la fiesta. Juliette se acercó a la cama que empezaba a temblar y le dijo a Vohilaba que no se preocupara, que pronto tendría buenas noticias para ella y que ahora debía tratar de descansar. Pero Vohilaba, que empezaba a humedecer las sábanas, quiso acabar de contarle su vagabundeo al llegar a Vohipeno. Juliette se sentó al borde de su lecho y escuchó...

Caminé sin apenas descanso durante tres días, hasta que me adentré en Vohipeno y me dirigí directamente al Centro de Rehabilitación. Allí nadie sabía nada de una forastera de Manakara. En el Centro, ocupado casi en su totalidad por inválidos y otros deformes, no había sitio para «la enfermedad oculta».

Sin embargo, mi decisión era fuerte y me establecí a la entrada del Centro, pidiéndole al cura que me dejara trabajar en algo. Marie me había enseñado a estar sin mojarme durante unas horas al día. Todo consistía en regular los momentos y cantidades de bebida para mantener seca la vejiga. Aprendería a limpiar, o podría cargar bultos en la cabeza o en el vacío que mi hijo no había ocupado en la espalda.

Ayudaría en cualquier trabajo físico que me pidieran. A cambio, sólo necesitaba un plato al día. No me importaba dormir sobre la hierba o la tierra, pues ya me había olvidado de lo que era hacerlo sobre un suelo de madera entre cuatro simulacros de paredes bajo un techo de hojas. Poco a poco, el cura fue cediendo y me permitió hacer cosas como, por ejemplo, llevar a los inválidos en silla de ruedas de un lado para otro y lavar a los que no podían valerse por sí mismo. Por primera vez en tanto tiempo, que no sabía cómo contar, sentía algo parecido a vivir en paz, siendo útil a otros que eran tan o más infelices y desafortunados que yo. Al fin y al cabo, mi enfermedad tal vez pudiera curarse algún día mientras que la de aquellos pobres desgraciados los iba a acompañar para siempre.

Un día, el cura, satisfecho con mi trabajo, me ofreció un cobijo para dormir pero sin colchón —por lo de la orina— y con la condición de que me ocupara todos los días de fregar la mancha del suelo. La primera noche en mi cobijo desnudo, tuve una sensación que me recordó a los momentos de la infancia, cuando mi trabajo consistía en cuidar de mis hermanitos Siramamy y Vary y jugaba y cantaba con Alahady. Eso debía ser aquello que llaman felicidad, algo que apenas estuvo presente en el vocabulario de mi vida.

Una tiritona, ésta más fuerte que las que la habían precedido, dio entrada a una fase de letargo mientras el cuerpo empezaba a arder. Al poco, Vohilaba se durmió y la ginecóloga se refugió en su despacho a escribir. Esa noche no iría a la Residencia pues la situación de Vohilaba no evolucionaba bien y a primera hora quería reactivar la solicitud urgente de la medicación que se hacía esperar...

Capítulo 23

Cuando Marie vio a la niña de la fístula salir sola del Hospital, intuyó cuál iba a ser su «*vintana*» (destino) y que a ella ya se le había cruzado otra Vohilaba en su camino. Observaba la escena desde el vestíbulo y en un segundo tomó la decisión... Cuando la alcanzó bajando las escaleras la detuvo, al tiempo que le pasaba una mano sobre su hombro desnudo.

—Si tienes algún problema vuelve a buscarme —le dijo con ternura.

La niña, menudita, envuelta en unos harapos que dejaban ver unas piernas sin formas, sólo acertó a dirigirle una mirada vacía antes de reiniciar su marcha con andar de convaleciente. Marie se quedó inmóvil sin apartar la vista de aquella figura infantil que sin saberlo, pero tal vez presintiéndolo, se dirigía a buscar su carta de despido matrimonial. Durante los días siguientes la buscó entre la gente que esperaba sentada en las escaleras de entrada al Hospital y al no encontrarla llegó a pensar que tal vez habría tenido suerte...

Una tarde, al finalizar un parto, Marie le preguntó a la comadrona por qué allí no se trataban las fístulas. No se hubiera atrevido a hacerlo directamente a la ginecóloga por temor a molestarla. Le respondió que no lo sabía, pero que en dos ocasiones la doctora había operado a dos niñas con el mismo problema y al día siguiente, o poco después, las dos estaban igual que antes o incluso peor, pues con la operación el agujero se había agrandado. Supuso que por eso no lo había vuelto a intentar, pero añadió que una vez la oyó comentarle a alguien que había un hospital en un país africano en el que curaban a casi todas y, en otra ocasión, habló de unos médicos blancos que habían visitado este hospital un tiempo atrás...

Dejaré que pasen unos días... y buscaré cualquier disculpa para preguntarle directamente —pensó Marie.

Una noche, al salir de trabajar, se encontró sentada a la puerta del hospital a la niña de la fístula. Al mirarla a los ojos no hizo falta que le explicara nada. La cogió de la mano y le dijo:

—¡Sígueme!

Cuando entraron en casa calentó agua en una tinaja —ésa era su bañera de agua caliente—, le dio una pastilla de jabón indicándole que se metiera allí dentro y se frotara bien. Luego, le enseñaría a estar unas horas seca, como había hecho con Vohilaba.

Marie pensó que había llegado el momento de preguntarle a la ginecóloga en cuanto se presentara la oportunidad... Surgió tras una operación en la que se le extirpó el útero a una mujer que sangraba como ella antes de que se hiciera mayor. La paciente todavía era joven y aún no había conseguido tener hijos. Antes de entrar en

el quirófano la ginecóloga releyó de forma rápida las notas de su historial médico, le echó una ojeada a la ecografía y seguidamente palpó de nuevo aquel vientre abollonado en el que se podían ver con los dedos los grandes miomas. La paciente ya conocía cual iba a ser el destino de su órgano, pero justo antes de dormirse se dirigió con gesto resignado a la ginecóloga, rogándole que al finalizar no le dijera a su marido que ya era definitivamente estéril... Al acabar la intervención, la doctora se sentó abatida en el borde de la cama, aun sin la paciente, esperando a que el anestesiólogo le quitara el tubo de anestesia y le devolviera su conciencia. En el umbral de su despertar, ya se empezaban a oír los gemidos del dolor que provenía de la herida que surcaba su bajo vientre, pero cuando por fin abrió los ojos su mirada reflejó otro dolor más profundo: el de su destino común al de todas nuestras mujeres que cuando no procrean son abandonadas... Como la niña de la fístula.

La doctora entonces se incorporó y, dirigiéndose hacia la mesa de quirófano, se inclinó sobre la pobre mujer, susurrándole que todo había ido bien. Al girarse de nuevo, observó a Marie con la mirada fija sobre el frasco donde se guardaba el órgano extirpado. Se acercó a ella y, más con un gesto que con palabras, la invitó a entrar en su despacho cuando acabara de recoger y lavar el instrumental. Al cabo de un rato... Marie llamó a su puerta.

—Marie —dijo—, las fístulas entre la vejiga y la vagina se producen porque...

Escuché en silencio sus conocimientos profesionales que yo, desde la observación natural, había sido capaz de interpretar de una forma simple pero real. También sabía que en el caso de una violación es el golpe directo y brutal de la bestia el que hace el agujero en una cavidad aún pequeña o que se resiste.

La ginecóloga hizo una breve pausa y prosiguió.

—La mayoría de las fístulas, o todas, son muy complejas de tratar. Yo lo intenté en dos ocasiones y las consecuencias fueron peores. Tampoco tengo noticias de que en Tana las cosas hayan ido mejor. Sé que en Etiopía hay un hospital que sólo se dedica a eso, pero yo no tengo medios para desplazarme allí y aprender la técnica. También oí hablar de un médico de Nigeria que debió de operar a muchas y sus operaciones dicen que se cuentan por éxitos, pero estamos en lo mismo. Así, sin formación ni información, resulta imposible progresar. Sabemos lo que sabemos porque estudiamos en los libros, que también escasean, y porque en ausencia de conocimientos desarrollamos la parte práctica de nuestro cerebro en base a la observación; pero en la cirugía es distinto: «Por mucho que estudies en un libro una operación, si no se la ves hacer muchas veces a alguien que la hace tan bien que es capaz de explicarla, uno es incapaz de reproducirla». Y eso fue lo que me pasó a mí. Yo sabía lo que había que hacer, pero no cómo ni cuándo. En nuestro país, la mayoría de los pocos médicos que tienen la suerte de poder viajar al extranjero para aprender se las arreglan para no regresar; y los que vuelven no quieren dejar de explotar el

privilegio que han tenido, por lo que nunca se ofrecen a enseñar a los que no podemos hacerlo, para que no se les haga competencia. Además, muchos ni siquiera ejercen en los hospitales públicos, que pagan una miseria y cuando les da la gana. Mi única esperanza es que los médicos blancos que nos visitaron vuelvan por aquí y operen a nuestras pacientes, pues yo tampoco podría desplazarme a Farafangana, aún sabiendo que están allí.

Continuó hablando... y me dijo algo que me halagó:

—Te cuento todo esto porque hay algo de ti que me da confianza y sé que vas a ser una gran profesional por esa capacidad de observación que tienes, capaz de sustituir en parte tu falta de conocimientos teóricos. Además, porque me pareces una buena persona. No tuviste hijos, pero fuiste una madre para Vohilaba y, aunque tú no me dijiste nada, sé que acogiste en tu casa a la niña de la fístula, rescatándola de la calle.

—Bueno, es que ella... ella...

—¡Eso te honra, Marie!

Volvió a hacer una pausa —ahora bajando los ojos— y me pidió que lo que me iba a contar a continuación lo mantuviera siempre en secreto. Los levantó otra vez, y pude ver como una cortina de agua los empañaba. Mirándome de nuevo a la cara, empezó a hablar de ella misma...

—Hace diez años que llegué a Fianarantsoa. El hospital nuevo aún estaba en construcción. Yo venía de Tana, donde nací y estudié la carrera de Medicina, y luego me fui haciendo ginecóloga. Mi vida estuvo marcada por la rebelión que siento frente a la explotación de la mujer en nuestro país. Sé que en el continente es igual y en muchos sitios peor. Aquí, por ejemplo, no sufrimos la mutilación, como tantos millones de mujeres en el mundo... En cualquier caso, nuestra sociedad está estructurada para que la mujer no sea más que un medio para que el hombre muestre su virilidad teniendo hijos; y si no, la abandonan. Si te fijas, una vez que los tienen, la mayor parte de los padres no se ocupan de ellos y lo único que les importa es que les ayuden en su trabajo del campo... o de pastoreo... o de carga... o que los cuiden si hace falta. A las hijas las venden al mejor postor cuando todavía son niñas, con el valor cabra o cebú como unidad de cambio. A las mujeres y a nuestras niñas los hombres las violan y les destrozan la vida. Y en una parte del continente negro se empezó a extender la creencia entre los hombres de que si violan a una púber virgen se libran de contraer el SIDA. Podría seguir hablando horas y horas de todos los matices de la explotación y de nuestro rango casi —o sin casi— animal.

—Verás —prosiguió...

—Se calcula que en el África negra hay más de dos millones de mujeres con la fístula. ¿Te imaginas? Y todo eso podría reducirse hasta cifras casi anecdóticas si los partos fueran atendidos por personal cualificado, lo que aquí sólo ocurre en la mitad

de los casos como mucho.

Hizo otra breve pausa, y añadió:

—Ahora entenderás mejor porqué somos tan necesarios y por eso quiero formarte como comadrona.

—¿A quién? ¿A mí?

—¡Sí, a ti! ¡Escucha! Si quieres...

—¡Claro, claro!

—Todo esto me empujó a dedicarme a la ginecología, aunque también hubo otras razones que forman la otra parte de la historia... Yo... —ahora la cortina de agua que nublaba sus ojos se hizo más densa y empezó a deslizarse en forma de gotas, resbalando silenciosamente sobre las mejillas— fui abandonada por mi marido — como tú y tantas otras— porque no le di hijos. Entonces me marché de Tana y me vine a Fianarantsoa con la ilusión de trabajar en el nuevo hospital y rehacer una vida, huyendo de la indignidad de ser marcada por no ser mujer, en el sentido que tienen nuestros hombres de nosotras. Y aquí estoy. Esta historia, en el hospital, no es conocida por nadie más que tú, ahora. Por casualidad, supe que mi marido tampoco tuvo hijos con su segunda mujer tras dos o tres años de matrimonio, y que también la abandonó. ¡Ah! Un tiempo después, la mujer tuvo un hijo con otro hombre.

—¡Oh, no!

—Eso ya es pasado, Marie. Es inútil lamentarse —dijo, bajando la voz— pero déjame acabar de decirte algo... de desahogarme...

Cogió aire, recuperando un timbre firme, y prosiguió:

—Aunque desconocieras estos datos, tú sabes de lo que te hablo porque recorriste bosques y tuviste que vivir como vive una gran parte de nuestro pueblo: «en el atraso más primitivo». Carecemos de conocimientos y medios propios para casi todo; nuestros campos no tienen máquinas para sembrar, labrar y recoger; nuestros pueblos están incomunicados en la época de lluvias; nuestras viviendas son de hojas y palos de madera, de mentira, de juguete; nuestras fábricas están en manos de los extranjeros —como siempre lo fue desde tantos siglos atrás—; y nuestra vida no conoce el progreso de los tiempos más que para unos pocos... Necesitamos cultura y gente profesional. Un país como el que te resumí no puede salir de la pobreza sin estas dos cosas. Pero todo esto es muy complejo y tarea de muchos años. Los pueblos que se desarrollan son los que salen adelante por ellos mismos, con su esfuerzo, no con el dinero de las ayudas que siempre acaban en mano de los dirigentes. Nunca se vio que con ese dinero se hagan escuelas, hospitales, comunicaciones y viviendas dignas. Se quedan con todo y lo que les sobra lo destinan a comprar las voluntades de los mandos del ejército para que los protejan y los mantengan en el poder, hasta que otro promete dar más y nos meten en guerras que nosotros no buscamos ni queremos. Ésa es la historia que se repite en los países subdesarrollados una y otra vez.

—¡Haz un esfuerzo! —me dijo en tono imperativo, pero cariñoso, humano—. Somos un puñado, nada más, para cambiar esta mentalidad de nuestras mujeres y de los hombres. De las mujeres, porque incluso teniendo acceso al hospital no acuden: unas, las más, por la desconfianza a dar a luz en medios que no sean los suyos naturales, allí en sus chozas, en las posturas tradicionales, solas o acompañadas por sus madres, o, cuando se ponen las cosas difíciles, por parteras sin conocimientos que actúan recurriendo a prácticas de brujería (tú, de esto sabes más que yo porque lo has podido vivir en tu vida errante por bosques y selvas). De los hombres, porque, como sabes, ellos casi nunca se sienten implicados en el desarrollo del embarazo y del parto. En general, solo les importa tener un hijo: éste o el siguiente; da igual, el que venga.

—Marie, el esfuerzo que hay que hacer es enorme y todos estos cambios son lentos, de generaciones. Tardarán en llegar lo que tarde la cultura de los que tenemos estudios en conseguir hacer mella en toda nuestra gente que no los tiene. O hasta que se consiga que ellos los tengan y se vayan incorporando al desarrollo que nosotros conocemos. En muchas cosas no digo que sea mejor ni peor, pero si en nuestra parcela la cultura significa menos muertes de madres y niños en el acto sublime de dar a luz... ¡Bienvenida sea! A mí, como médico, como ser humano, me parece horrible que una madre se muera porque nadie la pueda atender en el momento de alumbrar (en el mundo subdesarrollado se muere una mujer cada minuto dando a luz), o que llegue con el feto muerto, o que se quede estéril y entonces sea repudiada por su marido, o que, ya abandonada, arrastre una fístula regando los caminos para el resto de su vida... Te podría hacer saber muchos más datos, y lo iré haciendo poco a poco para formarte como partera, para...

Durante un soplo se hizo el silencio en el despacho, donde la luz de la bombilla dejaba matices blandos, suaves, sin dejar sombras. Fuera, con sonido lejano, los trinos de un pajarillo que estaba contento o demente solfeaban su despeje a deshora... Ahí, en ese momento, la luz blanca ya se había agrisado a través de unos filtros celestes que presagiaban lluvia.

—Yo no supe que decir... Un calambre me encogió el estómago. Estaba impresionada con la información que me había dado, sus comentarios y reflexiones. Ahora también sabía que además de un gran médico era una gran persona. Antes de pedirle permiso para levantarme, sólo fui capaz de decirle:

—Doctora, yo no la voy a defraudar.

—Lo sé, Marie, lo sé. Por eso te conté todo esto y por eso quiero que seas una comadrona cualificada.

—Gracias, doctora.

Capítulo 24

Hacía varios días que no veía a Alahady, inmersa en sus estudios para los exámenes, pero esa tarde, al acabar de trabajar, fui a buscarla a su residencia.

—Le conté que la niña de la fístula estaba en mi casa y traté de transmitirle los conceptos y datos que la ginecóloga me había expuesto con tanta claridad. Alahady no se sorprendió mucho... Cuando podía iba a la biblioteca de su Escuela y buscaba y leía todo lo que allí había en libros y recortes de revistas acerca de la mortalidad materno-infantil en África —la más alta del mundo— y, de rebote, en su hermana desgajada: Madagascar. Del tratamiento de las fístulas apenas había referencias y no estaba capacitada para entender las dificultades del tratamiento ni las claves de su éxito. De su historia personal, naturalmente, no le desvelé nada. A todos los efectos, la ginecóloga seguía siendo una mujer soltera, aunque todos conocían la amistad que la unía a un anestesista viudo, con dos hijos, que se había formado en Francia. Con él compartía muchas horas de trabajo, pero también era conocido que la relación se prolongaba en los ratos libres que disfrutaban: unas veces nadando lentamente, con pausas prolongadas desesperantes; otras parecía que remando durante tiempos más largos aunque a veces a contracorriente, lo que les impedía avanzar; y otras, las menos, cuando el viento de las conexiones soplaba a favor, navegando a toda vela por Internet, gracias al ordenador personal que él se había traído de allí para vivir a la vez en los dos países: uno, el real; otro, el soñado... La ginecóloga nunca había salido de Madagascar, pero con su amigo viajaba por el mundo y tenía acceso a cualquier información durante los ratos caprichosos en los que funcionaba ese aparato. Tal vez por eso sabía tanto de nuestra tierra y de cómo es la vida muchos años por delante de la que nosotros vivimos...

—¿Qué vas a hacer con la niña de la fístula? —me preguntó Alahady.

—Ahora, con mi protectora, amiga y aliada, se abre una vía para contactar directamente con la Misión donde habían estado los médicos blancos. Mientras... la mantendré conmigo —respondí de forma incierta.

«No puede ser de otra manera —me dije a mi misma, y empecé a pensar—: Estoy tan acostumbrada a todos los olores del quirófano, de las habitaciones y del hospital, que prolongarlos en casa durante las horas de sueño no me va a suponer gran esfuerzo». Sería mucho más intenso el sentimiento de amargura que sentiría por esa niña de la calle si no tuviera su cobijo conmigo, imaginando su corta vida escapándosele por esos agujeros. ¡Hay que buscar a esos médicos que los cierran! Cada noche pensaba en Vohilaba y en cómo encontrarla... Mis clases de lectura y escritura estaban ahora interrumpidas por los exámenes de Alahady, pero pronto las reanudaría con redoblado ímpetu e interés. Sacaría el título de comadrona: «Sí, o sí».

Capítulo 25

La abuela se entretenía haciendo un poco de «romazaba» (el caldo nacional de carne y verdura) y cociendo un puñado de arroz para los que de regreso a casa quisieran consolar su estómago vacío o para empezar a calentar el sueño de los que viajaban a pie recorriendo grandes distancias. Hasta entonces el día había sido uno más y la noche ya se asomaba anunciándose con placidez. En ese momento no había cerca ningún posible comprador y yo me entretenía sentada detrás de la mesita mirando los coches que de vez en cuando circulaban por la carretera que une Manakara y Vohipeno. Allí, en la cuneta, en dirección hacia Vohipeno, cuando la ciudad empieza a anunciar su límite, teníamos nuestro puesto la abuela y yo. De pronto, me llamó la atención un coche tipo furgoneta que se acercaba levantando el polvo. El coche aminoró la marcha al estar ya muy próximo al puesto pues había un gran bache que obligaba casi a parar: primero, para bajar hasta su fondo; luego, para remontarlo sin que se partiera en dos o saltaran todos los bultos que llevaba envueltos con una lona sujetos por una cuerda. Entonces, pude ver una cruz y un dibujo en la puerta del conductor, que representaba la parte superior del perfil de una mujer extendiendo su brazo derecho hacia el cielo en el que en vez de la mano se veía una paloma. Dentro se disputaban el espacio varios hombres y mujeres blancos, que debían ir muy apretados, y una monja.

—Tal vez van a hacer algo en el Centro de Rehabilitación de Vohipeno... Las monjas nunca van de turismo, —pensé.

—Por la hora que era, se me ocurrió relacionarlo con la llegada del tren. Estaba segura que mi padre los había visto mientras cargaban tantos bultos y hasta se habría acercado con su oferta, aunque sólo fuera para enterarse quienes eran y donde iban. Entonces, decidí que al día siguiente, cuando mi padre no estuviera en casa, iría a preguntarle a mi madre si sabía quiénes eran aquellas gentes que iban en el coche de las monjas.

—Cuando mi abuela acabó de cocinar y quiso recuperar su puesto de vendedora le dije que era mejor que se recogiera a descansar; que esa noche me quedaría yo hasta la hora de siempre, cuando la noche ya es noche de verdad y empiezan su trabajo los depredadores nocturnos.

—Ya parecía que se había acabado la jornada cuando al fondo, en la oscuridad, vi que se acercaba una figura que me resultaba familiar. Esperé un momento antes de apagar la lámpara de gas. Ya próximo, pude reconocer al comerciante de papel con el que había viajado a Vohipeno.

El hombre se acercó directamente al puesto y, tras un breve saludo, dijo excitado que esa tarde el tren de la selva había dejado en la estación a un grupo de médicos

blancos a los que había ido a recoger una monja. Él estaba allí, entregando su mercancía a los vendedores y, como todos los demás que los tuvieron cerca, se sorprendió por ese hecho. No entendió lo que hablaban, pero tuvo tiempo para fijarse que en el coche figuraba el nombre de «Ambatoabo».

—Mi pecho sintió el sobresalto del corazón... ¡Era el mismo coche que había pasado por delante de mi puesto un rato antes!

—Ya no necesitaba averiguar más. Con eso bastaba. Dejaría todo organizado con la abuela para desplazarme a ese lugar...

—Le agradecí al viajante su información y le pedí que me dejara acompañarlo otra vez camino de Vohipeno. Una vez allí ya me las arreglaría para llegar hasta Ambatoabo. No había tiempo que perder, pues nadie sabía el tiempo que los médicos iban a estar allí. El viajante aceptó y me comunicó que al día siguiente muy temprano pasaría a recogerme.

—Gran parte del camino lo hicimos en silencio... Yo estaba presa de una gran excitación y apuraba el paso sin importarme la irritación de mi piel —siempre mojada—, que tanto me molestaba al rozar una pierna contra la otra. Esta vez avanzamos algo más de lo que lo hubiera hecho el viajero si viajara solo, pero aceptó el ritmo que yo había impuesto pues compartía una parte de mi inquietud y mi deseo por llegar...

—Cuando ya nos detuvimos para descansar durante unas horas de la noche, abrí mi bolsa donde llevaba dátiles, frutos secos y algunos plátanos para humedecer un poco la sequedad que producen esos alimentos, y le ofrecí mi escasa comida. Él, a su vez, me quiso hacer partícipe de la suya, que consistía en unos rollitos de arroz blanco envuelto en unas hojas que guardaba disimuladamente en el bolsillo menos roto de su especie de gabardina. Compartimos las dos comidas en silencio, pero al finalizar se dirigió a mí algo nervioso y me dijo que había pensado que por qué no juntábamos nuestro esfuerzo en el negocio de compraventa del papel «*antaimoro*». El plan que propuso consistía en que yo me convirtiera en fabricante artesanal y él se encargaría de conseguir la materia prima del papel y la posterior venta directa sin necesidad de intermediarios. Él sabía que después de haber trabajado durante unos meses en la selección y recolección de las flores, eso para mí no constituía ningún secreto. El proceso de preparación del papel también lo conocía y no me sería difícil hacerlo. Él viajaría la mitad de veces para traer el doble de papel y el resto del tiempo lo dedicaría a la venta del producto elaborado en los sitios estratégicos: la estación —coincidiendo con las llegadas y salidas del tren—, el mercado de los artesanos y a las puertas de los hoteles. Hasta que yo me curara nos repartiríamos las ganancias por igual, aunque en nuestro país a las mujeres siempre se les paga menos. Cuando mi fístula estuviera cerrada ya se vería...

—Ahora busca curarte... y cuando lo logres ponte en contacto conmigo —añadió

con frialdad—. Luego me indicó la dirección donde vivía con una hija y un hijo pequeños. Su mujer se había muerto poco tiempo antes de una enfermedad que en Manakara no supieron o no pudieron tratarle.

—A media tarde del día siguiente nos despedimos y me deseó suerte con una mirada que encerraba cierta ternura, transmitiéndome esta vez un soplo de aliento para no enfrentarme sola a la incertidumbre...

—Seguí caminando hasta que las piernas aguantaron y tres días después de salir de Manakara llegué a Farafangana. Cruzé el puente sobre el río y a los pocos metros vi la entrada en la Misión de Ambatoabo.

—Recuerdo cuando me vio el médico por primera vez. Llevaba un tiempo incontable esperando frente a un edificio bajo, como todos los que hay en la Misión dedicados a los enfermos. Afuera, había varias mujeres más de todas las edades, pero mayores que yo. Algunas esperaban de pie y las que aparentaban más años se entretenían sentadas sobre el césped o en un banco pegado a la entrada de la puerta por la que de vez en cuando aparecía una enfermera y pedía la libretita (de la que yo carecía) en la que llevamos escritas nuestras miserias.

—Cuando me tocó el turno, entré en un despacho en el que había una doctora blanca muy joven acompañada por otro médico también muy joven, éste de los nuestros, que era quien nos preguntaba en malgache y luego se lo explicaba a ella en francés. Apenas se entretuvo conmigo, pues mi historia era muy sencilla, y tan sólo comprobó que el olor venía de allí, en cuanto me descubrí y mojé la sábana que cubría la mesa de exploración. Me pidieron que esperara fuera y que ya me dirían cuando me iban a operar. Al cabo de un tiempo apareció otro médico blanco, éste mayor. Después de hablar entre ellos en una lengua rara, el médico de más edad le dijo al nuestro que me ingresarían ese mismo día y que seguramente me operarían al siguiente.

—Estaba muy asustada pero deseaba con todas mis fuerzas que lo hicieran cuanto antes. Por fin llegó el momento. Me vino a buscar un camillero muy simpático y me llevó andando hasta la mesa de operaciones. Dos doctoras, que no había visto antes, me dijeron unas palabras en malgache para tranquilizarme. Primero me pincharon en una mano, y luego en la espalda. Al cabo de un rato ya no sentía las piernas y me colocaron en una posición muy abierta. En la sala había otros médicos, pero yo solo reconocí a la joven de la consulta. Entonces, apareció el que me iba a operar, que era el que lo había decidido allí mismo en la consulta. Yo ya estaba tapada con unos paños verdes y no veía nada de lo que pasaba por abajo... Solo olía. Mi médico se acercó a verme la cara. Cuando estaba a mi lado, me sonrió con un gesto lento y me hizo una caricia con una piel que sentí muy suave. Nadie en mi vida me había tratado así en tan poco tiempo. Yo le respondí con otra sonrisa que ocultaba mi miedo y destapaba mi agradecimiento. Luego desaparecieron todos entre mis piernas y ya no

vi más. Cuando desperté de un dulce sueño me dijeron que la fístula ya estaba cerrada.

—Varias veces al día, los médicos y enfermeras se preocupaban de comprobar que la sonda estuviera siempre rellena del líquido amarillo y que el paño que me ponían entre las piernas estuviera seco.

—El día que se despidieron, mi médico repitió la misma rutina y, cuando comprobó que seguía seca, entonces me pellizcó suavemente la mejilla y en su cara adiviné su satisfacción. Yo sonreí con la boca y lagrimeé con los ojos. Me apretó la mano y le hizo traducir a la monja que cuidara mucho de la sonda hasta que pasaran tres semanas de la operación. También me advirtió que si volvía a quedarme embarazada tendría que ir a dar a luz al hospital para que me sacaran el niño por el vientre. Los días siguientes a la partida de los médicos todos sentimos un gran vacío. Nos habían curado una enfermedad y nos habían traído otra que, hasta entonces, nunca habíamos conocido: durante unos días en nuestra vida habíamos sido tratados como seres humanos.

—Cuando el doctor de la Misión me quitó la sonda y al cabo de unas horas todo volvió a salir por su sitio natural sin que se me escapara, no pude evitar lloriquear con una alegría desconsolada. Las monjas me pidieron la dirección de mi marido y la de mis padres para comunicarles que había sido operada y que ya no tenía la fístula. De mi marido solo sabía que estaba con otra. Preferí darles la de mi abuela. Además, a ella era muy fácil localizarla, sentada día y noche al borde de la carretera con su pota de arroz y caldo esperando a casi nadie...

—A los dos días me comunicaron que mi abuela se había muerto. La habían encontrado en su posición inmutable, con el arroz y el caldo fríos desde hacía unas horas. Se me escaparon unas gotas de pena y de alivio. Su vida, si alguna vez había valido algo, hacía mucho que no valía nada.

—Me despedí de mi compañera de habitación con una amargura de compasión, pues ella seguía con la sonda puesta y mojando en silencio. Su historia era distinta de la mía. A su padre lo habían matado y a ella la habían violado, como venganza por una lucha entre dos aldeas que se acusaban entre sí de robarse la poca agua que había en un pozo que cada una atribuía a su territorio. Por eso estaba acompañada por su madre. Las dos compartían su soledad. Debía tener unos doce años y apenas hablaba ni conmigo ni con ella.

—Sabía que había otra más como nosotras, que aun permanecía recién operada en las habitaciones del bloque; y a otra ya la habían pasado a una de las casitas, pero, al igual que mi compañera de habitación, debía de pasar todo el día acostada, pues en mis paseos por los alrededores nunca la había visto.

—Cuando me di cuenta, ya estaba cruzando el puente sobre el río que bordea la

Misión, con los ojos salpicados de alegría. Ahora quería encontrar al hombre del papel.

Capítulo 26

La medicación seguía sin llegar a la Maternidad de Akamasoa y la situación de Vohilaba se iba deteriorando poco a poco. Comía menos, y los achaques de fiebre la dejaban tumbada durante gran parte del día. La ginecóloga decidió añadir otro antibiótico al tratamiento, tras consultar con su hospital... Durante los días siguientes, la temida elevación de la temperatura ofreció una tregua.

Una mañana, Vohilaba se levantó con fuerzas renovadas y le pidió a su doctora que la dejara ir a su residencia. Quería recoger unas notas que había escrito como parte de sus ejercicios cuando acudía a la escuela y ya sabía escribir... En ellos se había propuesto reflejar de forma simple un encuentro que había cambiado su vida... La doctora accedió de buena gana al verla animada. Quedaron en que cuando ella acabara la consulta, alrededor del mediodía, se verían de nuevo para que se los mostrara.

Vohilaba ya esperaba a la puerta de la consulta. Todavía faltaban unas pacientes por pasar, pero su ánimo estaba excitado por poder enseñarle el trofeo de su voluntad a su doctora y seguir narrándole una vida a la que ahora se aferraba más que nunca. Cuando, por fin, salió la última paciente, Vohilaba asomó a la puerta su cabeza peinada y con un gesto de complicidad y confianza entró en el despacho.

La ginecóloga sonrió y le indicó que se sentara enfrente, mientras ella finalizaba de ordenar las notas clínicas que había recogido por la mañana: las de esos bultos que al entrar en el despacho no sabía si eran embarazos o miomas; las de las hemorragias a destiempo; y las de otras patologías, con la sombra de la infertilidad siempre sobrevolando aquellos cuerpos femeninos, que avanzaban con expresiones de esperanza unos y con temor al veredicto otros. Por fin, cuando acabó, se levantó y se dirigió a la cocina para buscarle unos caprichos a Vohilaba. Con el estómago agradecido, el relato sería más fluido —pensó.

Mientras Vohilaba recobraba fuerzas, la doctora leyó despacio aquellas notas con buena letra que su paciente tenía ordenadas en un cuaderno que guardaba extrañamente limpio y sin arrugar. Al finalizar su lectura, levantó la vista y durante un momento miró a Vohilaba con ternura y admiración. Fijando sus ojos en ella, le dijo:

—Ahora quiero que me lo cuentes tú. Te hará bien volver a recordarlo... Luego me dejas las notas y yo lo reescribiré.

Entonces, con su complicidad, Vohilaba se soltó a hablar...

El Centro de Rehabilitación de Vohipeno no tenía capacidad para admitir todas las solicitudes que continuamente le llegaban. El Padre fundador tenía que rechazar diariamente a todos (o casi todos) los que se agolpaban en la entrada como en una

competición de tullidos, a ver quien entre los paralíticos, malformados, espásticos, poliomiélicos, artríticos, quemados, mutilados, cojos o mancos se llevaba el premio de ser admitido.

Una mañana, vi a la puerta del Centro una cara que creí reconocer... Se trataba de un chico un poco mayor que Razafindra y que cojeaba de forma burlesca y ridícula por culpa de un pie inútil. Era uno más de los que ese día había sido rechazado... El joven se alejó con su andar chancero y la mirada perdida en un horizonte que para él parecía lleno de nubarrones...

Desde aquél accidente que había tenido, cuando la barca en la que se transportaban los vehículos para cruzar el río que interrumpía el camino a Tangainoni le atrapó el pie, y los huesos cicatrizaron torcidos y en falso, su vida se había reducido a verla pasar. Ni siquiera le llegaron a ofrecer una oportunidad cuando se quedó vacante el puesto que había ocupado Razafindra tras la apresurada huida, al día siguiente de su boda. Allí, ya no tenía ningún porvenir ni conseguiría mujer. Los pequeños se mofaban de él y para los mayores no era útil. No podía caminar más que distancias siempre cortas y eso lo incapacitaba para trabajar en el campo y en labores de pastoreo. Tampoco podía mantener el equilibrio sobre una barca, aunque había intentado hacerse pescador. Se pasaba la mayor parte del día sentado para evitar los esfuerzos inútiles y la burla; siempre mirando a los que cruzaban el río de un lado para otro, esperando la oportunidad de poder marcharse algún día...

Yo continué con mi trabajo, transportando inválidos de un lado para otro y ayudando en labores de limpieza, pero en mi cabeza persistía la imagen de aquel joven que no acertaba a encuadrar en el laberinto de mi vida. Esa noche, al acostarme me acordé de Razafindra...

Al levantarme por la mañana vi al cura hablar con unos hombres que tenían aspecto más importante de lo habitual. Llevaban unas carpetas y uno tomaba notas. Al poco, el cura se dirigió con ellos al bloque donde yo ocupaba un cuarto vacío. Yo ya sabía que ese espacio había que recomponerlo para aumentar la capacidad del Centro. Cuando los hombres salieron de mi casa dormitorio y se despidieron del cura, éste no tardó nada en buscarme y llamarme a un aparte. Me cogió cariñosamente por el hombro y, en tono piadoso pero firme, me dijo que en breve se iniciarían unas obras para conseguir aumentar el número de internos que no podían valerse por sí mismo o no tenían a nadie que los ayudara a arrastrarse. Entonces... comprendí. Yo tenía la enfermedad oculta: «la que no se ve pero se huele». Unas enfermedades —las que se ven— producen compasión, mientras que las otras sólo rechazo. Esa noche fregué como nunca mi habitación y cuando empezaba a alborear me marché.

Mientras con paso apresurado me alejaba del Centro, sentí un cierto remordimiento al pensar que debía de haberme despedido del cura, que había sido comprensivo conmigo y ni siquiera me había puesto fecha para dejar mi sitio.

Tampoco lo hice de ninguno de los inválidos a quienes, tirando de ellos o dejándoles apoyarse en mí, les había puesto unas piernas amistosas a su disposición. No sabía adónde dirigirme. Finalmente, decidí descansar en cualquier sitio que encontrara suficientemente mullido... Al día siguiente seguiría el rastreo de la hija del vendedor de la estación de Manakara. Cuando me estaba quedando dormida volví a pensar en el cojo de la cola...

Me despertó el bullicio cotidiano del amanecer; hombres tirando de los carros llenos de mercancía para el mercado —o aún vacíos—, esperando el encargo de algún transporte; mujeres madrugadoras, que llevaban sus ventas de comida en grandes cestos de rafia que acortaban el cuello, y niños cargando con el doble de troncos de leña que de años, todos descalzos para no ablandar los pies. El día amanecía como cualquier otro... Las calles ya se iban llenando de gente que formaba un caleidoscopio de colores: vivos y atrevidos los de las mujeres; apagados los de los hombres; provocadores los de las camisetas de los jóvenes; aun sin hacer los de los niños. Ahora tenía dos rastros que seguir: el de la fístula y el del misterioso cojo. Deambulé por la ciudad sin rumbo, con el olfato y la vista alertas. Tras varias horas caminando sin resultado alguno, recalé en el mercado, que es donde late la ciudad. Ya conocía bien esos lugares y mi instinto me permitía escoger el mejor puesto de observación. Pasé el tiempo sin que nada me llamara la atención... y la tarde se echaba encima. Tenía que tomar la decisión de adónde dirigirme, a quién preguntar para que me diera información sobre los médicos blancos, cómo localizar a la hija del vendedor y... encontrar al cojo y preguntarle quien era. Pensé que, tal vez, lo mejor sería volver a Manakara e instalarme a vivir en la estación. Si los médicos blancos iban a volver algún día, pasarían por allí. Además, en la estación estaba el vendedor de baratijas y él me ayudaría a sobrevivir, o por lo menos tendría alguien con quien hablar. ¡Quién sabe si su hija también iría a verlo! Y, si al cabo de un tiempo no ocurría nada, buscaría como hacerme con unos ariarys para pagarme el billete del tren y regresar a Fianarantsoa, donde estaba mi amiga Marie. Esperaría unos días... instalándome en el mercado y paseando la ciudad.

Cuando la noche extendió su manto y los puestos se habían casi vaciado, me di un paseo entre los que apuraban el tiempo esperando a los últimos compradores, que siempre los había. Desde que había abandonado el Centro no había probado alimento alguno y el estómago protestaba. Alguien me daría algo antes de tener que buscarlo entre los restos que más tarde se disputarían las ratas —pensé—. Al dirigirme hacia una mujer que ya empezaba a recoger sus escasas mercancías —algunos plátanos, una cacerola con restos de «romazaba», otra con un poco de arroz, y poco más...— tuve la sensación de que alguien me observaba... La oscuridad no permitía distinguir demasiado. La poca gente que aún permanecía en sus puestos eran mujeres de edad, de esas que no suelen mirar a nadie pues todo lo que hay que ver en la vida ya lo

habían visto. No me costó conseguir comer algo... Ya con el estómago a medio ocupar, decidí dar un pequeño rodeo y ver si había un sitio más confortable que el que ya tenía seleccionado y, de paso, sacudirme de encima la sensación que había tenido de estar siendo observada... Al no encontrar nada especial, me encaminé de nuevo hacia mi puesto de dormir, madurando la idea de regresar a Manakara. Con ese pensamiento me ovillé, pero antes de cerrar los ojos me llamó la atención un chico joven que a cierta distancia estaba sentado sobre un pequeño escalón mirando hacia mí. No podía distinguir bien sus rasgos debido a la oscuridad de la noche y la distancia, pero el corazón me palpité. Me giré ligeramente para no enfrentar su mirada y entonces el chico se levantó y comenzó a andar cojeando de forma grotesca. No tenía duda de que se trataba del mismo que me había llamado la atención en la cola del Centro de Rehabilitación y que era al que buscaba para preguntarle quien era.

Me levanté de inmediato y me dirigí directamente hacia él. Cuando estaba cerca, él se detuvo y, tras escudriñarme levemente, me preguntó:

—¿Eres Vohilaba?

Asentí con la cabeza, al tiempo que realizaba un análisis rápido de sus facciones. Observando su pie inmediatamente reconocí a Jaky, el mismo Jaky que con su lesión había dado lugar a que Razafindra ocupara su puesto tirando de la cuerda en el transbordador del río. Durante un rato nos miramos en silencio y analizamos fugazmente nuestros diferentes cambios... Al fin, acabamos reconociéndonos el uno al otro en el paso del tiempo, con las huellas del sufrimiento marcadas en ambos rostros, aún muy jóvenes. Transcurrido ese breve instante de chequeo mutuo, yo pregunté primero. Quería saber qué había sido de los suyos; cuando y por qué dejó la aldea natal; si había vuelto a ver a Alahady y que sabía de ella; y, también, si tenía noticias de Razafindra, aunque no sentía por él ningún cariño ni tenía ni un solo buen recuerdo del poco tiempo que fui la sustituta del cebú ...

Jaky fijó sus ojos en los míos y balbuceando empezó a hablar...

—Vohilaba..., a tu padre le dieron una paliza los que recuperaron el cebú robado, lo dejaron malherido y, poco después, murió tras alimentarse solo de alcohol. Tu madrastra se abandonó... Sólo sabía vivir como una pordiosera de la caridad de los demás. De tus dos hermanos... —hizo una breve pausa— sabía que el pequeño había enfermado de algo que le producía mucha tos y fiebre, y que a veces escupía sangre. Un día, la madre de Alahady y Siramamy lo llevaron al dispensario que hay en la Misión que tienen unas monjas en Tangainoni... y a los pocos días murió.

—¡Noo...! ¡Noo...! —grité inútilmente, mientras la vida desaparecía de mí otra vez.

Jacky me apretó la mano hasta que el dolor de la noticia se fue haciendo silencioso...

Poco a poco me consolé pensando que mi hermanito estaría reunido con mi madre

en ese mundo de paz del que hablaba el cura de la catedral de Fianarantsoa, y también tuve un recuerdo para él. A mi padre lo imaginé en otro sitio menos cómodo durmiendo eternamente su última borrachera. Al rato, entre suspiros, le pregunté por mi hermana...

—Creo que Siramamy va a ser monja —me dijo—. Un día, cruzó el río vestida de un modo parecido a ellas y ya no está en Tangainoni, pero no sé donde la puedes encontrar.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Yo... —hizo un descanso cogiendo aire—, mi vida en la aldea era un tormento. No sé si te fijaste bien en cómo ando. Allí no hay futuro para un joven y menos si está discapacitado. No tengo estudios y no sé leer ni escribir, pero quiero aprender para defenderme en la vida y no vivir en mi propia tierra como si fuera un extranjero, no entendiendo nada de lo que veo escrito. Quiero buscar un oficio en el que pueda trabajar sentado, algo artesanal. Mis padres no tienen nada, porque allí nadie tiene nada más que la comida diaria —como tú sabes—, de manera que un día decidí que me marcharía a una ciudad... La ocasión se presentó cuando vi a un grupo de extranjeros que iban a cruzar el río desde la orilla de enfrente. La barcaza estaba en la nuestra y tenía que llegar a la otra, desembarcar, embarcar, atravesar de nuevo el río de vuelta y desembarcar, por lo que disponía de casi una hora para despedirme de mi madre y pedirle unos ariarys, que siempre guardaba por si algún día teníamos que ir a Tangainoni o necesitábamos a los curanderos. Mi padre estaba trabajando en el campo desde muy temprano y yo nunca podría alcanzarlo por mi lentitud y dificultad para caminar con este recuerdo de pie que tengo. Ella me comprendió... Sabía lo infeliz que era mi vida y mi ausencia de futuro allí. Me dio casi todo lo que tenía guardado y me deseó suerte con un abrazo que casi me hace desistir. Mi plan era empezar a andar por el camino que tomaría el coche, apoyándome en un palo que muchas veces usaba para alejarme de la burla, y cuando ya lo oyera cerca ponerme en medio y pedirles que me llevaran hasta una ciudad. En vez de atropellarme, el coche se detuvo y le pedí al chofer nativo que les preguntara si podía acomodarme en el maletero descubierto, donde algunos de los extranjeros preferían ir sentados en unos bancos duros e incómodos, pero desde donde podían disfrutar de toda la vista de un paisaje de vegetación exuberante, haciendo fotos sin parar. No pusieron ninguna objeción. Ni siquiera aceptaron que pagara nada. Al principio, miraron horrorizados a mi pie y uno de ellos también me pidió que le dejara hacerle una foto. Se dirigían a Manakara para coger el tren de la selva y yo continué con ellos hasta allí. En Manakara, fui directamente al hospital público. Me preguntaron si tenía algo de dinero, ya que en caso de ser necesaria una operación habría gastos que no estaban cubiertos. Tenía íntegros los ahorros que me había dado mi madre, pero no sabía si me alcanzarían... A los tres días de estar ingresado, me vio un especialista en huesos

y me dijo que para que pudiera llegar a apoyar el pie con cierta estabilidad tenía que hacerme una operación para enderezármelo y fijarlo derecho, aunque nunca podría moverlo. Eso sería complicado y antes debía pagarle una cantidad... Me quedé sin nada de dinero pero acepté que la hiciera. La operación fue un fracaso. Sufrí un postoperatorio muy doloroso (apenas me ponían calmantes); al poco, la herida se abrió y tardó mucho en cicatrizar. Ahora, hay un punto por el que siempre sale un líquido y me dijeron que eso no tenía cura porque el hueso tiene una infección y no hay antibióticos en el hospital para ese tipo de infecciones. Si quería intentarlo debía ir a Tana, que es la gran ciudad, y pagar yo el tratamiento. El viaje es largo, y yo no tengo nada para poder ir ni para pagar las medicinas. También, me hablaron del Centro de Rehabilitación de Vohipeno... —por eso estoy aquí— pero no me aceptaron porque tienen casos más graves que el mío y yo puedo andar con un palo sustituyendo el apoyo del pie. «Ahora no sé qué hacer... —se dijo—, no quiero volver a nuestra aldea peor de lo que salí, tras haber gastado todo lo que a mi madre tanto tiempo le costó juntar. Si algún día regreso... será para devolvérselo y darle la alegría de que me puedo ganar la vida gracias a ella... —exclamó con orgullo».

En ese momento se le quebró la voz y a mí se me aguaron los ojos. No nos miramos. Cada uno sufrió su pena en silencio. Al poco, continuó...

—A Alahady la vi un día en un coche de las monjas que venían de Tangainoni. Durante un rato muy breve se detuvo en la choza de su familia y la pude observar abrazándose a su madre y a sus hermanos. Después el coche partió. Todos en la aldea supieron que se iba a una ciudad lejos, de nombre Fianarantsoa, para hacerse enfermera.

El corazón se me puso del revés. Ahora entendía que hacía en el tren de la selva, cuando en aquella estación gritó mi nombre. Tal vez conocería a mi partera Marie... y las dos juntas podrían ayudarme... Ahora, yo necesitaba seguir pensando y ya no quise que Jaky me contara más. Por hoy ya eran suficientes las emociones que tenía que procesar y no me interesaba saber que había ocurrido con mi marido: si es que sabía algo... El pulso me latía acelerado, en la garganta tenía un nudo, y en la cabeza una esperanza...

Le pedí que se quedara esa noche a mi lado y, al día siguiente, le contaría mi historia. Por un momento nos miramos a los ojos y un sentimiento de ternura se reflejó en los dos. Cuando me aprestaba a acondicionar el espacio que iba a ocupar Jaky, para que se encontrara cómodo al recostarse para dormir, oí que tímidamente, con voz cálida, susurró:

—Vohilaba, sigues siendo muy hermosa. Yo no sé leer las letras, pero si las caras y puedo entrar dentro de las personas a través de sus ojos. Tu marido no te merecía. Mañana cuéntame que pasó...

La doctora escuchó la historia de ese encuentro sin decir palabra y de pronto miró

su reloj. Tenía que empezar las operaciones de la tarde y ahora no había tiempo para más. Se lo indicó a Vohilaba y le dijo que cuando finalizara las dos que tenía programadas —si era temprano y seguía encontrándose bien— se volverían a ver en el jardín, con la luz dorada del atardecer...

Capítulo 27

La tarde se desvanecía con rapidez, con los últimos fulgores del sol dejándose ya envolver por la noche, cuando la doctora finalizó sus operaciones y fue a buscar a Vohilaba. Fuera, soplaban un aire fresco, pero apacible, que ambas agradecieron al hacer su entrada en el jardín. Tras un breve paseo, que ella aprovechó para desentumecer sus músculos de la espalda, tantas horas doblada durante el tiempo que habían durado las operaciones, por fin decidieron sentarse en su banco favorito. La doctora le pasó el brazo por encima del hombro y le propuso que le contara que había ocurrido después...

Jaky llevaba un rato despierto, esperando a que lo hiciera yo...

Me había costado mucho conciliar el sueño después de toda la información que había recibido. Tenía el consuelo de pensar que mi madre estaba con su hijito y que Vary ya no iba a tener todas esas enfermedades que padecen los niños en nuestra tierra. También imaginé que Siramamy iba a estar cuidada por su nuevo Dios y sería feliz haciendo el bien a los demás. Me dormí pensando en el sufrimiento de Jaky, y en sus palabras de la noche...

Al abrir los ojos, noté su mirada tierna y me ofreció un cazo de caldo caliente, que había conseguido a cambio de ayudar a descargar uno de esos carros lleno de cajas con alimentos listos para competir y ocupar uno de los puestos de venta del mercado. Una de sus piernas le sobraba... pero sus brazos eran fuertes...

En mis ojos se asomó el brillo del agradecimiento. Me sentía contenta con su compañía... y le conté mi vida sin dramatismo...

Había sufrido mucho, pero... ahora tenía abierto un camino de esperanza: Alahady y Marie juntas, y mi hermana en una Congregación. De una manera o de otra, tarde o temprano, encontraríamos a los médicos blancos. Además, al menos por unas horas, había estado acompañada con afecto, sin nada a cambio.

Cuando finalicé mi relato, Jaky me cogió una mano y me pidió que, juntos, trazáramos un plan. Él también quería ver a los médicos blancos. Tal vez, en alguna de sus visitas, viniera un especialista que pudiera recomponerle aquello que algún día fue un pie, y ahora sólo era el apéndice grotesco de una de sus piernas, que todos los días soltaba unas lágrimas de pus.

Yo le comenté mis pensamientos previos a nuestro encuentro. Si no encontraba a la chica de la fístula lo más seguro era ir a Manakara y, cada dos días, esperar en la estación a la llegada del tren, hasta que algún día aparecieran los médicos blancos. Estaba dispuesta a esperar así el tiempo que fuera —y añadí—: «Mi vida no tenía otro sentido ni ningún futuro más que la soledad y vivir de la caridad pública. Si pasa mucho tiempo y no tengo otras noticias... volveré a Fianarantsoa y también trataré de

localizar a mi hermana —pensé para mí misma».

Jaky, tu caso es distinto —le dije—. Tú podrás encontrar un trabajo en otro sitio, un sueldo, también una mujer a la que no le importe tu cojera, y tener hijos. A mí, sin embargo, nadie me aguanta a su lado por el olor, que es el único compañero fiel que tengo: nunca me abandona. Yo no conseguiré un trabajo de mujer, ni de esposa, ni de madre, a no ser que me cierren la fístula. Mi único consuelo es que por el tiempo que viví en los mercados sé que allí siempre tengo asegurada una ración de comida al día. Jaky..., debemos separarnos. Te propongo lo siguiente: «El que sepa donde están los médicos blancos que se lo haga saber a un vendedor de baratijas que siempre está en la estación de Manakara. Y si no lo encuentra, que se lo comunique al cura del Centro de Rehabilitación de aquí. Serán nuestros contactos. Los dos son fiables y no tenemos otra forma de hacerlo. Yo, mañana, regreso a Manakara».

Jaky enmudeció... Yo... Al fin, empecé mi última jornada de rastreo por Vohipeno. Quedamos en vernos esa noche, en nuestro sitio del mercado. Recorrí pacientemente todos los rincones de Vohipeno, pero pensaba más en Jaky y su propuesta que en localizar a la chica de la fístula... Tenía la *sensación certera de que Jaky había sido sincero y de que, de alguna manera, me necesitaba. Él, al igual que Marie, en el poco tiempo que habíamos estado juntos, en ningún momento había mostrado signos de rechazo. Todo lo contrario...*

Por curiosidad, en un momento determinado de mi deambular, me detuve cerca del lugar donde un grupo de niños y jóvenes trataban de vender los papeles y sobres de flores incrustadas. Algo me llamó la atención de una chica que parecía buscar a alguien... Balanceaba su cuerpo de forma nerviosa, impaciente... Su cabeza se movía como la de un pajarito: con movimientos rápidos, continuos, para un lado, para el otro, para arriba, y vuelta a empezar. ¿Será como yo? —pensé—. Me aproximé a ella por detrás —con el olfato en alerta máxima—, pero, rápidamente, deduje que no tenía la «enfermedad oculta»... Sin embargo, cuando estaba cerca, la chica giró rápidamente la cabeza y tuve la sensación de que miraba para mí... Sentí una oleada de calor, avergonzada de que alguien hubiera detectado mi olor entre todo ese gentío, y apresuré el paso sin mirar para atrás... alejándome de allí.

Beline creyó oler su antigua fístula cuando una chica jovencita pasó por detrás de ella, pero pensó que eran reminiscencias de su pesadilla o que ella misma había vuelto a filtrar. Miró al suelo... y no vio las gotas de antes. Juntó los muslos... y no los sintió húmedos. Buscó a aquella jovencita... y ya había desaparecido. Siguió allí un tiempo más, esperando a ver si encontraba a su amigo el viajero, pero como no sabía si, finalmente, ése era el día que le tocaba ir a comprar, decidió empezar su viaje de regreso a Manakara. Ya lo localizaría allí. Además, estaba impaciente por comunicarle a su madre su curación y hacerse cargo del negocio que su abuela le había dejado..., si es que la cabaña no estaba ya ocupada por otra abuela...

Jaky no se movió en todo el día del mercado. No quería separarse de mí y sólo pensaba en convencerme de que lo mejor para los dos era que siguiésemos juntos hasta localizar a los médicos blancos. Luego ya se vería. A él no le importaba mi olor. Él también olía y además cojeaba. Cuando llegué al mercado, antes de lo previsto, me encontré a Jaky sentado en la misma posición en la que lo había despedido por la mañana: con la cabeza inclinada hacia el suelo apoyada entre sus manos.

Rápidamente me detectó por el olor... Cuando nos miramos, cruzamos sentimientos mutuos de tristeza...

Jaky fue el primero que empezó a hablar... Dijo:

—Vohilaba, no quiero que te vayas. Yo sé que para ti seré una carga, pero tú para mí eres muy importante y te necesito a mi lado. Desde que tuve el accidente, eres la primera persona con la que pude hablar sin sentir la vergüenza de mi defecto. Gracias a ti puedo pensar en un futuro que creía que se había quedado enterrado en el hospital de Manakara...

A mí se me nublaron los ojos y los planes.

Jaky quiso continuar hablando pero la voz le salió entrecortada:

—Yo..., a cambio... No fue capaz de acabar la frase. Bajó la cabeza y ocultó la cara entre sus manos.

Cuando se hizo la noche y se vació la ciudad, echamos a andar, él apoyado sobre mí y yo marcando con mi goteo el camino de regreso. Al llegar a un descampado nos acomodamos en el suelo y, apretándonos fuertemente el uno contra el otro, nos tanteamos: primero, de forma temerosa; luego, con ternura... hasta que el fuego nos consumió. Lo que la luz no había conseguido llevar a nuestras vidas lo había logrado la oscuridad.

No pude dormir en toda la noche. Nunca había sentido esa sensación placentera, que por un momento me estremeció. No sabía lo que era sentirme querida por un hombre.

Un grupo de pájaros, ocultos entre las ramas del gran árbol que daba ahora sombra a las luces en el jardín, despedían alegremente el día cantando al silencio de la noche... Vohilaba y la doctora permanecieron un rato mudas hasta que el reloj del campanario de la iglesia cercana repicó llamando a vísperas y completas.

La doctora, entonces, se levantó indicándole a Vohilaba que era tiempo de irse a descansar y que al día siguiente continuarían. Cuando la dejó en su habitación, regresó a su despacho y se puso a escribir... En la pantalla del ordenador sólo se veía una raya vertical corriendo enloquecida de un lado para otro, dejando tras de sí las palabras que escribían una historia forjada en el sufrimiento y la voluntad. Al rato, abandonó el hospital camino de la Residencia con paso lento. Quería absorber a través de la piel esa brisa de esperanza que le daba el nuevo tratamiento que

parecía estar siendo eficaz contra la infección que padecía Vohilaba. Esa sensación positiva se acompañó involuntariamente de un suspiro prolongado, que parecía querer abrir una puerta. Antes de dormirse, pensó en su pareja y en cómo había sido la primera vez...

Capítulo 28

Cuando Beline llegó a Manakara lo primero que hizo fue ir a ver si la choza de la abuela seguía libre. No había nadie dentro, pero los cacharros con los que cocinaba y en los que vendía habían desaparecido. Sin dudarlo, se dirigió a la casita de ladrillos donde vivían sus padres y los dos hermanos, sabiendo que a esa hora su padre estaría en su puesto ambulante de la estación. Llegó justo en el momento en el que su madre y su hermana regresaban acercándose con paso lento, fijado por el peso que cargaban sobre la cabeza: una, con el agua; la otra, con una cesta de verduras y su hermano en la espalda. Cuando las vio, sin ser aún descubierta, Beline prefirió regocijarse... esperando el momento inminente del reencuentro, mientras rebobinaba en su memoria los instantes familiares hasta que la vida le fue truncada.

—¡Beline! ¿Cómo aquí?, balbuceó su madre cuando la reconoció.

—¡Estoy curada, madre! ¡Ya estoy seca! ¡Ahora me miran, no me huelen!

Madre y hermana depositaron incrédulas sus pesos en el suelo y se observaron a través de unos ojos que empezaron a sudar, goteando sobre unas mejillas marcadas por los surcos de la vida en la mujer, y aún lisas, casi sin estrenar..., en la niña.

—Te escuchamos... —dijo la madre en tono sereno mientras la hermanita abrazaba su cintura acoplando de nuevo su edad al tiempo del tránsito a una adolescencia que la vida le estaba robando.

Cuando pudieron sentarse en el suelo, les contó todas las peripecias que había sufrido y les habló de la soledad y del desamparo, pero también del cariño desinteresado de unos hombres y mujeres venidos de lejos, del trabajo sin recompensa de las misioneras, de su operación, de cómo te ponen un líquido en las venas y pierdes el sentido en un dulce sueño, de cómo te ponen otro y te desaparece el dolor con el que te despiertas, de cómo te lavan y te cuidan y te preguntan si te encuentras bien o necesitas algo, de cómo te vuelves a sentir persona y nadie se aparta de ti cuando te acercas.

La madre, primero la escuchó en silencio y al rato respondió:

—Ve a ver a tu padre. Sueña contigo y maldice el día que te echó... Está en la estación. Él te ayudará. Sabe de los médicos blancos porque los vio llegar, y conoce a una chica que sufre el mismo problema que tuviste tú y vive igual de desgraciada que viviste tú. Ella te buscó. Hasta ahora no sabíamos de ti.

Beline no esperó más... Salió corriendo para abrazar a su padre.

En el camino que iba dejando atrás a paso ligero, le vino a la cabeza la imagen de aquella chica que pasó por detrás de ella, cuando estaba en Vohipeno buscando al viajero y percibió un olor que seguía grabado en su olfato de forma indeleble, aunque ya no fuera el suyo.

Beline vio a su padre sentado en su taburete fumando un cigarrillo. El tabaco era una parte del pago de las ventas a los extranjeros: un café dulzón a cambio de unos minutos de humo, y un gorrito de rafia por unos cuantos ariarys y otros cuantos cigarrillos. No tenía en ese momento otra compañía. Cuando se vieron, lo tiró al suelo y se levantó estirando los brazos para recoger a su hija y envolverla. Ninguno de los dos pudo reprimir las lágrimas: unas de arrepentimiento, otras de perdón, y todas las demás de alegría. Aquél no era el sitio para celebrar el reencuentro... Aunque ese día llegaba el tren, padre e hija apuraron los pasos para marcharse del puesto de venta y reunirse con toda la familia en la intimidad de sus cuatro paredes.

Beline les habló de sus planes de poner un puesto de comida en la cabaña donde la abuela, allí sentada, esperaba día y noche a que le llegara el momento de acostarse para siempre... Se esforzaría en aprender a cocinar no sólo para los viajeros andantes, que se conforman con un poco de «romazaba» y un cuenco de arroz cocido. No, ella aspiraba a más. Quería que en ese puesto se pararan también los viajeros que van en coche, para los que tendría preparados sabrosos platos de «ravitoto», «achard», «kitoza», «brèdes mamy y brèdes mafana», pichón con hígado de pato y vainilla, y pollo con leche de coco acompañado de arroz. Para aquéllos que tuvieran más prisa les prepararía «masikitas» (pequeños pinchos de batatas y mandioca cocida mojados en salsa sazonada con guindilla), y «mokarys» (pequeñas tortas de arroz asadas). Para los amantes del alcohol tendría su bodega con cerveza THB, vinos de Antsirabé o Fianarantsoa, «mora-mora» —el vino de palma—, y para los bebedores nocturnos dispondría de tragos de ron, «betsa-betsa» —el delicioso jugo extraído de la caña fermentada—, «ranovola» —licor de arroz fermentado—, y leche de coco —también fermentada—, si querían celebrar algo o ahogar sus penas. Sabía de todo eso por tantas horas de tantos días y tantos meses vagabundeando por Vohipeno, cuando trabajó recogiendo los pétalos de las flores para adornar los papeles «antaimoro» y de noche esperaba en la parte de atrás de un restaurant a que el dueño sacara los restos de comida que repartía entre ella y los animales domésticos —cerdos y gallinas— que esperaban su turno para convertirse algún día también en restos. Dormía allí al calor de ellos. Al principio, si ya estaba acostada sobre su nido al raso, se acercaban a olfatear ese olor fuerte que desprendía, curioseando con el hocico trémulo los unos y con el pico las otras, a ver si había alguna novedad culinaria debajo de aquellas ropas. Luego, se cansaron de no encontrar nada y la dejaban dormir en paz. El hombre —un ex misionero español, que de muy joven sintió la vocación religiosa y misionera y se fue a probar fortuna con su mensaje católico a Madagascar, pero al cabo de cinco años la fuerza de su fe empezó a flaquear cuando conoció a una bonita malgache de color moreno y labios carnosos— tenía un carácter afable y bonachón, al que sumaba una caridad espontánea para ayudar a los más necesitados. Ella era una gran cocinera que compartía con él esas cualidades de humanidad. Por eso... —y por algo más— se

enamoraron.

—Así fue como no sólo me alimentaba, sino que poco a poco fui conociendo los nombres y los secretos de sus deliciosas recetas —continuó hablando Beline, ahora con orgullo al haber sabido sobrevivir con utilidad—. También conozco a un viajero que compra y vende cartas y sobres «*antaimoro*». Un hombre que me parece bueno y trabajador, siempre con sombrero y una gabardina raída que congela su edad, pero le protege del calor y de la lluvia. Un día me propuso...

El padre la interrumpió al pensar ilusionado en añadir otras mercancías a su carrito de invendibles...

—No sé, respondió Beline, encogiéndose de hombros. A continuación, miró a su madre y añadió: «Quiero valerme por mi misma, no volver a ser nadie ni sentir el desprecio de los demás. Ahora tengo una cabaña vacía y unos ariarys. En la Misión no me cobraron. Primero, limpiaré la cabaña del olor común de la abuela y mío, y luego compraré ropa. Sueño con sustituir el paño de tela que aunque ya no se moja retiene en su memoria el olor, y ponerme una "lamba" con todos los colores tan alegres de los que mi tristeza me había privado».

Algo percibió de sí misma que la hizo sentirse guapa y sintió una oleada de calor en sus mejillas. A los pocos días, Beline empezó a cocinar...

Capítulo 29

Al día siguiente de sus últimas confesiones, Vohilaba se encontraba fuerte y la fiebre parecía haberse marchado lejos. Hacía días que no la sentía y por primera vez desde que había ingresado deseaba regresar a su Residencia para continuar sus estudios y esperar que vinieran los médicos blancos.

Pasó las horas impaciente aguardando a que la doctora finalizara su amplia jornada de trabajo para volver a hablar de sus recuerdos. Cuando, por fin, la doctora fue a buscarla, esta vez no hizo falta que se lo propusiera. El banco del jardín volvería a ser el testigo mudo de aquella vida trágica que luchaba por sobrevivir. Cuando se sentaron, arrancó a hablar...

Doctora, después de aquella noche estaba decidida a ayudar a Jaky tanto como a mí misma. Sentí que era necesario volver a Manakara y esperar allí, a que los médicos blancos aparecieran de nuevo, o volver a Fianarantsoa, a buscar a Marie. Hacerlo juntos hubiera sido casi imposible: no teníamos dinero para hacer los traslados en un medio que no fuera a pie y él no podía caminar esas distancias. Ya se lo había explicado la tarde anterior. Sabía que si cuando Jaky se despertase no me encontraba a su lado se iba a sentir de nuevo sólo y abandonado, pero yo le ayudaría mucho más si por mi cuenta localizaba a los médicos y luego conseguía llevarlo a él hasta donde estuvieran. Una despedida a la luz del día hubiera sido mucho más dolorosa. Cogí mi amuleto, y, con cuidado para no despertarlo, se lo puse en una de sus manos que cerré suavemente... Esperé impaciente el clarear de la noche y en el albor de la mañana inicié mi camino de regreso a Manakara.

Cuando Jaky despertó vio sus brazos vacíos y sintió un objeto en su mano que le hizo consciente de un fuerte sentimiento... Se incorporó despacio y echó a andar preguntando por ella a la gente que ya empezaba a llenar de bullicio las calles que conducían al mercado: aun tenía la esperanza de encontrarla por allí..., pero apenas tardó en saber que se había marchado, siguiendo su determinación. Él no podía seguirla; tan sólo esperarla y buscar un trabajo para poder ofrecerle un futuro cuando se reunieran otra vez —comprendió en el silencio de su nueva soledad.

El segundo día de mi viaje sentí escalofríos y luego mucho calor. Me ardía todo el cuerpo y no podía continuar. Me dolían la parte baja del vientre y uno de los costados. Apuré hasta el límite de mis fuerzas... Cuando ya me resultó imposible seguir, me tiré al borde de la carretera y no supe más. Al cabo de un tiempo, que no me dijeron cuanto, me desperté de un sueño delirante y me encontré en una cama de un hospital, rodeada de otras mujeres que sufrían en silencio de no se sabe qué. Recuerdo que fue esa misma tarde, cuando el médico que me atendió al llegar al hospital entró en la habitación y me dijo:

—Creo que tienes una infección de orina, seguramente debida a que tu vejiga está casi al aire por el agujero que la comunica con la vagina. Ahora, la fiebre ya empezó a bajar gracias a un medicamento que te pusimos por la vena, pero casi no nos quedan más inyecciones de éstas y en el Hospital de Manakara no hay nadie que trate un problema como el tuyo. Si quieres intentar curarte debes intentar ir al de Fianarantsoa, pues mientras siga abierta esa comunicación las infecciones se repetirán una y otra vez. Además, aquí muchas veces ni siquiera tenemos esas medicinas.

Luego, me preguntó de donde era y por mi marido y mis padres. Yo no supe que responder. Él se dirigió a la enfermera que lo acompañaba y, entre dientes, le oí decir:

—Esto es muy frecuente en niñas que han querido ser madres antes de tiempo. Casi siempre están solas, abandonadas por sus maridos, que rápidamente encuentran a otra...

Me volvió a mirar y, entonces, le dije que llevaba mucho tiempo de un lado para otro y que las únicas compañías que había tenido desde que se me formó el agujero eran un compañero de soledades, que estaba inválido, y una limpiadora, que trabajaba en el Hospital de Fianarantsoa.

Al día siguiente, ya no tenía fiebre y el mismo médico me comunicó que ya podía marcharme. No hizo falta que me vistiera... Ni siquiera me habían desnudado.

Antes de cruzar la puerta del hospital, me encontré de nuevo con el médico que me había atendido y le pregunté cómo había llegado hasta allí. Él se quedó pensativo durante un rato..., como dudando mientras yo lo miraba, hasta que finalmente se decidió:

—Estabas a pocos kilómetros de Manakara, tirada en la cuneta. Un coche se detuvo cerca de ti y el conductor observó que respirabas agitada y no respondías cuando te zarandeó un poco. Unos cientos de metros por delante había un control de la Policía. Al pararlo para examinar la documentación, el conductor les comunicó que había una joven abrazada al bordillo de la carretera que parecía estar muriéndose. Se trasladaron allí y al ver que seguías respirando te trajeron al Hospital. Yo fui el que te recibí en la sala de urgencias. No teníamos un termómetro a mano pero me di cuenta que tu cuerpo ardía y por el olor ya supe de que se trataba. Te pusimos paños fríos, un antibiótico y te ingresamos. El resto ya lo sabes...

¡Ah, por cierto! —añadió:

—El agente de la Policía que te trajo dejó su identificación para que figure en su hoja de servicios. Pareció mostrar cierto interés por ti, aunque se marchó sin decir nada. Te lo hago saber por si quieres agradecerérselo. Pregunta en la Central de la Policía. Es un hombre joven y fuerte. Creo recordar que se llama Razafindra...

—¿Dijo Razafindra?

Al oír ese nombre, un escalofrío diferente a los que tenía antes de que empezara la fiebre me recorrió de arriba abajo y las piernas se me aflojaron. No pregunté

más... Me sentía demasiado débil y confusa con esa información. Ahora, sólo deseaba reunirme con Marie y encontrar a Alahady. Cuando abandoné el Hospital me dirigí directamente a la estación en busca del vendedor de baratijas para pedirle unos ariarys y coger el tren para Fianarantsoa.

Cuando llegué a la estación el vendedor de baratijas ya no estaba. Esperé a la llegada del tren y les pedí dinero a una pareja de cierta edad que traían maletas en vez de mochilas. No podía hablar en francés, pero con señales sobre el tablero de la estación les indiqué que sólo necesitaba lo justo para comprar un billete de segunda para viajar a Fianarantsoa al día siguiente. El hombre no prestó interés, pero la mujer debió de percibir en mi mirada que quien pedía no era una profesional de la limosna, sino una niña angustiada que parecía enferma. Mientras el marido apremiaba a la mujer a buscar el «taxi-brousse» que los llevara al hotel, ella abrió su billeteo y me dio lo suficiente como para ir y volver.

Al día siguiente, deshacía en tren lo que tiempo atrás había hecho andando y, aunque aún sentía dolores en el bajo vientre y el costado, el viaje lo soporté bien a pesar de los recuerdos y tantas horas empaquetada entre bultos y personas. Al llegar, me dirigí al hospital con toda la prisa que me permitieron los dolores y el mal estado general que aún me acompañaba. Podía coger un «pousse-pousse», pero quería guardar íntegro el dinero que me habían regalado para el viaje de vuelta.

Por la hora del día, cuando entré en el Hospital apenas había nadie trabajando. Le pregunté a un guardia de seguridad si conocía a una limpiadora que se llamaba Marie.

—Esa limpiadora por la que preguntas hace un tiempo que ya no trabaja como tal y no sé ni donde está ni siquiera si sigue trabajando aquí.

La respuesta me sacudió como si me hubieran pegado con un palo, como hacía a veces mi padre con mi madre cuando llegaba borracho y sólo encontraba los restos fríos de un caldo de agua con algunas hojas flotando, más para disimular el sabor del agua que para saborear el de las hojas. De nuevo, empecé a sentir unos escalofríos iguales a los que me habían tumbado en la carretera unos días antes, pero ahora no sabía si eran por la infección o por el miedo a no encontrarla. Pensé en Jaky y me fui a dormir al mercado. Si mi cuerpo se ponía a arder otra vez, volvería al hospital, y si no, lo haría al día siguiente y preguntaría por Marie a cualquiera que llevara un uniforme. Tampoco sabía cómo localizar a Alahady. Al llegar al mercado no me preocupé de buscar nada para comer. No tenía hambre, tenía ganas de llorar.

Estaba deseando que amaneciera pero la noche parecía dormida y no llegaba el momento. Al fin, con las primeras luces me dirigí al hospital y me senté al lado de la puerta para ver entrar a los trabajadores. Marie no estaba entre los que pasaron por allí. Pensé que tal vez había estado trabajando de noche, como lo hacía en su otro

hospital, y que habría salido por otra puerta. En cualquier caso, pasado un tiempo que se me hizo interminable entré en el edificio principal decidida a preguntar a quien fuera.

Nada más entrar en el hospital mi vagina se vació bañándome las piernas y el charco se extendió calentándome los pies. Esta vez no fue el gota a gota habitual, fue el charco del miedo a no encontrar a Marie. Una doctora que pasaba por allí lo olió, y al verme sola y asustada se acercó a preguntarme.

Busco a Marie —dije con una voz temblorosa.

La doctora me cogió del brazo y me indicó que la acompañara a su consulta. Obedecí estremecida, temiendo una mala noticia.

Una vez dentro, me preguntó de qué Marie le hablaba y porqué.

Entonces, me brotaron todos los recuerdos, y de forma nerviosa y algo desordenada le conté casi toda la historia...

Al acabar, mi olor ya había sustituido al de su despacho y el corazón luchaba por salirse del pecho golpeándome con fuerza como quien aporrea una puerta porque se quedó encerrado. Quería saber de Marie y, entonces, la doctora me habló de Marie. Ya sabía que era la misma que buscaba yo.

—Marie ya no trabaja aquí —pronunció con voz grave y serena—. Marie entró a trabajar en el Hospital como limpiadora... Un tiempo después, por un hecho casual, me di cuenta de que podría progresar y tenía condiciones para llegar a tener el título de comadrona. La promoví al puesto de auxiliar de partos y una niña como tú, que está estudiando enfermería, le enseñó a leer rápido y a escribir aun mejor, para que pudiera presentarse a los exámenes de comadrona. Así fue y los aprobó sin dificultad. La experiencia que tenía la hizo valer y estudió mucho... mucho, a cualquier hora, en cualquier sitio. Progresaba rápido y con facilidad. Era una gran observadora y manejaba con destreza sus manos huesudas. Al fin...

Yo seguía asustada, esperando a que me dijera de una vez dónde estaba mi amiga y partera. Con una voz fuerte, que a mí me resultaba nueva, se lo pregunté sin más:

—¿Dónde está Marie? ¡Dígamelo! ¡Necesito verla! ¡Fue mi otra madre, mi amiga! ¿Dónde?...

—Yo no lo sé. Mejor es que te acerques a la Catedral y le preguntes al cura que le dedicó unas palabras en una de sus misas. Lo único que yo puedo decir es que, si sigue viva, debe estar en un lugar de paz... Fue una gran persona.

Las piernas se me doblaron y no recuerdo más.

Al oír el grito desgarrador y patético de Vohilaba, alguien entró en la consulta de la doctora y, juntas, la llevaron a urgencias para que su amigo el anestesista le pusiera un tranquilizante que ya tenía reservado para la siguiente operación.

Tardé casi veinticuatro horas en despertarme. Nunca antes me habían administrado un calmante y su efecto se multiplicó. Cuando abrí los ojos, la doctora

me contó cómo había sido:

—Mira, Vohilaba, todo sucedió poco después de los exámenes. Un día, que estaba yo sola en el despacho, entró y me pidió que le hiciera una consulta... Al principio, me quedé algo extrañada pero ya supuse que le pasaba algo... Desde hacía unas semanas su aspecto se había deteriorado: estaba adelgazando, su cara parecía un campo de arar, su vientre estaba hinchado y su humor se estaba yendo...

—Doctora, no sé lo que tengo pero desde hace poco no me encuentro bien. Hasta ahora no le di importancia porque pensaba que era debido al esfuerzo de estudiar y escribir, a la vez que trabajaba y cuidaba de la niña de la fístula que tengo acogida en mi casa, pero este vientre ya no es el mío —dijo de forma algo temerosa, con voz débil y entrecortada.

—Al palpar su abdomen doloroso y lleno de bultos no me hizo falta saber más. Cuando la operamos ya no pudimos hacer nada y poco después falleció.

Hizo una pausa y desvió la mirada hacia ningún lado. Yo no sabía cómo preguntarle si sabía algo de mi amiga, la estudiante de enfermería, pero ella, leyendo mis pensamientos, se adelantó:

—Tu amiga Alahady aprobó sus exámenes con brillantez. Ahora, no está aquí. Tuvo que marcharse a vuestro poblado para cuidar temporalmente de sus hermanos. Su madre está muy enferma de tuberculosis, lo mismo que le pasó a tu hermanito, y ella quiere llevárselos de ahí para que no se contagien el resto, si es que llega a tiempo. Su padre no puede hacerse cargo de ellos durante todo el día, pues tiene que seguir pescando y quiere que cuanto antes les busque sitio en la escuela y residencia de Tangainoni, como hicieron con ella. No te puedo decir cuándo volverá ni si seguirá sus estudios aquí. Es una chica muy lista y seguro que luchará por lo mejor para ellos y para ella. Su madre se morirá pronto, ya que no respondió al tratamiento que le pusieron las monjas, y también sabe que cuando eso ocurra su padre tampoco querrá salir de allí.

Mientras ella hablaba yo seguía despertando de mi pesadilla y pensaba que lo único que me quedaba a que aferrarme en la vida era el pie deforme de Jaky. Por un momento tuve el deseo innoble de que tal vez fuera mejor que no se lo remendaran. Yo lo aceptaba así, y si él llegara algún día a valerse por sí mismo a lo mejor yo volvía a ser el desecho que era si él ya no me necesitaba. Inmediatamente me arrepentí de haber hecho esa reflexión y pensé en lo bueno que sería que se lo arreglaran y que pudiera encontrar una mujer que le diera hijos. Yo no quería ser una carga inútil para una persona a la que quería. Con ese pensamiento, al rato me quedé dormida otra vez. Cuando abrí los ojos era de noche y por mi cabeza sólo pasaba irme del hospital en cuanto se hiciera de día y pudiera despedirme de la doctora. También quería saber que había pasado con la niña de la fístula. Me levanté y me senté en un banco que había delante de la puerta de su despacho esperando a

que llegara. El tiempo se me hizo interminable pues no sabía que era domingo. Por fin apareció...

—Hola Vohilaba, ¿qué haces aquí? ¿Ocurre algo?

Su voz sonó con extrañeza... Al tiempo, me invitó a entrar en el despacho mostrándome una silla para que me sentara.

Sí, quiero marcharme, pero antes me gustaría saber dónde puedo encontrar a la niña de la fístula —respondí casi balbuceando.

La doctora me miró despacio, primero a la cara y luego posó brevemente sus ojos, de mirada profunda y penetrante, en la zona de mi propio agujero provocando que cruzara las piernas de forma instintiva. Ella debió darse cuenta de mi movimiento...

—Cuando Marie se murió —empezó diciendo— yo tomé la decisión de operarla. Ya lo había hecho antes en otras dos pacientes y había fracasado, pero era la única oportunidad de devolverla a la vida. Ahora que Marie ya no estaba, acabarían echándola de la casa por las buenas o por las malas, y pasaría a ser una más de las niñas apestadas de la calle.

La doctora hizo una pausa mientras preparó café para las dos. Su olor fuerte, por un momento, pudo con el que yo llevaba pegado a la piel. Ella comenzó a saborearlo despacio mientras yo esperaba a que se enfriara fijándome en como lo bebía. Cuando, por fin, vació su taza se acercó a mí y me explicó:

—Yo estudié como hacer esas operaciones pero la cirugía es como una receta de cocina: «Aunque te la den perfectamente escrita nunca la reproducirás igual si no la has visto hacer. Los cirujanos, como los cocineros, guardan siempre un secreto que es su propio arte y eso sólo se aprende cuando los ves operar o cocinar.»

De pronto, se interrumpió y se puso a buscar entre los pocos libros viejos que había en una tabla que colgaba de la pared algo que tardó en encontrar; tiempo que yo aproveché para beber aquel café ya frío que tanto me apetecía. Aquí está —dijo por fin—. Se dirigió de nuevo hacia mí y me enseñó un dibujo que representaba en un papel los países de África y el nuestro: allí solo; rodeado de azul por todas partes. Con un lápiz me señaló dos, que dijo se llamaban Etiopía y Nigeria. No sabía bien que quería decir con todo eso, pero comprendí que yo tampoco podría llegar nunca hasta allí. La doctora me ofreció otra taza de aquel café de color claro que aun humeaba cuando le quitó la tapa al cazo, pero esta vez lo rechacé. Ahora lo bebió de un trago y de nuevo empezó a hablar, esta vez como si yo no estuviera delante pues miraba para unos papeles que tenía encima de la mesa, en los que pude ver unos dibujos y escritura con unas flechas que señalaban algunas partes de aquellas figuras que no podía entender. Esta vez no se esforzó para explicarme nada pues le hablaba a los papeles. Yo tampoco entendía lo que decía, aunque sus palabras y el nombre de aquellos países se me quedaron grabados, pues sabía que en todo aquello

estaba la solución a mi fístula y no desperdiciaría cualquier información. Recuerdo casi una a una sus palabras:

—Cuando la niña de la fístula ya estaba anestesiada y pude explorar bien aquella vagina tan pequeña y deformada ya me di cuenta de que superaba mis posibilidades de tapar el agujero. Disequé con extremo cuidado y extirpé el tejido muerto que no servía para nada y suturé, pero a los pocos días ya estaba saliendo un flujo de orina por el sitio equivocado. ¡Qué habrá fallado, Dios! —exclamó con ira.

Al levantar la vista pareció sorprenderse al verme delante de ella, observándola con una mirada que debía reflejar toda mi ansiedad... o mi vacío.

—¿Dónde está?, le pregunté.

—Continúa ingresada —respondió con pena.

—¿Puedo visitarla?

La doctora asintió con la cabeza a la vez que me indicaba donde estaba. Cuando cruzaba la puerta, me detuvo para añadir que antes de que me marchara del hospital pasara de nuevo por su despacho.

Al llegar al pasillo no me habría hecho falta saber cuál era su habitación. Mi olfato me dirigió directamente hasta los pies de su cama. Cuando me acerqué, la niña dormía un sueño tranquilo y yo no hice ningún ruido para no despertarla. Me quedé un rato mirándola en el mismo silencio que guardaban los varios acompañantes de las otras dos mujeres que estaban en la misma habitación, unos de pie y otros sentados, pero todos mudos ante la enfermedad igual que lo estamos ante la vida que nos toca vivir de acuerdo a nuestro «vintana» (destino) —pensé mientras me daba cuenta de que yo también sabía ya diagnosticar con el olfato—. Era más niña que yo —o así me lo parecía por el bulto que hacía su cuerpo debajo de la ropa de la cama—. Ahora dormía, y ése era el momento en el que estaba curada y la vida la igualaba a todos los que no padecían. Estaba sola, como yo. No esperaba más para hacer mi viaje a Tana. Me di la vuelta y me alejé con paso rápido en busca de la doctora. La puerta de su despacho estaba entreabierta y, al asomarme, me hizo pasar. Al entrar, vi encima de su mesa los instrumentos artesanales de Marie, que hacía un rato no estaban allí, y me vinieron a la memoria tantos recuerdos... La doctora percibió mi mirada y el impacto que me causaron por el gesto que debí de hacer pues la emoción ya empezaba a empujar un llanto que supe contener.

—Era una excelente trabajadora y una maravillosa mujer. Admiro la imaginación y destreza del que hizo estos útiles —reflexionó en voz alta con voz profunda y sincera.

No me preguntó por la niña de la fístula. Directamente abrió un cajón de su mesa, sacó unos billetes doblados de ariarys, y me dijo:

—Con esta cantidad puedes hacerte con un pasaje de autobús de ida a Tana y aún te sobra, por si lo necesitas. Sé que tu hermana está próxima a ordenarse como monja.

Te hará bien verla. El autobús sale a cualquier hora a partir de cuándo se llene...

En un papel escribió la dirección del convento donde se preparaba Siramamy, para que al llegar se lo enseñara a alguien y me indicara como llegar o me llevara hasta allí. En cualquier caso, me la hizo memorizar por si perdía el papel. Para evitarlo, metió el dinero y la dirección en un sobre que envolvió en un trapo con el que me rodeó el pecho por debajo. Me recomendó que desde unas horas antes no bebiera, como me había enseñado Marie. A continuación, cogió una bolsa en la que metió dos pañales para el viaje y me deseó suerte. Me apretó la mano y yo no fui capaz de darle el abrazo que hubiera deseado, mi olor se pega a todo lo que se me acerca. Nunca olvidaré a aquella doctora.

Aún era muy temprano y empezaba a llover con gotas finas. Me dirigí a la Catedral. Antes de abandonar Fianarantsoa, tal vez para siempre, quise sentarme en las escaleras y dedicarle a Marie un intenso recuerdo... El cura me vio y me reconoció. Se acercó a mí y, sin que yo le dijera nada, empezó a hablar de ella:

—Marie descansa en paz... Un día, que estaba sentada con una amiga de tu edad, aquí, en estas mismas escaleras, me dijo que necesitaba creer en nuestro Dios. Poco después vino a verme y me pidió que le hablara. Tuvimos muchas conversaciones en las que yo le hice entender que sólo nuestro Dios es el verdadero. Ella vivía anclada en el pasado remoto en el que, por la ignorancia del hombre, todos los males se achacaban a los dioses y espíritus presentes en la naturaleza y se requerían sacrificios humanos y animales para calmarlos. Ésa es vuestra religión. Creéis que las relaciones entre «Zanahary» —vuestro dios— y el hombre están regidas por los «fanahy» —los intermediarios de los espíritus—, o los «razana» —los antepasados—, a los que él encarga de velar por los vivos y garantizar el orden de la tierra. Para vosotros, las almas de los «razana» son los que controlan vuestra sumisión, pudiendo bendeciros o castigaros. Lo mismo que esos otros espíritus presentes en la naturaleza, sean buenos o malos, que también permiten la comunicación con *Zanahary*. Hablo de los «biby» —criaturas que creéis suprahumanas—, y de los «mpakafo» —especie de lobos que comen corazones—. Hay sitios de nuestro país en los que los niños temen a los hombres blancos porque creen que bajo su aspecto se esconde un «mpakafo». Adoráis piedras, lagos, árboles y rocas que creéis sagradas, y tenéis multitud de elementos —plantas, sustancias, cosas— destinados a la caza de los malos espíritus y a alejar la mala suerte. Sin embargo, en nuestra religión católica —la verdadera— sólo Él rige todos los destinos. Vosotros no tenéis la palabra de Dios. Él nos comunicó su mensaje a través de su hijo Jesucristo.

De pronto repiquetearon las campanas de la Catedral e interrumpió su discurso, pero antes de despedirse me dijo:

—Ahora tengo que atender a los fieles que esperan el comienzo de la Santa Misa. Si quieres, entra. Si no, ven a verme en otro momento, como hizo Marie, que acabó

abrazando nuestra religión y hoy descansa en la paz de nuestro Señor.

Yo apenas le había prestado atención, inmersa como estaba en el recuerdo de Marie. Pensé en el amuleto que me liberó de Razafindra y me dio la suerte de encontrar a Jaky, aunque no quería pensar más en él y solo deseaba que el amuleto le trajera una buena operación.

Cuando el cura me dejó sola de nuevo, pensé que lo más probable es que hubiera dos Dioses: uno para los blancos y otro para los negros. Se me ocurrió que si hubiera uno sólo todos los hombres serían iguales: blancos o negros, y que no habría tanta diferencia entre unos y otros, aunque yo no sabía cómo vivían en el lado de los «incolores». Mi hermana había cambiado el uno por el otro, igual que Marie, pero yo no lo haría: «No podía imaginar que mi madre, mi hermanito, y la propia Marie no estuvieran en contacto conmigo a través de sus espíritus, guiándome para que algún día tuviera un destino mejor que el que me había dado la vida hasta ahora».

Al iniciar mi andar hacia la estación de autobuses, vi la figura de la doctora subir apurada la cuesta de la Catedral. La misa estaba a punto de comenzar. Ella no me debió de ver, enfrascada como iba en llegar a tiempo al oficio que le daba fuerzas para luchar cada día. Tal vez una parte de sus rezos los dedicara a pedir por los pacientes como yo, que no tenían solución en sus manos y le abrumaban la conciencia. No quise que me viera y traté de mezclarme entre tanta gente que se dirigía hacia la Catedral, aunque si el viento soplabla a favor sería reconocida por el olor... Tan pronto como me vi a salvo de su visión y olfato, me di media vuelta para contemplar su figura menuda y bondadosa entrando por la puerta de la iglesia. Permanecí observándola hasta que desapareció confundida con todos los fieles que ahora abarrotaban ya la iglesia en su cita semanal con la esperanza. Cuando, por fin, desapareció tras la puerta reinicié mi camino hacia la estación de autobuses.

Compré el billete y me pegué al único autobús que había estacionado. No sabía cuánto tiempo tendría que esperar hasta que se llenara con el doble de pasajeros de los que cabíamos para salir, pero ya no me moví de allí. Otros pasajeros se agolparon a mi alrededor. Mi menudencia me hacía insignificante entre tanto bulto, pero yo estaba lista para entrar en cuanto se abrieran las puertas. De pronto se empezaron a oír unas voces con sonidos amenazantes que cada vez sonaban con más fuerza. Ahora ya se veía a un grupo de hombres y niños que asomaban a la plaza por calles enfrentadas, con palos y telas pintadas con letras que yo no comprendía ni me atrevía a preguntar que decían. Las campanas de la catedral sonaron a lo lejos despidiendo a los fieles o anunciando la refriega. ¡Viva la república! —gritaban unos—. ¡Muera la corrupción! —contestaban otros—. Cada vez se oían más cerca, y los gritos de los dos grupos chocaban en el aire hasta que empezaron a hablar los palos y los puños. Las telas escritas ya eran pedazos y la lluvia limpia extendía por el suelo las manchas de sangre que salía de los rotos que se iban haciendo «viva la república» a «muera la

corrupción» y «muera la corrupción» a «viva la república», hasta que sonaron las sirenas de la policía que consiguieron hacer correr y desaparecer a «muera la corrupción». Los más atrevidos recibieron con puños y palos unas cuantas noticias más de «viva la república» y se quedaron tendidos en el suelo durmiendo los golpes del poder. Un tiempo después se restableció el orden impuesto por la fuerza y los sonidos de la lucha fueron remplazados por los de una lluvia torrencial. El cielo estaba muy oscuro y la mañana se hizo casi noche en nada de tiempo.

Por fin, salió el autobús cargado de miedos, resignación o esperanzas...

Vohilaba dio un suspiro y se concedió un descanso que la ginecóloga aprovechó para acercarse a la cocina y buscar algo que ofrecerle. Al rato volvió con un vaso de leche y unas galletas.

—Toma Vohilaba, bebe esto y reposa un rato poniendo un poco de dulce a tus recuerdos. Voy a mi despacho y enseguida vuelvo.

No sé como contárselo —pensaba Juliette mientras se alejaba de su vista para recapacitar como hacerlo—. Mejor es que siga hablando y luego se lo digo —decidió al fin.

Al llegar a la puerta de su despacho se dio la vuelta y regresó al jardín. Vio a Vohilaba de pie, arrimada contra el árbol. No supo diferenciar si lo sostenía o lo acariciaba.

Los pájaros aguardaban silenciosos la continuación de la historia. Cuando Vohilaba se giró y encontró la mirada de la ginecóloga observándola se sintió querida y dispuesta a seguir hablando... Sin decirse nada, se sentaron de nuevo en el banco.

—Te escucho —dijo con voz suave la ginecóloga.

Estaba muy impaciente y excitada por volver a ver a mi hermana, pero algo me intranquilizaba por las escenas que había visto en la plaza, con la «república si» y la «corrupción no» disputándose el poder a golpes desiguales: aquéllos con palos, éstos con la palabra. Por un momento, pensé en quién sería ese Razafindra... que me llevó al hospital. Su nombre me encogió el vientre y descargó el miedo de mi vejiga casi vacía. También tuve un breve recuerdo para la niña de la fístula. No me la imaginaba teniendo que hacerse adulta sin serlo.

A pesar de todas las incomodidades del autobús y de la lentitud del viaje, con paradas continuas para cargar y descargar pasajeros que viajábamos como bultos y bultos que viajaban como pasajeros, el cansancio me pudo y los ojos se me cerraron para soñar... Luego, descubrí que eso es lo que se consigue con el teatro cuando se echa el telón, despacio, de arriba abajo, escondiendo todo lo que a partir de ese momento empieza a bullir por detrás para recoger lo que durante un tiempo mágico engañó a los espectadores y les hizo creer que las casas eran casas, las calles eran calles, y la luna era la luna. Así funciona también nuestro cerebro cuando se nos cierran los ojos y empezamos a soñar... No sé quién ni como inventó el teatro, pero

solo tuvo que reproducir su sueño en un escenario. Nada más; así de fácil —me parece a mí.

—¿Y por qué sabes tú esto del teatro? —interrumpió la ginecóloga.

—Pues porque en el Polideportivo de Akamasoa a veces se representan obras que montamos e interpretamos los habitantes de aquí; la mayor parte de las veces los niños y niñas de la escuela, porque eso nos entretiene mucho y nuestros profesores dicen que así aprendemos oficios y de la vida —respondió Vohilaba.

—¡Ajá, qué bien! —exclamó la ginecóloga con un tono de sorpresa y admiración. Mira, Vohilaba, nosotros también hacemos teatro pero no necesitamos un decorado ni un escenario especial. Nuestro teatro es la vida diaria, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, y nuestras representaciones son la vida real, en la que todos somos actores, no la de los sueños. Estas últimas son más hermosas...

Entonces... soñé con ese Dios de los blancos, al que alaban y le piden con rezos musicales tan armónicos que llenan de sosiego el espíritu. A Él lo imaginan y representan con formas y figuras descoloridas que lo hacen parecer impalpable, como las que vi en la Catedral, no con el color del barro que es el nuestro. Durante el sueño me imaginé a nuestros hombres, mujeres y niños convertidos en hormigas, continuamente yendo y viniendo por los caminos de un sitio para otro: los de aquí para allá y los de allá para aquí, de no se sabe donde a no se sabe donde, a veces sin rumbo aparente, y otras —como las niñas de las fístulas— caminando solas, de ninguna parte a ninguna parte, de donde nadie las despide a donde nadie las espera: casi todos recorriendo grandes distancias con el estómago vacío y muchos cargados con fardos que duplican sus pesos menudos. Y en el sueño veía como la vida en todas nuestras aldeas y pueblos era así de igual, como la de las hormigas, con las que también compartimos el color: el de la sombra, porque para nosotros la vida es una sombra de la vida. Y como les pasa a ellas, cualquier día se acaba con un simple pisotón... De repente, el sueño se desvaneció y me desperté al notar que algo caliente empezaba a mojar mi pañal, justo cuando estaba entrando en este gran hormiguero que es Antananarivo.

En ese momento, alguien estaba disponiéndose a dar un pisotón...

Vohilaba se interrumpió al ver la expresión triste y pensativa de la doctora, y, de forma espontánea, le pidió permiso para asomarse a la noche a través de su silencio. Miró hacia lo alto de la colina, que dibujaba su contorno con las luces salteadas de las casitas de Akamasoa, y adivinó su residencia allá al fondo, donde al día siguiente estaría recuperando sus actividades con la amenaza de una nueva infección. Giró levemente su cabeza buscando el convento con sus campanas, ya durmientes, a la espera de anunciar el inicio de las oraciones que darían la bienvenida al nuevo día.

La doctora se le acercó y juntas, mudas las dos, compartieron el recuerdo de la revuelta que a punto estuvo de impedir que se conocieran...

Cuando, por fin, se levantaron, la doctora —con semblante serio— la invitó a ir a su despacho durante un rato, pues tenía algo importante que comunicarle y no quería ningún testigo. El gato estaba hecho un ovillo allí en el banco y no se movía, pero tenía los ojos abiertos y las orejas bien erguidas. Vohilaba asintió con un gesto de complacencia que, sin embargo, no ocultaba su preocupación.

Ya en el despacho, Juliette le indicó a Vohilaba que se sentara mientras abría la ventana para dejar que el viento que soplaba suave arrastrara sus palabras. El gato que seguía en el banco miagó al oír el ruido del postigo que lo alertó. Juliette se giró y, mirándola, pronunció su nombre con voz algo temblorosa:

—Vohilaba... mañana te irás de alta, aunque debes mantener el tratamiento durante un tiempo. Yo tengo que regresar a mi país por un asunto personal, pero volveré. Antes, quiero aprovechar que tú estás bien y conocer algunos de los sitios por donde transcurrió tu vida porque también forman ya parte de la mía. La otra ginecóloga que trabaja aquí conoce todos los detalles de tu evolución y las pautas de tu tratamiento, y la enfermera también sabe lo que tiene que hacer si se te obstruye la sonda. Yo estaré en contacto permanente con ellas. Voy a enviar los antibióticos más adecuados para las infecciones de orina y ya les dije que siempre guarden unos de reserva para ti, por si fuera necesario recurrir a tratamientos más fuertes. Antes de volver aquí, voy a intentar desplazarme a alguno de los sitios donde son unos expertos para tratar las fístulas —tal vez el Hospital de las Fístulas en Addis Abbaba— para poder operarte cuando regrese, si es que antes no lo hicieron los médicos blancos que cada año van a Farafangana. Ahora es mejor que te acuestes. ¡Ah! —exclamó Juliette— creo que otra ginecóloga extranjera vendrá para sustituirme, añadió antes de cogerla de la mano y echar a andar para acompañarla hasta su lecho. Ya en la habitación, le dijo:

—No sé si aun te veré mañana antes de partir, pero quiero que sepas que durante todo este tiempo me pasé muchas horas escribiendo tu historia. Lo hice utilizando mis propias palabras porque algún día quiero darla a conocer y tratar de sensibilizar a muchos más ginecólogos para que vengan a tu país y os ayuden mejor y mucho más de lo que yo supe y pude hacerlo. La historia aun está incompleta... y ésa es otra razón por la que quiero volver.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó Vohilaba— cuando Juliette ya se retiraba tras apagar la luz de la habitación.

—Porque no quería que te preocuparas, y... porque no me habría marchado si tú no estuvieras con la infección controlada —respondió la ginecóloga.

—Mandra pihaona (hasta mañana), Vohilaba.

—Misaotra (gracias), doctora.

Capítulo 30

Al día siguiente, Juliette se levantó cuando todavía estaba oscuro. Al cerrar por fuera la puerta de su Residencia, esta vez no vio al gato correr detrás de nada. La noche estaba tranquila, envuelta por un silencio tan solo quebrado por trinos aislados de los pajarillos más madrugadores que ya jugaban con las últimas sombras y las primeras luces aún tenues antes del amanecer en Akamasoa. Con paso apurado se dirigió al Hospital. Quería informarse de cómo estaba Vohilaba antes de iniciar el corto viaje por los lugares donde había transcurrido la vida de esa adolescente que tanto sufrió. No deseaba que ella la viera. Sería mejor así. Se dirigió directamente al cuarto donde la enfermera que hacía la guardia descansaba un rato, tumbada vestida encima del camastro. Al ver a la doctora se levantó con ojos somnolientos y, sin que ésta le dijera nada, buscó la gráfica en la que estaba registrada la última temperatura de Vohilaba. Seguía sin fiebre. Se la mostró a la doctora, quien escribió un breve comentario en la hoja de evolución y, sin más, se despidió de la enfermera con un par de besos y un abrazo sinceros.

Cuando ya se iba, la enfermera, casi susurrando, le dijo:

—Doctora, espere un momento... Entonces, abrió el armario y cogió una bolsa de plástico. Esto me lo dejó anoche Vohilaba cuando usted se fue. Estaba segura que volvería por aquí antes de marcharse y me pidió que se lo entregara. Lo tenía guardado desde hacía unos días pero no se atrevía a dárselo.

La ginecóloga deshizo con cuidado el nudo de la bolsa y con un gesto que presagiaba emoción sacó una a una todas las cosas que había dentro: un pareo de colores preciosos que rellenaban escenas de la vida de Madagascar, representada por una pareja de cebúes tirando de un carro en el que un hombre y un niño yacían sentados en lo alto de un montón de paja, una mujer con su hijito colgado de la espalda llevando en la cabeza una gran tinaja con agua que sujetaba graciosamente con sus dos manos, una cabaña típica, un baobab solitario y un lémur que miraba con cara de pillo a los espectadores; un palo de vainilla; y, cuidadosamente envuelta, una carpeta de rafia que al abrirla contenía el cuaderno de notas en el que escribía Vohilaba, que ella ya conocía. Apretó fuertemente contra su pecho las tres cosas y la voz le tembló cuando le dijo a la enfermera que le diera las gracias.

Su corto viaje la llevó inicialmente a Fianarantsoa, donde visitó el Hospital y conoció a la ginecóloga que tan bien había tratado a Vohilaba. Ambas charlaron durante mucho rato de la historia de la niña y del tema de las fístulas, pero asimismo recordaron a Marie y a Alahady. En el momento de la despedida las dos se propusieron, sin mencionarlo, ayudar a Vohilaba en su curación.

Cuando, por fin, el avión de regreso a su país despegó de Tana, la emoción del

recuerdo le pudo y sus ojos se humedecieron empañando la vista de la gran «isla roja», que se iba alejando de la ventanilla hasta que desapareció continuando con su navegación lenta y solitaria por las aguas del Índico. Atrás, dejaba un país que ya formaba parte de ella y en sus ojos le pareció ver de nuevo el alboroto de la vida de Tana y la paz de Akamasoa; la estación de Fianarantsoa; la belleza salvaje del viaje en el tren de la selva y la alegría de los niños durante los tiempos de parada en cada una de sus aldeas; el bullicio del mercado de Manakara; la Misión de Ambatoabo en Farafangana; la sabana de Isalo, cortada en el horizonte por unas siluetas rocosas de dibujo caprichoso hendidas por unos cañones en los que el paisaje abierto, amarilleado por el color de los altos tallos de hierba que parecían danzar balanceándose al ritmo del viento con un movimiento sugestivo e hipnotizador, bruscamente desaparece ocultándose en desfiladeros que cuando se penetra en ellos explotan en una sinfonía de verdes para recibir el aliento del agua, que brota no se sabe de dónde, y crea un espacio de belleza única que da alimento y cobijo a una variedad escandalosa de plantas, árboles y animales ancestrales que conforman la vida salvaje y virgen de Madagascar, como cuando el tiempo no contaba, o los días eran años y los años siglos. Su memoria también reprodujo las aldeas de chozas y toda la riqueza de un país cubierto por la pobreza teñida de los más bellos colores: carmesí, jade, cobalto, zafiro, fucsia, salmón, turquesa, limón, ámbar, siena, coral, beige, crema, magnolia, azules y verdes infinitos... Antes de dejar de mirar con consternación y nostalgia a lo que en tan pocos minutos ya eran sólo recuerdos pensó que volvería... quien sabe si para quedarse para siempre. En ese tiempo corto, pero tan intenso, aprendió mucho de ginecología pero sobre todo de la vida, y la suya, ahora, parecía vacía de contenido. Era su primer viaje a un país lleno de carencias y todo le había dejado una huella indeleble en sus sentimientos. Cerró los ojos para revivirlos con más intensidad y pensó en lo que les podría pasar a toda esa gente conocida y tanta otra anónima: los unos luchando con la esperanza puesta en un futuro mejor, y la mayoría sobreviviendo en las mismas condiciones ancestrales de muchos siglos atrás, para los que no existía el futuro y el paso del tiempo sólo era el camino hacia nuevos sufrimientos, que era lo único que les deparaba la existencia tan primitiva en la que vivían. Sabía que cuando ella se marchase otra ginecóloga cooperante la iba a relevar, pero eso no le quitaba su preocupación por el futuro de Vohilaba.

Al posarse en París, la sala de espera de llegadas estaba llena de familiares y amigos que recibían con alegría a los suyos. A ella no la esperaba nadie. Cogió un taxi, y al entrar en su apartamento los recuerdos de lo que había dejado atrás afloraron de nuevo con intensidad. ¿Qué será de Vohilaba? —pensó mientras se asomaba a la ventana para empezar a familiarizarse de nuevo con este otro mundo tan distinto—. Así pasó un rato intemporal, con su mirada puesta en una civilización loca

por un lado y su cabeza en otra. El sonido del móvil la hizo aterrizar de tan corto y tan largo viaje. Miró la procedencia de la llamada y no quiso responder.

Capítulo 31

Cuando Vohilaba descendió del autobús vio que la gente se dispersaba rápidamente. Sintió miedo y un gran vacío a su alrededor. La ciudad estaba casi a oscuras, como su propia vida, y sólo se veían soldados y policías con sus armas al cinto o colgadas, asentados en las esquinas de la plaza donde está la estación, disuadiendo a la gente para que no formara grupos: unos a favor de la república y otros en contra. El suelo de las calles y de la propia plaza estaba salpicado de botellas rotas, los escaparates de tiendas y otros locales con los cristales reventados y señales de saqueo, la paz ausente, y manchas por todos los rincones que eran testigos de la pelea desigual que había amenizado una jornada de lucha entre unos y otros, y entre otros y la policía o el ejército, que buscaban a los enemigos del poder.

Los contendientes se habían tomado un respiro y se concedían una tregua para arremeter al día siguiente con más efectivos y armas más contundentes. De esa manera, sería más entretenida la violencia del día siguiente. Se oían sirenas a lo lejos y las únicas luces eran las de los vehículos militares que patrullaban de un lado para otro buscando a los rebeldes que desafiaban el toque de queda impuesto por un Gobierno en apuros.

Su soledad se vio interrumpida por una pareja de chicos uniformados de forma diferente que la invitaron a caminar. Vohilaba trató de explicarles su situación, pero sólo tuvo como respuesta un gesto enérgico y amenazante de circular o acabar en la comisaría más próxima. Ellos desconocían la dirección del convento por el que les preguntó y no añadieron más. Rápidamente, percibieron que ésta no era una chica de la noche: sabían por experiencia que la prostitución se viste con otro uniforme por fuera y por dentro, y que aquella pobre vagabunda solo se amenazaba a sí misma.

Cuando dejaba la plaza, dispuesta a caminar sin rumbo hasta que el día le mostrara la ciudad y alguien la pudiera orientar, vio un coche de color blanco que estaba siendo inspeccionado por otros uniformados que, al poco, obligaron a sus ocupantes a bajarse. La iluminación era tan pobre que inicialmente no se percató de que las ocupantes eran dos monjas: la que conducía y la que rezaba. De forma intuitiva, apuró su paso en aquella dirección, pero una ráfaga de viento y otra de disparos que sonaron cerca la dejaron inmóvil.

Pasados unos instantes, el coche se puso en marcha en dirección hacia ella y decidió esperar a que estuviera a su altura con la intención de hacerles un gesto para detenerlo y preguntar. Cuando ya estaba cerca, el coche giró por otra calle y desapareció. Estaba asustada. Conocía perfectamente las leyes que rigen en la selva de árboles entre los diferentes animales, pero desconocía la del asfalto.

Cuando el coche desapareció de la vista, la monja acompañante le dijo a la

conductora que le pareció ver a una niña, que parecía andrajosa, caminando sola por la calle por la que circulaban, antes de torcer. Se habían retrasado mucho en llegar a la plaza del autobús porque la comunicación que recibieron de una ginecóloga del hospital de Fianarantsoa había llegado hacía muy poco y, con la situación que estaba viviendo la ciudad y el toque de queda, era un riesgo circular de noche. Cuando, por fin, decidieron que a pesar de todo lo harían, tuvieron que afrontar muchos controles rigurosos y parsimoniosos, y convencer a los patrulleros que iban en misión de paz, para que las dejaran seguir hasta la estación de autobuses y recoger a una niña que viajaba enferma y sola desde Fianarantsoa. A todos les decían que su casa estaba abierta para cualquier hombre o mujer que buscara refugio —ellos mismos, si algún día lo necesitaban— y que eran rigurosas en el cumplimiento de la ley vigente. En el siguiente control, los dos soldados inspeccionaron cuidadosamente la documentación y sin más, el más tosco y decidido de los dos, que parecía de mayor graduación, les urgió con rudeza:

—¡Vamos... retírense a su Convento! Circulando por aquí corren peligro, ¿entendido?

La conductora, que conocía muy bien la ciudad, le dijo a Siramamy:

«La buscaremos y la encontraremos, pues andando como va tiene que estar muy cerca de por aquí».

—¿Y si no es ella? —preguntó Siramamy.

—La recogemos igual —respondió la conductora, fingiendo tranquilidad—. A estas horas y bajo estas circunstancias nadie —y menos una niña— debe andar sola por la ciudad. La van a detener, y quién sabe si a violar.

Después de dar unas vueltas y evitar otro control entraron en otra calle y vieron a la niña.

—¡Es ella! ¡Es ella! ¡Alabada sea la Virgen! ¡Gracias Señor! —exclamó, gritó Siramamy llena de excitación.

Vohilaba oyó el ruido de un motor y se detuvo de forma instintiva con las piernas temblándole.

En unos segundos, estaba fuertemente abrazada a su hermana sin que ninguna de las dos pudiera hablar.

La conductora les dijo que se subieran rápido al coche. No podían arriesgarse más. Arrancó de nuevo camino del Convento. En el interior del coche sólo se oían sollozos entrecortados.

Ya era muy tarde cuando llegaron al Convento, con el ruido lejano de otra ráfaga. Una vez dentro, las dos hermanas se volvieron a abrazar temblando de alegría por los llantos tanto tiempo retenidos, acompañados por la melodía silenciosa de los rezos de la monja conductora.

Lo primero que hizo Vohilaba fue ducharse con agua caliente. No sabía lo que era

aquello y tuvo una sensación superior y distinta a la de la propia limpieza. Fue como si esa agua la fregara también por dentro y se llevara toda la costra interior que le había ido depositando la vida. Cuando se secó con una toalla limpia, todo lo vivido hasta ese momento le pareció irreal. Luego, se puso el otro pañal que tenía reservado para el viaje de regreso adonde fuera y le dieron ropa nueva. Pudo mirarse a un espejo y no se reconoció.

Siramamy le dijo que le tenían preparada una cena caliente. Olía a «romazaba» y a «akoho sy vary» (arroz con pollo). Luego había dulce de papaya. Todo listo para ella en una mesa con mantel y una servilleta. Siramamy le enseñó la utilidad de los cubiertos, y le dijo que comiera con calma. Ahora debía ausentarse un momento para la oración que correspondía, y darle las gracias a Dios por haberle devuelto a su hermana.

Vohilaba volvió a pensar que el otro Dios era más generoso que el suyo. Cuando acabara ya le contaría despacio a su hermana toda la tragedia de su vida, desde que se marchó de la aldea sin nombre hasta ese momento...

Siramamy escuchó en silencio el relato atropellado. Cuando el cansancio de la emoción les pudo, buscó un hule para proteger las sábanas de la cama que ella misma le había preparado. Antes de despedirse le dijo:

—Eres muy fuerte y saldrás adelante. Yo no voy a cambiar tus creencias; las cambiarás tú. La abrazó con ternura y añadió: «Mañana iremos a visitar al Padre Opeka; ya te hablaré de él».

Excepto cuando estuvo ingresada en el hospital, Vohilaba nunca había dormido en una cama. Además, esa noche no olía a enfermas ni a enfermedades. Su fístula también estaba cansada y durante un tiempo dejó de funcionar. Cuando se cerraba el telón de los ojos recordó a la ginecóloga de Fianarantsoa, pero esa noche Vohilaba no soñó. Una sensación dulce la borró de la vida durante unas horas.

Al entrar en su habitación Siramamy lloró sin parar.

Tras los rezos de la mañana, Siramamy pidió permiso para coger un trozo de tela y algodón del dispensario, y confeccionó unos empapadores para su hermana.

La situación en Tana seguía siendo tensa, pero no se tenían noticias de más muertos. El motín de la noche lo formaban unos cuantos detenidos. Sin embargo, eso era un espejismo: el problema no estaba resuelto y tarde o temprano saltaría de nuevo. En las ciudades más importantes del país también se habían producido algunas revueltas y actos de pillaje, pero al parecer no habían progresado, o eso era lo que decían los comunicados del gobierno, que controlaba toda la información. En cualquier caso, en Tana, de momento se podía circular durante el día, aunque los controles eran constantes.

Cuando Vohilaba se despertó tenía la sensación de que había estado durmiendo desde que se despidió de sus hermanos... hacía ya tanto tiempo. Se palpó el

empapador y vio que estaba casi seco.

Siramamy la estaba esperando detrás de la puerta y cuando la oyó levantarse de la cama entró en la habitación. Se volvieron a abrazar, esta vez con una sonrisa. La apresuró a arreglarse y desayunar, porque en cuanto estuviera lista iban a ir con la Superiora a conocer al Padre Pedro y su obra. Tenía la esperanza de que allí encontrara un refugio, cuando menos temporal, y pudiera asistir a la escuela para aprender a leer y escribir. Siramamy habló mientras Vohilaba desayunaba como no lo había hecho nunca.

—En nuestro país los únicos que hacen algo por nuestro pueblo son las órdenes religiosas: enseñan, tratan, curan, ayudan, acogen, nos humanizan. Nosotras, en nuestra aldea primitiva, vivíamos como los animales. ¿Te acuerdas? Yo ahora estoy capacitada para valerme por mi misma y enseñar a los demás a hacerlo y tú no te marcharás de aquí sin conseguirlo. Cuando fuiste a buscar a tu amiga al hospital de Fianarantsoa y te pusieron esa medicación que te dejó dormida, la doctora llamó aquí y se lo contó todo a la Superiora. Le dijo el problema que tenías y que estabas en una condición física y moral penosa. Añadió que parecías una chica lista, pero no sabías leer y tu aspecto y tu ropa de harapos reflejaban, sin dejar lugar a dudas, una vida paupérrima y abandonada. La Superiora me lo hizo saber sin ocultarme nada. Creía que era necesario que cuando estuvieras en condiciones te desplazaras a Tana para ver si se te podía ayudar y poner un poco de orden en tu vida. Además, aquí también hay un hospital. La doctora de Fianarantsoa le dijo que si lograba que vinieras, nos llamaría en cuanto supiera que habías tomado el autobús. Ella te vio partir después de que la policía despejara la plaza donde está la estación. En cuanto supimos que estabas camino de aquí, la Superiora me mandó a comprarte algo de ropa y ella se fue a hablar con el Padre Opeka —el Padre Pedro, como a él le gusta que le llamen—, al que ahora vamos a visitar. Pero mientras esperamos te voy a hablar de él:

—Sé que sus padres tuvieron que escaparse con lo puesto, corriendo por las montañas de un país que se llama Eslovenia, que forma parte de una tierra de blancos mucho más grande que nuestra Madagasikara, muy lejos de aquí. El día que yo lo conocí, él me lo enseñó en un mapa que dibuja la tierra. La razón de la huida fue que, tras una gran guerra que destrozó al mundo desarrollado —con bombas, no a machetazos como son las nuestras—, en algunos países se estableció un régimen que empezó a perseguir y matar a los que no pensaban igual o tenían alguna creencia religiosa. Sus padres fueron afortunados y lograron llegar a otro país, aún más lejos de aquí, que se llama Argentina. Allí nació. Con diez años tuvo que empezar a ayudar a su padre en el trabajo de albañil para mantener a una familia de ocho hermanos. Apenas estaba dejando de ser un niño cuando sintió la misma llamada religiosa que sentí yo y, tras finalizar sus estudios, se ordenó sacerdote de la congregación San Vicente de Paul, el mismo que también fundó la mía. Hace más de treinta años que

fue enviado como misionero a Madagasikara, y desde hace más de veinte está destinado aquí, en Tana. Cuando vio a cientos de niños descalzos escarbando en busca de comida en el inmenso basurero en el que vivían en las afueras de la ciudad, decidió que su labor era educarlos y ponerlos a trabajar. Él lo había hecho así desde niño y pensaba que los de aquí serían capaces de hacerlo también. Tan solo era necesario motivarlos y darles disciplina. Se los ganó jugando al fútbol con ellos. Primero les enseñó a escribir. Luego los convenció para convertir una montaña de piedra, que era la colina del basurero, en una cantera en la que a golpe de martillazos iban saliendo adoquines que luego vendían para la construcción. Más adelante creó una empresa que transformaba la basura en abono natural. En poco tiempo había reconvertido un estercolero —en el que vivían más de cinco mil personas— en un lugar de educación y trabajo, donde todo el mundo tenía algo que hacer y ganaba un salario. El paso siguiente fue enseñarles a construir sus propias casas, que hoy forman la ciudad de Akamasoa —«buenos amigos», en nuestra lengua malgache—. Sé que te hablo de prisa y te digo muchas cosas que no entiendes, pero pronto las aprenderás.

La Superiora irrumpió en el comedor y les dijo que ya estaban listas para salir.

Entraron en Akamasoa a través del inmenso polideportivo, donde unos niños jugaban alegremente con un balón. Al salir por la puerta que daba a unos terrenos aún vacíos de casas, se encontraron con un Padre hablando enérgicamente con unos hombres que portaban unos planos, rodeados por unos cuantos niños que prestaban atención. Debían de estar discutiendo acerca de algún nuevo proyecto.

Vohilaba se quedó impresionada con el tamaño y la autoridad de aquel gigante de grandes barbas blancas y ojos azules. El Padre las vio acercarse pero no distrajo su conversación hasta que estuvieron cerca.

Tras saludar a la Superiora, miró para Vohilaba y en malgache le dijo:

—Así que tú eres la niña... aun salvaje... de la fístula ¿no?

Vohilaba tembló y sólo pudo mover la cabeza afirmativamente.

—¡Bien! —asintió el Padre con un gesto amable pero escudriñador—. Cogió por el hombro a Siramamy y la apretó cariñosamente contra él. Entonces, se dirigió a la Superiora y le dijo: «Vosotras podéis marcharos, de Vohilaba me encargo yo. Dormiré en la residencia de huérfanos y abandonados, mañana iré al hospital donde la reconocerá una doctora, y al día siguiente empezará en la escuela».

A Vohilaba le dieron ganas de echar a correr pero ya era tarde. El Padre les dijo a los niños que lo acompañaban que la llevaran hasta el coche. Cuando se dio cuenta ya estaba montada en la parte de atrás, dando tumbos por una calle aún sin asfaltar, subiendo a la colina donde estaba su nueva casa, entre las risas alegres de los niños sentados a su lado que le preguntaban cómo se llamaba, de donde venía, cuantos años tenía y si sabía escribir.

Cuando se bajó del coche le entregó el poco dinero que llevaba al Padre. Esta vez,

el Padre la miró con ternura y le dijo:

—Aprenderás a leer y escribir, y, cuando ya sepas, aprenderás un oficio —el que quieras—, para valerte por ti misma en una comunidad que no te va a rechazar. Ya buscaremos quien te pueda operar de la fístula. Aquí de momento no tenemos a nadie, pero dentro de unos meses va a venir una ginecóloga blanca —como os gusta llamarlos aquí a los que son de fuera y tienen ese color— y veremos a ver qué puede hacer por ti y por tantas otras como tú. Este dinero te lo guardo para cuando lo necesites.

De noche Vohilaba se durmió pensando que sería de Jaky...

Capítulo 32

Jaky volvió al Centro de Rehabilitación que había rechazado su ingreso por falta de sitio, y esperó pacientemente a que lo recibiera el cura. Cuando, por fin, pudo hablar con él le pidió que lo dejara trabajar en el pequeño jardín. Sabía manejar la guadaña para cortar el césped estando sentado, y el cuchillo para podar. Conocía los secretos de las plantas y los árboles, cuando y como dominarlos. Sólo pedía a cambio el plato de arroz diario. Él tenía su casa en el mercado y allí esperaba a que volviera Vohilaba con la información de los médicos blancos. El cura le dijo que un día a la semana podría ir, pero que allí ya había chicos que hacían ese trabajo como parte de su programa de rehabilitación. De momento... no podía comprometerse a más. Le comentó que estaba en proyecto aumentar la capacidad del Centro pero que tenían dificultades económicas para financiarlo y que en Madagascar las cosas siempre van despacio. Cuando se despidieron, Jaky ya sabía que su trabajo sería otro...

De camino al mercado, con su lentitud y torpeza para andar, se sentó a descansar un rato al borde de la carretera que cruza la ciudad, por donde siempre pasan mujeres y niños con los troncos de leña en la cabeza. Al fin paró a una mujer, que también hizo una breve pausa en su camino para reacomodar sus vértebras, y le preguntó desde donde venía con esa leña. Ella le contestó que siguiendo la carretera, a muchos pasos de allí. Ni el uno ni la otra tenían más referencia del tiempo que los movimientos del sol. Ése era su reloj del día y de la vida. Jaky no quería alejarse del mercado... Ahí se encontraría con Vohilaba. Se acomodó al borde de la calle por la que circulaban los cebúes y los hombres tirando de sus respectivas cargas. De pronto, reparó en uno de éstos que conducía un «pousse-pousse» con más dificultad de la habitual, porque las ruedas de madera gastadas multiplicaban el esfuerzo del taxista. Chirriaban al girar y dibujaban círculos imperfectos que lo hacían cojear como a él. Con su cabeza dibujó el pulido de las ruedas que le devolverían un andar ligero y uniforme. Pensó en lo fácil que le sería a él arreglar las piernas deformes de aquél carro para que pudiera competir con los otros que corrían más. Entonces, se imaginó trabajando la madera, dándole la forma adecuada con su cuchillo y puliendo las curvas de las ruedas hasta hacerlas girar sin roces. Sólo necesitaba un buen cuchillo y una piedra.

Al día siguiente, Jaky encontró trabajo en una serrería cerca del mercado, haciendo y limando ruedas para los «pousse-pousse». Se pasaba el día sentado y se afanaba en que sus ruedas fueran las que rodaran más rápidas. Apenas ganaba nada, pero en poco tiempo ya era conocido y podía comer todos los días. Allí, si, allí, en su casa del mercado, esperaba a que regresara Vohilaba y que algún día los médicos le volvieran a dar forma a su pie y lo hicieran rodar de nuevo sin chirriar ni

desencajando la marcha, como lograba hacer él con sus ruedas bien redondeadas.

El día de la revuelta en Tana, la policía también tuvo su trabajo en Manakara y Vohipeno. En este lugar hubo manifestaciones, gritos, palos y piedras que se disputaban el aire —unos arreando, otras volando— y peleas en el mercado, entre los que apoyaban al que estaba en el poder y los que lo querían echar: aquél, porque con su empresa había sido capaz de llenar el país de leche y yogures, y éstos, porque no podían comprarlos y les había vendido su tierra a unos extraños.

El gobierno dio la orden de que en todas las ciudades donde hubiera disturbios se impusiera el toque de queda.

Aquel día de ruidos, golpes y carreras, cuando Jaky finalizó su jornada de trabajo —que siempre prolongaba más que los demás porque a él no lo esperaba nadie—, pensó en quedarse en el taller. Ya era tarde y le costaba un tiempo llegar a su refugio. En la noche lluviosa, todavía se podían escuchar de vez en cuando ruidos de sirenas a los que al poco contestaban otros de lamentos y garrotazos aislados. Él no podía correr, si fuera necesario, pero... ¿y si aparece Vohilaba y yo no estoy? Viéndome sólo y tullido nadie me haría nada —recapacitó.

Esperó a que la agitación, vencida por el sueño, se tomara un respiro y la ciudad se silenciara. Cuando ya estaba oscuro y no circulaban coches ni gentes por las calles arrancó a andar camino de su cobijo. Allí estaría más seguro. Vohipeno ya era una ciudad durmiente y sólo la policía acechaba en los rincones estratégicos.

Cuando se aproximaba vio uno de esos controles, que no le quedaría más remedio que pasar. Uno de los policías estaba de espaldas, fumando un pitillo y mirando hacia el mercado. El otro lo miró con cierto aire de pena, pero, sin más contemplaciones, lo paró y le preguntó si tenía alguna identificación.

Jaky respondió que su única identificación era su cojera y que el carnet era su pie deforme. De su bolsillo sacó una libretita arrugada y sucia, en la que figuraban los datos de su historia clínica. Se la habían dado en el hospital, cuando lo operaron.

—¿Qué hacemos con éste? —le preguntó a su compañero que seguía echando humo de espaldas.

Al girarse para ver de qué se trataba, Razafindra y Jaky se reconocieron al instante.

Tras unos segundos de rastreo mutuo, se preguntaron, a la vez, qué hacía cada uno allí.

Primero correspondía saber al policía... Jaky le contó de forma rápida su decisión de marcharse de la aldea para operarse y vivir; que la operación había sido un fracaso y que, ahora, esperaba tener en un futuro una nueva oportunidad. Mientras, había conseguido un trabajo de carpintero para hacer ruedas y vivía sólo en el mercado esperando a alguien... que no se atrevió a mencionar.

Razafindra le dijo que esa noche se lo llevaría a la comisaría. Le explicó que en el

mercado, en las circunstancias por las que estaba atravesando el país, corría peligro si había una nueva trifulca, pues en esos casos se actúa sin miramientos y él estaba indefenso para correr. Le harían una ficha de maleante —no de agitador— y, al día siguiente, lo soltarían para que se buscara un lugar seguro donde dormir. El compañero de Razafindra asintió. Una vez en la jaula tendrían tiempo de hablar más despacio. Jaky también quería saber...

Cuando Razafindra acabó su turno de trabajo fue a ver a Jaky. Miró con aire de pena y repugnancia el aspecto de su pie —que ese día parecía haberse sumado a la fiesta supurando un poco más—, y empezó su relato:

—Abandoné a Vohilaba...

A Jaky le saltó el corazón, pero, para Razafindra, la última vez que él la había visto a ella fue el día que celebraron una boda irreal.

Tras un instante de silencio, Razafindra continuó:

—Ella no fue capaz de parir el hijo que yo le había dado, y en su lugar se le produjo un agujero por el que se orinaba continuamente, produciendo un olor insoportable. La dejé con una partera itinerante —una de esas que van de aldea en aldea buscando a quien sacar del nido— y me marché. Anduve por todos cuantos caminos te puedes imaginar. Dormía al raso y robaba para comer o me aprovechaba de los frutos de nuestra tierra, los que ahora van a producir para ellos unos extranjeros que nos van a pagar mucho dinero. Por fin, gracias a esa decisión del Presidente, vamos a ser un país rico. A nosotros nos sobra comida con lo que tenemos y no entiendo de qué protestan esos agitadores. No saben lo que nos perderíamos. Si es necesario aplastarlos, lo haremos. Por eso, por tu seguridad, te traje hoy aquí, para que no te confundan con ellos.

—Pero... ¿Qué haces tú aquí vestido de policía? —preguntó Jaky.

—Es bien sencillo —respondió Razafindra—. Decidí que no quería vivir nunca más en aldeas, como los animales, sin nada que hacer ni pensar más que en el alimento de cada día y en que si no llueve toca hambruna, y si llueve toca más aislamiento... hasta que se seca el barro. Andaba sin destino, pero siempre seguía un rumbo hacia donde se pone el sol. En el momento en el que encontrara una ciudad grande me pararía. Por fin, dejé atrás los bosques y la compañía de los «*makis*», y encontré la llanura cada vez más desértica. Un día, vi un camino de asfalto y lo seguí convencido de que me llevaría a algún lugar importante... Así fue. Parecía un espejismo en medio de una inmensa extensión de tierra seca, tan sólo salpicada por las amistosas figuras de los baobab, mis queridos baobab: «Las gasolineras de agua para el viajero de a pie». La ciudad era un conjunto de casas de barro a uno y otro lado de la carretera. No había más. Seguí caminando y, a los pocos kilómetros, encontré una ciudad grande llena de bullicio y tiendas —una tras otra— al borde de la carretera: «Es la ciudad del zafiro». Se construyó al lado de un río que arrastra esa

piedra desde una mina cercana y la gente la busca entre las aguas con unas cestas que las atrapan entre los diminutos agujeros por los que dejan que pase la corriente de agua. Así, todo el día agachados, con los pies y el trasero en el agua y la espina doblada. Todo para conseguir unos granos de zafiro que parecen de arroz azul. Son las migajas que se escapan de la mina, pero la gente que tiene dinero lo compra y por eso se hizo ese pueblo y hay tantas tiendas. Parecía un buen sitio para quedarse. Alrededor de ese negocio de la piedra había muchas otras tiendas de comida, restaurantes y pequeños hoteles. ¡Ya surgiría la oportunidad! Yo, desde luego, no iba a ser uno de los que las recogían con tanto esfuerzo y luego las vendían por nada o trabajaban —también por nada— para los dueños de las tiendas que luego las montaban y vendían a precios de ricos. La primera noche, estaba sentado al borde de la carretera a la entrada de la ciudad. Descansaba pensando en cómo empezar a buscar trabajo el día siguiente. Hacía horas que el pueblo dormía y la noche era profunda aunque yo veía con claridad, acostumbrado como estaba a caminar por bosques tan espesos y oscuros durante tanto tiempo. De pronto oí un ruido suave, como si cerca de allí alguien estuviera forzando algo. Mi oído también es muy fino por la razón que te dije: mucho tiempo atento a los ruidos de la noche, a los de las serpientes y otras alimañas nocturnas. Luego, se oyó un golpe seco y un gemido amortiguado. Rápidamente, supe de donde venía y de que se trataba. Yo también sabía robar. Me quedé quieto para no ser visto, y observé cómo dos hombres corrían por la carretera en dirección al pueblo que se estaba construyendo a toda velocidad unos kilómetros atrás. Llevaban un saco y la cara descubierta. A los negros no nos hace falta taparnos. El color de la noche es igual que el de nuestros ojos y piel. De día somos la sombra de la luz, y de noche la continuación de la oscuridad. Lo único que nos ilumina la cara son los dientes. Si vas con la boca cerrada y no enseñas donde están los huecos no es fácil identificarnos. Entendí rápido: eran ladrones de zafiros. Durante el día, aparentaban vivir pacíficamente del pastoreo y estaban construyendo un pueblo-granja para alimentar a la «ciudad zafiro». Durante la noche robaban. Así es la vida en esta tierra: una cadena de robos perfectamente engranada, que se va engrosando desde el extremo más débil. Ahí, en el principio de la cadena, el único robo es el de la salud a un cuerpo que trabaja sin descanso. Me acosté mirando hacia un cielo sin estrellas y me dormí tranquilo, sabiendo ya qué trabajo buscaría al día siguiente. Cuando me desperté con el primer calor de la mañana, el dueño de la caseta donde habían robado gritaba amenazante mirando a cualquiera como sospechoso. Me acerqué a él y le conté lo que esa noche pude oír y ver. A continuación le pregunté si necesitaba un guarda nocturno para vigilar su negocio. Me dijo que volviera al mediodía. Cuando lo hice ya tenía trabajo.

Un compañero de Razafindra entró en la jaula y le alcanzó una botella de THB, que Razafindra se bebió casi de un solo trago. El otro venía de reforzar el trabajo en

Manakara, hasta que la ciudad se calmó. Ya de regreso, se paró a comprar unas bebidas en un puesto que había en la salida hacia Vohipeno, que servía buena comida y bebida hasta muy tarde. Esa noche estaba cerrado por las circunstancias del momento, pero él era un cliente asiduo y conocía a la dueña. Detuvo el coche a la puerta con el motor en marcha e hizo sonar el claxon con un toque único y breve. Todo fue muy rápido. «Esta Beline es una gran chica», le dijo al policía que lo acompañaba y, de inmediato, arrancó.

Jaky estaba sentado en el suelo... Dobló la pierna mala y aprovechó ese intervalo para esconder su proyecto deforme de pie detrás del hueco de la rodilla que le dejó la otra. Quería evitar que Razafindra lo mirara de vez en cuando, sin poder disimular la repugnancia que le producía.

Razafindra aclaró con un carraspeo las últimas burbujas de cerveza que se le habían quedado atravesadas en la garganta y, tras escupirlas de forma certera a un rincón de la jaula, continuó, ahora con la voz más ronca:

—Se pusieron de acuerdo entre varios propietarios de las tiendas —todas vecinas—, y me contrataron por una cantidad que me pareció más que razonable. Nunca lo hubiera imaginado para empezar, añadió con un tono de orgullo. Además, tenían que proporcionarme un uniforme de guarda de seguridad —que de por sí ya fuera intimidatorio—, un buen palo con su empuñadura, un punzón o una buena hoja bien afilada —que pudiera entrar fácil y silenciosamente—, y un sitio seguro para dormir a cubierto durante las horas del día y no ser fácilmente identificado.

Hizo una breve pausa para encender un cigarrillo.

—Esa misma noche empecé a trabajar. Pasados unos días me dieron un uniforme parecido a los de la policía y un cubículo de cuatro paredes de barro, en el que sólo cabía yo y una mujer debajo... cuando me apeteciera. Para que descansara mejor, también me facilitaron un colchón arrugado y desnudo.

Jaky ahora imaginaba de donde venía esa cicatriz que le deformaba un poco la cara, y Razafindra se percató de su mirada.

—En el tiempo que trabajé de guarda nocturno para aquellos explotadores, a mis protegidos no les volvieron a robar. Una noche tuve que emplearme con violencia y yo también recibí ese rasguño en el que te fijaste. No consiguieron robar pero tenía la venganza asegurada. Había ahorrado suficiente dinero y una noche abandoné el puesto sin despedirme.

Razafindra pidió otra cerveza a su compañero que hacía la guardia y continuó hablando con la locuacidad que le iba proporcionando el alcohol:

—Durante el viaje, que por casualidad me trajo a Manakara, pensé que tenía que aprender a leer y luego me presentaría para entrar a formar parte del ejército o la policía. Esa opción me gustaba porque eres la autoridad y la gente te teme o te respeta —casi siempre porque te temen— y vas de uniforme generalmente limpio, no con los

harapos que siempre llevé encima, como los que llevas tú y la mayor parte de los hombres de esta tierra. Además, siempre consigues las mujeres que quieres. Aunque estén casadas da igual. Las amenazas, o les dices que vas a impedir que su marido trabaje, y ya está. Si aceptan, esperas a que oscurezca y, mientras el compañero se da una vuelta a ver qué pasa, haces la faena dentro del coche. Y si se resisten, con cualquier disculpa las metes una noche en la jaula y... Aquí tampoco se entera nadie más que tu compañero, que aprovecha para hacer una ronda alrededor del cuartel. Lo único de lo que tienes que tener cuidado es de hacerlo siempre con un compañero al que le gusta lo mismo que a ti. Al día siguiente, das un parte por desacato a la autoridad, las sueltas y ya está. Nadie averigua más. También consigues alcohol y tabaco en los bares y restaurantes, o de los pasajeros extranjeros, o de los propios conductores que transportan ganado u otra mercancía. Es muy fácil: a unos les amenazas con cerrarles el local porque incumple alguna ley —en todos los negocios hay leyes incumplidas—, o, si no, te inventas la infracción... Luego ellos no tienen medios ni saben cómo reclamar. A otros los paras en un control y les pides la documentación del coche, los certificados de las revisiones y que estén al día, el permiso de circulación, la máxima carga de transporte autorizada, o lo que quieras. Nunca falla. Siempre hay algo por lo que multar. Los conductores saben que o pagan en metálico, o en especies, o no siguen circulando. Entonces, aunque tengan todo en regla y nosotros no tengamos razón, acceden, porque si se retrasan en su llegada los que esperan protestan, amenazan con no pagar el servicio o no volver a contratarlo, y al conductor, además, lo echan del trabajo. Tiene muchas ventajas más. Siempre pagan —poco, pero pagan—. No como a los médicos o funcionarios de segunda fila, por ejemplo, que pueden estar meses sin cobrar. También puedes comprar alimentos y ropa en tiendas especiales a precios más baratos, hay escuelas para los hijos y, a veces, hasta consigues una casa con agua caliente. Si asciendes de rango... ya ni te cuento. Ya sabes... al ejército y a la policía siempre hay que tenerlos contentos. Somos la autoridad, representamos y defendemos la ley: justa o injusta, no importa cuál. Con el poder compras voluntades, y cuanto mayor es el poder mayor es el botín. Por eso quería entrar en el ejército o en la policía.

Jaky sintió una náusea que no pudo disimular. Éste tipo es despreciable —se dijo a sí mismo—, al tiempo que otro sentimiento tierno, intenso, se apoderaba de él. ¿Qué será de ella? ¿Dónde estará?

Razafindra no hizo caso de ese gesto y prosiguió:

—Con el dinero ahorrado me compré unas camisetas modernas —ésas que tienen pegadas las caras de cantantes extranjeros—, pantalones vaqueros y unas zapatillas deportivas. Cuando conseguí el trabajo de guarda de seguridad, con el uniforme me dieron también unas botas, para que pudiera usar los pies como arma si hacía falta. Una buena patada con una bota rompe un hueso —añadió en tono cada vez más

desafiante—. Al principio, me encontraba incómodo. Hasta entonces siempre había andado descalzo, como tú y la mayoría de nuestro pueblo, pero pronto me acostumbré a proteger los pies y, ahora, ya no los tengo acostumbrados a pisar piedras, pinchos, y toda la porquería que tapiza nuestros caminos. Mira, si tú hubieras llevado unas botas cuando la barca te atrapó el pie, seguramente ahora no tendrías esa cosa que llevas ahí, torcida, que no te sirve para nada. Con mi ropa parecía más de lo que era y me diferenciaba de todos vosotros. Hablé con el dueño de un pequeño hotel y me ofrecí como guarda de seguridad a cambio de una comida al día y una habitación para dormir en el suelo; de momento, no necesitaba más. Le enseñé mi uniforme y accedió. Me matriculé en una escuela y pronto aprendí a leer y escribir.

Jaky se sintió mal pero quiso seguir escuchando la historia. Además, ahora estaba en manos de la ley y podían hacer con él lo que quisieran. Su preocupación era donde instalarse durante las noches cuando lo soltaran de allí, si las cosas seguían igual. Hablaría con el patrón del taller para que lo acogiera durante unos días. Lo malo es que el propio taller era la vivienda familiar, y apenas había sitio para ellos: dormían, comían, y trabajaban todos en la misma cuadra.

Razafindra había hecho una pausa para escupir por enésima vez. Antes de retomar la palabra encendió otro pitillo.

—Entrar en el ejército era más fácil, pues como el gobierno sabía que se avecinaban tiempos difíciles estaban reclutando fidelidades a expensas de jóvenes sin trabajo ni futuro, a cambio de un uniforme, comida, y una pequeña paga. Pero ése era un trabajo peor. Podían destinarte en cualquier momento a cualquier lugar remoto, y, como soldado, siempre eres blanco de los contrarios. Yo ya estaba harto de selvas, cabañas, y la nada de los lugares remotos. No tenía ninguna duda de que era mucho mejor ser policía.

La parte final de su relato la adornó con un orgullo lleno de mezquindad.

—Sabía que si quería ingresar en la policía era necesario contar con un apoyo fuerte y, para ello, nada mejor que seducir a alguna hija soltera de alguien influyente. Estudié cuidadosamente a todas las que aun estaban libres y acerté con la de uno de los jefes locales de Manakara. El resto ya fue muy fácil... como te puedes imaginar. Por la mañana te soltaremos, pero hasta que las cosas no estén calmadas búscate otro sitio para dormir que no sea el mercado. Yo, ahora, voy a reflejar en el parte que fuiste detenido preventivamente por ser un «sin techo», pero si reincides podrías tener dificultades.

Jaky asintió sin hablar.

Antes de despedirse, Razafindra comentó en tono anecdótico:

—¡Por cierto...! ¡Fíjate lo que son las casualidades de la vida! Ayer te encontré a ti, pero hace unos días estábamos haciendo un control rutinario cerca de Manakara, en la carretera que la une con Vohipeno, y un conductor nos avisó que cerca de allí

había una chica tirada en la cuneta que estaba muriéndose o estaba muerta. Fuimos a recogerla y...

Se interrumpió para volver a respirar humo y escupir otro salivazo.

—¿A qué no sabes quién era? —le preguntó mirándolo de forma arrogante y esbozando una sonrisa malévol.

Jaky empezó a temblar por un pensamiento que lo atravesó como una descarga eléctrica. Razafindra pensó que era por frío, tanto tiempo sentado en aquel suelo húmedo y sin ninguna manta. No contestó.

Razafindra mantuvo la tensión de la incertidumbre durante unos segundos que parecieron interminables. Aspiró profundamente el humo y una parte del pitillo se redujo a cenizas que cayeron al suelo amenazando el pie de Jaky. Fijó su mirada en él mientras la nariz y la boca se alternaban en sus funciones de chimenea, soltando ráfagas y círculos que se iban deshaciendo en una nube que convertía el aire de la jaula en algo apestoso e irrespirable.

—¡Pues... era Vohilaba! —dijo, por fin, con un tono que sonó triunfante, como si estuviera liberándose de algo o vengándose de una paternidad frustrada—. Estaba sola y seguía oliendo como cuando yo la abandoné. Parecía muerta, pero aún respiraba. La llevamos al hospital de Manakara y la dejamos en urgencias. No me hagas mucho caso, pero creo que se murió. Yo había dejado mi nombre para que se pusiera en contacto conmigo si se curaba de aquello pero no tuve más noticias. Tampoco me importaba mucho tenerlas. Creo que para ella fue mejor. Con su problema no servía para nada.

Esta última frase la acompañó tirando la colilla al suelo dejando que se apagara sola.

Los temblores de Jaky llegaron hasta el cerebro, que poco a poco se fue nublando... Razafindra pensó que por fin se había quedado dormido. Le echó una última mirada a aquello que había sido un pie, esta vez sin repugnancia, pues gracias a eso él había conseguido su primer trabajo tirando de la cuerda.

Al cabo de unas horas, a Jaky le obligaron a recuperar la conciencia con un grito de:

—¡Despierta ya y andando, que esto no es un hotel!

En su cabeza se fue despejando perezosamente la niebla que tapaba unos pensamientos con forma de una horrorosa pesadilla. Se levantó sin decir nada, le obligaron a estampar su dedo manchado en un papel que decía algo que no entendía, y arrancó a andar por una calle que ahora le parecía de un lugar desconocido. Cuando se orientó fue directamente al Centro de Rehabilitación. No podía ni quería ir a trabajar. Al cruzar la entrada no atendió la pregunta de alguien que quería saber adónde se dirigía. Entró directamente en lo que hacía de despacho del cura y se desvaneció otra vez. Ahora ya tenía dos focos de supuración: el pie y el alma. Cuando

abrió los ojos estaba en una cama. Una chica con una sonrisa amable, limpia, abierta, que dejaba ver unos dientes blancos todavía sin ausencias le estaba ofreciendo una taza de café con leche y una rebanada de pan que aun no había tenido tiempo de endurecerse.

—Toma esto Jaky, te hará bien, y cuando estés recompuesto vete a ver al cura — le dijo con dulzura.

El cura acogió a Jaky en el Centro hasta que vinieran unos médicos españoles, que habían anunciado su visita en su camino a Farafangana. A través de la Superiora de la Misión habían contactado con él para examinar a los pacientes y ver a quienes y cuantos podrían operar.

La «chica de la sonrisa» se encargó de él hasta que empezó a salir de su ensimismamiento. Poco a poco, comenzó a hacer trabajos de carpintería para las obras de ampliación del Centro, que ya se habían iniciado. Era necesario construir escaleras de madera, andamios, marcos de puertas y ventanas. Eso era un entretenimiento para él y una manera de agradecer su acogida. Allí se sentía acompañado por gente más desgraciada que él y distraía sus pensamientos de aquella niña con la «fístula» que apenas conoció y tanto quiso...

El cura les daba noticias de la situación del país. Ellos no salían para nada del recinto. Un día les dijo que la situación se complicaba... Se rumoreaba que una parte importante del ejército estaba detrás del alcalde de Antananarivo. Siendo así, echar por la fuerza al actual Presidente y colocar al nuevo sería cuestión de días. A la mayoría silenciosa de Vohipeno poco le importaba que fuera uno u otro: todos acaban siendo iguales y engañan al pueblo con unas promesas que nunca cumplen.

El día del golpe, el ejército y la policía de Vohipeno y Manakara se dividieron entre los que lo apoyaban y los que no. Razafindra estaba entre los que no. Durante unas horas, hubo mucha tensión entre los que obedecían las órdenes de lealtad al gobierno —en defensa de la ley— y los que las habían defendido hasta hacía un rato pero, ahora, ya eran entusiastas enfervorecidos del otro.

Cuando se hizo la noche y se conoció el éxito del golpe los policías vencidos fueron arrestados por sus propios compañeros. Razafindra no llegó a la jaula. Algún marido deshonorado estaba al acecho y aprovechando la confusión del momento lo dejó seco y luego le cortó el arma del delito. Jaky no lo supo hasta un tiempo después. Fue entonces cuando celebró el triunfo del golpe.

Ocurrió el 16 de marzo de 2009, un mes después de aquél pisotón inútil.

Tras un tiempo inicial de incertidumbre, la situación política empezó a estabilizarse. Un día, cuando el otoño aún cálido agotaba sus fuerzas, el grupo de Cádiz, con Julio —el traumatólogo— a la cabeza, aterrizaba en Tana camino de Farafangana.

Capítulo 33

Esa mañana, el cura reunió a todos los tullidos del Centro y les dijo que por la tarde pasarían a visitarlos los médicos que venían de España, especialistas en huesos torcidos, atróficos, ausentes, infectados, bultos raros en brazos y piernas y cojeras para todos los gustos. Habían enviado una lista de los problemas que creían que podrían resolver, y, de acuerdo a esa primera lista, solicitaron examinar brevemente a los candidatos seleccionados. El cura leyó los nombres de los elegidos que tenían que estar listos para ser examinados por los traumatólogos en el momento que llegaran. No iban a poder dedicar mucho tiempo pues esa misma tarde noche tenían que continuar el viaje a Farafangana.

En la lista estaba el nombre de Jaky.

Cuando le tocó su turno, entró nervioso y asustado. Nada más verlo, los médicos dirigieron su mirada a aquello que colgaba de una pierna. Lo tumbaron en una camilla y se pusieron unos guantes para tratar de moverle el pie de un lado para otro sin conseguirlo. Aquello estaba rígido y acorazado por una piel dura —que no sentía como suya— en los sitios donde apoyaba, contrastando con la más fina de alrededor, ya desacostumbrada a las piedras y otras adversidades del terreno. Se fijaron en la supuración y entonces le pidieron la libretita donde debían figurar los detalles de la operación que le habían hecho. La hojearon varias veces sin encontrar lo que buscaban. Su cirujano anterior sólo había escrito que lo había operado y que debía hacer un tratamiento largo con un antibiótico. A través del cura intérprete y «la niña de la sonrisa» —que era quien lo curaba todos los días desde que estaba ingresado allí— pudo hacerles saber que el tratamiento apenas duró unos días, pues enseguida se le acabó el dinero para comprar más. Los dos médicos que lo habían examinado hablaron entre ellos, primero en su lengua y a continuación en francés: lo operarían de los primeros pues su caso resultaba sencillo, ya que, debido a la infección y a la propia deformidad, tratar de recuperar la función del pie resultaba prácticamente imposible... En todo caso, necesitaría varias operaciones y un tratamiento con antibióticos muy prolongado, aparte de la rehabilitación posterior, siempre que fuera posible. La operación mejor para él —continuaron explicando— sería amputarle el pie. Jaky, esto lo entendió sin necesidad de traducción, y le pareció mejor un espacio vacío que ocupado por aquello. Los médicos añadieron que la recuperación sería fácil y que ellos mismos se encargarían de conseguirle un pie de imitación, con el que podría apoyar y su cojera sería casi imperceptible.

Por primera vez desde que se había separado de Vohilaba, Jaky sintió una corriente de algo que atemperó su tristeza. Sólo le entró la duda de si en el futuro sería capaz de fijar las tablas y los troncos de madera tan bien como lo hacía con su

pie ahuecado. No se atrevió a preguntarlo pero sonrió cuando les dio la mano a los médicos.

—¡Ánimo Jaky, quedarás muy bien!, le dijeron al despedirse.

Cuando se marcharon y el Centro volvió a su rutina, ya era de noche. Camino de su catre «la niña de la sonrisa» se le acercó y sin decir palabra le enseñó toda la fila íntegra de unos dientes muy blancos. Jaky agradeció ese gesto fácil y refrescante que le regaló.

La operación resultó como estaba previsto. Fue rápida, según los cálculos que pudo hacer mientras estaba siendo operado con solo las piernas dormidas y se entretenía mirando a un reloj que había en la pared del quirófano, cuyas agujas le recordaban a él: «se movían pero apenas avanzaban». Por eso, le pareció que duró poco.

Cuando se recuperó de la anestesia, notó dolor en el pie que ya no tenía. Le pusieron un calmante que lo fue adormeciendo entre el recuerdo de Vohilaba y un futuro que tal vez podría vivir con una «sonrisa» a su lado...

Los médicos que lo operaron vigilaban diariamente su final de la pierna —ahora redondeado— y parecían tan contentos que antes de marcharse le hicieron fotos y tomaron unas medidas...

El día anterior a marcharse, se despidieron de todos: uno a uno. Cuando llegó su turno solo fue capaz de decir gracias, pero lo que sentía era algo mucho más profundo. La Misión se quedó vacía de médicos y enfermeras blancos, pero llena de agradecimientos. Jaky no sabía si volvería a tener un pie, aunque fuera de mentira; lo que si sabía era que tenía un futuro sin las risas de los demás y sin pus.

Partieron muy temprano, pero Jaky los esperó levantado, apoyado sobre sus muletas al borde del camino, enfrente del edificio blanco donde lo habían operado. Cuando el coche se acercaba, juntó las dos muletas en una sola para liberar un brazo y decir adiós. Al pasar junto a él, el coche se detuvo, se bajaron las ventanillas y salieron unas manos amistosas que se movieron acompasadas al ritmo de una mezcla de voces que sonaron con alegría y emoción.

—Veloma, veloma (adiós) —decían.

—Misaotra, misaotra (gracias) —respondió Jaky también agitando su mano.

A los pocos días recibió el alta y regresó al Centro de Rehabilitación. Estaba deseando enseñarle el vacío que había dejado el pie a «la niña de la sonrisa»...

Unos meses después, llegó la prótesis. Tras unos principios duros de adaptación, Jaky pudo empezar a andar, primero con el bastón que él mismo se había hecho y poco después ya sin bastón. Sus primeros pasos, sin apoyo ni cojeras, fueron para ir a buscar a «la niña de la sonrisa». Ella estaba ayudando a rehabilitar a otro, pero cuando Jaky se acercó, oyó el ruido de una bota al pisar... y se giró. Se quedaron frente a frente mirándose: él con los brazos abiertos y su mejor sonrisa dibujada en su

boca; ella con sus ojos húmedos fijos en los de él.

Por fin, sin dejar de mirarse, ella dijo:

—¡Jaky, ahora ya puedes ir a buscarla...! ¡Tu amiga no está muerta!

La sonrisa de Jaky se encogió y la fuerza de sus latidos golpeó hasta la bota, haciéndole sentir que la sangre también circulaba por ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con voz trémula.

—Pues... porque antes de que te pasaran a la consulta de los médicos que te operaron yo estaba presente en una conversación que tuvieron el cura y ellos. El cura se interesó por su labor y por todo lo que iban a hacer el resto de los médicos que también venían en el grupo. Le explicaron que había especialistas en quitar bultos externos e internos; otros en cortar las hemorragias de las mujeres; otros en devolver la vista a los que se quedan ciegos porque cuando se hacen mayores se les pone una cortina en los ojos, y otros en tratar a los niños.

El cura escuchó muy atento, y cuando acabaron de contarle todo eso les preguntó:

—¿Hay alguien que trate las pérdidas de orina por la vagina?

—No —respondieron uno de los cirujanos y la ginecóloga a la vez, como si estuvieran preparados para esa pregunta—. «Habrá que esperar a que vuelva el otro grupo que estuvo un tiempo antes; ellos si lo hacen —añadió la ginecóloga, al tiempo que se preguntaba por qué se interesaba concretamente por esa enfermedad, al igual que una de las monjas que fue a recibirlos al aeropuerto».

El cura se quedó pensativo... y la ginecóloga se percató de esa inquietud, expresando su curiosidad.

—¡Diga, padre! ¿Por qué la pregunta?

—Bueno... Porque es frecuente en nuestras jóvenes que viven alejadas o ignorantes de la atención sanitaria o no pueden acceder a ella aunque quieran. Aquí, añadió, tuvimos a una durante un tiempo y un día, sin decir nada, se marchó. Sentía mucha pena por aquella pobre chica abandonada, pero nosotros no podemos hacer nada por ellas. Bastante tenemos con todos estos pobres desgraciados inútiles que la sociedad también rechaza.

La ginecóloga con la que hablaba directamente le dijo entonces que sabían la historia de aquella chica. Se la había contado la monja en el camino del aeropuerto a la ciudad.

«La niña de la sonrisa» la volvió a lucir para decirle:

—Jaky... Vohilaba te espera en Akamasoa: «la ciudad de los buenos amigos». Cuando llegues a Tana pregunta por el Padre Pedro. Todo el mundo lo conoce.

Ahora Jaky también tenía los ojos húmedos por tantos motivos; algunos contrapuestos. Se giró sin decir nada, y echó a andar alejándose de «la niña de la sonrisa», que también se giró para seguir su trabajo con aquél niño espástico. Buscó el bastón en el que apoyarse, que había tirado al suelo unos momentos antes. Ahora lo

necesitaba para andar por la vida...

Capítulo 34

Vohilaba fue examinada por la nueva ginecóloga del hospital quien le estableció unas reglas estrictas de higiene. Como tenían escasez de pañales, sólo le dio dos para que se las arreglara y los lavara ella misma, cambiándoselo cada vez que lo notara mojado y teniendo siempre disponible uno limpio y seco. Le aconsejó unas pautas para la bebida de agua a unas horas y en unas cantidades determinadas, y le dijo que cuando comenzara a notar escalofríos acudiera a la consulta de inmediato. Ella sabía que una infección de orina podía resultar muy peligrosa, y muchas acabarían dañándole los riñones para siempre. Entonces, en tres o cuatro días, entraría en un sueño dulce del que ya no se iba a despertar.

Vohilaba se adaptó rápidamente a la vida de Akamasoa, un espejo en el que al gobierno no le gusta mirarse porque para hacerlo tienes que tener la mirada limpia; si no te devuelve la imagen del estercolero que fue. Allí se sentía querida y no había un hueco para el desánimo. El Padre daba ejemplo diario y no se lo hubiera permitido. Todo el mundo estudiaba y todos los que podían trabajaban; desde los más pequeños, que pronto eran los más expertos en partir piedras en la cantera. Lo tomaban como un juego y recibían una recompensa equitativa. Ninguno trabajaba gratis. Ya desde niños aprendían el valor del trabajo y del esfuerzo, y así, a golpe de martillazos, forjaban y le daban músculo a su dignidad.

Vohilaba no tuvo dificultades para aprender rápido a leer y a escribir; practicaba de día, de noche, a cualquier hora. Una tarde, cuando ya sabía, acompañó al Padre a la ciudad donde vive —o se creen que viven— el resto de la gente. Todos los anuncios, carteles y letreros tomaron vida, rompiendo el cerco tan estrecho que hasta entonces le había impuesto el analfabetismo. La información que ahora podía adquirir por ella misma le abría un mundo de posibilidades que nunca se hubiera podido imaginar. Se sentía más libre.

En su Residencia le gustaba ayudar a los demás, especialmente a los más niños y a los más viejos. A los primeros, porque sus cuidados la acercaban a una maternidad que había rozado y que echaba de menos; a los segundos, porque le recordaban a la mujer sola del mercado de Fianarantsoa. Así, cuando estuvo en disposición de orientar su vida en la comunidad hacia una u otra formación, tuvo dudas entre ayudar a los que padecían —quien sabe si algún día como enfermera— y la artesanal. Pensó en su fístula, y en que bien podría ocurrir que nunca la operaran o que no se curara, como la niña de la fístula de Fianarantsoa. Entonces, sería mejor hacer un trabajo que pudiera desarrollar en soledad, sin la preocupación de estar en contacto con los demás. Se inclinó por esta opción y pronto entró en el taller de costura. Haría vestidos con colores que disimularan las manchas de ahí —por si acaso—, y paños y manteles

como los que usaban para comer en la casa de los franceses en la que había trabajado la madre de Marie, y que a la propia Marie, siendo niña, tanto le fascinaban por sus colores y figuras representando escenas de la vida de su pueblo. A la cabeza le vinieron todas las imágenes de tanto que había visto, observado, y recorrido en su paseo errante por la vida. Estudiaba y cosía; cosía y estudiaba. Todas las horas eran pocas. Ahora la vida prometía.

Se acercaba el día de la ordenación de Siramamy. Todo estaba preparado para la gran Misa del domingo. Con su hermana se iban a ordenar otras tres postulantes. Vohilaba ya empezaba a sentir dudas acerca de sus inclinaciones hacia el Dios de los blancos —que también captaba entre sus fieles a seguidores y creyentes negros— y el suyo de color —que nunca convencía a los blancos—. Éstos tenían, además, la ventaja de que se reunían en sitios como las iglesias y catedrales que construían específicamente para ese fin. Mucho debían creer en su Dios para dedicarle esos edificios maravillosos que tanto dinero y esfuerzo costaban. Definitivamente, el de ella era mucho más pobre. Nosotros, pensó, nunca fuimos capaces de construirle nada, y cuando le rezamos a nuestra manera y le pedimos a través de los espíritus de nuestros muertos no lo hacemos de esa forma tan solemne ni con esos cánticos tan hermosos como lo hacen ellos. Además, por Él, son capaces de hacer todo lo que hacen por nosotros y renuncian a tener una familia o riquezas. Nosotros, sin embargo, motivados por nuestras creencias religiosas, nunca fuimos capaces de hacer nada por los demás. Pedimos pero no hacemos nada. Ahora que puedo leer esos libros que lee en la misa el Padre Pedro me voy a enterar mejor.

Capítulo 35

Poco después de la muerte de su esposa el padre de Alahady decidió que su vida ya no tenía más sentido que el de reunirse con el espíritu de ella. Sus dos hijos más pequeños estaban a salvo en Tangainoni y aprendían a leer.

Alahady trabajaba por ellos en el dispensario y, también, ayudando a las monjas en lo que hiciera falta. Así podía mantenerlos. De tarde en tarde iba a visitar a su padre a la aldea, pero hacerlo no le resultaba fácil por sus obligaciones y porque siempre dependía de que alguien estuviera dispuesto a llevarla y traerla en el día, aprovechando su viaje. El padre envejeció muchos años en poco tiempo: de soledad y tristeza. Ya solo pescaba para alimentarse él; no para vender su mercancía. No tenía ni fuerzas ni ganas para más. Solo quería esperar en la cabaña a que llegara su momento. La última vez que lo visitó su hija, al despedirse le dio un puñado de ariarys. Le dijo que eran unos ahorros que tenía guardados por si acaso, que él no los necesitaba y tampoco estaba seguro de poder defenderlos si a alguien se le ocurría buscarlos.

Alahady lo creyó y los aceptó. No sabía que su padre acababa de vender su canoa y sus aperos que tantas ollas y fuegos habían alimentado, porque había decidido que el día que Alahady lo visitara de nuevo sería la última vez. Cuando la vio desembarcar al otro lado de la orilla, de regreso a Tangainoni, se estaba poniendo el sol. Esperó a que desapareciera de su vista ya borrosa, se dirigió a su cabaña y sacó de debajo de unas tablas la botella en la que aún guardaba una cantidad de *betsa-betsa* —el jugo extraído de la caña fermentada con el que trataba de aliviar con pequeños tragos los momentos más duros de la enfermedad de su mujer, buscando enfrentar el calor de la fiebre al del alcohol, para que ahogara y quemara a aquellos seres invisibles que desde dentro la estaban consumiendo—. Cuando el sol se acostó, él también lo hizo tras vaciar la botella de una vez. La ocultó donde la guardaba y al poco empezó a sentir como el calor de su cuerpo adormecía sus pensamientos hasta que llegó a hacerlos desaparecer. Cuando salió de nuevo el sol él ya estaba frío.

Alahady se enteró cuando a Tangainoni llegó la noticia de que en la aldea del otro lado del río habían encontrado muerto a un buen hombre y gran pescador.

Poco después, a las monjas de la Misión les comunicaron desde Tana la fecha de ordenación de Siramamy. Una de ellas tenía que asistir, pues allí había sentido la llamada de Dios y allí se había forjado su vocación. Alahady pidió acompañarla. Ella también había tenido mucho que ver en toda esa transformación y deseaba estar a su lado en ese momento tan emocionante. No sabía nada de Vohilaba.

Al fin llegó el día señalado.

La casa madre de la Congregación se había vestido con sus mejores galas. Los

acontecimientos políticos por los que estaba atravesando el país desaconsejaron celebrar la ceremonia en otro lugar. Dos grandes jarrones llenos de flores de todos los matices y rosas que no conocían espinas adornaban el altar a cada lado. Flores especialmente seleccionadas por el significado de su color que la espléndida naturaleza de Madagascar prodiga por alcores, cerros, valles y llanuras: buganvillas, hibiscos, poinsettias y jazmines competían entre sí, disputándose los tonos más puros, pero, elevándose de forma majestuosa por encima del resto, sobresalían las más hermosas de las orquídeas. Las cuatro postulantes parecían intencionadamente figuradas en otros tantos jarrones más pequeños, rebosantes de ylang-ylang —la flor del perfume de pétalos amarillos y forma de estrella— traídas expresamente para la ceremonia desde la isla de Nosy-Be. Todo el conjunto floral completaba una decoración de flores abiertas, sonrientes, en la que los olores más excelsos y los colores que expresan los sentimientos más bellos estaban representados: el blanco, como símbolo de pureza, sinceridad, inocencia, y pudor; el amarillo, de gloria; el rosa, de juventud y de un amor apenas nacido; el naranja, de alegría y de un amor ya consolidado y pleno; el rojo, de un amor apasionado, con sus tonos oscuros simbolizando la constancia, la continuidad y la inmortalidad; el lila, de un amor sincero y desinteresado; el verde, de esperanza y optimismo; el azul, de gratificación, fidelidad y amor; y el violeta, de modestia, generosidad y humildad. Las flores inundaban la capilla de un perfume que a lo largo de la ceremonia iría compitiendo con el del arder de la cera de los cientos de velas y el del incienso. El órgano estaba dispuesto a la derecha del altar, para dar entrada y acompañar a las voces de la fe.

Dentro ya no cabía nadie más cuando las campanas clamaron con alegría el inicio del culto.

Las cuatro novicias vestidas de blanco se situaron delante del altar. Las monjas de la comunidad de Antananarivo y las venidas de otras diócesis llenaban las primeras filas de bancos. Detrás las seguían los hermanos religiosos misioneros de San Vicente de Paul y misioneros y misioneras de otras congregaciones que habían sido especialmente invitados. El resto de los bancos y pasillos laterales estaban abarrotados de hombres, mujeres y niños con sus mejores sombreros y sus más elegantes y vistosos vestidos, todos calzados. Entre tanta gente, y sin esperar encontrarse la una a la otra, Vohilaba y Alahady no se vieron.

Con la aparición del obispo de Antanarivo seguido de los demás oficiantes sonaron los primeros acordes del órgano, armoniosamente acompañados por las voces que entonaban el saludo inicial, preludio del Acto Penitencial de perdón, y el Gloria. Todas las voces sonaban al unísono perfectamente acopladas.

Los fieles se levantaban, se sentaban, o se arrodillaban —según el momento de la misa—, alternando sus cánticos con los diferentes rezos y plegarias.

En la liturgia de la palabra el obispo explicó la palabra de Dios. En Su Nombre

hizo la más enérgica y encendida condena contra la esclavitud... La esclavitud que supone la enfermedad que provoca el rechazo en vez de la ayuda; la esclavitud de la ignorancia y de la pobreza, que hace a los que las sufren esclavos y objetos de los que no; la esclavitud de la mujer respecto al hombre, que la explota y la rechaza cuando no la puede utilizar para sus fines; y la esclavitud que provocan los bienes materiales, que nos hace tan ruines al sustituir los sentimientos por las posesiones. La lucha contra todas esas esclavitudes es la que desempeñan nuestras misioneras y misioneros a todo lo largo y ancho del mundo. Por eso, subrayó con énfasis en el momento previo a la ordenación, hoy, la humanidad ha ganado una pequeña batalla al incorporar entre sus soldados contra la esclavitud a cuatro nuevas misioneras.

En el momento solemne de la liturgia de la Eucaristía, todas las almas se silenciaron y el cielo se encapotó sobre la capilla, como proyectando la sombra del Señor que, en el instante de la transformación del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesús, concentró toda Su Luz en las llamas de los cirios y candelas del interior. A continuación, las voces sonaron de nuevo sublimes y alegres en los ritos de despedida. Los timbres agudos y los más graves explotaron, a la vez, en una sinfonía de cantos de gran ritmo y belleza que los cuerpos acompañaron con movimientos de inocente sensualidad. Afuera ya volvía a lucir el sol.

Cuando acabó el acto, Alahady reconoció a Vohilaba reverenciando a Siramamy. La emoción con la que había vivido la ceremonia ya estaba siendo superada por la que ahora sentía.

Un impulso incontenible la llevó corriendo hacia ella y, sin mediar palabra, la abrazó fuertemente. Los cuerpos de las dos temblaron sincronizados mientras permanecieron fundidos en el abrazo. Cuando por fin se separaron para secarse las dos caras empapadas, Vohilaba le enseñó a Alahady a leer en las hojas de su piel el libro que habían escrito todos los caminos que había recorrido, huyendo y escondiéndose de la vida.

Al día siguiente, Alahady emprendió el regreso a Tangainoni. Ella, algún día, acabaría los estudios de enfermera, pero de momento tenía que cuidar de sus hermanos hasta que se valieran por sí mismos. Mientras, no los abandonaría.

Siramamy tenía que permanecer un tiempo más en Antananarivo, hasta que completase un ciclo de formación en la enseñanza y en los cuidados sanitarios más necesarios. Luego iba a ser destinada a una Misión que estaba en un lugar muy remoto del sur, para atender, con otra monja, un pequeño dispensario con escuela que eran los únicos que había a una distancia de dos días —en la época seca— de los siguientes más próximos. Allí, no se disponía de agua potable y la población —no censada— se estimaba en unas cincuenta mil personas que se dispersaban en pequeñas agrupaciones de chozas. El año anterior, la sequía sembró de hambruna, enfermedades y muertes la región.

Capítulo 36

Ya había transcurrido un año desde nuestra anterior visita a la Misión y resultaba emocionante volver.

Cuando salimos del aeropuerto de Tana ya era muy tarde. La monja que nos recibió nos preguntó qué plan de viaje teníamos... Querían saber si al día siguiente podíamos visitar a una joven con una fístula que estaba ingresada en el hospital de Akamasoa, con una infección grave. La ginecóloga que la atendía le había dicho que mientras no se tratara la fístula tendría estos mismos episodios una y otra vez, y en alguno de ellos podría desencadenarse una infección generalizada por el paso de los gérmenes de la orina a la sangre o porque los riñones se convirtieran en unas bolsas de pus, ya sin solución. Así de bien se expresó.

Durante un rato, hablamos entre nosotros sopesando todas las opciones. Mientras, la monja nos miraba ansiosa y nos escuchaba, aunque no entendía nuestras palabras. Finalmente le hicimos saber que si la paciente ya estaba diagnosticada y en el momento actual le estaban tratando la infección nosotros no íbamos a poder hacer otra cosa que operarla, y allí no podría ser. Le sugerimos que cuando se recuperara de la fase aguda actual se trasladara acompañada a la Misión y la operaríamos.

—Eso ahora parece difícil —expresó la monja con pena y resignación—. Ella está sola y no tiene a nadie que pueda acompañarla para hacer el viaje en estos días.

—Bueno... Ya veremos a ver qué podemos hacer... Pero aquí no podemos quedarnos —respondí con preocupación—. Además de tantos otros sufrimientos, hay muchas como ella esperándonos en Farafangana, seguro que en condiciones más precarias —añadí.

Lo comprendió, pero no pudo evitar su preocupación y sensación de desesperanza. Era el tercer ingreso de la joven desde que se había marchado la ginecóloga que le había dado vida a su historia. Todos percibimos su desazón.

En el viaje no dejé de pensar una y otra vez en aquella chica aún sin rostro. Me parecía horroroso tener que vivir orinándose continuamente sin control, siempre mojada, siempre con la piel irritada, siempre sucia y oliendo mal, siempre repudiada, siempre sola y abandonada, nunca más querida, con el recuerdo indeleble de un hijo muerto que pudo haber nacido y aún encima dejó esa huella maldita, viviendo de la limosna, mal nutriéndose de los restos o del pequeño hurto, sin plato, sin un cubierto, sin techo, sin agua, sin luz, sin nada. Esa noche, antes de dormirme, me vino a la cabeza la imagen de la mayor parte de ellas: cara de color marrón o negro, pelo rizado (en algunas de forma ordenada siguiendo el estilo africano con sus calles paralelas y perpendiculares entre sí; en otras anárquico, rebelde, embrollado con toda su espesura), ojos grandes y oscuros, mirada triste o ausente, labios gruesos, cuerpo

menudo cubierto o descubierto por una ropa harapienta de colores deslucidos, pelvis estrecha, piernas delgadas, pies agrietados y, entre ellos, un pequeño charco siempre anunciando su presencia.

Hacía varias horas que la noche oscura, tan sola rota por los faros del coche que avanzaba a trompicones por una carretera maltrecha, nos acompañaba cuando, por fin, llegamos a la Misión.

Con los primeros rayos del sol, salí a pasear y aprecié con íntima satisfacción las mejoras que se habían producido desde nuestra última visita. Algo, mucho, estaba cambiando.

A partir del momento que empezamos a operar, sólo dejamos enfriar las luces del quirófano durante un rato en la noche, tiempo que aprovechaban Jean Paul y Gaurin para dejar todo listo para el día siguiente. Yo centré casi todo mi trabajo en las fístulas. Hubo operaciones de gran dificultad. Una paciente resultó especial. Tenía apenas quince años y venía sola. Aportaba un informe breve, pero perfectamente elaborado, con la firma de una ginecóloga del hospital público de Fianarantsoa. Aparte, enviaba una nota en la que manifestaba su deseo de haberla acompañado para presenciar la operación, pero en ese momento era la única ginecóloga en servicio y no podía dejar sus obligaciones por tantos días. Luego, supimos que la niña había sido abandonada y ella le había pagado el viaje. Primero, había intentado cerrar la fístula, pero la operación había fracasado. En esta paciente tardamos más de siete horas en reconstruir todo y repararla. Lo que seguro que no le pudimos reparar fue la herida que la le había dejado en su alma. Ésa es incurable. En otra, cuya familia vendió las cuatro cabras que tenía para pagarse el viaje de tres días desde un sitio no muy lejano, pero casi incomunicado, la fístula también comprometía al recto: ahora salía orina, ahora los excrementos, y, en plena fiesta, las dos cosas juntas. Esta paciente fue enviada desde uno de esas pequeñas Misiones que tiene la Congregación en lugares aislados y remotos: en el tiempo y en la distancia. Todas eran historias llenas de dramatismo de la vida y de la enfermedad que arrastraban sin hacer más ruido que el de las gotas cayendo.

Al tercer día de estar allí, la Superiora me llamó para comentarme que en una visita que acababa de hacer al Centro de Vohipeno, un joven que cojeaba ligeramente por un pie protésico se le acercó cuando ya se subía al coche para regresar y le preguntó cuando venían los cirujanos de las fístulas. Ella le informó, y él, con expresión de sorpresa, alegría y ansiedad, le preguntó: «¿Hasta cuando están?». Nada más decírselo, le dio las gracias varias veces: «*Misaotra, misaotra, misaotra*», y apuradamente desapareció, corriendo de una forma que parecía como si en las piernas llevara puesto un intermitente.

Una mañana, al finalizar una de las intervenciones, me anunciaron una visita especial. Al salir del quirófano y dirigirme hacia la salita donde teníamos preparado

el café vi a Beline. Enseguida la identifiqué. Era una chica alegre y agradecida. Recuerdo vívidamente la emoción que me hizo sentir el día que nos despedimos de todos los pacientes la vez anterior. Al acabar de pasarles la visita del adiós, todo el personal que había trabajado con nosotros —lavadoras, planchadoras, limpiadoras, cocinero, celadores, auxiliares, enfermeras y alguna monja— nos reunieron en la salita que hacía de comedor del mediodía —contigua a las habitaciones donde estaban los pacientes—, corrieron las cortinas para darle cierta intimidad al acto, y Jean Paul, en nombre de todos, del pueblo de Farafangana y de Madagascar, nos dirigió un solemne y emotivo discurso de agradecimiento y despedida. A continuación, nos entregaron un regalo de recuerdo a cada uno, y empezaron a cantar y bailar una canción preciosa que sonaba a nostalgia y alegría, que emocionaba y contagiaba. No recuerdo su nombre pero siempre les pido que la canten cuando llegamos y nos despedimos. Al oírlo, y sin pensarlo más, Beline, que desde poca distancia escuchaba la ceremonia, acomodó la sonda vesical en su cintura bien sujeta con el pareo, descorrió las cortinas y se sumó al canto y baile. Yo, viéndola, no podía hablar. Cuando acabaron la canción se acercó a mí y me abrazó. Mi piel guarda su memoria.

Beline supo que estábamos en la Misión porque la pareja de la policía que ponía el control cerca de su restaurante nos había parado, y, luego, cuando hicieron la visita rutinaria a su local le dijeron que sus médicos estaban otra vez camino de Farafangana. Al verme, sonrió con desparpajo y me dio dos besos tímidos, pero sinceros. Cerca, manteniéndose al margen, había un hombre claramente mayor que ella, con la cabeza adornada con el típico sombrero malgache y luciendo una gabardina —aunque nada hacía presagiar lluvia— que dejaba al descubierto unas piernas delgadas bien sujetas por un calzado singular. Nos observaba con disimulo pero con atención.

Le manifesté a Beline mi alegría por verla así y le pregunté qué era de su vida.

Jean Paul hizo de traductor.

Beline se mostró primero agradecida y luego, con ojos llorosos de alegría, comenzó a contar su breve historia desde el momento en el que se reencontró con su padre en la estación:

—Con la ayuda de mi madre y hermana empezamos el negocio de cocinar cosas sencillas y sabrosas... Mientras, mi padre utilizaba sus exiguos ingresos diarios en comprar y trasladar ladrillos para hacer una casa que él mismo estaba construyendo. La casa estaba concebida para convertirse en mi nueva vivienda, sustituyendo a la cabaña de la abuela, y tendría una cocina con un buen fogón y una pequeña sala al entrar donde, más adelante, pondríamos unas mesas y unas sillas para los que quisieran comer sentados. El negocio empezó a ir cada vez mejor y, poco a poco, fui ensayando las recetas que había aprendido de aquel buen hombre español y su mujer

malgache, a los que ahora les hacía la competencia con mi pequeño restaurante. Mi hermana y yo tuvimos que aprender a leer y escribir para saber leer el menú y tomar nota de lo que piden los que vienen a disfrutar de la comida en el comedor, y, luego, poder hacer las cuentas. El señor que está ahí, dijo señalando al hombre de la gabardina, también me ayudó mucho antes de que me operaran. Ya curada, un día vino a buscarme para que juntos montáramos un negocio de fabricar y vender papel y sobres «*antaimoro*». Yo, con el negocio de las comidas, no tenía tiempo, pero le presenté a mi padre y entre los dos lo hicieron. No lo fabrican. Eso lleva mucho trabajo. Sólo lo venden. Mi padre y él se entendieron muy bien, y ahora llevan entre los dos la tienda que comunica con el restaurante, que construyeron ellos mismos. Mi padre se encarga de sus baratijas de siempre, las que antes trataba de vender a los turistas en su puesto callejero de la estación y que casi ninguno le compraba: los que venían, porque después de tantas horas de viaje en tren estaban deseando llegar a su hotel o ya las habían comprado en las paradas que hacían por el camino; y los que se marchaban, porque a esas horas de la mañana nadie tiene ganas de comprar y lo único que quieren es coger su sitio y acomodar sus bultos cuanto antes. Ahora, los que se paran a comer tienen tiempo para curiosearlas mientras esperan a que se les sirva o se les cobre. Si se quedaron contentos con la comida es frecuente que se gasten la vuelta del dinero en alguna de esas cosas, aunque lo que más se vende es lo del papel con las flores. Desde que hubo esa revuelta, la policía viene al restaurante a echar un trago y comer algo, pero ya no me amenazan. Antes, había dos... que siempre me decían que si no les servía bebida y comida gratis me cerrarían el negocio o una noche le iban a prender fuego.

En ese momento, me avisaron del quirófano que la siguiente paciente ya estaba preparada.

—Ya no le entretengo más, doctor —me dijo tímidamente con su rostro iluminado por una mirada emotiva y una bella sonrisa—. Les traje unos «*kobara vina*» y «*masikita*» hechos por mí, a ver si les gustan. Mi marido también quiere darles unos papeles y sobres con las flores.

Le di las gracias al hombre de la gabardina y otros dos besos a ella. Ese día tenía una motivación extra para operar.

Cada día, antes de empezar y al final de nuestras interminables jornadas, pasábamos por las habitaciones y observábamos con impaciencia y temor si la compresa estaba seca o mojada. Cada noche nos acostábamos con la incertidumbre de cómo estarían al día siguiente.

Las pacientes entraban en el quirófano asustadas. Al ponerlas en la posición propia para operarlas, indefectiblemente salía el chorro de orina que mojaba la mesa y el suelo, y ya impregnaba de olor el quirófano. Ese olor se quedaba grabado en el olfato durante unas horas después y volvía a renovarse con la siguiente. Ese olor

merece cualquier esfuerzo para ser erradicado.

Cada visita era un estímulo para operar más y más. Las miradas inciertas de las niñas observando nuestra expresión cada vez que levantábamos la ropa, tratando de adivinar si todo iba bien o no, y la sonrisa de alivio, agradecimiento y esperanza con la que correspondían a la nuestra al ver la compresa seca, no se pueden describir ni olvidar.

Aunque la vida de cada paciente era una historia para escribir, compitiendo entre ellas a ver cuál se llevaba el premio a la más penosa, todas las noches pensaba en la niña ingresada en Tana y todas las mañanas preguntaba si había venido alguna fístula más. Cuando ya habíamos pasado el ecuador de nuestra estancia, decidí que si no se presentaba, cuando regresáramos de vuelta a Tana, en las horas de la tarde antes de coger el avión de la noche, tendría tiempo de ir a visitarla y prometerle que volveríamos y la operaría la prime.

Capítulo 37

Cuando Jaky supo que Vohilaba estaba viva solo tenía en su cabeza ir a buscarla algún día. Ahora se podía mover, tenía un trabajo que le proporcionaba unos ingresos que bien administrados le iban a permitir construir su propia casa y, tal vez en el futuro, incluso montar su propio negocio. Ya tenía prestigio como carpintero y dominaba la madera a su antojo. Él estaba seguro de que si Vohilaba no se había puesto en contacto con él era por su enfermedad, que la estaba amenazando. Cuando juntara un poco más de dinero iría a verla. A ella seguro que también le encantaría verlo curado y andando así, libre de obstáculos y burlas, y además podría devolverle el amuleto que siempre llevaba colgado en el cuello, para que ahora le tocara disfrutar de la suerte a ella. Por su cabeza pasaba con frecuencia la idea de una vida juntos. A él no le importaría no tener hijos, si ella no podía. En cualquier caso, siempre lo intentarían. Con su trabajo comerían más y mejor, y ella, ya curada, recuperaría esa belleza especial que tenía. A él le gustaba ya desde niña. La recordaba en la aldea siempre alegre y divertida. Al no tener el contrapunto de la riqueza la pobreza no existe. Es lo que hay y nada más. Por eso, en las aldeas que no tienen contacto con la vida que se ve en las ciudades —donde la gente si tiene dinero compra y si no lo tiene lamenta no tenerlo porque se compara con el otro—, los niños viven alegres, ríen, cantan, juegan con un palo o saltan con una liana convertida en cuerda o hacen una bola con hierbas que atan y durante un rato —hasta que se deshace— le dan patadas. Y todos son igual de pobres o igual de ricos y así no conocen la ambición ni la envidia. Cuando se hacen mayores es peor. Los hombres a veces se emborrachan, violan o matan, y las mujeres sufren toda esa violencia, y, si no sirven, el abandono. Vohilaba y él sufrieron todo lo malo de la vida y tal vez por eso se entendieron y algún día podrían desquitarse.

Cuando la monja le dio la noticia, Jaky no lo pensó más ni se lo dijo a nadie. Salió del Centro y buscó el primer autobús o camioneta, o lo que se moviera, para llegar ese mismo día a Manakara, al siguiente coger el tren a Fiana —si tenía la suerte de que coincidiera la fecha— y esa misma noche, como fuera y en lo que fuera, llegar a Tana. En dos días podía hacer el viaje de ida y en otros dos el de vuelta. Así, Vohilaba llegaría a tiempo de ser operada. Si no, esperarían a la siguiente ocasión y, mientras tanto, él acabaría de construir la casa y aprendería a leer para manejarse mejor en su negocio. Seguro que Vohilaba ya sabía. Ahora le tocaba a él ponerse a su altura.

El tren coincidió, y dos días después, en la madrugada, Jaky llegó a Tana sentado en la parte de atrás de una camioneta cargada de bultos, gracias a unos ariarys que le dio al conductor. Se dirigió al convento y esperó fuera a que sonara la campana

anunciando laudes.

Cuando se apagaron las voces de la oración llamó a la puerta. El guarda de seguridad que le abrió no estaba dispuesto a dejarlo pasar para molestar a las monjas a una hora tan temprana. Jaky insistió con voz elevada en que era urgente y, al oírlo, una monja se acercó a ver qué pasaba. Jaky le expuso el motivo de la urgencia y la monja se retiró diciéndole que iba a consultar y que esperara un rato.

Al cabo de un tiempo, que se hizo interminable, otra monja se dirigió a él y le dijo que la persona por la que preguntaba creía que seguía ingresada en el hospital de Akamasoa, pero como no estaba segura, tal vez fuera mejor que primero preguntara en la Residencia en la que vivía en lo alto de la colina. Aquél edificio que ves allí — dijo señalando con el dedo.

Jaky dudó unos instantes, pero pensó que para no perder tiempo era mejor ir antes a la Residencia. El sol ya alumbraba y despertaba a la ciudad, pero al fondo se empezaban a asomar unas nubes que amenazaban lluvia. Cuando inició la marcha, ahora cojeando ostensiblemente al querer ir deprisa, un coche que sonaba a chatarra se detuvo a su altura y el conductor, al verlo andar así, le invitó a subir y le preguntó si quería que lo llevara a algún sitio. El coste del servicio sería la voluntad —añadió.

Cuando llegaron a la parte alta de la colina y se detuvo ante la puerta de la Residencia vio a unos niños uniformados que se dirigían corriendo y jugando alegres en su camino a la escuela, con sus pequeñas mochilas cargadas de un futuro mejor. Mientras esperaba a que alguien abriera la puerta tuvo tiempo de echar una ojeada rápida a la vista que se ofrecía de Tana, desde su lugar más alto. El sol tempranero aún difuminaba la pobreza que se vive en todas esas colinas cubiertas de casas salpicadas por algunos edificios como nunca había visto hasta entonces, demostrando con ellos porqué es la capital. La vista era hermosa. Al fondo se adivinaba el lago central rodeado de un pequeño parque, donde están los edificios más modernos, y mirándolo desde arriba, la colina con otros más antiguos y nobles, reliquia de la época colonial. Debajo y a un lado de la Residencia ya estaban hombres, mujeres y niños sustituyendo el murmullo lejano de la ciudad por el del martilleo de las piedras de la cantera que se abría a sus pies.

La puerta se abrió y pudo preguntar. Una mujer en tareas de limpieza fue la encargada de averiguarlo. Le dijo que Vohilaba seguía ingresada.

El taxista estaba esperando por si acaso y, rápido, lo llevó al hospital. Al llegar aún se acumulaban en la entrada los familiares y enfermos que esperaban en un silencio resignado el momento de acceder al interior. Jaky no esperó su turno. Entró de forma decidida ofreciendo unos billetes al guarda, quien al ver su expresión de angustia lo dejó pasar sin aceptarlos.

Cuando entró en la habitación en la que Vohilaba dormía plácidamente, con una respiración rítmica pero irregular, su pie de verdad se tambaleó al verla así. La

habitación olía a algo extraño. La bolsa que contenía la orina estaba vacía y ése no era el olor que conocía Jaky. No supo cuanto tiempo pasó hasta que entró una enfermera. Jaky, que ahora le apretaba una mano y con la otra le acariciaba la frente sin dejar de mirarla, le preguntó qué pasaba. Ella reconoció su estado preocupante e incierto. Desde hacía unos días no respondía al tratamiento. Los riñones producían ya poca orina, la fiebre seguía, desde hacía unas horas la tensión bailaba en los límites bajos y el pulso era cada vez más débil. Poco a poco, escalonadamente, su mal la iba venciendo y empujando hacia un sueño que parecía dulce. Ahora, pocas veces abría los ojos. Para combatir la infección estaban esperando a que llegara un nuevo medicamento que allí no tenían. Había sido enviado desde el extranjero por una doctora que la había atendido durante un tiempo en el que llegó a tener una relación muy especial con ella, pero aún estaba retenido en la aduana del aeropuerto por los trámites burocráticos y no se lo habían podido administrar. La enfermera salió de la habitación y le dijo que ahora pasaría su médico y podría explicarle más.

Jaky se inclinó para besar los labios de Vohilaba y ya supo de donde venía ese olor que impregnaba de malos augurios la habitación.

Cuando entró la ginecóloga, le preguntó si él se llamaba Jaky. Respondió afirmativamente con la cabeza sin dejar de mirar a Vohilaba. Entonces se acercó a él y con sus dos manos cogió la suya, apretándola en señal de afecto o pesar. A continuación, le explicó que estaba entrando en coma urémico producido por infecciones repetidas de orina que habían ido destruyendo los riñones. Esperaban un antibiótico mucho más fuerte que los que le habían administrado, pero se estaba deteriorando por momentos y no sabía si llegaría a tiempo de poder tratarla. Jaky ya no prestaba atención, hasta que la doctora añadió:

—Jaky, Vohilaba habló mucho de ti y del plan que teníais los dos de ayudaros el uno al otro para curaros. Se interesaba mucho en saber si podría tener relaciones y qué posibilidades tenía de tener hijos si se cerraba la fístula. Debe de quererte mucho, aunque un día me dijo que nunca te lo había hecho saber. Estaba muy esperanzada en su futuro desde que fue acogida en Akamasoa. Aprendió a leer con facilidad y ya cosía muy bien. Cuando se empezó a encontrar mal me confesó que ella seguía creyendo en su dios negro pero que ahora le rezaba al blanco.

Vohilaba abrió los ojos y vio a Jaky. Enseguida los volvió a cerrar, esbozando una sonrisa de paz en el instante en que la enfermera irrumpió en la habitación y, agitadamente, dijo que se acababa de recibir una llamada de la aduana informando que ya se podía ir a recoger el envío. Nada más colgar, sonó de nuevo el teléfono de forma contumaz: ¡Aló, aló! ¡Bonjour, bonjour! ¡Aló...! No había manera de establecer la comunicación, que se interrumpía una y otra vez. En uno de los intentos se oyó una voz lejana, entrecortada, amarga, y a la enfermera le pareció reconocerla en el instante que se apagaba otra vez.

La doctora salió de la habitación y se dirigió hacia donde estaba el teléfono, por si volvía a sonar. Juliette lo intentaba una y otra vez...

Cuando se quedaron de nuevo solos, Jaky acercó su boca al oído de Vohilaba y le susurró:

—Vohilaba... Vohilaba... Soy Jaky. ¿Te acuerdas? ¿Me escuchas? No hables... Sólo mueve la cabeza. Ya llegó tu medicamento. ¿Me oyes? Te vas a curar. Vine a buscarte y ya nunca te abandonaré. Iremos donde tú quieras.

Al cabo de un momento, Vohilaba movió los labios y, con una voz casi inaudible, dijo:

—Llévame a Farafangana.

En ese momento una lluvia fina caía sobre París. En Tana también amanecía oscuro...

EPÍLOGO

Ésta es una historia basada en hechos reales, aunque algunos de los personajes son ficción.

Son reales: los hechos políticos que se refieren; la descripción de los lugares geográficos y las condiciones ambientales en las que discurre la acción, recreando de forma fiel la forma de vida de la mayor parte de los habitantes de Madagascar; la existencia de la Misión de Ambatoabo, que data de 1902, una leprosería perteneciente a la Orden religiosa de Las Hijas de la Caridad, en Farafangana, una pequeña población situada en el sudeste de Madagascar, a orillas del Índico, y la de Tangainoni, también de la misma Orden, en el interior, a la que se tiene acceso desde Farafangana a través de una carretera, a veces convertida en camino difícilmente transitable, que un punto es cortada por un río que se cruza en una barcaza movida por la tracción humana de unas cuerdas que unen las dos orillas. Allí, en sendas aldeas ribereñas de unas pocas chozas, se ubican los lugares en donde transcurren los inicios de la trama de los tres protagonistas principales: Vohilaba, Razafindra y Jaky. También son reales la vida, la dedicación y los servicios que prestan a las comunidades de Farafangana y Tangainoni las Misioneras en su quehacer diario; el Centro de Rehabilitación de Vohipeno, población situada entre Manakara y Farafangana, creado por un sacerdote que siendo siempre el último de la clase, un día, un superior lo convenció para dedicarse a los discapacitados, haciéndole ver que él triunfaría en esa actividad, pues nadie mejor que él conocería lo que es ser precisamente un incapaz; y la ciudad de Akamasoa, con su cantera, las casas construidas por sus habitantes rescatados de la miseria, el hospital, las escuelas, la residencia de acogida a huérfanos y sin techo, los talleres de artesanía, el polideportivo, el campo de fútbol, una ciudad fundada y creada por el Padre Pedro Opeka —personaje excepcional—, cuyos datos biográficos son reflejados con absoluta fidelidad. Es real la existencia del drama de las fístulas vesico-vaginales en adolescentes que no llegaron a ser madres, producidas por los partos obstruidos sin asistencia médica alguna; y es real que el autor de la novela junto con diferentes grupos de cooperantes médicos y enfermeras se desplazaron de forma altruista a la Misión, ininterrumpidamente desde 2005, para desarrollar un programa médico-humanitario, que gracias a donaciones de grupos y personas está dando lugar a la construcción de un modesto complejo hospitalario, que ya consta de un bloque quirúrgico con su quirófano, sala de despertar y habitaciones de hospitalización, otro de urgencias que también incluye consultas, laboratorio, radiología y farmacia, y que se finalizará con la construcción de un bloque materno-infantil cuando se disponga de los medios. Allí, realizamos operaciones de todo tipo, asistencia a partos y atención

pediátrica, y el autor lleva a cabo un programa específico de tratamiento quirúrgico de las fístulas vesico-vaginales de origen obstétrico —la enfermedad innombrable—, tras haberse desplazado al Addis Abbaba Fistula Hospital, en Etiopía, el hospital del mundo con mayor experiencia y dedicación exclusiva a esta patología, con más de cuarenta mil mujeres operadas. Su tratamiento quirúrgico es muy complejo y si no se tienen los conocimientos y entrenamiento específicos el índice de fracasos es muy alto. Es real el drama que supone para las pobres mujeres que la padecen —unos tres millones en el África subsahariana—, la mayoría todavía adolescentes, que inmediatamente son rechazadas por sus maridos y familias.

Son ficción: los personajes y la historia que se cuenta, pero bien podría ser una entre las muchas en las que discurre la vida de todas esas adolescentes y mujeres, de forma tanto o más dramática, que el autor conoce de primera mano.

Algunas palabras de justificación y agradecimiento

Siendo aún niño ya sabía que quería ser cirujano, como mi padre. Un día, siendo adolescente, él me regaló la biografía de Albert Schweitzer, que leí de forma apasionada. Su vida, su persona como ser humano, médico y a la postre viajero me llenaron de admiración. Ésa es la referencia inicial a la que acuden mis recuerdos de cómo nació en mí la conciencia y se despertó el sueño de África. Entonces, ya supe que algún día mis ojos querían verla y mi piel palparla, sentirla. Y así fue años después. Las dos grandes pasiones de mi vida, la cirugía como medio para aliviar, y viajar para entender el mundo, fueron creciendo como burbujas y marcaron mi camino de forma indeleble.

Unos primeros contactos esporádicos, inciertos, me permitieron conocer a fondo la pobreza extrema de ese continente rebosante de color, de belleza salvaje y grandes riquezas explotadas sin escrúpulos por unos y por otros. Vi, sentí, las miradas vacías de esperanza de un futuro que para ellos, los africanos, no existe, y la ausencia absoluta de salud en todos esos niños y niñas, hombres y mujeres, cuyo único objetivo diario es sobrevivir y llegar a la noche, entre tantos azotes y miseria. Al fin, un tiempo después, llegó la oportunidad de poder concretar una labor médico humanitaria mantenida en la Misión de Ambatoabo, en Farafangana, Madagascar, perteneciente a la Compañía Religiosa de Las Hijas de la Caridad. Allí, en una de las zonas más castigadas por la pobreza, un día de agosto de 2005 Julio R. de la Rúa (traumatólogo), Marta Devesa (ginecóloga), Pere Barri (ginecólogo), Mila Pretel (anestesióloga), Raquel Fernández (anestesióloga) y yo (cirujano), con la ayuda de María Jesús Fernández (Fundación Kalimedes), desembarcamos en la Misión de Ambatoabo con los medios básicos para diagnosticar, anestesiar y poder hacer nuestras operaciones, Desde el primer momento Julio y yo ya supimos que no habría marcha atrás.

A partir de entonces desarrollamos una labor ininterrumpida mediante desplazamientos anuales en los que cada vez participan más médicos y enfermeras, abarcando más y más especialidades. Para un médico occidental resulta inimaginable tanto sufrimiento, tanto dolor, tanta tragedia alrededor de cada enfermedad y de cada enfermo. En mí, este escenario, se fue concentrando en la miseria física y moral a la que se ven abocadas las jóvenes que pierden al hijo no nacido por falta de asistencia en el momento del parto y, en su lugar, les queda la secuela de las terribles fístulas (comunicaciones) que se producen entre la vejiga y la vagina, siendo entonces abandonadas por su marido, su dueño, y sus familias, y condenadas a una vida solitaria, errante, difícil de describir. Es por ello, por lo que de tantas historias que viví, de tantas miradas de esperanza antes de la operación y de desilusión o alegría incontenible después, escribo esta novela para intentar plasmar la vida de una de estas

jóvenes imaginarias en Madagascar, esa tierra mirífica tan pobre como hermosa.

Quiero agradecer a todos los compañeros anesthesiólogos (Milagros Pretel, Raquel Fernández, José Ángel Palomo, Gloria del Olmo, Berta Iglesias, Guillermo Mañana, Beatriz Romerosa, Roberto Hiller, Manuela Loren, Mar Felipe), cirujanos (Julio R. de la Rúa, Gervasio Salgado, David GarcíaTeruel, Miguel Lumi, Alejandro Gutiérrez, Julio Cataldo, María Díez Tabernilla, Pavle Kosorok), ginecólogos (Marta Devesa; Pere Barri, Carol Strate, Laura Marqueta, Mariano Rossini), pediatras (Estefanía Romero, Ana Jiménez), enfermeras (Montse Perea, Mayte Lázaro, Eloísa Romero, Encarna Fernández Gil, Charo Carreira, María Eugenia Pantrigo) y estudiantes (María Lizariturry, Marta Lizariturry, Alfonso González de Francisco) que me acompañaron en las diferentes expediciones; a los Hospitales (Puerta del Mar, Cádiz; Institut Dexeus, Barcelona; Ramón y Cajal, Madrid), Grupos (Club Rotario Puerta de Hierro, Madrid), Fundaciones (Fundación Kalimedes y Asociación Andaluza de Cooperación Sanitaria), Instituciones (Ayuntamiento de Alcobendas, Madrid) y donantes anónimos que dotaron con material o financiaron parte de las obras de construcción del Hospital Saint Vincent de Paul haciendo posibles estas vivencias.

A Las Hijas de la Caridad de la Misión de Ambatoabo, por su labor que tanto bien hace, por enseñarme tanto de la vida y de la bondad del ser humano, por su interés en nuestra ayuda.

A la doctora Catherine Hamlin, fundadora del Addis Abbaba Fistula Hospital (Etiopía), por la grandeza de su vida y de su obra. A ella y al equipo de ginecólogos del hospital que me enseñaron los secretos del éxito en el tratamiento de las fístulas.

A Teresa Fernández de la Vega, Presidenta de la Fundación Mujeres por África, por su sensibilidad hacia este problema y por hacerme colaborador en su proyecto del tratamiento de las fístulas en otro lugar de África.

A María del Carmen Montero Luna, por sus consejos profesionales en la elaboración del texto y su corrección gramatical. Su ayuda resultó inestimable.

A José Luis Palma, sin cuya ayuda y estímulo apasionado para que esta novela viera la luz tal vez no habría sido posible, o no habría sido lo mismo. Por su hermoso prólogo por mi inmerecido.

A Ana, por su comprensión de esta inquietud y vocación, por su estímulo, por mis ausencias; a Marta, por su compañía y colaboración profesional en tantas operaciones; a Manuel, por haber venido a conocerlo.

A todos les quiero dedicar también esta novela y agradecer su ayuda a que mis conocimientos médicos y mis sentimientos humanos se hayan enriquecido tanto.



JOSÉ MANUEL DEVESA. Era un niño y ya sabía que quería ser cirujano como su padre. Pero cuando llegó a la adolescencia y leyó la biografía de Albert Schweitzer supo que, además de médico, quería ser viajero. Imaginó entonces unir esas dos pasiones y empezó a soñar con África. Jefe de la Unidad de Colon y Recto del Hospital Universitario Ramón y Cajal, y del Ruber Internacional de Madrid, viaja todos los años a Madagascar para librar a las mujeres africanas de la «herida innombrable» (fístula vesico-vaginales).